

ENRIQUE
SERVÍN



EL LIBRO
DE LAS COSAS
QUE NO
EXISTEN



MEDUSA
EDITORES

CHIHUAHUA, MÉXICO



MEDUSA
EDITORES

EL LIBRO DE LAS COSAS QUE NO EXISTEN
Primera edición, octubre 2024

© ENRIQUE SERVÍN HERRERA 2024

© MEDUSA EDITORES 2024

Imágenes de cubierta e interiores: Damselflies, Caterpillars, Carnation, and Poet's Jasmine; Hyssop, Insect, and Cuckoo Flower, del Mira Calligraphiae Monumenta. Solapas: Jacob's Journey to Egypt y detalle de Ladybird and European Wild Pansy, del Mira Calligraphiae Monumenta. Interiores: Detalles del Mira Calligraphiae Monumenta. Todas bajo licencia de Creative Commons Zero. www.rawpixel.com

www.medusaeditores.com
hola@medusaeditores.com

ISBN MEDUSA: 978-607-5899-05-3

ISBN PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA: 978-607-69556-1-1

DISEÑO INTEGRAL Y CUIDADO DE LA EDICIÓN: Édgar Trevizo.

La reproducción de fragmentos del presente título está permitida para efectos de la difusión de la obra del autor y la lectura en general. Se recomienda tan solo la cortesía de citar la fuente original:

Servín, Enrique. *El libro de las cosas que no existen*. 1ª. Ed. Chih., México. Medusa Editores (2024).

Si por cualquier motivo no le es posible adquirir este ejemplar o su versión electrónica, puede solicitarnos una copia digital gratuita al correo que aparece más arriba o por medio de nuestras redes sociales, una vez transcurridos seis meses a partir de su publicación.

Hecho e impreso en México
Made and printed in Mexico

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

José Arturo Santillanes Hernández
PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA



CONTENIDOS

PRÓLOGO: UN LIBRO DE LIBROS

CONTRADICCIONES Y EXPIACIÓN

I

EL LIBRO DE LOS NOMBRES

33	LA VOLADORA DE SOTAVENTO
35	EL PALACIO DE SUNDUYADZIG
37	EL BOSQUE FOSFORESCENTE
39	EL POZO DE LOS DORMIDOS
42	EL INDOEUROPEO MODERNO
44	EL TIRADERO DE ESTRELLAS
47	EL MUSGO CANTANTE
49	LA ARAÑA FLOR
51	LAS PÉRFIDAS ARAPARAS
54	LOS HOMBRES DE HUMO
56	LA CAPILLA DE FUEGO
60	EL HORMIGUERO PENSANTE
64	LA ARAÑA ESTRELLA
66	EL BOROUGH, O DRAGÓN DE AIRE
68	EL PULPO DE LAS ARENAS
71	LAS NUBES DE ALGODÓN
74	LAS PIEDRAS QUE VEN
76	EL BARCO VIVIENTE
79	LA HIJA DE VENUS
81	EL VERDADERO ÁRBOL NODRIZA
85	LAS LUNAS DE LAS LUNAS DE TAMÁSSARAN
88	LOS COLLARES DE LÁGRIMAS
91	LA SERPIENTE IRISADA
93	EL ÁRBOL DE ÁNGELES
96	EL LOBO DE MALLANO
98	LOS MONASTERIOS DEL PEDREGAL
102	EL GRAN VOM

106	LA SHFIYA MAYOR
110	LAS CATEDRALES DE ÁRBOLES
114	ANCESTRARIOS Y DESCENDARIOS
118	PAVESAS PARA LOS SUEÑOS
122	LA GRAMÁTICA WRTANNA
125	LAS ROCAS FLOTANTES
129	EL AGUA DE ORO
131	EL REBANADEDOS
134	LOS RÍOS VOLADORES
136	EL VENCEJO LUMBRERA
139	LA CORTE DE LA SELVA
142	LOS CÓDIGOS DE VIDRIO
147	EL MANSÍR
150	LA ESCRITURA DEL ÁRBOL
154	LA CIUDAD VERTICAL
157	EL CAÑÓN DE NUBUMBRA
162	EL PÁJARO FIERA
166	EL ÁRBOL DE LAS FRUTAS TRANSPARENTES
170	LA ORTOGRAFÍA KENARIA
176	EL CIEMPIÉS ESPIRITUAL
180	LA MEDUSA HIPERBÓREA
184	LA CIUDAD NÓMADA

II

LOS LIBROS DE LAS LENGUAS QUE NO EXISTEN

191	CREACIÓN DEL MUNDO
193	LA CREACIÓN DESDE EL CAOS
195	EL DON DE LA SIEMBRA
197	EL MUNDO ETERNO
200	LOS PRIMEROS EN LLEGAR A LA TIERRA
202	CONFESIONES DE UN HOMBRE NUEVO
204	AMONESTACIONES Y PROFECÍAS (FRAGMENTOS)
208	ELOGIO DE LA BATALLA
211	EL PRIMER ADIÓS
213	TRAMPA PARA LOS ELEGIDOS
214	LA AYUDA INMERECEIDA
216	EL BANQUETE INESPERADO

217	LA PRESENTACIÓN PROTOCOLARIA
219	LA SALVACIÓN DE UNA CIUDAD
221	COLLARES DE PALABRAS
223	RAMAT DOMINA AL VIENTO
227	DERROTA Y TRIUNFO DE MERBÍR EL BALÁKI
230	NACIMIENTO DE DARBÁR Y NÉMDEG
233	TRAICIÓN A NARÉI EL BUENO
235	CÁNTICO PARA CONSAGRAR A UNA SHFIYA
238	PRESAGIOS DE GUERRA
242	ILUMINACIÓN DE SAN ILÁKE
246	NONÓG EÑÁBIGI PRESIENTE LA DESGRACIA
248	KAHÍG Y EL MUCHACHO DEL MAR
251	ALMAGRADE EXTRAVIADO
255	DESCRIPCIÓN DE LA LUNA
257	LA BUENA COSTUMBRE
259	GATOS LUNARES
261	EL MONUMENTO IMPERTURBABLE
263	EXECRACIÓN DE LOS PERROS
266	ELOGIO Y DEFENSA DE LAS HORMIGAS
267	REENCARNACIÓN DEL SOL MISMO
271	EL TIEMPO DE LAS MOSCAS
275	UN POLÍTICO EJEMPLAR
275	<i>g</i>
276	<i>I</i>
276	<i>y</i>
277	<i>Z</i>
278	<i>W</i>
279	<i>Ñ</i>
279	<i>É</i>
280	<i>¿I?</i>
280	<i>¿i?</i>
281	<i>gO</i>
282	<i>gg</i>
283	<i>gI</i>
283	<i>gy</i>
284	<i>gZ</i>
285	<i>gW</i>
286	<i>gÑ</i>
287	<i>gÉ</i>
288	<i>g¿I?</i>
290	<i>g¿i?</i>
290	<i>IO</i>

291	<i>Ig</i>
292	<i>II</i>
294	<i>Iy</i>
295	<i>IZ</i>
296	<i>IW</i>
298	<i>IÑ</i>
300	<i>IE</i>
300	<i>I¿I?</i>
302	<i>I¿i?</i>
303	<i>yO</i>
305	DESCRIPCIÓN DEL ENEMIGO
306	<i>Sus apariencias y aspecto</i>
307	<i>Su temple y natural</i>
309	<i>Sus lenguas y jerigonzas</i>
312	<i>Sus costumbres</i>
313	<i>Su comida y licores</i>
315	<i>Sus oficios y artes</i>
318	<i>Supersticiones, santos y dioses de los malporcos</i>
320	<i>Héroes, capitanes, reyes malporcos</i>
325	<i>Su destino</i>
327	BÚSQUEDA Y ENCUENTRO DE LAS NACIONES
327	<i>De cómo perdimos tres hombres</i>
327	<i>cuando tomamos posesión del Valle Manso</i>
329	<i>De la Cordillera de Montessos, y de la extraña manera de plantas y animales que descubríamos.</i>
331	<i>De cómo divisamos a los Próimos y de lo que sobre ellos coludimos</i>
333	<i>Del encuentro que tuvimos con los Ingenuos, y de lo que con ellos nos ocurrió</i>
337	<i>De cómo llegamos a los vados y de la desazón que se apoderó de nosotros ante lo que allí encontráramos</i>
339	<i>Cómo dejamos los vados y seguimos adelante, sin encontrar lo que pensábamos</i>
340	<i>De la nación de los Fuertes y las costumbres que éstos tienen, así como de sus enseres y de la curiosa manera de casas que habitaban</i>
343	<i>De la conflagración con los Fuertes, del modo de armas extrañas que tienen y sobre cómo las atesoran, sin resultarles por esto de mayor provecho</i>
347	<i>De cómo aceptamos la rendición de los Fuertes, y de la fundación del Reino Pío</i>
349	<i>De cómo bautizamos a nuestras armas, y de cómo les dábamos el trato de personas</i>
351	<i>De la recepción de los Embajadores y de la manera de presentes con los que nos agasajaron</i>
353	<i>De cómo se nos dio la sabiduría para legislar, y de las buenas leyes que dimos al Reino Pío</i>

356	<i>De cómo a poco deprendimos su lengua para hacerles saber las dichas leyes, y para preguntarles otras cosas de gran interés público</i>
358	<i>Del crecimiento, esplendor y apogeo del Reino Pío</i>
361	<i>De la insospechada decadencia de la nación toda, y de las cosas impensables que para nuestro infortunio sucedieron</i>
364	<i>De nuestra abdicación y de la huida de Sitial de Providencia, malhadada Capital del Reino Pío</i>
368	<i>De cómo el grupo se dividió, tomando sendos caminos que nunca habrían de reencontrarse</i>
369	<i>Del Valle del Silencio, y de cómo logramos vencer su sortilegio</i>
371	<i>De las muchas cosas que contemplábamos, sin ser ellas ciertas</i>
372	<i>De nuestra llegada al Castillo de los Ausentes y de los tristes pensamientos que allí nos asaltaron</i>
374	<i>De la Colina de los Instrumentos Musicales, y de cómo nos lamentamos que no hubiera allí nadie para tocarlos jamás</i>
376	<i>De las cosas que vimos en el cielo, y de lo que pensamos que aquello significara</i>
379	DOS RETÓRICOS
380	EL HOMBRE DE LA BUENA SUERTE
382	EL ARQUEÓLOGO IMPAR
384	ETNOGRÁFICA
385	DE ESPLENDORES Y RUINAS
388	FUGA Y CASTIGO DE LOS LADRONES DEL AÑO NUEVO
392	SIETE MANERAS PARA RETENER AL AMADO
393	EL MÁS GRANDE AMOR
398	EL SABOR DE LAS PALABRAS
400	EL AMIGO EXTRANJERO
402	CARA A CARA

III

ABECEDARIO DE POSIBLES UNIVERSOS

409	A
411	B
414	C



PRÓLOGO: UN LIBRO DE LIBROS



iajar con Enrique Servín era un deleite, su conversación estaba aderezada por su prodigiosa memoria que lo mismo podía compartir poemas de la dinastía T'ang que alguna anécdota familiar, hablar de alguna especie endémica o de la inteligencia de los cuervos. A su lado recorrí la Sierra Tarahumara y el vasto desierto chihuahuense. Una de las experiencias que más disfruté, mientras observábamos las tormentas del desierto en la distancia, era su inventar historias de reinos contruidos en aquellas soledades, poblados por su imaginación. En el recuerdo perviven esas historias que no existieron más que en su voz.

Han pasado cinco años desde que Enrique Servín murió. En este tiempo no he dejado de pensar en todas las conversaciones que pudiéramos haber tenido, en aquellas historias que contaba mientras esperaba que se enfriara el café o cuando iba al volante de su automóvil al que llamaba Catamarán. Todo lo imbuía de reminiscencias de otros espacios, de otros tiempos. Conversaciones que ya solo existen en la imaginación, armadas con la memoria y con las lecturas compartidas. Me quedan sus palabras, las que gustoso escuché a lo largo

de los años de nuestra amistad y las que escribió. De estas últimas hay varios libros que publicó en vida, de poesía, de aforismos, de mitos tarahumaras, pero fue mucho más lo que llegó a escribir, lo que está pendiente por llegar a la imprenta.

El libro de las cosas que no existen es uno de los manuscritos que mientras vivió no vieron la luz. Ahora, gracias a la delicada labor de edición de Édgar Trevizo —a través de Medusa Editores—, del apoyo del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua y de la labor de indagación de Hugo Servando Sánchez en los archivos y documentos que dejó, es posible tener impresa esta obra que, por algún momento, temimos se hubiera perdido. Este último localizó un *disquette* del que logró extraer el archivo. Sabíamos de la existencia de este manuscrito desde al menos 2007, y parecía probable que para ese momento Enrique ya la hubiese terminado —el formato en el que la respaldó nos lleva a pensarlo así— y para esa fecha nos hablaba de ella con el mismo título que tiene hoy.

En lo personal pude leer algunas de las piezas que la conforman. Él me mostró aquellos textos que sabía me interesaban, como la crónica de exploración que abreva de las crónicas de indias o la biografía en la que se sirve del estilo de Suetonio para reflexionar en torno a los hombres en el poder, y divertirse a su costa. Maravillado le insistí para que buscara dónde publicarla, para que esta obra colmada de imaginación fuera leída, pero objetaba que podía no ser entendido, que era más un divertimento y que a la gente podría no interesarle. Sea por lo que fuera nunca se publicó.

¿Por qué le insistí para que publicara? ¿Por qué invito a quien tiene este libro entre las manos a que se adentre en estas páginas —no de un mundo de cosas inexistentes, sino de mundos enteros—? Porque Enrique Servín amaba las buenas historias, sobre todo aquellas en las que la imaginación jugaba un papel central —quizá él me objetaría que no hay buenas historias sin imaginación—, al modo en el que

Alonso Quijano, en las primeras páginas del Quijote, le dio por escribir, continuar o terminar las aventuras de los caballeros que leía, así Enrique Servín tomó de las más diversas tradiciones elementos con los que fue construyendo un libro de cosas que no existen.

Creo que la mejor explicación que puede tenerse la ofrece el mismo Enrique Servín, en voz de Nirwúh el Viejo, uno de los personajes-autores que pueblan esta obra en Las pavesas de los sueños:

Abundan, por supuesto, los deseos materialistas y banales, al igual que los sueños caóticos y descabellados; pero también es posible descubrir maravillas de la imaginación subconsciente, pesadillas asquerosas, vislumbres de mundos mucho más bellos que el existente, párrafos impecables que podrían configurar hermosas antologías: verdaderas joyas de sueños.

El libro de las cosas que no existen es una antología de otras obras: de soñarios, de libros de historia, de bestiarios. Colmado de imaginación y habiendo abrevado de las más diversas tradiciones de la literatura, Enrique Servín tuvo que construirse más voces que la propia —al modo de Pessoa y sus heterónimos, pero también de Cervantes, que hace de Cide Hamete Benengeli el autor de su Quijote—. Hay un desdoblamiento de voces: cronistas, historiadores, novelistas, poetas —líricos y épicos—, gramáticos, mitógrafos, geógrafos, botánicos, zoólogos son los autores de las piezas que componen este libro de libros.

La compilación ha sido uno de los armadores de obras a lo largo de la historia. Enrique la utiliza como modelo para entretejer este compendio de la imaginación. Es heredero de Schwob, de Borges, de Rabelais, de Laurence Sterne, de Calvino, de Angélica Gorodischer, de Le Guin, de Pavić, pero también de la vasta tradición oral. No es casual que introduzca la fórmula para contar historias, que podría ser el inicio de no solo una de las piezas sino de todo el libro en la nota al inicio de *El hombre de la buena suerte*:

*“Hubo (y tal vez nunca hubo), hará más de mil años”:
fórmula habitual con la que comienzan los cuentos de
hadas en el idioma kashugo.*

Y como está hecho de otros libros, de otras obras, también lo está de otras lenguas, como el kashugo arriba mencionado, pero también muchos más como el ugario, el lario, la lengua kenaria occidental y la oriental, el dabro antiguo, el müsks, la lengua dúmar, el sázbar histórico, el naxxég (o nashego), el wrtanno, el malherbí, el katsi, solo por mencionar algunas. El amor que Servín le tenía a la expresión humana, a todos sus idiomas queda de manifiesto en la invención lenguas, algunas verdaderos *conlangs* cuyas frases, o explicación de su funcionamiento presenta.

La obra está dividida en tres partes: El libro de los nombres, Los libros de las lenguas que no existen y Abecedarios de posibles universos. La primera parte es la más extensa y recorre geografías y hasta mundos que arrebatan el aliento —Tamássaran con su multitud de lunas y conjunciones que hacen ríos flotantes y mueven montañas—, campanas gigantes hechas de oro, peñas flotantes, monumentos hechos de luz, y bestias salidas de los sueños que, sin embargo, en sus mundos tienen sentido y son explicadas en términos naturales, así sea un árbol cuyos frutos son ángeles —aquí Servín más que hacer literatura fantástica hace ciencia ficción: plantas y animales fantásticos que son explicados en términos de la botánica y la zoología; lo que lo emparenta con lo que han hecho escritores como Ken Liu o Ted Chiang, aunque sus obras no las llegó a conocer—. Los libros de las lenguas que no existen es el apartado más literario, donde se exploraran no solo las lenguas que inventó sino la poesía que en ellas se ha cantado, las historias que ellas se han contado, sus propios géneros y las particularidades de ellos. Por último, El Abecedario de posibles universos es el más corto, un abecedario cortado que, sin embargo, da cierre al *Libro de las cosas que no existen*.

Cabe aquí hacer una aclaración: muchas de estas narraciones participan de la convención de la literatura fantástica de lo fragmentario; así, se pueden encontrar historias que “terminan” en una coma u otras que señalan la ausencia misma. Como he señalado, la obra ya estaba terminada más de una década antes de su muerte, los textos que parecen inconclusos lo son de forma intencional, como apuntan ciertos detalles en la obra misma. Esa condición fragmentaria añade belleza y misterio a los textos, como la rota ánfora ática que muestra apenas una parte de una escena y corresponde a quien la observa completarla; participa en lo que en las últimas décadas se ha dado en llamar literatura ergódica: la construcción de la obra nunca es definitiva, siempre está en construcción con cada lector a quien corresponde completar lo que falta, imaginar el brazo que carga la manzana de la Venus de Milo.

Enrique Servín no pudo ver impresa su obra, pero, estoy seguro, pensó en sus lectores. Como el constructor de Las catedrales de árboles, pensaba en quienes la verían terminada:

Tratándose generalmente de un anciano, sabe muy bien que no alcanzará ver la catedral en pleno funcionamiento, pero esto no merma el amor y la pasión que le dedica al diseño original. Por el contrario, la imagina completa, más bella y más grande de lo que tal vez nunca habrá de ser.

Nos corresponde a nosotros completar este libro de libros, no agregándole una sola palabra sino leyéndolo, trayendo a la existencia de nuestra imaginación los seres que habitan este *Libro de las cosas que no existen*.

NOEL RENÉ CISNEROS

EL LIBRO DE LAS COSAS
QUE NO EXISTEN



CONTRADICCIONES Y EXPIACIÓN

n libro de cosas inexistentes implica, por supuesto, serias contradicciones. Antes que nada, es inexacto llamar inexistentes a las cosas que ya han tomado forma al nacer de la imaginación, puesto que han ingresado a los dominios del pensamiento y la literatura, dos dimensiones que, ciertamente, ya comportan una forma específica de la existencia. Por otra parte, puede decirse que la imaginación misma no es sino un inagotable surtidor de formas que el hombre modifica de manera constante, queriéndolas nuevas, pero que en realidad no resultan ser sino complicaciones o reelaboraciones de otras más antiguas. Una idea, un invento, una utopía, no son en el fondo sino posibilidades combinatorias y, por lo tanto, tal vez hayan existido desde siempre, aunque no sea sino de una manera matemática y secreta. En efecto, una creación mental requiere, inevitablemente, del cúmulo de la experiencia heredada por incontables generaciones de individuos que nos han transmitido sus sueños y obsesiones a lo largo de la plural historia de la especie. Por último, y ya vagando en la más libertina especulación, quizá cualquier inexistencia resulte ser algo imposible, ya que el tiempo y el espacio no pueden ser abarcados por nuestro conocimiento, resultan incomparablemente más vastos que la inventiva, y quién sabe si tengan algún límite. De forma más concisa (y

también más prosaica): en lo que atañe a la imaginación, reconozcámoslo, es imposible ser demasiado original.

En consecuencia, el modesto repertorio que aquí presento bajo el nombre pretencioso de “Libro de las Cosas que no Existen”, no puede ser sino una intrascendente serie de variaciones sobre temas por demás conocidos. Hubiera querido que dichas variaciones no resultaran demasiado tediosas e insistentes, aunque me temo que mis buenos deseos habrán podido menos que mi torpeza como escritor. Por esto mismo presiento además que, desde el punto de vista literario, el conjunto alcanza muy pocos méritos. A este respecto —no es necesario que lo confiese: el lector medio lo notará— las prosas que acumula este libro en ocasiones no rebasan siquiera el nivel de simples distracciones narrativas o, peor aún, de ejercicios en la retórica o en la mera redacción.

En lo que concierne a la temática de las páginas que siguen, lamento adicionalmente no ser, en lo absoluto, un hombre de certidumbres y advierto que me limito a esbozar una visión del mundo más o menos triste y más o menos maravillada. En unos cuantos casos, por lo demás, he intentado disfrazar alguna moda literaria o intelectual: la flexibilidad en la estructura general del conjunto; la imitación y la paráfrasis como homenaje pero también como relectura; la (tímida, en mi caso) exploración de las posibilidades del hipertexto. Pero ejercitarse en una moda cualquiera, ciertamente, tampoco implica ninguna virtud. Y el resto es pirotecnia verbal o arqueologismo de la peor cepa.

¿Qué justificación puede tener entonces el atrevimiento de publicar este libro? Encuentro, aunque con cierta dificultad, unas pocas coartadas, y ahora intento ponerlas por escrito. La primera es simplemente que, en contra de la creencia general, uno no escribe tanto porque quiere como porque *debe*. Es decir: hay impulsos que terminan, por las razones que sean, en la forma de una página escrita. Y una vez que estas se

juntan hasta estorbarnos, ya sea físicamente o tan sólo como una presencia incómoda, algo tiene que hacerse con ellas.

De manera algo más confidencial, ha llegado el momento de reconocer la más frustrante de mis limitaciones. Desde la adolescencia me gustaron las gramáticas y los diccionarios, los libros de viajes y las monografías; como materias de estudio, me interesaron sucesivamente las posibilidades de vida extra-terrestre, los anfibios, la arquitectura, las culturas exóticas, las lenguas del mundo y la poesía. Así pues, pensé durante algún tiempo que me era posible llegar a ser un especialista (en el buen sentido de la palabra, es decir: un apasionado) en alguno de estos temas, o si no, ya por lo menos un modesto investigador refugiado en la torre de marfil de la academia. Por supuesto, la delatora dispersión que esos temas evidencian no me dejó profundizar en ninguno de ellos ni siquiera al nivel de la más accesible medianía.

Alguien ha dicho, aunque ya no sé si con estas mismas palabras, que escribimos los libros que nos gustaría haber leído. Demasiado perezoso para el trabajo científico, carente por completo de la capacidad de concentración y persistencia mínimas que, por lo menos, requiere la academia, ahora renuncio resignadamente a la seriedad, acepto que jamás podré escribir los libros que me gustaría haber leído e intento, con alguna temeridad y por la vía de una muy falsa erudición, el riesgoso y menospreciado género de la narrativa fantástica. De acuerdo a lo anterior —estoy consciente—, las páginas que siguen no son sino una atiborrada y curiosa acta de rendición.

La tercera coartada es que, como quiera que sea, me atrevo a sentir que las páginas que siguen pueden —por alguna de las razones que acabo de esbozar, así como por lo que tengan de imaginación y libertad y, por lo tanto, de sentido crítico—, constituir un pequeño homenaje a los grandes libros que las inspiraron. El Libro de Suleimán; los bestiarios medievales; la Historia Secreta de los Mongoles; el Libro Árabe de las Ar-

gucias, los prodigiosos poemas en prosa de Juan José Arreola; las Vidas Imaginarias, de Marcel Schwob; las maravillosas Ciudades Invisibles, de Italo Calvino; varios momentos, por supuesto, del inevitable Jorge Luis Borges. Y en fin, serían tantos otros nombres de libros y escritores.

Más todavía, quiero creer que, en la medida de mis posibilidades, el presente trabajo ha resultado una celebración de todos los libros, o mejor dicho de *el libro*, ahora que la cultura de la imagen, la tecnología y los valores del neoliberalismo y la globalización parecen comenzar a desplazarlo. Lo es también de los diferentes y siempre fascinantes idiomas en los que hasta ahora se ha expresado la extensa tribu: diversidad que conforma un patrimonio cuyo inmenso valor no ha sido ni lejanamente entendido por la mayoría, y que ahora está a punto de ser empobrecido para siempre.

Antes que nada, sin embargo, este libro está dedicado a la memoria de Julia Sánchez Pareja de Herrera, lectora valiente y siempre crítica, amante de la poesía y sensible narradora quien, quizá con el afán de moderar mi temprana propensión a la divagación y las mentiras, me sentaba de niño frente a una mesa de maderas oscuras, con la misión explícita de escribir, a cambio de una moneda, breves historias acerca de animales desconocidos, idiomas estelares y países secretos. Pequeños libros en torno a grandes cosas inexistentes.

I

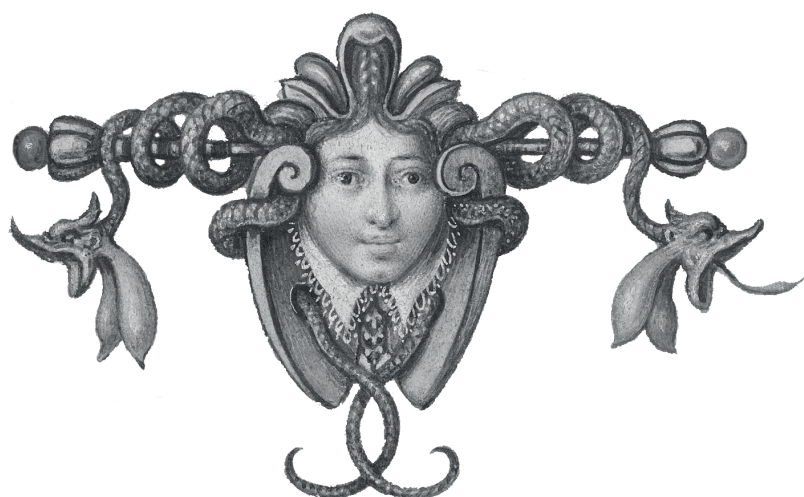
EL LIBRO DE LOS NOMBRES

*“Et les livres que tu écris
bruiront de choses irréelles—
irréelles à force de trop être, comme les songes.”*

JEAN JOSEPH RABEARIVELO,
Ton Oeuvre

*“Así que el tiempo fue llenando el vacío con signos numerosos, que fueron
antes guijarros y luego ego briznas de hierba, árboles, ardillas o pájaros
diversos, pero también montañas, nubes, lluvias, oleajes y espumas a la
orilla del mar; todos distintos entre sí, todos extraños y hermosos de
muy sabias y diferentes maneras, todos dejados allí, a lo largo del mundo
y en un sitio preciso, como si fueran las letras de un alfabeto que siempre
está a la espera de quien lo pueda entender y que nos dice, al leerlo, que
en verdad es hermoso y es extraño existir.”*

DARA, EL MONJE,
Siembra de las Palabras



 EL LIBRO DE LOS NOMBRES es el título que se ha dado a una recopilación, bastante tardía, de escritos atribuidos a cierto viajero de la Era del León, un tal Nabbár el Geógrafo. El texto ha llegado hasta nosotros, de manera azarosa y muy adulterado, a través de una serie de traducciones y refundiciones en las que se perdieron muchos componentes originales y en las que otros más, evidentemente espurios y de orígenes diversos, fueron añadidos de forma sucesiva.

Escrito en lengua krom en una época en que los manuscritos y los códices se elaboraban con hojas de palmera, material frágil pero dotado de cierta durabilidad en los ambientes rescos del desierto, la colección original fue primero custodiada en un monasterio, después adquirida por funcionarios de la corte y finalmente trasladada a los archivos reales en tiempos del sátrapa León VII. Ya para entonces (a unos cien años de haber sido escrita) su prestigio era tan grande que fue trasladada hasta la biblioteca palatina en un palanquín adornado con profusión, como si se tratara de un dignatario extranjero. Sabemos que en el ambiente cortesano fue atesorada como una importantísima obra de consulta y también que llegó a ser considerada indispensable para los viajeros y diplomáticos durante más de tres siglos, a lo largo de los cuales su autoridad nunca llegó a ser cuestionada: una especie de enciclopedia canónica en la que descansaban la ciencia oficial y la política exterior de la satrapía.

Hacia las últimas décadas de la Era del León su prestigio comenzó a decaer, habiendo sido calificada por uno de sus primeros comentaristas críticos de “harto exagerada y poetizante”. La primera diatriba en contra del documento (y que podríamos interpretar como la derogación de su estatus de verdad oficial) data del primer año del reinado de Tigrán el Débil, es decir, justo en los años en los que se redactaba. El manuscrito original, ya para entonces en mal estado de conservación y quizá incompleto, permaneció en posesión de la corte hasta el incendio de la cancellería, del que fue rescatado de manera parcial (el texto se guardaba en varios volúmenes bellamente encuadernados, según el reporte de los escritores contemporáneos). Ninguna de las copias más nuevas sobrevivió a la conflagración.

Serias dudas ensombrecen la supuesta autenticidad del conjunto, por lo menos tal y como nos ha llegado hasta ahora. Por una parte, desde el punto de vista estilístico se ha hecho notar que más de una mano parece haber intervenido en la redacción. Algunos de sus textos, quizá los más antiguos y, por lo tanto, los mejores candidatos a ser considerados como obra de la misma mano de Nabbár el Geógrafo, muestran una cierta “brevedad en la respiración”, una división en párrafos casi acelerada, arcaica. Otros, los más, son de naturaleza más descriptiva y hasta técnica, y parecen no ser sino imitaciones más tardías.

Desde el punto de vista de su contenido, por otra parte, muchos de los artículos del libro son claramente interpolaciones fantásticas: la mera mención del idioma indoeuropeo, el árbol nodriza, el Larestán o la diosa Venus, cosas vinculadas a la Tierra, un mundo imaginario que fuera popularizado por las novelas de caballería, bastan para dudar de la autenticidad de los artículos en cuestión y definitivamente merman la validez histórica o etnográfica del conjunto.



La Voladora de Sotavento

Siendo aquellas regiones tan airientas y de clima tan voluble, muchas de las plantas y animales que allí habitan han debido adaptarse a la devastadora e implacable estación de los vientos. Un fuerte grado de especialización es necesario para poder prosperar en un ambiente tan severo y hostil. Pero un caso particularmente especial es el de la planta voladora de Sotavento. Se trata de un arbusto de raíz poco profunda cuyas hojas, de olor apenas dulce y alcanforado, tienen la forma de un ancho corazón púrpura.

A partir del tercer año de crecimiento, el rosetón comienza a ensancharse, a la manera de una voluminosa col que se abriera. Las hojas se endurecen de manera paulatina y finalmente del centro brota una larga espiga coronada de pequeñas yemas rojizas y aperladas, a la manera de un candelabro de iglesia o de un hermoso racimo invertido. Estos botones son, en realidad, alvéolos huecos dotados de una retina productora de gases mucho más ligeros que el aire. Al pasar de los meses, los alvéolos se inflan y acaban por agrandar todo el racimo hasta dejarlo convertido en un grupo de tensas esferas vacías, transparentes e irisadas, tirando en su color un poco más hacia el magenta o el índigo. Como si se tratara de un manojo de globos morados.

Para cuando llegan los vientos la planta ya ha perdido gran parte de su humedad y se encuentra reseca y esponjosa, pronta para ofrecerse a los ventarrones y las calmas eventuales. Las hojas acorazonadas se endurecen, cambian un poco de aroma y de tonalidad y, con el aire, de zarandeo en zarandeo,

chocando los globos del racimo los unos contra los otros, de pronto el conjunto es arrancado del suelo y la planta se eleva girando por causa de las hojas, que actúan entonces como aspas ligeras.

La planta gira velozmente y se eleva hasta alturas considerables, dependiendo del grado de su madurez en el momento de su sacrificio. El nombre de mata halcona, como sea, parece un poco exagerado, y otros han sido propuestos por biólogos y coleccionistas. Pero la mata halcona viaja con las corrientes del aire como si se tratara de un verdadero pájaro; se arranca a sí misma, se lanza a los aires e inicia recorridos a través de vacíos enormes, por espacio de días o incluso de semanas, hasta que el sol, la altura, o el mismo viento, acaban por mermar la potencia elevadora de los globos irisados que la sostienen.

Esta planta voladora termina, como dicen que pasa con todo lo que sube, por caer. Pero ya para entonces la mata halcona fue esparciendo sus semillas por los inmensos territorios. Y es así como esta planta ha llegado a ser tan común por todo el Archipiélago de Sotavento.



El Palacio de Sunduyadzig

Dicen del Palacio de Sunduyadzig que tiene tantas terrazas como días tiene el año, y que es obligación del hierofante que lo posee recibir al sol del amanecer en una diferente cada día, según le corresponda. La obligación lo hace recorrer con la vista una gran parte del horizonte a lo largo del año, en una especie de vigilancia cósmica que preserva el orden de las cosas, en este mundo y en los otros. Las terrazas dan a un inmenso desierto, pero nada falta menos en el palacio que el agua fresca y pura, pues fue levantado sobre el más grande manantial de cuantos haya habido en desierto alguno. Las aguas, entonces, lo recorren y lo bañan, regando sus jardines interiores, llenando sus numerosas cisternas y sus albercas sagradas.

Las fuentes de los patios, obra de célebres arquitectos, están construidas y afinadas al modo de los instrumentos musicales, de manera que los chorros del agua den tonos diferentes al caer y produzcan diversas armonías, no sólo porque cada patio está pensado para un estado de ánimo diverso, sino porque se piensa que las alturas matemáticas de sus sonidos concuerdan con las esferas de las otras dimensiones. Y las plantas allí sembradas, el color y el dibujo de los mosaicos, la forma de las puertas y sus arcadas y la conformación misma del patio alude, según el caso, a la nostalgia, la alegría, el enamoramiento, el dolor de la muerte o el vacío mental. Cada fuente tiene el nombre de un poema famoso. Cada portón del palacio el de una doctrina célebre. Todo por dentro está imbricado de losas de finas piedras y maderas que vienen de bosques que ya no existen.

Dicen también que en el oculto corazón del inmenso edificio hay un muro de plata en cuya superficie están grabados, uno por uno, todos los capítulos del libro sagrado de la raza constructora. Allí se cifran los orígenes del antiguo linaje, cada uno de los secretos de su contradictorio pasado, el vasto devenir de su nación a lo largo de los siglos, la decadencia inevitable y la ruina eventual del palacio y su teocracia, en un alfabeto que, por fuerza, nadie debe entender.



El Bosque Fosforescente

Está formado por cierta cepa de árboles que crecen en abundancia en unos pocos valles de la isla de la Madurez. Nada particular ocurre antes de que el árbol cumpla los primeros nueve o diez años ni, tratándose de los árboles adultos, durante toda la primavera. Las hojas son entonces alveoladas y lisas, de un color verde claro y de una superficie brillante que recuerda a las del té, no diferentes a las de muchos otros árboles y arbustos que crecen en la isla o en el resto de los mundos. Pero al llegar el verano el árbol secreta una savia dulzona y lenta, y las hojas cambian en unas pocas semanas, por fuera y por dentro, hinchando sus nervaduras y cargándose de un acidulado licor que posee extrañas propiedades y que sabe retener la energía de los astros. Así, durante día el árbol se recarga de sol y por la noche fosforece con un color amarillento, que puede derivar, según el clima, hasta el rojizo o el naranja encendido. Ver esto en todo un bosque es cosa indescriptible, y el bosque ha suscitado la maravilla de cuantos forasteros han llegado hasta la isla. La luz vegetal de la techumbre atrae a insectos, mariposas y murciélagos adaptados a estos túneles ambientales que ayudan, polinizándolos y transportando sus semillas, a la perpetuación de los árboles fosforescentes.

Relatan los ancianos que, en otros tiempos, extrañas y a veces violentas ceremonias tenían lugar bajo las luminosas arboledas, en las noches del verano. Se trataba, tal vez, de cópulas rituales en la que todo ocurría fantásticamente, los

oficiantes rodando desnudos por un universo de vago color
lumbre, o apenas naranja, y entre pájaros silenciosos, palo-
millas y mariposas nocturnas.



El Pozo de los Dormidos

 En Larestán existe un pozo de aguas cristalinas en cuyo fondo se ven personas y animales dormidos desde hace siglos. No se trata de un pozo, sino de un extenso manantial o estanque al que, desde tiempos inmemoriales, los habitantes de Larestán consideran como sagrado, y objeto, por lo tanto, de diversos tabúes. No poder beber de su agua, abstenerse de visitarlo durante los solsticios, no soñar siquiera en molestar a los dormidos, son solamente algunas de estas numerosas prohibiciones.

Durante los temporales o las horas de viento el Pozo de los Dormidos no es diferente de cualquier otro, no viéndose en su superficie sino ondas y rizos de agua. Pero en los días de calma la superficie se convierte en un profundo cristal, y a través de sus púrpuras y azulverdes se dejan ver los apacibles rostros de los inmóviles: niños sonrientes, doncellas pelirrojas, jóvenes guerreros y ancianas de largas cabelleras canosas que se entretejen con los sargazos del fondo. En el pasado, los larios se congregaban a la orilla del pozo para rezar por un mundo mejor, pensando que aquellos soñadores sumergidos constituían un puente celestial que vinculaba el mundo de los hombres con el país de todos los dioses. Nadie sabía cómo habían ido a parar los dormidos al fondo del estanque sagrado. Diversas explicaciones existían, la mayoría prodigiosas, y alguno de estos mitos elucidó cómo tan sólo los más justos se retiraban de esta vida —sin experimentar la muerte— yendo a soñar al pozo de los durmientes; en él aguardarían tiempos mejores hasta la aparición de los augurios prometidos: cielos

cruzados por más de un arcoíris, lluvias de ambrosía, nubes radiantes anunciadoras del mediodía de la resurrección.

Durante el Tiempo Negro los sátrapas prohibieron el acceso al manantial, castigando con latigazos e injurias infamantes —y en ocasiones incluso con el destierro— a los eventuales infractores. El Pozo de los Dormidos, en efecto, vio cambiar mucho su signo según los dilatados tiempos fueron evaporándose. Se sabe que, por ejemplo, hacia el siglo cuarenta, una imprevista plaga de mostos amarillos cubrió la superficie del estanque, lo que se atribuyó al exceso de peregrinos que acudían hasta sus márgenes para lavarse la manos en el agua, creyendo que con ella lavaban también sus culpas. Apenas tres o cuatro siglos después, el pozo llegaba a convertirse en un verdadero atractivo turístico; se permitieron botes y balsas para que la gente admirara a los dormidos y para que sintiera de cerca su terror sagrado. Luego fueron barcasas con fondos de grueso cristal, pronto perfeccionado con diversos grados de convexión a efecto de acercar las increíbles imágenes del fondo: telas incorruptas, vestiduras con ristras de la vegetación acuática entreveradas en los encajes, hermosísimos ojos, comisuras de labios que parecían aún dispuestos a besar.

El período siguiente, una vez perdida la distancia del respeto original, vio nacer una disciplina que amenazó con llegar a convertirse en una verdadera ciencia; los dormidos fueron contados, clasificados, observados en detalle. Cada yaciente recibió su nombre propio: Vákmat, Nirwúh, la Bella de los Labios Azules, el Enamorado, la Loca, el Niño Sabio. Y toda una maraña de conjeturas comenzó a abrirse paso en la conciencia colectiva. Los estudiosos se preguntaban, entre otras cosas, por qué algunos de los animales identificados en el fondo habían estado extintos en el Larestán por lo menos a lo largo de los últimos nueve o diez milenios. Todo esto sin que nadie se atreviera, ni aun siglo tras siglo, a hurgar directamente en los fondos o siquiera a bañarse en las aguas divinas.

Pero la época de la razón, en efecto, había llegado al Lares-tán, aunque es verdad que aún entonces se siguió concibiendo al lugar como rodeado de un áurea profundamente religiosa. No hubo, y es digno de notarse, quien propusiera que aquel estanque no era sino una antigua trampa de la naturaleza, un ojo de aguas venenosas que había llegado a convertirse desde épocas muy tempranas en un depósito de sacrificios humanos y en un foso mortal para los animales imprudentes, en cuya hondura los cuerpos se conservaban por efecto de las sales ferruginosas, el mercurio y otros compuestos comunes en el subsuelo.

Y así, no fue sino de una manera ya bastante tardía como el gobierno local, a resultas de la febril explotación minera de las sierras cercanas, advirtió que, de continuar las violentas detonaciones de los barrenos, se corría el riesgo de que el agua del pozo dejara de manar para siempre. En ese caso —se predijo acertadamente—, el manantial entero iría a parar, evaporado, hasta las mismas nubes; no quedando de todo aquello sino un lúgubre conjunto de viejos cadáveres en descomposición.



El indoeuropeo moderno

Hará unas cuantas décadas el mundo científico recibió con incredulidad y escepticismo la noticia de que la lengua de los Buryín, pueblo habitante de la isla conocida como Jubaylat-el-Bahr, no era en realidad, como se pensaba, un dialecto sudarábigo, sino una lengua indoeuropea de carácter extremadamente conservador. A un silencio prudente, que se prolongó durante larguísimas semanas, se sucedieron una larga serie de artículos, protestas, contrarrespuestas y monografías dedicadas al tema, constituyendo una polémica que ha puesto de cabeza a especialistas y científicos del mundo entero.

En efecto, el buryín está emparentado con el inglés —y no con el árabe, o ninguna otra lengua de la región, para el caso—, aunque a lo largo de los siglos ha recibido tanta influencia del léxico de las hablas circundantes, que durante más de doscientos años fue tenido por un dialecto semítico. El nombre mismo de la tribu deriva del término *buhayriyyín*, que significa en árabe coloquial “los del pequeño mar”. Pero si analizamos el vocabulario básico comienzan las sorpresas. Madre se dice *mátir*, padre *pitér*, hermano *bharátir* e hija *dhugitér*, palabras análogas a las latinas *mater*, *pater*, a las germánicas *tochter* o *daughter* o a las sánscritas *mita(r)*, *pita(r)*, *dhugate(r)*. Oso hormiguero se dice *yksas*, que corresponde bastante de cerca al sánscrito *rksas*, y también al fonológicamente más desfigurado e innovador *ursus* del latín. Asombroso, y más si se toma en cuenta que en la isla nunca ha habido verdaderos osos.

El vocabulario básico del buryín coincide de tal manera con el del protoindoeuropeo, lengua supuestamente hablada hace unos seis mil años e hipotéticamente reconstruida por los paleolingüistas, que los científicos han acordado rebautizar al buryín como *neoindoeuropeo*, aunque el término puede ser sustituido, como ya se ha propuesto, por la menos cacofónica expresión *indoeuropeo moderno*.

El parecido del moderno dialecto con la supuesta lengua ancestral es tanto, que los tostados isleños pueden entender con facilidad la fábula que durante la primera mitad del siglo XIX August Schleicher tradujera al supuesto indoeuropeo y que después “pusiera al día” Hermann Hirt. Particular gracia parece causarles el párrafo que reza: *K’ludhi, owei!, k’ērd aghnutai widontmos: g’hümo, potis, wülznām owjôm kuṛneuti sebhoi ghuermon westrom; owimos-kue wblānā ne esti*. Aunque según los buryín dicha leyenda “no suena natural” y está además “muy mal *declarada*” (¿pronunciada? ¿redactada?).

El por qué una filiación lingüística tan evidente no hubiera sido nunca advertida constituye una de las grandes vergüenzas de la antropología de todos los tiempos.

Los Buryín son pescadores, comerciantes incipientes y musulmanes a medias, aunque practican de buen grado la poligamia alcoránica.



El Tiradero de Estrellas

e trata de un melancólico valle rodeado de lomeríos adustos en los que crecen el árbol de humo, la mirra y el ombú rojo, además de chaparrales y modestas praderas de gramíneas cuyos forrajes suelen ser púrpuras y ocre. Desde los más remotos tiempos han caído allí estrellas —o lo que parecen ser estrellas—, y se han acumulado con los siglos, conformando un fabuloso paisaje de picos, aristas, cuerpos geométricos a medio erosionar, polígonos oxidados, o simples restos ya sin forma adivinable. Los lugareños han sentido siempre asombro ante el Tiradero de Estrellas. Es difícil decir desde hace cuántos siglos la gente va al lugar a esconderse, a rezar, a hacer el amor o a conjurarse contra los gobernantes en turno. Pero el Tiradero de Estrellas es mucho más que eso. Por momentos, se trata de uno de los paisajes más desolados de todos los universos posibles, pero de pronto, al doblar un sendero, tal o cual estrella muerta aparece sorpresiva, como una escultura bellísima, imponente, o como un signo de algo que nunca habrá de comprenderse del todo, y el lugar ha calado profundo en el espíritu de cuantos lo han conocido.

Nada es estable para siempre, y menos un Tiradero de Estrellas. Los inexplicables poliedros han suscitado diversos intereses y los de menor tamaño, a pesar de las guardias, las policías y las sociedades protectoras, han sido saqueados desde antiguo, sirviendo como urnas, lámparas, incensarios y en ocasiones hasta como carruajes para tal o cual personaje célebre. Se dice que la antigua escultura del dios doble, que permaneció durante cerca de cuatrocientos años en el corazón

del Templo Grande, no era sino una descomunal estrella labrada, ennoblecida con los atributos e insignias del Inabarcable, Creador-y-Destructor, Hombre-y-Mujer, Cosecha-y-Nieve, que mora, por supuesto, en los más altos cielos.

El Tiradero de Estrellas ha sido alternativamente amado, temido, odiado. Todas las caras inferiores de las oxidadas aristas están cubiertas de inscripciones y rezos, de leyendas furiosas en el amor y en el odio, de conjuros arcaizantes cuyo sentido es ahora difícil de aclarar, e inevitablemente, también de leyendas irresponsables y maldiciones ordinarias, como cualquier otro sitio que es visitado en demasía. El conjunto de los textos allí inscritos ha dado material suficiente para los epigrafistas y los estudiosos de la gramática histórica, pero esto es algo secundario en relación al papel preponderante que el tiradero ha ejercido en la historia de la espiritualidad aborígen. En estos asteroides desvencijados, algunos han visto la prueba fehaciente de la última realidad metafísica, otros, por el contrario, la mayor evidencia del sinsentido absoluto de todas las existencias. Las universidades teológicas han publicado bibliotecas enteras sobre los aspectos más nimios de estos cuerpos, y existe toda una tradición esotérica que los vincula con la mecánica esencial del universo.

En tiempos históricos, nadie ha visto nunca caer una estrella, como no se trate de los pedruscos y trozos de metal cristalizado que a veces rayan de luz la noche para ir a dar, comúnmente, tan lejos del Tiradero. Pero los antropólogos ahora comienzan a vincular la tradición del descenso de los hombres de lumbre, que nos ha dado incluso un extenso poema heroico, con una remota época en la que algún enjambre de estos indescifrables astros, o lunas, o navíos extraviados vino a dar hasta el planeta.

La más grande de las estrellas caídas se llamaba Maláma. Sirvió sucesivamente como observatorio astronómico, capilla, sepulcro de varios reyes y puesto de vigilancia militar. Hubo

de permanecer en su sitio hasta ya muy entrado el ciclo de las grandes guerras, período en el que fue despedazada para convertirla en municiones.



El Musgo Cantante

 s de una cepa rara, perteneciente a un género de vegetales muy antiguo, pero poco representado actualmente y que habita desde hace varios milenios un único lugar en el mundo: la Garganta del Paso de Kiragh. Es una planta primitiva y pequeña, del color de la turquesa en verano, y en invierno cobriza, o del color de los óxidos y el vino. Más bien parece un liquen, o un plasma apenas ingresado al universo de lo viviente, siempre corrugado por el exceso de viento y el sol implacable de Kiragh. De no ser por la temporada de los cantos, que hace la maravilla de creyentes e infieles por igual, no se distinguiría de cualquier otra vegetación insignificante. Se desconoce que haya tenido usos medicinales ni mágicos, ni prácticos en modo alguno; su única virtud que es la del canto, tan rara entre los seres inanimados, le ha valido por igual una extendida fama, la atención de innumerables sabios y especialistas, y el amor o la codicia de las tribus y los reinos circundantes, que como estrellas o manchones invisibles se disputan de manera continua los derechos históricos sobre el desfiladero en cuestión.

El Musgo Cantante ha sido motivo frecuente en la poesía de los pueblos que lo conocen. *“Como el musgo que canta”* y *“más profundo y antiguo que la voz de Kiragh”*, son lugares comunes para cualquier rapsoda local y, previsiblemente, la temporada de los cantos —antiguamente conocida como “los días del eco”—, es motivo de marchas y peregrinaciones desde lugares remotos.

Durante siglos se creyó que las extrañas sinfonías que ocurrían (que se desencadenaban, sería mejor decir) al iniciar los otoños kiraghíes, eran una de las muchas manifestaciones materiales del poder celestial, sin mayor cuestionamiento. Un conocido motivo mitológico respaldaba el fenómeno: Nevmag el Segador, despechado por el abandono de la ninfa Gerak —forma arcaica del nombre *kiragh*—, se había retirado a esperarla a la frontera del mundo. Al comenzar a envejecer después de siete inútiles años, se habría puesto a cantar la más hermosa música del universo para recuperar a la esquivia y reiniciar los días del amor en común.

Ahora se entiende que los sonidos emanados de las afelpadas paredes de este desfiladero se deben a la brusca liberación de esporas del Musgo Cantante. Estas, al ser disparadas, frotan una red de filamentos y activan un mecanismo amplificador que convierte las láminas de la planta en verdaderos tímpanos, en membranas productoras de tonos, acordes y tesituras sonoras. El eco hace lo demás, al extender y hacer repercutir la cascada de ingravidas vibraciones, resonando entonces la garganta como una inmensa catedral cuya techumbre fueran los dilatados cielos del país.

Los viajeros han descrito de manera diversa la sinfonía levísima del Musgo Cantante. Marahvi nos dice que se trata de una especie de *“tela o tejido sonoro, que parece moverse, como si grandes banderas de música ondularan en el aire, con voz a la manera de violines”*. Hilág de Mérag, menos dado a poetizar, las compara *“con el maullido del gato, pero elevándose el rumor y resonando mucho en las paredes de la roca, hasta distancia considerable”*. En lo que todos coinciden es en retratar el pasmo de las devotas multitudes que se congregan durante cada temporada para escuchar silenciosamente la antigua voz de la garganta de Kiragh, el canto vegetal y profundo que los une todos los años, puntualmente, con el futuro y el pasado del mundo.



La Araña Flor

La Araña Flor habita las laderas selváticas de Bkundal, isla del estío. Varios eones de una ardua competencia biológica en aquel aislado lugar, en el que abundan no sólo los insectos sino también sus depredadores, han dotado a este artrópodo de un peregrino método de camuflaje.

La Araña Flor es más bella que cualquier flor verdadera. No sólo ha desarrollado una compleja serie de aletas que imitan a la perfección los pétalos de una exuberante flor tropical, sino que incluso posee un par de glándulas odoríferas que procesan el más fragante de los perfumes de la selvas de Bkundal.

La Araña Flor se tiende boca arriba, amarrada a algún pecíolo ajeno por dos patas invertibles que pueden girar como si tuvieran goznes, luego extiende todos sus pétalos, húmedos, carnosos y que van desde el naranja hasta el púrpura, y dispone el resto de sus patas a manera de frescos estambres y pistilos, en un camuflaje perfecto.

Lo demás es previsible. Infinidad de abejas, moscas de la libertad, escarabajos voladores y mariposas han encontrado una muerte atroz en el regazo de la flor que les prometía la más dulce de las mieles. Su veneno, neurotóxico, entra como un dolor indescriptible y extiende como un relámpago sus ramificaciones, paralizando cada uno de los músculos de la víctima por segundos que, literalmente, nunca terminan. Los quelíceros, colmillos y mandíbulas de la araña hacen el resto.

La Araña Flor conoce un formidable enemigo. Es el colibrí de amatistas, insólito, depredador, que aparece de pronto

frente a ella, aún más hermoso, y envuelto en un resplandor iridiscente que siempre anuncia el combate.



Las pérfidas araparas

Las araparas son la única especie de abejas carnívoras que existe. En apariencia, son mucho más hermosas que las abejas ordinarias, las productoras de miel. La diferencia es que el minúsculo cuerpo de una arapara, no amarillento sino dorado y muy brillante, tiene además un punto esmeraldino sobre el dorso, y esto les brinda a sus hordas el aspecto lejano de nubes de polvo de oro, como en un ventarrón, o la apariencia cercana de cuerpos colegiados de astros pequeños, en el caos. Pero las araparas son pérfidas.

Insecto himenóptero, apoideo, depredador, una arapara común requiere de una perpetua voracidad para poder volar tan raudamente —y por espacios tan extensos— en busca de un mamífero desafortunado, la víctima infeliz. Una vez que el enjambre se alza en vuelo, rezumbón y enfurecido, hay pocas cosas que hacer para detenerlo: cuando las araparas vuelan, vuelan para comer, y siempre matan para poder hartarse. Un chaparrón, un ventarrón intenso ayudarían, por supuesto, pero una víctima en peligro muy rara vez los ve llegar.

Uno las mira venir como una tolvanera brillante, y a su zumbido, lejano todavía, comienzan a correr los ciervos desbocados, los toros salvajes, los tejones, las liebres y todo género de mamífero veloz, que son los que aún tienen posibilidades de escapar a la plaga. Se sabe de megaterios descomunales y elefantes de seis colmillos que han sucumbido pesadamente ante el feroz acoso de las abejas carnívoras y su doloroso veneno. Pero la horda no se concentrará en matar cuantos venados caigan a su alcance, sino que buscará al más fuerte y

corpulento, al más dotado de salud y energía, a aquel ejemplar cuyo ancho tórax, sedosa pelambre y carnes firmes haga la momia más bella.

Las araparas caen sobre su presa como una nube de granizo, como el mismo infortunio. Ya el veneno que inyectan contiene un desconocido elemento cuyos efectos deshidratantes preparan el cadáver para sus próximos doscientos o trescientos años. Lo primero que ocurre al desplomarse el desdichado animal es que estas *moscas de la muerte*, como también son conocidas, se abalanzan sobre los ojos, la boca y el ano del agonizante, entradas por las que habrán de dedicarse a vaciar por completo las vísceras y los tejidos blandos de su victimado. Después arrancan y devoran toda la carne que pueden, continuamente y hasta el hartazgo, haciendo un ruido sordo que recuerda al de un numeroso ejército de termitas en el corazón de un tronco putrefacto, sólo que más bullicioso y más fuerte. En pocos días aquel cuerpo tirado se queda ya sin órganos ni contenido alguno, completamente hueco, todavía entrando y saliendo las araparas por las lúgubres puertas del cadáver.

Lo que sigue después es admirable. Así como las abejas ordinarias producen sabrosas mieles y ceras salutíferas, así sus primas carnívoras secretan sólidas resinas que resecan, endurecen, embalsaman y ennegrecen cualquier tejido, convirtiendo a los huecos alces o a los desolados elefantes en ligeras y hermosas momias. Estos carcajes, se puede adivinar, les sirven de colmena, y desde allí habrán de lanzarse a sus nuevas correrías, previa consagración de una nueva reina, con zánganos, guardianes y obreras ventiladoras, como en cualquier panal común que humildemente no produzca sino mieles. Pero ay de aquél que tope con las araparas.

Los habitantes del país las odian y vituperan, y las maldicen de continuo, no pudiendo hacer otra cosa contra la plaga. Pero se sabe que antaño coleccionaban sus momias o colme-

nares, y los usaban incluso como tambores de guerra. Fernán Gonçálvez de Baralquivir, el geógrafo, tuvo oportunidad de contemplar una de aquellas colecciones, que se encontraba en cierta sala adjunta a la entrada de un palacio.

“No hayan miedo [de que] me sobre relación en este caso por maravilla” escribió, “que se me presentaron a manera de filas de grandes animales de presa o caza mayor, e muy otros de diversas colores e tamaños, unos como elephantes e otros más membrudos y espantosos, todos muy desecados e bien puestos a los muros de un gran aposento que tenían. E de que no supe a qué los resguardaban en tal manera e con tan grande cuidado, que unos estaban vestidos con mantas finas aderezadas con cuentas de oro, e otros [los tenían] muy lucidos, con paramentos muy de verse, con tanta magestad que no lo podría yo encarecer, me dijeron que sus señores los tenían por mucha ayuda en tiempo de guerra, desde que los hacían gritar e bramar como cuando vivos, con gran fuerza e aparato. Pues estando que estábamos en las puertas del aposento, tuvieron a bien me los mostrar, e vide, en entrando, unos como osos muy altos o grandes, e otros que son muy más grandes que los elephantes e son propios del país, con los zancarrones, unos derechos y otros corvos, e las muy espantables bocas abiertas e cuencas de los ojos vacías, en muestra de las infernales moscas harapares que infestan este país, porque tuviera yo mucho que admirar, e ponderar en ello”.



Los Hombres de Humo

Son una gente elusiva y desconfiada. Temen el trato con las otras razas, huyen de cualquier acercamiento y tajantemente rechazan todo contacto físico con los extranjeros, lo que se entiende. Los vendavales son para ellos como las epidemias, peor aún que las guerras. El más cansado viento puede desbaratarlos y un huracán los diezma, o aun los borra de una comarca entera, así que desde siempre le temen más a una leve brisa que a un furibundo demonio. Creen, sin embargo, que los torbellinos son sagrados, porque los miran desbaratar seres queridos y hacerlos subir al cielo.

No saben a ciencia cierta de dónde provienen, ignoran si son únicos en el universo o si existen otros como ellos en cualquier tierra escondida del otro lado del mar. Desde hace siglos, con un orgullo que los caracteriza, se han dotado de una compleja historia genealógica y de intrincadas mitologías que los hacen descender de dioses omnipotentes, númenes crueles que los han hecho adoptar la forma del humo tan sólo para ponerlos a prueba.

Son, por supuesto, nómadas. Pretenden sentir desprecio por los bienes raíces y por toda otra forma de la posesión material, pero lo cierto es que deliran por el espacio, las llanuras del mundo, los puntos estratégicos y las cumbres de las montañas.

Sus reuniones y asambleas son espectáculos inolvidables. Es difícil decir en dónde termina el cuerpo de uno y dónde comienza el del otro, porque entonces sí que se dan las manos, se persiguen, buscan camorra entre ellos, se revuelcan en la

mayor indisciplina y, cuando son muchos, pueden llegar a oscurecer el paisaje.

Consideran ser el fin último de la naturaleza y su máxima expresión, pero el conjunto de sus defectos empaña sus virtudes y las empequeñece. Son ignorantes, necios, supersticiosos, reacios a la novedad, y ciertamente racistas. Ante la dicha ajena devienen lóbregos, amargos.

Es digno de envidia, sin embargo, y de sincera admiración, el amor entre los Hombres de Humo. Las parejas de amantes se apartan como ráfagas, se envuelven dulcemente y se tensan como remolinos, se identifican el uno con el otro a tal punto que llegan, en el momento del orgasmo, a ser una unidad indisoluble con el ser que aman. Rozan los prados elevándose por encima de la tierra; trepan veloces por los árboles más altos, se dejan caer juntos por las cascadas y descansan unidos sobre la superficie de las aguas.

Los Hombres de Humo nacen, crecen, se reproducen y, como todo lo que vive, acaban muriendo. No duran mucho tiempo sobre la tierra. Un buen día amanecen como adelgazados, como débiles. Después comienzan a esfumarse, ya en plena, irreversible desintegración. Y en unos pocos minutos más, una vez abandonados a esa especie de sueño que los invade, acaban de disolverse por completo, confundándose para siempre con el aire más puro.



La Capilla de Fuego

El Negárd Sabxán de Lásib gastó toda su fortuna, su poder y su tiempo en lograr los mecanismos que hicieron posible la creación de la Capilla de Fuego. En un alargado proemio de reflexiones iniciales y preparativos —que duró más de treinta años—, el Negárd escuchó las opiniones de todos los expertos y entendidos, y sometió a concurso los contratos. Delegaciones iban y venían sin que ningún proyecto convenciera del todo.

Al fin se optó por un sistema de cristales reflectores, instalados estratégica y matemáticamente en ciertas colinas rocosas que rodeaban un páramo famoso. Estos espejos minúsculos —miles, cientos de miles de ellos—, harían coincidir los haces de luz solar en puntos predeterminados del espacio de la hondonada, de una manera tan intensa y tan precisa que volvería visibles las formas arquitectónicas de un templo en el aire. Muchos astrónomos participaron en el proceso, pero además topógrafos, climatólogos, geómetras, sacerdotes, físicos especialistas en óptica y hasta diseñadores de espacios interiores. El proyecto, a pesar de todo, resultó relativamente barato, sobre todo si se lo compara, por decir, a la construcción de los grandes mausoleos, catedrales, pirámides y otros excesos de la creatividad humana.

No es necesario demorarse en los detalles de su construcción. Baste decir que, después de consumados los cálculos, todo se redujo al exacto pulimiento de un minucioso arsenal de vidrios duros, gemas, trozos de cristal de roca y un reducido juego de diamantes perfectos. La instalación fue rápida

y pudo ser terminada justo antes de un amanecer, para que todo el pueblo pudiera ser testigo del nacimiento de la Capilla de Fuego.

Llegado el momento, la estructura fue haciéndose visible punto por punto, línea por línea, con una sutileza matinal incomparable que, sin embargo, iba cobrando enorme majestad y presencia, en una lenta gradación de intensidades que parecía no acabar nunca de superar sus propios esplendores. Así pues, en una callada sucesión de momentos inolvidables, el sol había constelado sobre el valle una hermosísima estructura de líneas como lumbre desleída, como un cristal inmenso, un esqueleto deslumbrante de geometrías más ligeras que el aire, hechas de ingrátida luz.

Por muchos años el nuevo templo vio transcurrir los inacabables nombramientos, tedeums, consagraciones y demás ceremonias oficiales, y hasta poco tiempo antes de los lamentables sucesos que lo llevaron al paredón, el Negárd mismo gustó de presidirlas. Los viajeros acudían, tanto de los países cercanos como de los situados en continentes desconocidos. A condición tan sólo de que al momento de su llegada hubiera sol, el espectáculo era apenas descriptible. Por efecto de los mínimos reflectores, el valle todo brillaba como sembrado de diamantes. Por encima de ellos se levantaba un inmenso cono de formas luminosas; un ensamblaje de volúmenes inmateriales, flotantes, tridimensionales; una compleja corona de traslúcidas filigranas que tendían hacia lo espiritual. Numerosos poemas, crónicas, relatorías y descripciones varias, dan testimonio de la grandeza inigualable de aquel mero espejismo.

La Capilla de Fuego, además, no es una sola, sino muchas. Diseñada para seguir el curso del sol a lo largo del día sin mermar su brillantez, la estructura visible cambia a cada hora, a cada instante. Su forma va desdoblándose como las formas de un caleidoscopio, como la de un insensato y delirante mo-

delo para armar. Los diferentes colores que adquiere, según el tipo de clima y la cambiante posición del sol, han sido proverbiales, y los poetas especulan sobre sus implicaciones y significados profundos. El mediodía del equinoccio la hace aparecer como un conjunto de esferas enjoyadas, mientras que la neblina del otoño la obliga casi a desaparecer. Verla bajo el arcoíris es una experiencia que solamente los más sensibles alcanzan a describir.

Diversos fenómenos naturales la alteran y desmienten, según ocurra. Una parvada de cuervos o ánaes migratorios la hace titilar en una belleza espectral, modificando sensiblemente el aspecto de la impresionante construcción en la que ninguna mano ha colocado piedra sobre piedra. Un nubarrón la difumina, mientras que un chubasco la borra y la disuelve tristemente. La Capilla de Fuego fue diseñada para ser también visible durante las noches de luna llena, en las que adquiere el aspecto de un palacio de platería fantasmal, también cambiante. La más inolvidable de las experiencias es verla transformarse durante un eclipse de sol, porque entonces el templo va adquiriendo un extraño color verdinegro, profundo, como el de las orillas de un gajo de obsidiana; posteriormente se va desactivando sistema por sistema, hasta quedar en el aire tan sólo unas pocas cadenas de puntos brillantes, y luego éstos, a su vez, se esfuman por completo en el momento justo del apogeo, cuando aparecen las estrellas.

Sería ocioso detallar la historia posterior de la Capilla de Fuego. Con un mínimo servicio de mantenimiento técnico (se trata simplemente de frotar con un paño fino los espejos y lentes cada vez que arrecia la polvareda), la inexistente construcción ha durado mucho más que el Negárd, sus funcionarios y tatamandones, el régimen que los legitimaba, e incluso el país mismo al que todos ellos juraban lealtades. Diversas naciones se la han adjudicado y ha servido de botín, pero también de símbolo y emblema para más de un dictador extranjero.

La Capilla de Fuego, sin embargo, no es eterna. La placa tectónica sobre la cual descansa se desplaza poco a poco hacia el oriente, y en unos pocos milenios más los cristales que la erigen se habrán desalineado, desenfocando para siempre el mecanismo productor de los fuegos lumínicos que levantaron, durante siglos, la más hermosa de todas las inexistencias.



El hormiguero pensante

Estas hormigas preferirán naturalmente una gran selva tropical a cualquier otro tipo de patria, pero es posible descubrir sus colonias en lugares tan diferentes entre sí como una estepa o una cordillera austral. La discreción proverbial que muestran como comunidad hace sumamente difícil el distinguirlos de un hormiguero cualquiera, pero la particularidad que los define es fundamental. Cada individuo en el hormiguero pensante (lo que es decir que cada una de sus humildes hormigas), funciona por sí misma como una neurona. O mejor dicho, como un cono o un cilindro retinal, una papila gustativa, una terminación nerviosa cualquiera; un axis, un núcleo o una finísima dendrita, dependiendo del caso.

Formidables reconocedoras de aromas, al grado de una profusión delirante, se ha calculado que cada una de estas hormigas es capaz de captar, distinguir, pero también producir químicamente más de diez mil olores diversos. Con estos construyen su alfabeto esencial, eficaz portador de señales que se desdoblán y multiplican como un ejército de geometrías desbocadas. Pero además, estas hormigas están dotadas de finísimos ojos compuestos y traducen rápidamente a salivas olorosas todo lo que ven. El conjunto de sus patas funciona como un tímpano delicado y cualquier vibración es detectada, sometida a proceso y almacenada, al final, en la memoria colectiva. El hormiguero pensante es, de hecho, un admirable ejemplo de memoria colectiva.

En el nido, como organismo, las tareas están muy divididas y conocen un alto grado de especialización. Hay hormigas

obreras, exploradoras, auxiliares, videntes, auditoras, e intendentes comunes, que llevan a cabo una función bastante ambigua; hay igualmente hormigas vínculo, hormigas enlace de primera o segunda categoría, y también hormigas procesadoras, subdivididas en grupos que los científicos todavía no acaban de clasificar ni entender del todo. Las *memorionas*, especializadas en almacenar información compleja, se distinguen de las demás por su corpulencia y se encuentran alojadas en compartimientos muy protegidos, en los rincones más apartados del laberinto subterráneo. Cuando una procesadora necesita algún dato, manda a buscarlo hasta la cámara de alguno de estos archivos vivientes. Por otra parte, la conciencia del hormiguero no radica, como se pensó alguna vez, ni en las atareadas reinas ni en los príncipes sementales, cuya función se limita a seguir proveyendo de individuos al nido, sino —aparentemente—, en las llamadas esferas de procesamiento.

El sistema de operación es sencillo. Una modesta exploradora se desplaza por la inmensa geografía del suelo selvático. Atraviesa veredas, claros de pastizales, microjunglas, troncos que se pudren, marañas de tallos, conglomerados de árboles inmensos y demás escenarios de un mundo que es, para ella, considerablemente mayor de lo que lo es para los hombres. Observa y recaba información. En dado caso, no es necesario regresar hasta el hormiguero para entregar un mensaje de importancia; bastará con toparse a alguna obrera que ya viene de regreso para transmitirle, en una sola y minúscula gotita, la relatoría completa de lo recién observado o descubierto. La hormiga receptora almacenará en su memoria la exacta composición química del mensaje y lo hará llegar sin alteraciones hasta la sede de la inteligencia colectiva.

Entonces, todo un sistema de conexiones y relevos entra en acción. Al llegar el mensaje es recibido por diversos filtros o categorías de procesadoras, que pueden retenerlo o compar-

tirlo entre ellas, quizá complementándolo con información relacionada y datos añadidos. De ahí puede pasar a esferas más altas de hormigas procesadoras, y es en estas esferas en donde habrá de llegarse a conclusiones o se decidirá entre contemplación y distracción, acción e inmovilidad, memoria u olvido definitivo.

Particular interés revisten, precisamente, las esferas o círculos de procesamiento. Son llamados así porque consisten en cadenas de individuos que se mueven en círculos concéntricos, interconectados entre sí, pero que nunca se confunden. Hipotéticamente, determinado número de círculos conforman una esfera que a su vez contiene hacia adentro algunas otras más, como las capas de la cebolla, o aun mejor, como las intrincadas bolas de marfil que encierran otras más pequeñas, igualmente labradas y complejas. Es en el corazón de esta réplica subterránea de un cosmos, sin astros encendidos y que reptan sobre piedrecitas o se desplaza dentro de un humilde laberinto de arcilla, en donde yace el secreto de tan extraña y original inteligencia. El hormiguero pensante es, en su conjunto, un complejo cerebro fragmentado en numerosos individuos, pero tan sólo unos cuantos de ellos se hermanan para erigirse en la conciencia profunda de esta alma plantada en la tierra.

El problema de la transmisión de la memoria entre estos insectos ha recibido atención especial por parte de los naturalistas, ya que la vida de una hormiga, por lo general, es muy breve. Pero poco antes de morir, se descubrió, una hormiga exhausta hace llamar a una colega joven, y sujetándose con gran fuerza, ambas se besan largamente. Se trata de un beso tan pasional y tan dulce como el de los más ardientes amantes, porque de él depende, también, el futuro de la especie. Durante el beso un largo hilo de baba arrastra muy complejos universos moleculares, y en ellos van cifrados, a su vez, todos los bosques, el rostro de los enemigos, los grandes

árboles frutales, las fuentes de agua fresca, y cadenas mucho más complejas de pensamientos: anécdotas, deducciones, los recuerdos en común.

Los hormigueros pensantes experimentan muy diversos estados de ánimo. Se han constatado casos de suicidio colectivo y consta, por muchos estudios, que los inviernos les resultan una estación proclive a la depresión, mientras que la primavera y el inicio del verano son por excelencia el tiempo de la euforia.

Un hormiguero pensante puede desviar para su beneficio el curso de alguna corriente fluvial (efectuando cálculos y derribando árboles, por ejemplo), o planear y desplegar victoriosamente una guerra. Pero su pensamiento no sólo se refiere a más o menos elementales estrategias de supervivencia grupal, sino que —de cara a las estrellas o al limpio abismo poblado por las nubes del verano—, esta conciencia singular compara, reconoce, especula, desdobra una imaginación equiparable a la de los hombres o los delfines, y eleva extrañas y hermosas filosofías.

Nada más transparente que un silogismo decantado por el conjunto de estos humildes insectos. Nada más bello, y triste también, que su poesía, hecha de puras imágenes pulsantes y silenciosas, entretejidas por una numerosa soledad, y destinada a todos y a nadie.



La Araña Estrella

La Araña Estrella vive en grietas más o menos profundas en los desfiladeros del inmenso país. No construye más nido ni más trampa que la famosa estrella que le da nombre. Esto es así: de noche sale de su escondrijo y camina en una sola dirección por sobre las paredes de piedra del cañón sombrío. Deja como pista un hilito de baba pestilente que al secarse endurece y se torna muy brillante. Luego regresa sobre el camino y, partiendo siempre de su escondrijo, repite la operación hacia otras siete direcciones hasta que termina su estrella, que tiene tantos picos, o puntas, como patas tiene la araña.

Durante el día los hilos de las trampas de estas arañas pasan desapercibidos, pero de noche la mera luz de las estrellas del cielo nocturno es suficiente para hacerlas rebrillar, y de todo esto surge el nombre que los nativos han dado a este pequeño depredador. Es de notarse cómo la gente de las barrancas se junta por las tardes para admirar las formaciones que estas simples telarañas configuran a lo largo de los desfiladeros del país: engranajes plateados, caprichosas letras, chorros de agua lunar, constelaciones inexistentes.

Muy dentro de la grieta, la araña se esconde y espera, cada una de sus patas tocando el extremo de un hilo de la estrella, hasta que pasa desprecaído algún bicho; de esos que trepan por las laderas en busca de líquenes, perdidas semillas, o algo más que comer. El bicho pisa el pico de la estrella y, por una levísima vibración, la araña sabrá donde se encuentra: en qué dirección, a qué distancia. Entonces corre, sale, brinca y vuelve

a saltar sujeta a un hilo suyo. Aprovecha las corrientes de aire, las leyes de la mecánica de péndulos y la misma gravedad, meciéndose y rapelando hasta que da con su presa. Rara vez falla. Su poderoso veneno, letal pero indoloro, hace el resto.

Esta araña presiente cuándo va a morir. Sale del fondo de su guarida y permanece a la entrada, el cuerpo en tensión, las patas extendidas, cada uno de sus extremos tocando las puntas de la estrella que tanta ocupación le dio en vida, y tanto sustento. Y se queda allí, al aire, desecándose bajo el sol violeta de Kahars.



El Borogh, o Dragón de Aire

El Borogh es un animal del aire. Pasa su larga vida siempre en vuelo, casi ingrávido, casi invisible, aprovechando las corrientes, los cambios de presión atmosférica, los ventarrones o la llegada de las nubes. Es muy grande. Consiste en una intrincada madeja de construcciones laminares formadas de un delgadísimo tejido orgánico, apenas húmedo, apenas vivo, como el agar. Conjuga diversos sistemas de membranas conectadas por tendones muy finos, despliega lengüetas casi invisibles y amplias bolsas huecas, largas tiras que parecen banderolas y conductos transparentes que vibran y ondulan de continuo, tragando aire para hacerlo circular por el intrincado laberinto del cuerpo del borogh, sosteniéndolo en el cielo.

Este animal bellissimo, que es apenas distinguible desde la tierra por causa de su transparencia, es llamado *Qodzon* por la gente de la Sowadia, y *Póram Toráa* por los hombres del desierto. El primer nombre significa “el Dragón”; el segundo, un tanto más descriptivo, quiere decir “Árbol del Cielo”. *Barantam* es palabra que proviene de la lengua litúrgica, y su raíz es *bor*, “música”.

Desde antiguo los hombres lo han visto con estupor, aunque muy rara vez se tiene la oportunidad de contemplar uno de cerca, ya que el Borogh vive y muere sin tocar jamás tierra. Sólo los huracanes y los tornados más fuertes ocasionalmente los derriban.

Cómo se reproduce el Borogh es algo digno de saberse. Una vez cada cien años este animal enorme se enamora de sí

mismo; adquiere un extraño entendimiento de su existencia celeste, de su lugar central en el firmamento, y entonces decide multiplicarse. De pronto empiezan a sentirse cambios drásticos en el inmenso cuerpo del Borogh. Las células aceleran el ritmo de sus metabolismos, los tejidos enteros se contraen y distienden, y todo el cuerpo extenso, enmarañado y fantástico del Dragón de Aire entra en agitación.

Por efecto de la estática, entonces, goteos eléctricos comienzan a fluir a lo largo de tejidos y filamentos: al principio sólo leves corrientes que se desgranán, pero después verdaderas descargas que se liberan violentamente, hasta desembocar este proceso en un chubasco de centellas, en una soberbia tormenta de relámpagos que interactúan y acaban por desgarrar en pedazos el pobre cuerpo del animal. Rosetones de fuego, grandes flores de colores eléctricos, redes súbitas de rayos incandescentes. Y finalmente una o varias explosiones agónicas que deshacen por completo lo que queda del Borogh.

Después el viento barre, ya en silencio, los jirones, el polvo orgánico, y toda la imantada e ingrávida pedacería que sobrevive a la desintegración, en libertad por el cielo. Así se desparraman nubes enteras de esporas del Borogh hacia horizontes muy lejanos, en donde un ciclo nuevo habrá de recomenzar. De qué vive el Borogh, eso nadie lo sabe.



El Pulpo de las Arenas

Numerosos moluscos viven fuera del agua. Babosas de jardín. Incontables variedades de caracoles que van desde los comestibles hasta los venenosos. Los hay desnudos o dotados de conchas multiformes, y, en fin: las especies abundan. Desde los bosques de coníferas hasta las selvas tropicales. Son incluso comunes los que viven en el desierto. Minúsculos gasterópodos. Pedacitos de vida que medran bajo una tabla salitrosa o hasta en lo oscuro de las cavernas. Lapas que reptan por cavidades húmedas de agua pura. Nada de extraordinario.

Pero el horrible Pulpo de las Arenas, al aire libre, monstruo de los eriales, terror de los viajeros y verdadero gigante en el pródigo mundo de los invertebrados, no puede ser nunca comparado a nada de eso. De grandes dimensiones, igual de voluminoso que un elefante macho (animal con el que frecuentemente se le compara en la imaginería popular), este molusco formidable se desplaza rodando pesadamente como una esfera compuesta de gruesos tentáculos entrelazados. Su piel, ya se adivina, es dura, seca, rasposa y del color del hule muerto. Sus ventosas han casi desaparecido o se han transformado en abultadas callosidades que sirven de asideros o de talones. Sus ojos son pequeños, algo hundidos y muy agudos en la visión.

Se ignora en qué momento de la trama evolutiva este animal –quizá atrapado entre desplazamientos de placas tectónicas y mares que cedían con lentitud– se salió para siempre de las aguas. Algunos fósiles encontrados en la región,

a juzgar por el poderoso pico calcáreo que preservan y que es hasta la fecha el arma más terrible del cefalópodo, parecen indicar que ya hace unos treinta millones de años un pulpo parecido merodeaba por los desiertos.

Las crónicas más antiguas lo mencionan como el terror de los arenales y los desfiladeros, y es posible que antaño fuera mucho más abundante, cuando las caravanas enteras se detenían o cambiaban de rumbo ante su sola mención. Abundan, a lo largo de la historia, los registros de ataques a seres humanos y muy pocos peligros le garantizan al viajero una muerte más segura que este pulpo feroz: ni flechas, ni lanzas, ni arcabuces traspasan con facilidad la epidermis casi rocosa de la bestia rodante y, en cambio, una embestida suya puede descoyuntar a un robusto rinoceronte, para no hablar de la inevitable asfixia que habrá de seguir una vez que el animal despliega sus poderosos tentáculos para abrazar a la víctima. El pico que surge de sus entrañas arranca huesos y despedaza tejidos con gran facilidad, todo en cuestión de minutos.

Su estrategia es sencilla: acomodado entre rocas que mucho se le parecen y que otro tanto lo ayudan para no ser advertido, el pulpo preferirá acechar desde lo alto de una colina, atento a cualquier cosa que se mueva a la distancia. Con los ojillos insomnes, inmóviles por horas, la rígida masa del cuerpo levemente apoyada a alguna pared de piedra, el pulpo sólo espera la cercanía. Sus víctimas más usuales se llaman elefantes, megaterios perdidos o camélidos de todas las especies, aunque cualquier animal de cierta alzada lo incitará a dejarse rodar, de pronto, por la polvorosa pendiente hasta alcanzar, con un encontronazo, a la presa. Primero es el golpe sordo, contundente, que casi siempre derriba a la víctima, y ya después el abrazo. El número preciso de los hombres que han sido alcanzados y luego sorbidos por este horrendo cazador se pierde con el de las arenas o las rocas del desierto, así que

se justifica la pésima reputación del animal y el horror que produce el sólo escuchar su nombre.

Muy poco se sabe de su vida secreta. Al acabar el pálido invierno austral estos monstruos parecen entrar en una o dos semanas de celo reproductivo. El Pulpo de las Arenas se vuelve entonces más ágil y violento. Recorre inquieto grandes extensiones; extiende sus tentáculos en una danza grotesca y azota el suelo para levantar una nube de polvo que lo delate, atrayendo a la hembra desde muy lejos y enamorándola. Los nómadas afirman que de noche ambos animales se abrazan, tambaleantes, en una danza lenta y torpe, y los científicos añaden que son vivíparos, muy poco prolíficos y enormemente celosos de sus crías, mismas que no parecen, cuando pequeñas, sino resacas y pardas estrellas de mar.



Las nubes de algodón

Las nubes de algodón son, si forzamos un poco el sentido de la categoría, una planta saprófita. Perpetuas cabalgadoras de las nubes verdaderas, sus curiosos y ligeros organismos están constituidos por un tejido muy fino de naturaleza fibrosa y, como organismos vivientes, siguen el ciclo natural de todas las plantas. Nacen de semillas invisibles, mucho más ingravidas todavía que las del diente de león. Aprenden a seguir a la primera vaharada de vapor que encuentran en lo alto y, si se logran, llegan a competir en volumen y majestad con las nubes más grandes de cualquier cielo.

Una nube de algodón es fresca, voladora, nostálgica. Se deja llevar hasta donde sea, a condición de que la travesía se realice sobre el lomo de una nube verdadera, ya que estas últimas son su fuente de vida. Eventualmente extraen nutrientes de las esporas que los vientos arrastran desde los bosques de helechos —especie de plancton celestial—. Las descargas eléctricas son su muerte, porque las incendian y las desgarran irremediablemente. Aman tanto el día como la noche, prefieren el verano a las demás estaciones, pero sufren indeciblemente con las tormentas y los huracanes, que a veces las arrojan por tierra, las *descielan*.

Ver una nube de algodón desplomarse es una experiencia inolvidable y contradictoria. El voluminoso cuerpo de la planta flotante, grueso y aparatoso como una nave, se desbarranca lentamente por tierra, a veces en una extensa llanura, pero en ocasiones contra una montaña rocosa y agreste. Y sin embargo

todo ocurre en silencio, sin más sonido que el del aire que corre por los acantilados, como en una deliciosa cámara lenta que simplemente ignorara cualquier otro sentido ajeno a la vista.

Antaño las águilas y los cóndores fincaban sus nidos aprovechando la protección y la tibieza de las nubes caídas, que por su suavidad han merecido el nombre suplementario de *nubes de seda*. Pero ni águilas ni cóndores significaron nada frente a la industria del hilado, que luego se consolidó con base a estas generosas fuentes de fibra natural. Aunque desde la tierra es casi imposible distinguirlas de los cúmulos y los nimbos ordinarios, toda una multitud estará atenta al cielo durante una tormenta eléctrica o un día de vientos demasiado fuertes. Ya desde que las miran ir descendiendo, las gentes se apresuran a adivinar el sitio exacto en donde habrán de caer, y corren al encuentro de la madeja celeste, que huele a lluvia, y ya está limpia para convertirse en telas finas, y no necesita ser escardada.

Una nube recién caída está henchida de ozono glacial, y lo primero que hará un campesino al llegar hasta ella es llevar un manojo de nube hasta su cara para respirar un poco de aire del cielo y acceder a una euforia gratuita, primigenia, venida de las más limpias alturas.

Una vez en la tierra, sus restos sirven hasta de combustible, de bajoalfombra, de borra. Rellenan el interior de las almohadas más blandas del universo, tejen las sedas más frescas y lustrosas. Pero esta planta del cielo lleva en vida una existencia en verdad deslumbrante, pues flota de continuo por encima del mar de las nubes, conociendo paisajes blanquísimos y siempre cambiantes: erupciones inmensas de vapor, cordilleras, veladuras de bruma y relente. Descansa bajo noches consteladas hasta el delirio y mira de continuo pasar los rayones de las estrellas fugaces. Es entendible, entonces, que ningún destino terrenal, por más utilitario que sea, pueda significar algo para ellas.

Preferirán vivir para siempre, seguir siendo el espejo del sol o, en su defecto, si ya no les queda más remedio, encallar en alguna cumbre nevada o disolverse para siempre mojándose mortalmente en el agua salada del mar.



Las piedras que ven

En Aiuián existe un tipo de piedras que pueden ver. Se trata de unos cantos rodados que han evolucionado muy lentamente hasta llegar a la vida. En los tiempos de tranquilidad —que son la primavera, los inicios del verano y casi todo el otoño— estas piedras descansan en el claro fondo de los ríos, gozando de una visión maravillosa y pacífica: lúnulas y rizos plateados que son el techo del agua, vislumbres azules que se cuelan desde el cielo, gajos de mosto y lamas de un profundo azulverde, y multitud de peces, tortugas, e insectos acuáticos que juegan al álgebra paseando por encima de ellas.

Como la piedra puede ver a lo largo y lo ancho de toda su superficie, durante el día una buena parte de su campo visual está en la oscuridad: la cara sobre la que la piedra descansa en el suelo. Esta manera de ver casi siempre un hemisferio luminoso y otro en la oscuridad no las afecta, pues las piedras perciben el mundo como un todo que las envuelve y las incluye, y no lo separan de acuerdo a pequeñas parcialidades aparentes. Al ir llegando la noche el conjunto se oscurece gradualmente, hasta alcanzar variaciones o extremos del verdinegro. Esto depende de circunstancias tales como la luna o la fuerza de las estrellas, que hunden débilmente su luz en el agua. Pero una vez llegada la temporada de los aguaceros esta rutina de la piedra vidente puede llegar a cambiar mucho.

Con la crecida de los ríos el agua se vuelve turbia, como una mezcla parda apenas emulsionada de verde. La piedra entonces se conforma con el caos marrón que la circunda

y espera (y también teme) el vislumbrar, si pasan muy de cerca, los troncos arrastrados y los cadáveres de las vacas o los hombres que se llevó la corriente. Esta es la época de los peligros; la piedra no teme demasiado a la muerte, pero sí a la ceguera y a la reproducción de sí misma mediante los golpes que la parten en toscos fragmentos y la convierten en parcialidades incompletas. Un torrente demasiado violento, ella lo sabe, puede arrojarla contra sus congéneres o contra las paredes de roca de las riberas, rajándola en dos o más pedazos, cada uno con una conciencia parcial y dividida, y cada uno condenado a la oscuridad absoluta de su cara quebrada.

Con todo, la posibilidad de ser vencida por una corriente puede significar la más grande de las venturas para uno de estos cantos rodados. Cuando la piedra siente que la arrastran las fuerzas superiores del río, reza para que quede próxima una cascada, y para que el despeñarse ocurra en pleno mediodía, o siquiera al atardecer, cuando la luz del sol pueda, aunque sea por instantes, teñir su mísera existencia de un rojo sangriento o de blancos inexpresables. El éxtasis de sentirse parte de la cascada, la delicia de liberarse por entre la cabellera del agua, los momentos de una visión uniforme que la envuelva por completo, justifican plenamente los riesgos que le esperan en el fondo y al seguir rodando por el lecho de un río desbocado.

Durante la época de secas, cuando las aguas se consumen y los lechos de los arroyos y los ríos quedan al descubierto, la hermandad de las piedras aparece como un espectáculo inquietante y nostálgico; se sumen en un débil sopor por el exceso de luz que las embriaga, pero quien las encuentra siente miedo y se descubre extrañamente culpable, porque al verlas, los hombres saben que también ellos son vistos, y que tal vez nunca, ni en el más remoto de los parajes o en la más abandonada de las ruinas, podrán estar completamente solos.



El barco viviente

Se trata de un animal de la familia de los celenterados, de cuerpo conformado por cámaras huecas, convexos escudos flotadores que embonan entre sí, y un núcleo cefálico que hace a la vez de contrapeso y centro de la existencia del magnífico barco viviente. Por increíble que parezca, un animal tan voluminoso y pesado —algunos ejemplares capturados han alcanzado la nada desdeñable cifra de cincuenta toneladas—, puede llegar a viajar tan ligero como el más ágil de los barcos de vela.

De lejos es parecido a las aguamalas y a las medusas, que son sus parientes pobres. Al igual que ellas, arrastra largas madejas de cabelleras tubulares, que son en realidad finos tentáculos con los que esta flor inversa, esta monstruosa caricatura de un sol abisal atrae y devora a sus víctimas. Una medusa comerá minúsculos peces amarillos o solferinos, pero un barco viviente es capaz de atrapar y digerir toninas, manatíes, mantarrayas gigantes y hasta pesados ballenatos.

También conocido por Granvela de Guerra, el opulento celenterado prefiere hacer su vida en los mares tropicales, pero es posible encontrarlo también en altamar y de manera ocasional en aguas frías, ya que se trata de un hábil navegante.

Llegada la hora que le marcan la luna y el sol, el Granvela se esponja. Opone al viento tibio de las estaciones sus altas y reseca aletas dorsales, que levantadas recuerdan alerones arquitectónicos, estandartes, o quizá parecen, para decirlo con palabras más coincidentes, grandes velas de barcos de guerra. La cabellera de tentáculos submarinos rápidamente

se contrae como un ancla que se levantara para soltar el navío, quedando reducida a un conjunto de pezones, o vergajos, que apenas si cuelgan de la panza del invertebrado. Así, por virtud de la mínima resistencia al agua, el cuerpo entero del animal se desplaza con una agilidad que envidiarían los tripulantes de la mejor fragata.

Luego recorren distancias que no se miden en leguas ni en yardas, sino en mares. “Ancló a dos *mares* de aquí; encalló a tantos *mares* de aquí”, suele decirse. Del agua cristalina y mágica de la Sramanda, a las corrientes color turquesa y púrpura del Golfo de Agualumbre, atravesando toda la extensión de los piélagos helados y peligrosos del Mar del Silencio, que es hondamente azul.

A pesar de la innegable majestad natural que conlleva el espectáculo de un barco viviente, este animal no es apreciado por la gente de las costas y las islas en cuyas aguas es posible encontrarlo. Sus bocas tubulares, aún ya muertas y arrancadas, se enredan en los cuerpos de los nadadores y los escaldan y flagelan de ácidos que pueden ser mortales.

Un ejemplar empecinado a la desembocadura de algún río o de tal o cual paso marítimo constituirá un serio obstáculo para la navegación. Un espécimen enfermo o moribundo llega a encallar con bastante frecuencia en una playa cercana. Si es una playa desierta, es digno de observarse el desenfreno con el que las parvadas de gaviotas se lanzan sobre el botín de la apestosa carne marina, sin mayores consecuencias. Ocurriendo esto, en unas cuantas horas el barco muerto perderá toda forma, quedando reducido a unas pocas estructuras cartilaginosas que dan la imagen de un castillo oceánico abatido por las aguas.

Pero es también posible que el animal encalle a orillas de alguna población costera, en cuyo caso será visto por todos los habitantes como un mal presagio y una dañina plaga, portadora de pestes e infortunio.

Es imposible concebir algo más nauseabundo que un barco viviente que deja de ser viviente, es decir, que ya ha muerto. Sus restos putrefactos contaminan durante meses enteros las caletas y las bahías, los esteros, y las llanuras enteras del agua marina. Y es triste verlos desfigurados, opacos, flotando todavía, pero ya desgarrados por las orcas y los tiburones.

Monstruoso, fantasmal, malquerido por los hombres, tripulado según la tradición por espíritus raros y ogresas del mar, el Granvela de Guerra empieza su larga vida como un glóbulo insignificante expulsado a los salados océanos del mundo. Un diminuto alvéolo de gelatina azulosa, apenas distinguible en el conjunto de las constelaciones vivientes de las aguas profundas. Una burbuja fría y lenta que habrá de latir por largos años antes de subir a asomarse, como un nenúfar, a conocer por primera vez los dilatados espacios del cielo y el deslumbrante fuego del sol.



La hija de Venus

Hacia el siglo quinto de la Era Común cayó en el Tamaghártz un pesado meteorito de dimensiones y formas inusuales. Aunque las crónicas no registran con detalle los acontecimientos, se sabe, por el célebre Libro de las Cosas de Antaño, que ya desde el momento de su ardiente aparición en los cielos la Hija de Venus fue objeto de acres disputas y polémicas virulentas.

Alargada y definida además por una serie de curvaturas sinuosas, esta gran piedra parece, en efecto, una mujer que se reclina para incitar a los hombres. Los tamaghíes, antaño unificados por una sola religión, pronto se dividieron en los que concedían divinidad al pedazo de hierro sideral, considerándolo como una enviada protectora de las cosechas y las generaciones, y los que le negaban todo valor o trascendencia.

Estos últimos pronto corrieron la versión de que la Hija de Venus no era sino una treta de los demonios para alejar a los creyentes del camino verdadero, y ambas posturas se fueron separando hasta volverse irreconciliables. En unos pocos años los del Tamaghártz acabaron escindidos en dos naciones enemigas, luego de cruentas guerras sucesorias que les costaron la mitad de sus hombres.

Uno de los acontecimientos más singulares de que se tenga memoria en el país es el ultraje de la Hija de Venus. Apenas algunas décadas después de su caída al mundo, la *piedra mujer* era ya venerada a través de un complejo ritual que incluía una ceremonia de ataviado por parte de los adoradores venuistas. Cuando, a consecuencia de la Batalla de los Diez Días, los or-

todoxos se apoderaron del erial en donde yacía entronizada la Hija de Venus, las hordas de fanáticos hostiles se entregaron a una prolongada orgía que dio comienzo con el despojo de las ricas vestiduras que engalanaban al meteorito. Una a una fueron arrancadas las pesadas sedas de las túnicas y los peplos; la soldadesca se disputó violentamente las bordaduras de oro de las capas pluviales, y el grueso faldón de la diosa fue paseado por las inmediaciones del solar, mostrando los restos de sangre y semen de los profanadores.

Aún así su culto continuó floreciendo en el exilio y fue el principal motor ideológico de la reconquista. Eventualmente los venuistas alcanzaron la capital enemiga y la arrasaron sin piedad, dedicándose por semanas a la rapiña y el saqueo indiscriminado. Luego de una inspección ritual, los sacerdotes encontraron que la Hija de Venus apenas si había sido dañada, lo que fue sostenido como un milagro evidente. El monolito de hierro y níquel conoció entonces nuevas épocas de gloria.

Con el pasar del tiempo el ídolo fue dotado además de pesadas máscaras de porcelana que representaban el divino rostro, los senos y las hermosas manos de la benefactora. Una liturgia se consolidó y fueron compuestas armoniosas canciones en loor de la Amiga de la Vida. Peregrinaciones iban y venían, y cada feliz temporal era adjudicado y agradecido a la piedra del amor.

Pasaron todavía unos pocos siglos más. Muchas cosas cambiaron, el mundo se complicó, como suele ocurrir. Y para cuando un gran simún cubrió de gruesas capas de arena a la reliquia, enterrándola para siempre, ya el Tamaghárz no era sino una débil confederación de descastados que sucumbía a las más frívolas influencias extranjeras y que ya había abandonado por completo el culto de la estrella en desgracia.



El verdadero Árbol Nodriza

Ya los antiguos mexicanos soñaron con un árbol nodriza, fuente perenne de alimento, nostalgia y amor ultraterreno. Lo colocaron más allá de la muerte, en el paraíso de Tláloc. Pero hay un árbol nodriza verdadero, existente en este planeta. Se trata del *Ceiba Nutrix*, que ya tan sólo crece en el llamado Fin del Mundo. El Fin del Mundo, ya se sabe, no lo es en modo alguno; a sus límites corresponde el inevitable principio de otros mundos. Pero la lejanía evidente de la región así conocida y el aislamiento de sus complejos ecosistemas han impedido que desaparezca por completo este extraño y hermoso tesoro vegetal, ceiba gigante entre las ceibas verdaderas, otrora tan buscada por su madera y por los aceites esenciales que produce el algodón, o pelusa, que recubre sus frutos.

Incontables son los relatos que se dedican a propagar la admiración o el temor que provoca el solo nombre del Árbol Nodriza, pero en todos ellos late una poderosa semilla de mentira y exageración, pues muy pocos son los hombres que han logrado llegar hasta donde crece, resistir a los encantos de su inmensidad y atractivos, y todavía regresar para dejar testimonios fidedignos sobre su exacta naturaleza.

El Árbol Nodriza es ancho y copudo, parecido al ombú pero mucho más grande y aparatoso. Sus raizales, a flor de tierra, parecen representar el combate de pulpos gigantes que hubieran sido abandonados por una marejada en plena selva, y la base que este nudo de raíces externas conforma es del mismo tamaño que la sombra que proyecta la copa del árbol.

Las primeras menciones históricas del *Ceiba Nutrix* son muy antiguas, y lo quieren dotado de un alma y del don del lenguaje. Aunque en los ciclos heroicos, especialmente en el Canto de las Transmigraciones de Almagrande, el árbol aparece como una bruja poderosa, encargada de prohibir la entrada a los paraísos terrenales. En los poemas mitológicos, más antiguos que los anteriores, el Árbol Nodrizza es visto como uno de los avatares de la diosa madre, como una de las formas de la salvación. Según otra variante, estas ceibas nacían de las gotas de leche que caían desde las tetas divinas de la diosa solar.

En los primeros tiempos parece haber existido un tabú que impedía pronunciar el nombre original de la planta, sustituyéndolo por las más variadas expresiones calificativas. Es incluso posible que la denominación actual —“nodrizza”— tenga su origen en uno de aquellos sinónimos más lícitos y poetizantes. Otros epítetos y metáforas encontrados en los antiguos textos son “ramal de leche”, “sol de los bosques”, “niña de la felicidad” y “madre última”.

Al conocer este árbol insólito, lo primero que llama la atención es su corpulencia. Pero ya más de cerca sorprende la fragancia que exhalan su corteza delicada y sus ramas de elegantes hojas, porque resulta ser la fragancia, aunque algo exagerada, de una teta y una piel joven, de doncella. Las ramas del Árbol Nodrizza frecuentemente no son hermosas, ya que si el ejemplar rebasa los doscientos años éstas llegan parecen nódulos de carne endurecida o miembros envejecidos de gigantes gotosos. Pero de sus extremos se desprenden penachos de generosas ramas colgantes, en algo parecidas a las del sauce llorón pero rebosantes de casi ingravidas hojas que tienen forma de plumas o de estrellas. Hacia el inicio del verano, cuando ya las lluvias han llenado la selva de esplendores, es cuando se dejan ver los increíbles frutos del Árbol Nodrizza, que son tetas perfectas, turgentes

mamas colgando de unos como cálices vegetales que parecen grandes flores sonrosadas.

Ciervos, gibones, tapires rey, y hombres y mujeres de todas las razas han sucumbido desde siempre a los encantos del pezón incomparable de estos senos generosos, que cuelgan en conjunto como las más hermosas frutas del universo. Muy pocos, o acaso ninguno, ha escapado a la irresistible tentación de enamorarse y prenderse tiernamente de una de estas ubres vegetales para ser amamantado por el árbol de la felicidad. Si uno contemplara al árbol desde abajo, que es como lo contemplan los que llegan hasta él (o hasta *ella*), lo percibiría como una extraña galaxia de centelleantes soles y estrellas verdes. Como una cascada de constelaciones de entre las cuales surgen innumerables pechos que nos invitan a la regresión absoluta o al embriagante viaje del enamoramiento. Como la entrada deslumbrante hacia otra dimensión.

Y ciertamente lo es. Estos senos, más sedosos que la piel de una impúber, más fragantes que bocas jóvenes a punto de besar, están hinchados de leches alcaloides, de poderosos néctares alucinógenos que harán aparecer frente a los ojos cerrados de los lactantes los más indescritibles universos, las más impredecibles imágenes de radiancia y felicidad. Describir los efectos es caer en las trampas de la retórica: lentas y dulces lluvias de rombos fosforescentes, intrincadas florescencias de nácares que arden sin consumirse, inmensas caleidoscopías tridimensionales, pobladas por astros y gemas que flotan en el viento de la plenitud. Todo esto es, en efecto, retórico. Pero además es inexacto y por completo inútil, pues la experiencia, a decir de quienes escaparon de ella, rebasa todo lenguaje.

Lo cierto es que se comprende que los colgantes no quieran ya separarse ni por instantes de aquella fruta paradisíaca. Antes dejarán que la planta los rodee y sujete con las verdes cabelleras de zarcillos que pronto crecen hacia la víctima, y

aun cuando llegaren a caer, sacudidos por una fuerte ráfaga de aire, harán el mejor uso de sus últimas fuerzas y se levantarán, arrastrándose hasta la teta más cercana para volver a aquel paraíso concéntrico, poblado de flores que resultan constelaciones, de atmósferas resplandecientes y perpetuas felicidades. Una vez muertos, los cuerpos caen junto con la fruta y los zarcillos, ya para entonces desprendibles y resecos. Por todas partes se argumenta que los cuerpos de los lactantes, ya sin vida, caen a los pies del Árbol Nodriz para alimentar con sus despojos las raíces de la planta que les dio tanta dicha y perdición, quedando catalogada así la *ceiba nutrix* dentro del género de las plantas carnívoras.

Pero ahora se sabe que el provecho que este árbol obtiene de sus víctimas es de otra naturaleza. Sus semillas, invisibles de tan pequeñas, viajan a través de la leche de sus frutos, como en una emulsión, hasta alojarse en los estómagos de los narcotizados. Pero además éstas requieren de un severo lavado químico (como el de una o dos digestiones sucesivas, por ejemplo) para deshacerse de sus duras cascárulas y así poder germinar. Las aves carroñeras, atraídas por el olor de los lactantes en descomposición, devoran en poco tiempo sus embelesados cadáveres y después vuelan por increíbles distancias, perpetuando, al esparcir sus semillas, al magnífico árbol de la felicidad. Muy lejos de allí, en otros paraísos. En otros fines del mundo.



Las lunas de las lunas de Tamássaran

Las lunas de Tamássaran a su vez tienen lunas, y forman un intrincado sistema de satélites que se desdobra en ulteriores sistemas de satélites. Tamássaran, ya de por sí, es un planeta raro. Los viajeros no olvidan nunca sus violentas culebras de agua, verdaderos ríos voladores. Tampoco sus tormentas de piedras, que suelen dejar pocos sobrevivientes, e incluso pocas ciudades en pie. Son también célebres sus mareas, que noche con noche reducen países enteros a la mitad, y sus espléndidas primaveras, en las que las plantas crecen, literalmente, frente a los ojos del espectador.

Muy pocas cosas comparables habrá en el universo a una noche de lunas llenas en Tamássaran: los habitantes las llaman *días de plata* porque las tierras enteras parecen estar hechas de interminables arenas y bosques metálicos; pero además las aguas de los mares, encrespadas, bañan las cumbres de los acantilados más altos, los gigantescos árboles reverberan, y en las llanuras, al levantar la vista hacia lo alto, se recorta veloz por entre las imágenes de las lunas el vuelo enmarañado de los kivares y los álvvidos.

Son igualmente célebres en el planeta los complicados calendarios de los eclipses, que pueden ser solares, lunares, interlunares y múltiples. De todos ellos, estos últimos han sido siempre los más temidos, porque a pesar de los complejos patrones de belleza que despliegan sobre los cielos, crean torbellinos gravitacionales que desquician inmensas regiones e incluso pueden acabar con civilizaciones enteras. En Tamássaran, como se sabe, más de una época histórica

ha terminado así. Otra visión maravillosa la constituyen las noches de perihelios, en las que el cielo entero se convierte en una inmensa urdimbre de argollas inmateriales y coronas de luz fría que, desgraciadamente, casi siempre anuncian furiosas tempestades.

En el pasado las lunas eran vistas como dioses; todo el conjunto era llamado *la Santísima Lunería*, y no había ninguna de ellas, ni aún la más pequeña de las lunas de las lunas, que no tuviera su nombre propio y su función específica en la intrincada maraña de historias y leyendas que las vinculaban, entre ellas mismas y con el resto de los mundos. Funcionaban también como astros tutelares y más de una ciudad fue bautizada con sus nombres.

Ya desde antiguo los tamássaros intentaron la conquista de su prolija *lunería*, pero por mucho tiempo no se trató sino de sueños inalcanzables, complejos cálculos escritos en el papel o desafortunadas intentonas que por lo regular iban a dar estrepitosamente a tierra. El avance fundamental en esta prolongada épica lo constituyó el descubrimiento y sistematización de los primeros calendarios astronómicos, que permitieron prever con alguna exactitud los alineamientos de las cadenas lunares y sus correlativas corrientes antigravitacionales.

Los primeros navíos interlunares eran una especie de barcos de mimbre, equipados con toda suerte de instrumentos de navegación y sujetos a globos aerostáticos. Después fueron provistos, además, de juegos de paracaídas, complejos velámenes y anchos timones de tela, diseñados para aprovechar los caóticos vientos y para controlar la dirección de la nave. Los navegantes se preparaban durante largo tiempo en espera de los alineamientos celestiales que habrían de provocar las bruscas anomalías en el campo de gravedad del planeta, privando al barco aéreo hasta del noventa por ciento de su peso. Entonces levaban las velas, soltaban amarras y empren-

dían valientemente, a veces por el puro placer intelectual de la exploración científica, una aventura que frecuentemente terminaba en la desgracia.

Eventualmente, las lunas fueron conquistadas, al igual que las lunas de las lunas. Las últimas centurias, como era de esperarse, han presenciado una excesiva explotación de los recursos de casi todas ellas, poniendo en riesgo la estabilidad de las lunas más pequeñas y con ello, el delicado equilibrio del sistema en su conjunto. Kshaváltali, por ejemplo, de apenas unos cuantos kilómetros de diámetro y considerada por los astrónomos como el antiguo núcleo de un planeta mayor, es una gran productora de diamantes.

En tiempos históricos, nadie jamás ha presenciado una sola colisión interlunar, pero los textos sagrados las predicen. Y lo que es peor, los más exactos calendarios astronómicos también. Gobiernos, academias científicas y mafias intercontinentales mantienen en secreto la fecha de la más próxima a ocurrir. Entretanto se preparan para sobrevivir, o simplemente para sacar de la catástrofe cuantas ventajas les sea posible. Y para disfrutar, por supuesto, del caótico nacimiento de quinto anillo del planeta.



Los collares de lágrimas

No se sabe con exactitud cuando fueron inventados los collares de lágrimas. Los ejemplares más antiguos que se conservan datan del siglo cuarto antes de la era común, aunque se han encontrado restos incompletos de ornamentos muy similares provenientes del período protodinástico, es decir, de antes de la invención de la rueda, el papel y la pólvora.

Los más antiguos que se conservan son generalmente de cristal de roca, amatista o granate. En ciertas épocas fueron comunes los de piedras preciosas, pero posteriormente parecen haber caído en desuso los de materias demasiado llamativas, habiendo predominado las cristalinas e incoloras.

Ya para el siglo doce la significación de los collares de lágrimas había tomado el contorno que habría de conservar durante los casi dos milenios siguientes. La idea era que los dioses recordaran las penas de sus augustos portadores, sintiendo por lo tanto la compasión necesaria para ahorrarles, en lo futuro, nuevas desventuras.

Desde muy temprano en la historia, las costumbres y ceremonias relativas al uso de estos extraños ornamentos fue monopolizada por las instituciones religiosas, a veces en estrecha colaboración con los gobiernos centrales. Hacia mediados del Siglo de Auge un complejo circuito colegiado de oidores, dependiente de la Iglesia Madre, controlaba rigurosamente la concesión de lágrimas. Para evitar la falsificación, se prefirieron las elaboradas con una precisa mezcla de caras resinas, susceptibles de ser autenticadas. Además,

se marcaban con sellos microscópicos, y el proceso requería de diversos trámites cuyo costo no siempre estuvo al alcance de los más necesitados.

En el período de la decadencia, por supuesto, este sistema degeneró en un vil comercio administrado con muy pocos o con ningún escrúpulo. A juzgar por la manera de vestir, resultaba que los ricos invariablemente habían sufrido mucho más que los pobres, lo que dio origen a un género de burlas que se refleja ampliamente en la literatura popular de la época. Surgió también la figura jurídica del *endilgado*, compraventa mediante la cual una persona adquiría en público y frente al oidor, todos los sufrimientos de otra, llevándose a cabo el traspaso del collar en cuestión. Este contrato quedaba sellado en el momento en que el adquiriente, habiéndose colocado su nuevo collar de lágrimas, prorrumpía escandalosamente en llanto y se rasgaba las vestiduras.

El estudio de la historia de los collares de lágrimas arroja algunos datos curiosos e interesantes. Los habitantes de la edad del hierro acumulaban a todo lo largo de su vida un promedio de once a quince pesares susceptibles de ser lacrimizados. Los del siglo catorce, en cambio, llegaban a más de ciento treinta y sus pesados collares le daban varias vueltas a un cuello normal. Durante el gobierno de las Juntas Civiles, en plena era del comercio, parecen haber sufrido más los hombres que las mujeres. A mediados del siglo diez y seis, en cambio, los collares rara vez cuentan con más de cinco lágrimas y, como se sabe, aquella fue una época de hambrunas, epidemias y guerras intestinas.

Aún en los períodos de mayor boga, sin embargo, el uso de este adorno conoció múltiples variantes. Durante el Siglo de Auge —del cual conservamos bellísimos lacrimarios labrados en numerosas piedras finas, cada una representando un tipo específico de penuria—, no todo mundo pretendía ser un cúmulo viviente de sufrimientos y malos recuerdos. Los

personajes públicos recurrían, por lo general, con bastante discreción a este tipo de ostentaciones. Algunas divas ocultaron siempre sus collares y otras redujeron a un mínimo el número de sus penas visibles. La célebre Nuno Dálavant, por ejemplo, no cargaba en su collar sino tres lagrimitas de un bruñido cristal de roca, y con respecto a su escasez contaba siempre recurriendo a explicaciones retóricas y poco convincentes, adobadas de falsa poesía. Más famoso fue el caso de Támnaz Alavínt, quien no mostraba sino una sola, perfectamente sólida, pulida en un notable brillante azul, y argumentando que era la pena solitaria, muy profunda y muy dulce, de existir.



La Serpiente Irisada

Su nombre popular lo dice todo. Es un ofidio largo, escurridizo y rápido, pero irisado, mucho más todavía que la célebre mariposa que tiñe los billetes de las naciones ricas.

Las hay tendientes al azul claro, y también más oscuras, parecidas a un relámpago zafiro, o tal vez color de índigo. También se les ha visto rojas y púrpuras. Pero es iridiscente, así que en cualquier caso es también verde, amarilla o anaranjada, y del color de la plata y del oro fino. De pronto centellean por entre las saladas dunas de los desiertos de Tamássaran, como si fueran un látigo metálico escalando por el mar de la arena, escribiendo en el idioma del país exclamaciones casi dolorosas al ojo, perdiéndose. Dotada de una afilada cabeza y de una proverbial sensibilidad para detectar la más fina de las vibraciones del suelo, la Serpiente Irisada ha acumulado sobre sí una intrincada reputación. Un joven de veintidós años (número de las lunas madres del planeta), no habrá de verla nunca, porque de lo contrario moriría. Una muchacha núbil que la viera, en cambio, habrá de ser la madre de gemelos, o de triates, según la intensidad con que la contempló. Una mujer adulta puede matarla y comerla, pero no un hombre casado, quien debe considerarla sagrada. Durante el primer día del año su aparición presagia una abundante recolección de bayas negras; si es el segundo día, una escasa cosecha de granoduro; durante el tercero un terremoto, y así sucesivamente. El sumo sacerdote del culto a las lluvias no vestía, con ocasión de la ceremonia de los equinoccios,

sino un grueso faldón de estas víboras, todavía fulgurantes y perfectamente vivas.

Una vez muerta, la Serpiente Irisada pierde algo de su prestigio. Sus vértebras son usadas como dados por los niños del país, y de su piel, previamente secada al sol y muy bien molida, cualquier mujer prepara un maquillaje, el moderadamente caro *lúlumeg*.



El Árbol de Ángeles

 s inmenso, de follaje un tanto escaso, rasposo al tacto y de anchas hojas; pero las proporciones de su conjunto, como árbol, son áureas. Imponente, alto y majestuoso, el magnífico Árbol de Ángeles no tiene todavía nombre científico. Se le vincula con otras ceibas y árboles *yaaxoob*, proyectores descomunales de vida. Pero no se ha descubierto hasta la fecha planta parecida ni planta que se le compare. Crece en los islotes y meandros de algunos deltas meridionales todavía vírgenes, o casi vírgenes, en total aislamiento de otras selvas.

El mejor momento para contemplarlo son las auroras o, mejor aún, las puestas de sol; esos extraños atardeceres amarillos, opalescentes, que pueden observarse en los pocos paraísos que todavía se conservan en el planeta. El Árbol de Ángeles crece muy lentamente, a lo largo de varios siglos, y no produce ésforas sino después de los doscientos cincuenta o trescientos años.

Las ésforas, preludios de una flor inusual y magnífica, comienzan como pequeñas perlas apenas visibles, pero con el tiempo van hinchándose poco a poco, como el vientre de una mujer encinta. Hacia el séptimo mes, las ramas cargadas del Árbol de Ángeles parecen ser las de una inmensa mata de berenjena cuyos pesados frutos fueran del color del marfil, a veces dotados de un oriente casi tornasolado que se percibe desde la distancia. Pero después la ésfora, perla demasiado hermosa y demasiado pesada en este paraíso de competencias feroces y realidades ásperas, sigue creciendo hasta llegar a ser

aún más grande que una placenta humana, distendiéndose, y en pocos días pierde su brillo característico para volverse translúcida: tan sólo un huevo transparente que cuelga del más extraordinario de los árboles.

Quienes observan las ésforas en esta etapa de su desarrollo advierten espantados un gran árbol cargado de extrañas formas que a veces se mueven con lentitud dentro de su crisálida; algo así como una colonia de extraños seres en gestación que se adivinan a través de esos bultos membranosos, parecidos en algo a los perversos huevos de los antiguos reptiles voladores.

Ya hacia el undécimo mes, o quizás un poco antes, se rompen tiernamente esas membranas dejando exhalar un perfume inexpresablemente dulce y fragante que invade las llanuras y los meandros del delta afortunado y que ya anuncia el contenido de estos cálices sin par: ángeles verdaderos, arrobadores ángeles de carne y hueso que van del blanco perla al azul índigo, incluso al negro tornasolado.

Al igual que los polluelos más humildes de toda la escala zoológica, un ángel nace despeinado, húmedo por los líquidos coloidales que acaban de entregarlo a la vida, y que, en este caso, huelen a sándalo. Todavía por un par de horas antes de desprenderse para siempre del árbol madre, el ángel se sacude sin gracia alguna, con muy poca coordinación corporal. Luego se despereza, aletea ejercitándose y secando al sol sus plumas. Pero muy pronto queda lustroso, perfectamente seco y listo para intentar el vuelo. Un gran árbol lleno de alas que se baten contra los aires del paraíso es verdaderamente algo inolvidable.

Este prodigio vegetal no es, por supuesto, eterno. Durante el período de la producción de ángeles, en especial, se muestra particularmente vulnerable a todo tipo de hongos, musgos, o líquenes parásitos. La orquídea tigre puede cubrirlo de manera completa en unas cuantas semanas y acabar por secarlo. Todavía más desoladores resultan los incendios, que

desprenden a los ángeles aún inmaduros y los hacen chillar y aletear torpemente, envueltos en el fuego.

Pero si nada de esto ocurre, eventualmente el árbol hará brotar las alas y los cuerpos bellísimos de los ángeles, en lo que los viajeros han llamado el *día del desprendimiento*: la hora en que estas aves incomparables baten por fin las alas con la fuerza suficiente para arrancarse del mundo y salir volando hacia el cumplimiento de su destino.

Técnicamente, cada ángel es una flor. Sus impolutos cuerpos ocultan en los corazones las cifras biológicas que permitirán en lo futuro el cíclico renacimiento de árboles y ángeles. Sin más peso que los lirios o las magnolias, estas flores de carne se elevan por centenares, revolotean, se buscan entre ellos guiándose por su perfume y se extienden hasta abarcar los cielos de valles, llanuras enteras, sobrevolándolos a la manera de los ejércitos de hormigas princesas que se remontan por sólo un día, en la esperanza frenética de copular por unos breves instantes en el aire.

Como los ángeles son andróginos, el intercambio genético es siempre mutuo. Enardecidos por los perfumes, la altura, el aire purísimo y por su propia belleza, los pájaros flor se dejan consumir por un abrazo que apenas dura los vertiginosos instantes de una caída, en la que el mismo sol gira en torno a ellos. Ya agotadas las fuerzas los ángeles se desploman, agónicos, y el viento va arrancándoles las plumas, las alas, los brazos hermosísimos, hasta quedar tan sólo su preñado corazón.

Técnicamente, cada corazón es una semilla, y allí donde cae el corazón de un ángel muerto, allí habrá de nacer una nueva ceiba florecedora de ángeles.



El Lobo de Malllano

Malllano, comarca vacía, extensa y desde antaño inspiradora de espejismos y malos sueños, nos ha dado algunos de los animales más atroces que rondan campo alguno. El renombrado lobo oriundo de aquel erial podría servir como uno de los mejores ejemplos.

Ya los más viejos libros de crónicas lo mencionan como malforme encarnación de algunos personajes mitológicos y demonios. Cuando era más común constituía el mayor obstáculo al que debían enfrentarse los viajeros que se veían forzados a atravesar el Desierto de Malllano.

No se trata, afortunadamente, de una bestia gregaria, pero uno solo de estos lobos basta para inspirar el más fundamentado terror de toda una caravana. Grande y robusto, hocicón, color tizne, más veloz que el viento y siempre voraz, el Lobo de Malllano está dotado además de dos bolsas o cavidades bucales repletas de alacranes. No cualquier alacrán, sino el carnívoro *Scorpio Ferox*, cuyo veneno adelgaza o digiere en pocas horas un volumen considerable de carne. Extraño caso de simbiosis por la que el lobo compensa su carencia absoluta de saliva y el alacrán escapa a la excesiva escasez de vertebrados en aquellas regiones.

El espectáculo de una embestida es horrible. Ver acercarse a toda prisa al monstruo; verlo saltar sobre la presa para derribarla; verlo romperle el cuello y luego vomitarle encima una informe masa negruzca que empieza a resolverse en un hervidero de segmentos quitinosos, tenazas, cabecitas minúsculas de múltiples ojos, colas articuladas y aguijones.

Ver esa misma masa destrenzarse por fin en una legión de escorpiones que se dispersan con rapidez en busca de la presa. Ver a la presa estremecerse por las convulsiones de cada aguijonazo, con violencia, hasta la muerte.

Pero después viene la extraña calma del lobo que ronda a su víctima, esperando a que el veneno de los arácnidos haga la digestión por él y permitiéndoles que, mientras tanto, tomen para sí la mínima parte que les corresponde.

Es digno de admirar la manera en que el lobo come, haciendo cuidadosamente a un lado a cada una de las sabandijas, como un amoroso padre que corrigiera con indulgencia a sus vástagos. Luego descansa tumbado en las arenas y la colonia de escorpiones regresa lentamente a su cálida guarida, que son las amplias fauces de la bestia. Allí permanecerán en la mayor protección, para después ser transportados a lo largo de increíbles distancias, hasta la nueva embestida.

Cada vez quedan menos lobos de Mallano, eso sí. Han ido enrareciéndose conforme los desiertos son sitiados y vencidos por las orgullosas murallas de las nuevas ciudades: mareas lentísimas de piedra, floraciones de aceros y aluminios, altos farallones de cristal verde y negros mármoles.



Los monasterios del pedregal

Es proverbial que cualquier monje busca la sencillez y se huelga con la sobriedad. Esto se aplica por igual manera al vestido, a los hábitos alimenticios, o al palacio construido para albergar al rey de la orden. Pero nunca es más cierta esta reputación que en el caso de los humildes Hermanos Sakledeos, constructores de los Monasterios del Pedregal.

El origen de la orden se remonta al tiempo de los grandes cismas, cuando anástaros y monocósmicos se separaron, dando origen a los dos grandes grupos de religiones que a la larga prevalecieron por todo el continente. Se dice que fue el mismo San Iláke, el patrón de la orden, quien fundó el monasterio original, por más que su figura ahora pueda parecernos tan sólo una vaga referencia mítica. Lo cierto es que a pocas décadas del Cisma Grande ya se hallaban establecidos los primeros cinco retiros de la cofradía, y que con posterioridad estos originales refugios siguieron multiplicándose a lo largo de todas las riberas del Río de la Sal, incluyendo las del vasto y remoto valle de Malahierba, proverbialmente inhóspito y desértico.

La diferencia fundamental entre cualquier monasterio y los consagrados por los sakledeos es que los de estos últimos nunca fueron construidos, o para decirlo con las palabras de los mismos monjes, “fueron construidos por Dios en persona el mismo día de la creación”. Se trata de eriales en los que abundan grandes rocas, farallones, muros de piedra y a veces cuevas; formaciones pétreas que, a los ojos de estos santos

varones, por sí mismos conforman los corredores, las salas, todos los aposentos y hasta las bellísimas terrazas y jardines que son necesarios para un monasterio.

La extravagancia deriva de la idea, sustentada por las antiguas sectas fundamentalistas, de que Dios hizo al mundo para el hombre y al hombre para el mundo, de tal manera que cualquier modificación del entorno o cualquier instrumento para protegerse de sus elementos es vista como una herejía. No habría que creer, sin embargo, que en la actualidad se siguen esos preceptos de manera tan rigurosa: la tradición permite que los monjes horaden las paredes de los farallones y algunos de sus asentamientos llegaron a poseer complejas redes de túneles y, ocasionalmente, cámaras subterráneas, aunque estas últimas muy rara vez fueron usadas como dormitorios. Las razones de tales licencias arquitectónicas eran de índole práctica: para un anciano abad resultaba prácticamente imposible rodear el cerro o escalar su cumbre tan solo para llegar a un oratorio situado en la ladera contraria, así que la línea recta de un túnel era la solución natural.

Aparte de los túneles y de las escasas cámaras o recintos que a veces se labran dentro de las montañas, por lo general cada monje cuenta con una pequeña oquedad labrada en alguna pared rocosa que le sirve de cama y de refugio contra la lluvia. En ella estará a salvo de la lluvia o el frío y dormirá con bastante comodidad, porque los sakledianos se proveen de excelentes edredones rellenos de plumajes de aves y diversas flores secas, y las paredes de la oquedad están frecuentemente recubiertas de mosaicos que aíslan de la humedad y reproducen jaculatorias y frases piadosas.

Se sabe que los primeros monjes predicaban (y generalmente practicaban) la total desnudez, pero ahora casi todos se visten con decencia, y en ocasiones hasta con elegancia. El rey de la orden, por ejemplo, porta una serie de sayales de corte sofisticado y complejo. En las ocasiones solemnes

luce imponente, y no dudará en usar ornamentos de piedras y metales preciosos, siempre y cuando éstos no representen sino emblemas sagrados, animales del bosque o sencillas hierbas de la pradera.

Con ocasión de celebraciones importantes o de simples fiestas, estos monasterios de desdoblan como una flor: los monjes corren a levantar paramentos y anchos toldos de lino o algodones peinados. En pocas horas se elevan carpas que fungen de cúpulas y complejos laberintos cuyas paredes están hechas de telas finas. Entonces el monasterio cuenta con espléndidos salones que en otras cuantas horas más habrán de desinflarse y serán convertidos en mantas replegadas, dejando la montaña tan rocosa y desnuda como antes.

En pleno florecimiento, los monasterios del pedregal lucen espléndidos, capaces de dimanar una majestad muy superior a la de las laboriosas construcciones de los arquitectos y los príncipes. Cuando una procesión desciende por entre los monolitos y desfiladeros, ante vacíos inmensos y en medio de todo tipo de formaciones rocosas, se está ante la presencia, paradójicamente, de una arquitectura total, absoluta, obra de la más grande de las soberbias o de la más perfecta de las vanidades. Y esto ha sido notado por los enemigos de la orden y esgrimido como argumento en contra de los eremitas sakledeos.

Se trata, en efecto, de una arquitectura; pero es la más elemental y sobria de todas ellas. El papel del artista, en este caso un monje que ha estudiado con rigor todos los excesos que los humanos hayan levantado con el adobe, el ladrillo o la piedra y que, por lo tanto, sería capaz de diseñar una catedral, queda reducido al de la simple contemplación creativa, al del intenso trance iluminatorio por el que se elige tal o cual lado de una escarpadura y se le asignan funciones de torreón, sala de audiencias o sagrario.

Pero una vez que son abandonados por los monjes, (y más de un monasterio ha sido abandonado en los eriales de

Malahierba) las extrañas ciudadelas de los sakledeos vuelven a confundirse rápidamente con el resto del paisaje, no siendo ya identificables sino por los arqueólogos o tal vez por otro tipo de especialistas. A éstos les bastará una borrosa y delicada inscripción para saber que allí fue la biblioteca o más allá el altar mayor. Y una sencilla muestra coprológica podrá ubicar el resto de un monasterio desaparecido, demostrando cuán contradictorias, ambivalentes y frívolas son todas las creaciones humanas.



El Gran Vom

Vom es el nombre que los hajaríes dan a las campanas, pero es fama que entre ellos las campanas son sagradas desde antiguo y no han servido nunca para los usos frívolos y mundanos que otros pueblos les han dado. El Alto Hujrah, dilatada geografía de cordilleras, acantilados, hondos cañones y taludes, es el país del eco por excelencia. El vom, entonces —cualquier vom—, como instrumento destinado para la generación de hermosos sonidos y grandes ecos capaces de extender sutiles redes sonoras que atraen las lluvias, convocan a las almas de los grandes difuntos y alejan a las plagas, es entendible que fuera tenido en gran estima.

El Alto Hujrah es, ya de por sí, una tierra de sonoridades deliciosas y profundas, pero el Gran Vom es algo aparte. Elevado en el año setecientos antes de la Era Común, este antiguo tesoro, que constituye la culminación de toda la orfebrería y la metalurgia hajarí clásicas, dio fin a un prolongado período de “elevación” —o construcción— de grandes campanas rituales. El Gran Vom fue amasado al rojo blanco en aleaciones de oro y plata, añadiendo sutiles cantidades de otros metales nobles con la intención de dar fuerza a la campana sin que mermara la calidad de su voz. El molde que contuvo aquel valioso plasma que ya casi latía, de tan exacto y puro en su fórmula, fue labrado en varias piezas de caolín extranjero. Jóvenes vírgenes martillaron con fuerza las formas emergidas de aquella porcelana que se quebraba para siempre y, posteriormente, grabadores y artistas cubrieron cada pulgada de aquella superficie de hermoso

color rojo-y-oro con inscripciones en la lengua litúrgica y en las demás lenguas del país. Por último, el colegio sacerdotal dirigió la operación por la que el suelo sobre el que fue vaciado y labrado el Gran Vom era socavado para que la campana quedara suspendida, colgando de los arbotantes que constituyen su *Casa Grande*.

Esta torre, o bóveda gigantesca, constituye, ya de por sí, una maravilla arquitectónica por derecho propio. Tiene la forma de dos arcos en cruz y de cada columna descienden pesadas escalinatas adornadas con estandartes, nichos esculpidos y portadores de antorchas.

La superficie exterior de la gran campana fue concebida como una concatenación de mantras, jaculatorias y hermosos ruegos que están inscritos en el metal, de acuerdo a los mejores estilos caligráficos de la época. Están redactados en versos insuperables y tienen como finalidad la de proteger al país de todos los males concebibles, así como la de propiciarle temporales, avenidas moderadas en los ríos, buenos inviernos y paz imperturbable. Al resonar el Gran Vom, se creía, todas aquellas súplicas se multiplicaban con cada onda sonora, esparciendo sus bendiciones sobre la vastedad de la tierra hajarí, cuya historia llegó a ser alternativamente gloriosa y convulsa.

Clemencia desde los cielos del mundo. Limpios y generosos temporales para los campos. Mieses y frutos en abundancia para los hijos de la tierra. Salud para los habitantes del país. La paz del Negárd se extienda sobre todos sus hijos y sus aliados. Súbita y humillante derrota para los enemigos del Alto Hujrah. Clemencia desde los altos cielos del mundo. Estos son tan sólo algunos de los enunciados inscritos en el Gran Vom que ahora pueden ser fácilmente comprendidos.

Otros más, redactados en un estilo críptico y de difícil interpretación, tenían como propósito el desatar complicadas cadenas de causas y efectos mágicos. Constituían verdaderos

“pases” o conjuros y únicamente podían ser comprendidos por los hechiceros o por los demonios y dioses hajaríes, que eran legión. He aquí unos pocos ejemplos: *Arda en el centro del aire la simiente perfecta. Vive la gota de lumbre en las alturas del cielo. Millares los encuentros en el ramaje, pero para la estrella, vástagos. Padre, tumba, dios, verdad.*

El rango de alcance de los tañidos del Gran Vom estuvo calculado, desde antaño, con suma exactitud, y esto incluso para los días de ventarrones o de lluvia muy intensa. Y a cada tantas leguas, cerros o colinas de distancia, en todas las direcciones, se hicieron elevar torreones con campanas repetidoras que funcionaban como curiosos relevos. Eran llamados los *Hijosdeoro* y por lo general no llevaban inscrito en sus metales sino la expresión insistente: *lo que dice el Gran Vom, lo que dice el Gran Vom*. Tal vez por simple economía, tanto mágica como de trabajo artesanal.

Esta campana central y desmedida no debía ser usada sino en tiempos de extrema calamidad, requiriéndose para su activación el consenso tanto de los grandes jueces como del alto sacerdocio, previa propuesta de los oráculos o del mismo Negárd.

Sin embargo, ya hacia el siglo séptimo, o incluso desde antes, los escritores comenzaron a insistir sobre la inutilidad de su “canto”, dando inicio a una violenta polémica que se prolongaría durante varios siglos. Unos citaban las invasiones devastadoras y los numerosos años de sequía que se habían enseñoreado del país en distintos períodos, a pesar de los constantes y monótonos repiqueteos de toda una red nacional de campanarios. Los otros replicaban con numerosos ejemplos extraídos de los libros de historia, en los que se daba testimonio sobre cómo una justa campanada había logrado poner fin a tal o cual levantamiento, o al terrible incendio de algún bosque sagrado o de un conjunto de templos antiguos.

Una de estas historias, citada con frecuencia, provenía del *Nugrát-Nágerd* o Crónicas de los Gobiernos de los Reyes, y relataba cómo durante el tiempo de las guerras bárbaras los dragones enemigos caían estrepitosamente por tierra, en pleno vuelo, al canto salvador del Gran Vom.



La Shfiya Mayor

En la exótica galería de personajes que conformaban el Cuerpo Grande de Hechiceros, en Wrtanni, de lejana memoria, destacaba por su notable preeminencia la Shfiya Mayor. Parece que nunca antes, y también nunca después del auge del Eshfiyato un personaje público en aquella nación haya estado rodeado de tanta magia. La destinada a esta altísima dignidad era elegida entre todas las niñas nacidas durante la primera noche de luna llena que ocurría con posterioridad a la entronización de la Shfiya viviente. La elección era llevada a cabo de acuerdo a un arduo proceso en el que participaba el Cuerpo Grande en pleno.

Algunas de las exigencias y consideraciones preliminares eran asaz obtusas. Ninguna muerte debía haber sido reportada a doce leguas a la redonda para que las pequeñas candidatas no fueran descalificadas, y esto incluía la muerte de animales domésticos y de caza. Si no se presentaban niñas nacidas aquella noche, pero sí niños varones, se elegía a uno de estos últimos, sometiénolo a una mutilación ritual y declarándosele “mujer, *por arte de magia*”. Cualquier augurio influía: un arcoíris nocturno, una lluvia de peces, un meteorito que señalara la casa de tal o cual parturienta, un cerdo macho que diera a luz una camada de clones o algún finísimo topacio descubierto en el corazón de un membrillo.

La consagración de la pequeña tenía lugar en medio de un bosque de corbales, el árbol sagrado cuyas hojas recuerdan la forma de una joven vagina abierta, y la complicada ceremonia incluía un mínimo pero importante desplazamiento de títu-

los: la niña recién ungida era declarada “la Recién Llegada” (*Nuwádrta*), o “Shfiya Infanta” (*Nannáshfiya*), mientras que la “Shfiya Viviente” (título que solamente se conservaba durante el breve intervalo transcurrido entre la muerte de la anciana pontífice y la consagración de la Recién Llegada) finalmente accedía a la posición de Shfiya Mayor.

Tan complejo sistema permitía dos entronizaciones en la vida de cada una de estas grandes sacerdotisas. Entre la primera y la segunda ceremonia, la Shfiya Viviente recibía, casi hora con hora, el juramento de fidelidad de cada uno de los funcionarios del país, quienes accedían completamente desnudos hasta su impresionante trono de madera de corbal. El ciclo culminaba el día de su elevación al rango de Shfiya mayor, cuando se presentaba frente a ella el rey en persona, en una impresionante ceremonia llamada el *Sometimiento*. En ella la pontífice se burlaba del cuerpo desnudo del rey —en un acto simbólico cuyo significado original era la humillación ritual de los poderes generativos del varón— y murmuraba fórmulas rituales en una lengua secreta. Luego infringía una herida en el índice derecho del gobernante y guardaba algunas gotas de su sangre en un pequeño alvéolo de cristal de roca que después era sellado con un tapón de plata sobre el cual se grababa el glifo del soberano. Estos alvéolos estaban engarzados en un célebre y hermoso collar que la Shfiya Mayor mostraba en las grandes ocasiones y que simbolizaba su control mágico sobre toda la casa reinante. Una cadena de gotas de sangre oscurecida que habían corrido por las venas de cada uno de los últimos ochenta y seis reyes del país, aprisionadas en una serie de pequeños corazones de cuarzo.

Se trataba de una dignidad pública en alto grado reclamante, pues sus detentadoras eran las responsables directas de las consagraciones de la primavera, de la primera marea del año, de la primera luna llena, de la celebración litúrgica de la primera lluvia, de la bendición anual de las tierras, del

recibimiento mensual de la Luna Nueva, del bautizo y funeral de los inviernos, al igual que de muchas otras ceremonias o actos relacionados con la fertilidad y los ciclos de la vida y la muerte.

Su aparición en público era siempre espectacular, desarrollada de acuerdo a planes e itinerarios muy precisos y rodeada de gran boato y esplendor. Detrás de sus muchos faldones ocultaban un calzado dotado de una especie de zancos que las hacían aparecer mucho más altas de lo que eran; sus pelucas descomunales, profusamente trenzadas y llenas de sortijas y el maquillaje bermellón con el que acentuaban sus rasgos — hecho de bayas de corbal maceradas en aceite de nardos— les daban un aspecto a la vez atemorizante y fabuloso. Cargaban gran peso en joyería y amuletos que debían ser siempre de plata, lo que hacía que se desplazaran con suma lentitud, al ritmo de una orquesta ambulante de címbalos y campanas que se desplazaba a donde quiera que fuera la pontífice; todo esto en medio de los sahumerios y los coros de las jóvenes monjas que continuamente la rodeaban.

La Shfiya Mayor era vista como una enviada personal de la luna y ejercía un considerable contrapeso simbólico e incluso político en la vida pública —por lo demás profundamente masculina y machista— de Wrtanni. En los primeros tiempos una Shfiya podía ser responsabilizada por una mala cosecha o por una inundación catastrófica, en cuyo caso era castigada públicamente, en ocasiones incluso con la muerte. Posteriormente su figura se rodeó de una intensa autoridad ritual y política, habiendo llegado a destronar, por lo menos en dos ocasiones, al rey en turno. Sin embargo, con el transcurrir de los siglos muchas de ellas se vieron involucradas en notables escándalos de corrupción, no siendo pocas las que conocieron una muerte violenta.

La última de todas ellas tuvo una historia sórdida y azarosa. Sufrió la mala suerte de vivir durante el primer período

de las Juntas de Gobierno, cuando la corte de estas grandes hechiceras ya había sido trasladada hasta un lejano convento en las montañas y la institución del Eshfiyato, hostigada y hasta cierto punto incluso perseguida por el poder central, no pasaba de ser ya sino una mera orden monástica. Había nacido hombre y algunos autores hablan de una belleza notable, así como de una inconveniente afición al ajenjo. A lo largo de su reinado llegó a tener fuertes enfrentamientos con el Wrwvad y con otros importantes funcionarios y cortesanos, en una serie de aparentes esfuerzos por recuperar un poco de la antigua dignidad e influencia de su disminuido cargo.

Fue depuesta, en medio del escándalo provocado por sus ruidosos amoríos con un general rebelde, de una manera humillante, públicamente y a través de solemne degradación. Poco después moriría por degollamiento, en circunstancias que nunca fueron aclaradas del todo.



Las catedrales de árboles

Se han construido en la Sowadia, desde hace muchos siglos, estas catedrales de árboles. Aunque “construir” tal vez no sea la palabra adecuada. Cabría mejor decir “armar”, o incluso “prever”. Cuánta hermosura han desarrollado lentamente estas hileras de arbolitos a lo largo de tan sólo diez o veinte vueltas que el planeta le dé al sol. Semillas, estacas, varitas, pies de enredaderas plantados por las manos amorosas y previsoras de los arquitectos sowos, sabedores de que cualquier armonía, por humilde que sea, es preferible a tantas intencionas pretenciosas por parte de los diseñadores y políticos desprovistos de verdadero talento.

Aquí no hay primera piedra que valga. El proceso se inicia con una sencilla ceremonia en la que los sacerdotes bendicen el terreno, previa inspección de los técnicos que determinan si el suelo cumple con las especificaciones necesarias para el correcto crecimiento de las plantas. El Benefactor, enfático personaje que concierta la siembra de los árboles que después se convertirán en una maravillosa catedral, llega con una fusta simbólica y, como en un éxtasis, en medio de salmodias e improperios, prodiga órdenes hacia todas las direcciones. Tratándose generalmente de un anciano, sabe muy bien que no alcanzará ver la catedral en pleno funcionamiento, pero esto no merma el amor y la pasión que le dedica al diseño original. Por el contrario, la imagina completa, más bella y más grande de lo que tal vez nunca habrá de ser.

El Benefactor conoce de antemano todos los planos de los arquitectos, que ha memorizado con sumo detalle, y nunca

da paso en falso. debe también ser un experto en suelos y reconocer sin titubeos los lechos de humus en donde las futuras columnas vivientes hundirán durante siglos sus raíces. Después de las bendiciones de rigor y aún en medio de los vaivenes del canto ritual, manotea y gesticula dirigiendo a los Sembradores, quienes se apresuran a cumplir sus instrucciones y comienzan a plantar los vástagos de alamillos, miracielos o bambúes rojos, según sea el caso. Existen más de veinte especies de gran ramaje que han sido utilizadas para sembrar catedrales de árboles. Se aprecia en todas ellas el color de la corteza, la estatura imponente, la flexibilidad de las ramas y la naturaleza del follaje.

La idea es muy simple: plantar hileras de árboles cuyos ramajes después habrán de ser trenzados para conformar bóvedas, alerones y cúpulas vegetales; generar edificios literalmente vivos que vayan creciendo y modificándose con el transcurrir de las estaciones y los años; elevar el humilde seto y el arco de madreselvas a la categoría de sede catedralicia.

Conforme el tiempo pasa y los sicomoros, abedules tigre y cipreses torreón llegan a crecer, los jardineros, que deben tener firmes nociones de ingeniería, acercan las ramas y las atan con fuertes cuerdas y alambrados especiales. Así, poco a poco, el espectáculo vegetal va tomando forma: lo primero que se completa son las llamadas capillas sombrías, que son recintos laterales, luego aparecen los portones, las naves, y por último los torreones y las cúpulas.

Cuando los templos vivientes están listos para comenzar a ser usados, uno o dos años antes de la consagración, los jardineros siembran, en puntos estratégicos, series de enredaderas de flores aromáticas que, en temporada, cumplen con la función de los incensarios. Se plantan siempre diferentes cepas y especies, de manera que casi a todo lo largo del año la catedral esté debidamente florecida y perfumada. Por último, los trepadores, que son equipos de especialistas en

mantenimiento, colocan las campanas tubulares y los amuletos que habrán de colgar, profusamente, desde los centelleantes techos del templo.

Ya terminadas, estas iglesias son espléndidas. Cada estación las dota de encantos especiales. En plena primavera, por ejemplo, los muros de las bóvedas —enramadas de sicomoros o laureles del cielo— se llenan de pájaros cantores y dejan translucir el verde nuevo filtrado por las hojas, y es una luz que asombra y eleva el espíritu. Durante el verano los tonos cambian, se oscurecen, otras especies de aves sustituyen a los pájaros migratorios y los espacios del templo se ensanchan en todas las direcciones. El otoño los hace parecer templos de lumbre y forra los pisos con mantos amarillos y rojos. Incluso el invierno, que los desnuda y adelgaza, confiere un aspecto bello y espectral a estas grandes estructuras durmientes.

Además de la belleza que las ha hecho célebres, las catedrales de árboles tienen, desde el punto de vista arquitectónico, otras cualidades y ventajas que resultan evidentes. Resisten admirablemente los peores temporales y los más fuertes terremotos. Se cuenta que en tiempos del gran sismo una grieta de más de dos brazos de anchura rajó la tierra, atravesando a la mitad la maravillosa catedral de los equinoccios; sin embargo los techos (y las raíces) permanecieron trenzados, como en un dulce abrazo que mantuviera unida a la tierra.

No están, con todo, exentas de desventajas y es cierto que son muy vulnerables ante ciertos peligros. Las plagas pueden devastarlas en años de malos aires. Cuando se celebraba la consagración del sátrapa Manosanta III, sopló de pronto, en plena ceremonia, un ventarrón violento que hizo llover millares de gusanos sobre las cabezas y los ropajes de los asistentes, dispersándolos en desbandada. Otras calamidades resultan aún peores. Todos los sowos recuerdan aún la gran sequía del llamado *verano de las lágrimas*, que dejó sin iglesias territorios enteros y mató catedrales cinco veces centenarias,

haciéndolas acabar en andamiajes apolillados y endeble o en simples montones de leña: comida para las chimeneas de los pobres que, en la Sowadia, han sido siempre la triste mayoría.



Ancestrarios y descendarios

Son una sola y la misma cosa, pero mientras que el primer nombre es usado por la Casta de Oro, que es por naturaleza conservadora y por lo tanto gusta de identificarse con los ancestros, y el segundo es palabra utilizada por los de la Casta Llana, que se ven a sí mismos más bien como los descendientes, incluso en el peor de los sentidos que tiene esta palabra.

En realidad no se trata sino de meros registros genealógicos pero, a diferencia de los que son llevados en la mera memoria, que no suelen ser muy largos, o de los que se estampan y transmiten sobre el papel, que son la mayoría, éstos se trenzan en cuerdas de diferentes fibras: lana de diferentes animales, sedas tratadas, lino torcido y otros tipos de hilado menos frecuentes. Alcanzan a registrar, además, un número impresionante de antepasados, siendo comunes los que deslindan treinta o cuarenta generaciones.

La técnica es sencilla: cada persona es representada por un pequeño disco de madera o cualquier otro material (los hay incluso de oro). En él se hace constar el nombre completo del representado y su fecha de nacimiento. Un pequeño gancho de metal que una dos discos quiere decir un matrimonio. Un cordelito que nazca del extremo inferior de un disco femenino junta a una madre con su hijo. Los segundos matrimonios, los gemelos, el adulterio, complican, por supuesto, el entramado del árbol.

Un ancestrario bien trazado toma una forma parecida a la de una ancha red de pescar, aunque en realidad puede ser

más exactamente concebida como una caótica serie de jirones, interconectados entre sí y que se extiende a través del tiempo. Una familia típica cuelga su ancestrario desde lo alto de un muro, por lo general sobre la cama en la que habrá de seguir engendrándose y extendiéndose la familia. La parte alta es el pasado y el extremo que cuelga junto a la cabecera es el presente, que continua su paso por el tiempo, muy cerca de las bocas que gimen entre beso y beso.

“Nítido como un ancestrario” y “enmarañado como un descendario” son únicamente dos de las muchas expresiones, concomitantemente clasistas, que esta costumbre genealógica ha aportado al idioma. Otras más son: “Triste como un descendario” y “Lustroso como un ancestrario”. Cada día primero del año toda familia que se precie de serlo saca a orear el embrollado registro familiar, como si se tratara de un blasón inobjetable, y brinda por los ausentes, que siempre son legión.

Al efectuarse una boda, los contrayentes de los dos clanes acuden con sus respectivos ancestrarios debidamente doblados y envueltos en mantas de seda o lino. Al llegar el momento de la declaración de matrimonio los novios sacan de las orillas los discos que los representan a ambos y éstos son perforados y unidos por el oficiante, con el debido gancho. Este pequeño aro o botón cumple con la misma significación que para otras culturas tiene el lazo nupcial o el ara de matrimonio, y para esta ocasión ha sido debidamente confeccionado con algún metal noble. A continuación, cada uno de los novios se ajusta el árbol genealógico del cónyuge a la manera de una capa pluvial, dando a entender así que ambas familias han pasado a estar relacionadas.

Existen otras costumbres relacionadas con estas meticolosas redes que son bastante menos pintorescas, pero que, en cualquier caso, hablan de la importancia que estos tejidos llegan a manifestar.

He aquí algunas pocas: Al concluir un juicio de desahucio severo, se obliga al deudor a aparecer desnudo frente al honorable jurado, permitiéndosele cubrirse tan sólo por el ancestrario familiar. Cuando una persona comete algún crimen abominable —en especial los de herejía, los de lesa majestad, los relacionados con inmoralidades sexuales y los graves del orden penal—, es condenada a morir ahorcada por el propio ancestrario (llamado, a lo largo de todo el proceso, *descendario*). Se entiende con esta forma de ejecución que es la propia estirpe la que lava su honor con la piel del cuello del descendiente descarriado. Cuando una persona fallece sin descendencia conocida, se le envuelve con solemnidad en el ancestrario y ambos son incinerados en una austera ceremonia, que ha sido calificada de triste por cuantos viajeros la han observado. Por último, la historia laria registra al menos un caso de destejido público del ancestrario, cuando, al ser derrocado uno de los sátrapas del Tiempo Negro, se le obligó a deshilar frente a una muchedumbre el registro de su familia, prohibiéndose en lo sucesivo el uso de su apellido principal.

En realidad, como es de suponerse, nadie deja a los demás inspeccionar con detalle un ancestrario: de entre su trama emergen, inevitablemente, famosos ladrones, célebres usurpadores, retrasados mentales, madres solteras, libertinos, homosexuales y toda la gama de personajes que la mayoría define como motivo de vergüenza notoria. Ya que desde hace siglos, y por ley, cualquier familia debe “llevar” un ancestrario (equivalente a los registros civiles en otras civilizaciones), todos los ciudadanos resultan, en tal o cual punto del entramado, parientes entre sí. Este curioso producto de la nostalgia y la pretensión confiere entonces un sentimiento de profunda unidad nacional que está ausente en otras culturas. De esta manera el ancestrario (y aún más el descendario) rebasan el grado de simples fetiches familiares y cumplen un curioso e importante papel aglutinador.

A través de ellos el más humilde porquero resulta pariente del Dux en turno; la más radiante diva viene a ser vinculada con el mudito de la esquina; el imponente magistrado acaba siendo primo del asesino que purga una condena. Y la sociedad misma resulta un hormiguero indisoluble y humilde a la deriva del tiempo, y entonces pierden hinchazón, pero recobran su verdadero sentido palabras tales como renombre, miseria, poder, fracaso, y gloria inmarcesible.



Pavesas para los sueños

Una bonita costumbre que tienen los del Larestán es anotar sobre una franja de algún material humilde sus más hermosos sueños, uno tras otro. Cada persona guarda celosamente su soñario y por la mañana, si se tuvo la fortuna de tener un buen sueño, lo anota con el mayor detalle posible.

El primer tema de conversación, durante el desayuno, lo constituyen siempre los sueños. Igual que en otras partes, se considera que relatarlos es una forma de controlarlos. Mediante la palabra un mal sueño se exorciza, pero un buen sueño queda sellado y permanece en el aire como un augurio de mejores días. Ya lejos quedaron los tiempos en que una persona podía ser enjuiciada por lo que había soñado la noche anterior, pero los larios insisten todavía en que los sueños son una parte fundamental en nuestras vidas, no únicamente al nivel de la cultura popular, sino también en la esfera de los filósofos y los poetas del país.

Nirwúh el Viejo establece en su famosa obra, el “Soñario de los Siglos”, que soñar es entrever una felicidad o una desgracia que ocurren en mundos paralelos, y que algo tan importante puede considerarse un privilegio y debe manejarse con seriedad. Pero además afirma que el sueño tiene el poder resultante de provenir, precisamente, de dimensiones que quedan más allá de este mundo, a orillas del mundo de los dioses. Cada una de las imágenes o palabras salidas de un sueño conserva algo de la energía de aquellos universos, así que es necesario rescatarla y hacerla nuestra.

Los sueños que los larios van anotando día con día, se acumulan a lo largo de todo el año y, al llegar la primavera, poco antes del famoso día de los sueños, las notas se perfuman con almizcle y otras esencias naturales y se prenden de largos cordeles que habrán de ser amarrados de un asta hecha de madera de bálsamo. La fiesta de los sueños tiene lugar justo un día antes del equinoccio de la primavera, cuando ya algunas flores han comenzado a eclosionar y su perfume se confunde con el de los sueños.

Cuando llega la fiesta, los pueblos y las ciudades ya se han transformado. Cada rincón ha sido barrido y puesto en orden para poder recibir los pétalos (nunca flores enteras) que la gente esparce por todos lados, y todas las casas enarbolan las astas en las que revolotean todos los sueños del año. El día completo se canta y se baila, incluso se bebe a costa de los gobiernos locales.

La idea que impulsa la costumbre es liberar el exceso de “mana” que los sueños han ido acumulando. Los sueños, se dice, impregnan los aires de toda una comarca, y las mujeres levantan en los brazos a los pequeños para que respiren el aire que se ha filtrado por las pavesas. De ahí el dicho “fácil como respirar el aire de los sueños”, es decir, se trata de algo hermoso, placentero y feliz, pero que en ocasiones no deja de llevar su dosis de ironía, según el contexto en el que se le pronuncie.

A veces las ráfagas primaverales arrancan las notas de las pavesas, y entonces cualquier persona puede recogerlas para enterarse de los sueños ajenos. Abundan, por supuesto, los deseos materialistas y banales, al igual que los sueños caóticos y descabellados; pero también es posible descubrir maravillas de la imaginación subconsciente, pesadillas asquerosas, vislumbres de mundos mucho más bellos que el existente, párrafos impecables que podrían configurar hermosas antologías: verdaderas joyas de sueños.

Ya alguien escribió que podría resultar de un gran valor para los arqueólogos del futuro encontrar algunas de estas ristas conservadas después de muchos siglos: ¡cuántos datos valiosos para entender la fina civilización del Larestán! Pero las banderolas casi siempre están hechas de papel, sin más intención que la de resistir los dos o tres días del festival, así que todas esas imágenes y deseos voladores duran, por lo general, casi tan poco como los sueños verdaderos. Un viento demasiado fuerte, una llovizna primaveral bastarán para que los sueños se borren o para que vuelvan a integrarse al áspero mundo de lo real.

De hecho, en otro tiempo las pavesas de sueños dieron origen a un curioso género literario que, aunque duró muy poco tiempo en boga —apenas uno o dos siglos—, nos ha dejado algunas de las más bellas páginas de la literatura larria: los llamados *soñarios*. Se trataba de libros en los que se recopilaban los mejores sueños del Larestán, previo examen de autenticidad, de manera que nadie pudiera intentar lán-guidas historias con tal de ver su nombre por escrito en un prestigioso códice.

Aunque los soñarios se siguen escribiendo y llevando a la manera de bitácoras personales, no son muchos los textos de esta naturaleza provenientes de la época antigua que hayan llegado hasta nosotros. El más famoso de todos ellos es el ya mencionado “Soñario de los siglos”, de Nirwúh el Viejo, manuscrito que consta de unos veinte folios en los que se recopilaron sueños célebres que eran atribuidos, de acuerdo a la tradición, a personajes importantes del Larestán. A pesar de su brevedad, el Soñario de los siglos sigue siendo un monumento verbal en honor a la imaginación de los que duermen. En sus páginas vuelan los más diversos prodigios, las ciudades clásicas cambian súbitamente de forma y por instantes reverberan las más hermosas visiones: hombres y mujeres de largas cabelleras nadando en proteicas aguas de

oro; lluvias de flores entre sábanas radiantes de sol; teofanías, galaxias desconocidas que escapan por entre los dedos de un sátrapa.

Entre tanto, el Día de los Sueños se celebra todavía, y el aire de las banderas arrastra parvadas enteras de sueños destinados a perfumar una vez por cada año, aunque sea de una manera apenas perceptible, todos los valles y cañadas del Larestán.



La gramática wrtanna

Uno de los aspectos de la cultura wrtanna que más intriga a los extranjeros avelinados en aquel país es la inusual manera en que los sabios han estructurado, o entendido, la gramática de su lengua, que es ya de por sí áspera y extraña.

Las sorpresas comienzan con el estudio del alfabeto, que divide las letras en diurnas y nocturnas, siendo las primeras las que pueden utilizarse para escribir los sustantivos concretos (tales como perro, piedra, nube, muralla o cascada), y las segundas las reservadas para los abstractos, que son, naturalmente, invisibles. Existen numerosas excepciones que complican esta regla básica: ‘nube’ es, en efecto, un sustantivo concreto; pero ‘neblina’ es tratado como si fuera un concepto abstracto. Y lo mismo ‘aire’, ‘temblor de tierra’ y, curiosamente, ‘agua’.

La gramática, propiamente dicha, ha sido codificada de una manera bastante más compleja. Se trata, por supuesto, de una gramática profundamente normativa, ya que la ciencia wrtanna siempre ha mostrado una marcada indiferencia por la mera descripción de los fenómenos externos.

Tanto los sustantivos como los adjetivos se dividen en: buenos, malos, faustos, infaustos, celestes, infernales e indiferentes. Un ejemplo de la primera clase sería el adjetivo *táttaki*, que significa ‘hábil’, ‘trabajador’. Pero los sabios han dictaminado, desde hace siglos, que un adjetivo ‘bueno’ no puede acompañar a un sustantivo ‘malo’, en virtud de un fenómeno gramatical llamado *concordancia propiciatoria*.

De todo esto se deriva que el sustantivo *kwnwxw* (pronunciado aproximadamente “kúnushu”), que significa ‘maleante’, ‘malhechor’, no pueda ir precedido por la palabra *táttaki*. El equivalente de “Es un hábil maleante” [*Táttaki tekwnwxw*], por lo tanto, es una frase gramaticalmente incorrecta que cualquier persona con alguna educación deberá sustituir por algo así como “es un maleante mañoso”, ya que la palabra para ‘mañoso’ [*xéteki*], está considerada como ‘adjetivo malo’ y por lo tanto concuerda con ‘malechor’. “Es un maleante guapo” resulta también una frase imposible; en cambio se acepta, con algunas reservas, “Es un maleante que, a pesar de todo, muestra una extraña belleza” (el adjetivo para “extraño” es considerado neutro, e intercalado posibilita lo que los gramáticos llaman el “matrimonio” entre una palabra buena y otra mala).

Utilizar indebidamente las categorías es considerado una severa falta no estilística, sino propiamente gramatical y los estudiantes tienen que sufrir pesados ejercicios en las escuelas para poder acostumbrarse a la corrección. Los extranjeros, como es de esperarse, califican de verdadera locura el procedimiento, más aún al tomar en cuenta que casi todo mundo lo sigue al pie de la letra. Pero los wrtannos gastan años completos aprendiéndolo y se sienten muy orgullosos de él. “Nuestra lengua”, aseguran con frecuencia, “es la más evolucionada y expresiva de todas”.

Desde el punto de vista de la lingüística moderna, por supuesto, lo que llamamos “Gramática Wrtanna” no es en realidad sino un engorroso sistema de tabúes léxicos, de prohibiciones más o menos irracionales que nada tienen que ver con la estructura misma de la lengua. Sin embargo, el arraigo del sistema obedece a la creencia generalizada, por parte de los habitantes del país, en un complicado sistema de fuerzas correlativas que mantiene el orden cósmico y que radican nada menos que en las palabras mismas.

Se atribuye una importancia decisiva a todo lo dicho, especialmente si el hablante es una persona de alto rango, pero incluso al contenido de las conversaciones de los obreros y campesinos más humildes. Juntar dos palabras incompatibles es enfrentar dos fuerzas irreconciliables, es incitarlas a la competencia y al conflicto; un exceso de errores “gramaticales” puede desembocar en un huracán o en una desastrosa sequía.

Algunos datos curiosos pueden ser citados a este respecto: durante la gran inundación del año 224 los wrwvad [pronunciado “uruwád”] recorrieron todo el país para prohibir el uso de las palabras ‘agua’, ‘lluvia’, y ‘tormenta’, así como los adjetivos ‘mojado’, ‘húmedo’, ‘inundado’, y otros más que se pensaron relacionados con la batalla de los elementos que había desembocado en aquella catástrofe, seguramente fruto de la irresponsabilidad de príncipes lenguaraces. Fueron, en cambio, ampliamente recomendados ‘polvo’, ‘arena’, ‘desierto’, ‘sequía’, ‘seco’, ‘sediento’ y, muy particularmente, ‘sol’. Los decretos correspondientes eran clavados en paredes y árboles, y severas penas se establecían para los infractores.

Dominar la gramática, en Wrtanni, es nada menos que dominar un adecuado sentido del orden cósmico, al mismo tiempo que las fuerzas secretas que cada palabra o cada frase es capaz de liberar. Ser un gramático, dicho de otra manera, es ser un mago. Una frase conlleva siempre el germen de todo un sistema moral; un conjunto de cláusulas puede incluir la perpetuación del orden cósmico o el futuro de la nación entera.

Lejos están los días en que una frase incorrecta podía costar la pérdida del dedo índice, la mano derecha o la cabeza del infortunado infractor, pero ¡por cuántos siglos han seguido fluyendo las palabras wrtannas de acuerdo al esquema preconcebido de un mundo ideal, magnífico y atrozmente correcto, de un mundo soñado que nunca acabará de llegar!



Las rocas flotantes

Durante siglos, las rocas flotantes fueron un misterio. Ahora, a la luz de la ciencia, se comprende mejor el mecanismo por el cual estas dispares rocas flotan sobre el desierto de Reallanura como una hermosa especie de sistema planetario en pequeño. Sin embargo, subsisten todavía muchas interrogantes sin respuesta y el lugar continúa siendo uno de los más misteriosos y bellos del mundo.

La primera mención documental que se conserva sobre estas inmensas rocas es una carta que un viajero anónimo envió a los concejales de su ciudad natal. *“He aquí que he visto unas montañas que no se sostienen sobre pie alguno, sino que vuelan sin moverse”* escribió. *“Son cosa de gran prodigio y los lugareños las tienen por morada de sus santos y dioses. A la lejanía aparecen como espejismos o visiones del color de la herrumbre y con la forma de hongos, que luego se aclara que son redondos y vuelan por en el aire, aunque sin moverse, y la gente les dice los hijos de la luna y del sol. Yo pienso que su Señoría debe enviar a que se los conozca mejor y se los conquiste y se tome posesión de las tierras sobre las que estas maravillas están siempre volando”*.

A lo largo de toda la época histórica, hasta el advenimiento de los globos aerostáticos, se pensó que las Rocas Flotantes eran inalcanzables, y por lo tanto permanecieron por completo inexploradas. Pero al llegar allí las primeras expediciones en globos, durante el año crucial de 724 de la Era Común, se descubrieron en las rocas más bajas una serie de pinturas rupestres que provocaron el pasmo y la maravilla de todas las naciones. Alces primitivos de cornamentas descomunales,

voluminosos megaterios y leones agonizantes acribillados por verdaderas lluvias de lanzas. Y luego series de estilo muy diferente —tal vez bastante posteriores— configurando marañas orgiásticas de las que sobresalían símbolos geométricos de oscura significación. Entre ellos llamaban particularmente la atención lo que parecían ser grandes lunas y soles, cometas y sistemas estelares desconocidos.

Evidentemente, alguien ya había estado antes allí; las preguntas eran ¿quiénes? ¿cuándo? ¿cómo? Los azorados exploradores incluso dudaron en hacer del conocimiento público el hallazgo de aquellos antiquísimos petroglifos, pues la anhelada conquista de las rocas flotantes perdía significación y brillo publicitario, pero lo cierto es que las pinturas fueron la clave para descifrar la historia de aquellas increíbles montañas voladoras.

El interés científico en estos anómalos monolitos databa de por lo menos un siglo antes, cuando una comisión fue asignada para recabar todos los datos que pudieran aportar algo en el entendimiento del extraño fenómeno. La comisión incluía arqueólogos, astrónomos y estudiosos del folclor y las tradiciones orales.

Las primeras excavaciones realizadas en el sitio sobre el que las rocas se suspenden, arrojaron resultados sorprendentes: no sólo se recogieron muestras de pequeños pedazos que parecían haberse desprendido de los monolitos con el paso de los siglos, sino que se encontraron, en un radio de varias leguas a la redonda, curiosas series de mojoneras alineadas en forma por demás intrigante. Una década después el arqueólogo X. S. Nabakkan demostraba que las rocas flotantes habían servido, milenios atrás, como gigantescos relojes y calendarios solares. Solsticios, equinoccios e incluso las seis horas diurnas de un antiguo horario, coincidían puntualmente en las marcas de piedra desenterradas (puestas a un lado las

pequeñas diferencias que, con los siglos, habían causado las variaciones en el eje planetario).

Por esos mismos años fueron notadas por primera vez las intensas irregularidades magnéticas que caracterizaban el área, pero muchos otros misterios quedaban por resolver. Sin embargo, una vez que los antiguos murales de piedra comenzaron a entregar sus secretos, el rompecabezas que representaba aquel lugar ofreció una apariencia más coherente, dibujando poco a poco el paisaje de una era remota y por mucho tiempo olvidada del todo.

En efecto, durante unos quinientos o mil años, aquellos asteroides al alcance de la mano habían servido como un reloj de sol para los antiguos agricultores del valle de Reallanura, pero ya quince o veinte mil años atrás eran un lugar de gran importancia para los primeros cazadores y recolectores que habitaron la región. En aquel tiempo el nivel de las tierras, ahora erosionado por deslaves y vientos constantes, era mucho más alto, y tan sólo las rocas superiores flotaban en el aire. Las inferiores constituían una serie de montañas y farallones que emergían parcialmente del suelo.

Los refugios y cuevas que ofrecían a los nómadas, además del espectáculo que el conjunto superior debe haber ofrecido desde entonces, con seguridad ejercieron una atracción similar a la que los hombres de épocas posteriores han demostrado por el lugar. El clima era mucho más benigno y abundaban los árboles y los grandes animales de la llanura. El sitio continuó siendo un lugar frecuentado por los hombres hasta las últimas fases de la edad de piedra.

Sin embargo, al comenzar el período glacial, toda la región fue cubierta por una espesa capa polar que sepultó incluso las más altas de las rocas flotantes. Algunos miles de años después, los hielos se retiraban arrastrados por poderosos glaciares que socavaron el nivel de las tierras hasta dejarlo a más de una

legua por debajo de las rocas gigantes, que permanecieron flotando por efecto de las poderosas fuerzas que las vinculan con el eje magnético del planeta.

Nuestra visión de Reallanura, es cierto, ha cambiado. Los científicos han terminado de clasificar las pinturas de las rocas, ubicándolas en cuatro o cinco períodos bien definidos y llenando centenares de páginas con elucubraciones e hipótesis más o menos verosímiles. Las discusiones en torno a la naturaleza de la fuerza que mantiene las rocas en vilo se siguen acalorando (hay quienes sostienen que tan sólo se trata de meros satélites cuyo movimiento de traslación coincide con la velocidad con la que el planeta gira en torno a sí mismo). Pero el lugar no pierde un ápice de su magia indefinible.

Y cada mañana se ven aparecer sobre el horizonte, antes que ninguna otra forma, las amarillas moles de estos pequeños planetas hermanos. Y cada atardecer enrojecen hasta acabar borrándose, algo después que el resto de las tierras y las montañas del extraño país.



El agua de oro

Los larios creyeron siempre en la existencia de un país mítico, suspendido en un amanecer perpetuo e irrigado por generosos manantiales de oro fundido: tierra de los puros, valle de las delicias terrenales y paraíso permanente de las flores inmarchitables. El origen de este mito se encuentra, por supuesto, en el agua de oro, antaño no tan escasa en el Larestán.

Perteneciente al género de los metales, el agua de oro — muy pesada, escurridiza, imbebible —, tenía pocas utilidades prácticas para los primeros pobladores de las comarcas o los valles en los que alguna vez borboteó y hasta llegó a correr por verdaderos arroyos y regueros. Sin embargo, con el pasar de los siglos, su aparición se fue volviendo menos frecuente, en parte por el abuso en su explotación y en parte, también, por cambios climáticos cuyas causas no han sido comprendidas del todo.

El interés por el agua de oro es muy antiguo. Se sabe que durante las ceremonias de consagración del Pueblo Áureo —conjunto de hombres y mujeres núbiles que, se creía, garantizaban las cosechas de cereales— los elegidos eran desnudados y sumergidos en los estanques áureos, dejando que sus largas cabelleras y uñas se embebieran del pesado líquido, a la manera de un bautismo. En muchas otras ceremonias llegó a ser importante o imprescindible.

En la época clásica se perfeccionó un complejo procedimiento para aromatizarla con almizcles y esencias raras, convirtiéndola así en un cotizado perfume, al alcance tan

sólo de los más poderosos hombres y mujeres. Pero lo más hermoso del agua de oro fueron siempre su consistencia y su profundo color dorado en el que el sol veía reflejada, como en ningún otro espejo, su gloria. Por esta razón, amén de la frivolidad que en ciertas épocas amenazó con degradarla, el agua de oro fue siempre un símbolo de lo sagrado.

Ahora se le ve poco. A veces después de un fuerte aguacero, cuando los campos parecen saturarse de vida y de agua subterránea. A veces, también, después de un temblor de tierra cuando, después de lamentar las pérdidas materiales y humanas, las gentes celebran la aparición de un fugaz reguero del antiguo metal.

“Sangre del mundo” ya fue llamada en otro tiempo, y aunque escasa, y aunque ya cada vez menos sagrada, sigue siendo el motivo de alucinaciones y sueños recurrentes: “Soné que encontrábamos un viejo manantial y nos metíamos a nadar en sus aguas de oro” es un comentario que en ocasiones se escucha por las mañanas. Como decir “soñé que todo era como era antes del principio: luminoso y sereno; y una vez más el mundo era un surtidor de humildes maravillas; y una vez más flotábamos en el agua del sol como en el agua perpetua de la felicidad”.



El Rebanadados

 En una curiosa y triste página de sus memorias, Amárwat Dess relata cómo, habiendo llegado a la región boscosa de Finallanura, se vio de pronto en medio de un claro en el que sobresalían una especie de montículos de tierra suelta, rodeados por los pinares. Nuestro autor se encontraba extasiado por el “aroma purísimo y profundo de los aires de aquella región, que es como respirar la vida nueva de las ramas y las resinas de los árboles, o la esencia de los cielos”. Contemplaba los altos follajes de las orillas y los pastizales del claro cuando, a la orilla de un montículo, vio aparecer el más bello de cuantos animales pudiera haber conocido o concebido hasta entonces. Era algo así como un conejo, según su descripción, aunque un poco más grande y todo cubierto de un fino pelaje de apariencia brillante y sedosa.

“Su belleza era tal que no podría ser descrita”, continúa su relato, “me fui acercando para verlo mejor, pero con mucho tiento, con temor de espantarlo y así no volver a encontrar nunca el prodigio; sin embargo, aquel pequeño ángel de los bosques ni se apartaba, ni demostraba miedo, parado en sus cuartos y mirándome con suprema dulzura. Di algunos cuantos pasos más, sin poder creer lo que estaba mirando. Al llegar junto a él me detuve, teniéndolo al alcance de la mano; entonces el animal inclinó mansamente la carita, como mostrando otro ángulo de sus increíblemente bellas facciones, otro destello de sus ojos que denotaba más claridad o armonía, y entonces contemplé la mirada más profunda de cuantas haya jamás visto, en bestia o en humano”.

“Conviene ahora”, sigue la narración, “que me detenga a ponderar, incluso muy brevemente, en qué consistía aquel encanto, pues nunca me he sabido explicar a mí mismo lo que es la belleza, y de dónde dimana tanto poder como el que la belleza demuestra. Pero no era parecido ni a un gato, ni al niño más bello del mundo, ni a los rostros de las mujeres, sino que combinaba los rasgos y los colores de todo aquello, y de manera más atractiva y serena que todos los seres juntos, así que todavía sigo sin entender”.

“Y todo ocurrió en unos pocos instantes, de modo que no sabría calcular cuánto tiempo me puse a contemplar al hermoso, pero luego levanté y acerqué lentamente mi mano para poder acariciarlo, con tanto amor y admiración como yo nunca los hube sentido antes, ante nada ni nadie, y entonces, más rápido que el relámpago, aquel pequeño ángel levantó la suya propia y, sacando unas garras más filosas que navaja de aleación fina, me logró arrancar la mayor parte de tres dedos, que ahora, y desde entonces, llevo truncos.”

“Luego se fue brincando por entre el pasto azulado, como feliz por lo que había hecho. Y yo me quedé muy triste, muy afligido, en parte por el dolor, en parte por la sangre que manaba, pero más mucho todavía por la cruel y dislocada manera en que se había correspondido a mi amor fugaz, y por la forma áspera y desalmada en que la vida me regalaba aquella dura lección de mundo. Me quedé solo, malherido, horrorizado por la pérdida y abandonado a la vastedad de aquel bosque remoto”. Hasta aquí Amárwat Dess.

El rebanadados, se sabe ahora, es uno de los ejemplos más notables de especialización que se conozcan en el mundo natural. Adaptado para la rápida digestión de huesos y cartílagos no puede, en cambio, masticar o quebrar piezas demasiado voluminosas, por lo que no se alimenta sino de las pequeñas falanges y los tarsos de los lémures y demás primates del bosque. Demasiado lento para el acecho o la

persecución, prefiere seducir pacientemente a sus víctimas, lo cual logra embelesándolos con su inusual belleza, que parece convencer por igual a las hembras y los machos de las diversas variedades de monos que habitan aquellas comarcas. Aunque los ataques a seres humanos son muy raros, el reportado por el célebre literato y viajero no es, por supuesto, el único del que se tenga noticia.

Animal elusivo y escaso desde siempre, el rebanadados puede ser visto en muy pocas ocasiones, por lo que en realidad no representa un peligro de consideración para quienes se adentran en las alejadas regiones en donde todavía puede ser encontrado. El macho requiere de un dilatado coto territorial tanto para su subsistencia como para las maniobras de apareamiento, por lo que la explotación de los bosques y la consecuente reducción de su hábitat ha puesto en peligro la supervivencia de toda la especie.

Un rebanadados joven y sano permanecerá largas horas acicalando su dorado pelaje y tomando el sol en algún claro del bosque, antes de lanzarse a la única seducción que de verdad le importa: la de su sedosa y afelpada hembra, un poco menos voluminosa que él. Cortos de vista y por completo daltónicos, estos animales viven, en realidad, en un intrincado mundo de aromas y percepciones táctiles, de manera que el macho enamora a la hembra valiéndose de un poderoso almizcle que secreta con un par de glándulas ocultas en la grupa, así que entre ellos jamás llegan a verse y mucho menos a admirar sus incomparables bellezas. Una vez consumado el apareamiento los rebanadados se separan por siempre, perdiéndose cada cual por su propio sendero, al amparo sombrío de los remotos pinares de Finalllanura.



Los ríos voladores

No hay nada tan temido y tan amado en los inmensos continentes de Tamássaran como los ríos voladores. Producto regular de las anomalías gravitacionales que hacen famoso a aquel planeta, estas descomunales corrientes de agua flotante han espantado a los hombres desde siempre. Aunque se trata tan sólo de ríos de temporada, ya que estas corrientes se generan únicamente cuando se dan las más complejas conjunciones de lunas, los ríos voladores tienen una gran importancia en los ecosistemas del planeta y, por supuesto, ocupan un lugar central en las mitologías y religiones de aquel mundo.

Los textos sagrados hablan de antiguos navegantes de los ríos voladores. La verdad es que, con la excepción de unos cuantos aventureros que en nombre del deporte se lanzan a expediciones suicidas, es imposible navegar estas violentas e impredecibles corrientes que surcan los cielos cargadas de lodo, madejas de lama, arena y rocas impredecibles.

Un río volador comienza con un mar encrespado. Luego las olas que chocan van formando columnas inestables, que vuelven a caer violentamente al mar o se deshacen en chubascos torrenciales. Pero de pronto, cuando las lunas se alinean por completo, una terrible marejada que tiene la apariencia de un remolino se trenza hacia lo alto y se desprende para volar en dirección a las lunas.

Como las conjunciones lunares duran tan sólo algunas horas, un río del cielo rara vez alcanza a llegar hasta alguna de las lunas. Mucho antes habrá de disolverse y caer en la for-

ma de tempestuosos aguaceros o devastadoras tormentas de piedras. Estas constantes amenazas han asolado desde antiguo a las civilizaciones locales y han dado origen a las ciudades subterráneas y a las llamadas montañas vivientes, verdaderas metrópolis excavadas en el interior de la roca pura.

Pocas cosas tan bellas, sin embargo —y en esto concuerdan quienes han tenido el privilegio de presenciar el fenómeno—, como un río volador interponiéndose entre una pradera y el deslumbrante sol de Tamássaran.



El Vencejo Lumbrera

Por mucho tiempo se creyó que el único de los seres vivientes capaz de producir fuego era el hombre. Ahora se sabe que un simple pájaro que habita las cavernas de las Islas Rumorosas es igualmente diestro en esta habilidad.

El Vencejo Lumbrera es un ave esbelta y de vuelo muy ágil; alcanza grandes alturas y se precipita en picada hasta rozar delicadamente la superficie de la tierra. En realidad es mucho más una golondrina que un vencejo, pero la inveterada costumbre ha consagrado su actual nombre, y su reputación de pájaro inteligente y peligroso rebasa toda discusión taxonómica o lingüística. Este vencejo, en efecto, es bastante temido.

Durante el cambio de las estaciones, esta especie se desplaza como cualquier otra ave migratoria, buscando mejores climas y nuevas fuentes de alimento a lo largo y ancho de todo el archipiélago, pero al llegar el invierno, las colonias de vencejos se estacionan en las islas del sur y ocupan el inmenso sistema de cavernas que perfora las montañas y laderas de aquel país.

Una vez dentro de las cavernas, y si los gélidos ventarrones arrecian, un Vencejo Lumbrera no dudará en encender su propio fuego, para lo cual acumula, en algún resquicio contiguo a su nido, una especie de esferas o montoncitos de paja perfectamente secos y fácilmente inflamables. En el corazón de la esfera se esconde un trozo de carbón alrededor del cual el ave trenza con sumo cuidado las ristras de hierba y las semillas secas que arden con mayor facilidad.

El pájaro conserva su pequeña dotación de materiales combustibles y, llegado el momento, los enciende frotando con fuerza pequeños trozos de madera endurecida, tal y como lo hicieran por milenios los mismos aborígenes de las islas. Aunque la capa exterior de la esfera de paja arde con facilidad y se agota rápidamente, suele durar el tiempo necesario para que el pequeño trozo de carbón interior se encienda y cumpla con la función de calentar las frías paredes de granito. Si el proceso es difícil, un Vencejo Lumbrera no dudará en batir con fuerza sus alas para avivar el fuego en el centro del carbón.

Las dilatadas redes de túneles, bóvedas y resquicios de las cavernas se convierten entonces en salones a media luz, en naves iluminadas por constelaciones de estrellas al rojo vivo que parecen hipnotizar a quienes las contemplan por esos días. Los extranjeros disfrutaban de tales espectáculos y acuden en temporada para presenciarlos, pero los lugareños se guardan, por superstición, de acercarse demasiado a los nidales cuando están encendidos y no miran con buenos ojos a este pájaro inusual. Al contrario, con demasiada frecuencia organizan expediciones colectivas a las cavernas con el fin de cazarlos, tenderles trampas y, más recientemente, dejarles cestas con cereales envenenados. Y aunque se trate de una especie que es todavía posible avistar, los ornitólogos reportan que el número de sus individuos desciende año con año.

En efecto, el Vencejo Lumbrera ha sido considerado como una plaga peligrosa por los aborígenes, quienes lo culpan de ocasionar los eventuales incendios forestales que luego acaban por arruinar las cosechas, presagiando aún peores calamidades. Esta última acusación no ha sido nunca probada de manera científica y resulta muy poco verosímil que un ave pueda trasladar flamas o ascuas en pleno vuelo.

Sin embargo, si se quisiera entender un odio tan injustificado, bastaría con conocer la épica tradicional, transmitida puntualmente de generación en generación. En sus canciones

y relatos, el vencejo se alía al demonio del otoño, un desterrado que, por vengarse, quiere volver cenizas los jardines del mar. O más aún, adentrarse en los sueños y recurrentes pesadillas de los isleños. En ellas los cielos no acaban de oscurecer cuando comienzan a teñirse de anaranjado y rojo, por la nube de pájaros nocturnos que impone sus propias galaxias en el firmamento. Vienen tal vez desde la credulidad y la ignorancia o en el mejor de los casos de la imaginación antigua de la tribu, pero eso no les impide dejar caer sobre los soñadores su aguacero de flamas y absoluta catástrofe.



La corte de la selva

Se sabe que la voz *orangután*, que es malaya, quiere decir hombres del bosque. Menos conocidos que la anterior etimología han sido la serie de reinos y repúblicas de simios que durante milenios fueron los únicos habitantes de las selvas de Hwah Hññap, en la Lemuria. La más poderosa de ellas fue durante siglos la república de Huhhk.

Huhhk, que significa “selvas”, no podría ser considerada actualmente, según los criterios más liberales, como una verdadera república. En realidad se trataba de una monarquía más o menos electiva fundada en el derecho común, pero los monos que la integraron insistieron siempre, no sin una buena dosis de autocomplacencia, en considerarla una democracia, aun en los períodos en que con mayor evidencia se dejaron ver los defectos de una sociedad conservadora, cerrada y absolutamente fundada en la ley del más fuerte.

En Huhh cada árbol funcionaba como una unidad habitacional, como una escuela y como una célula política. La familia era del tipo conocido como familia extensa, ya que incluía al líder del grupo, la esposa principal, las concubinas, los hijos, e incluso los esclavos. Por lo general las concubinas no vivían en la misma rama que la esposa principal, aunque las excepciones escandalosas no fueron inusuales. La función educativa recaía sobre cualquier individuo con oportunidad de imponerse sobre un mono más joven; los métodos se fundaban en el ejemplo y el instrumental escolar incluía varas e incluso palos y piedras, utilizados para inducir a cierta disciplina. Se piensa que hasta un setenta por ciento de los

jóvenes concluían sus estudios, llegando a ser, en los casos de éxito, muy buenos imitadores.

Las ramas más fuertes o seguras y, en general, los mejores árboles, quedaban a disposición de la clase superior, y el tránsito por las ramas y troncos que daban acceso a ellos quedaba severamente restringido; el resto de las arboledas se repartía entre los monos de castas inferiores. La autoridad inmediata residía, como es común entre los simios, en el macho más fuerte de la horda. Éste era considerado el dueño del árbol y de todas sus partes, incluyendo las raíces, el tronco, las ramas, las hojas y todos los frutos, pero no así de las lianas ni de la tierra que sustentaba los árboles, propiedad inalienable del Canciller. De propiedad colectiva eran considerados el aire, la lluvia y la luz del sol.

A pesar de las inequidades que, desde el punto de vista moderno, caracterizaron a la república de Huhhk, vivir bajo su orden les reportaba ciertas ventajas a todos los ciudadanos. La paz era una de ellas. Por lo general la vida cotidiana se desarrollaba de acuerdo a una rutina soportable y en ocasiones placentera, aunque desafortunadamente de cuando en cuando los grandes cancilleres se empeñaron en demostrar su poder a los reinos vecinos y los registros históricos, a este respecto, son pródigos en cifras elocuentes. Catorce mil muertos con ocasión de la guerra del Bajío; trescientos mil cuando la toma de los manglares; mil veces mil cuando la Guerra Regional. Las conquistas y las guerras misioneras fueron también comunes durante todo el período formativo, y aunque después han sido menos frecuentes los reacomodos políticos, en realidad nunca faltó la oportunidad para que la república entera se movilizara.

Tampoco han sido raros los motines, reyertas, asonadas y otros estallidos o desmoronamientos sociales. El Cronista Anónimo, cuyos escritos constituyen la principal fuente de conocimiento con la que contamos relativa a la época clásica

de esta república, presencié uno de estos disturbios y relata cómo, en pleno clímax de la revuelta, las copas de los árboles y el cielo entero se convertían en un hervidero de proyectiles, miembros mutilados y ramas que se resquebrajaban. *Como frutos podridos*, nos recuerda, *pesadamente caían los monos muertos*.

Sin embargo los simios son, antes que nada, seres espirituales. Están dotados de alma, no sólo de intelecto, y abundan las pruebas de su genio y profunda dimensión moral. Aún ahora son visibles, en muchos de los troncos de la antigua república, los innumerables rayoneos en los que los simios republicanos plasmaron sus más profundas preocupaciones, dejando pruebas tangibles de su compleja vida interior. A primera vista estas inscripciones no parecen sino madejas de desordenadas figuras geométricas, pero una vez descifradas nos revelan una admirable variedad de textos poéticos y filosóficos. Unos hablan de la brevedad de la vida; otros intentan explicar el sentido del universo, aunque los más sean diseños prácticos y patentes de, por ejemplo, instrumentos para la poda y la recolección de los frutos, artículos de lujo o armas e inventos militares.

El último de sus cancilleres gobernó con mano dura durante el tiempo de las grandes rebeliones civiles. Se trataba de Horkónk VII, un mono macilento y esmirriado que murió tísico, hará más de treinta años.



Los códigos de vidrio

Hace ya cientos de miles de años que fueron muy comunes los códigos de vidrio. Antes de desaparecer para siempre de la faz de Tamássaran, los simios Abawáyq desarrollaron una de las formas del libro más sofisticadas y originales de todos los lugares y los tiempos. Eran unos libros pesados, peligrosos, frágiles y sumamente caros de editar.

Cortando finas placas de cristal azulado perpetuaban en ellas los más disímolos mensajes, pero mediante una compleja serie de pasos de delicada ejecución. Como el proceso resultaba más bien caro, los textos escritos revestían, por lo general, cierta importancia: lemas políticos, declaraciones, secretas cartas de amor, encantamientos o mantras de religiones esotéricas.

En cuanto a los procesos de fabricación y lectura de los vidrios, ciertos detalles son dignos de mencionarse. El primer paso consistía en embadurnar la superficie del cristal con una veladura de compuestos de laboratorio. Luego los textos eran grabados al aire libre, mediante grandes lentes que hacían pasar el vértice de los rayos solares a través de las películas de ungüentos y éstos, en reacción física, modificaban de manera invisible la superficie del cristal. Después la superficie —lo que técnicamente era llamado “la cara del escrito”— era cuidadosamente lavada y puesta a orear, y las placas de vidrio, en apariencia prístinas, transparentes, aparentemente sin nada legible sobre ellas, quedaban listas para ser almacenadas.

El escrito no resultaba visible sino hasta después de que el destinatario lo quisiera revelar mediante un nuevo tratamiento físico-químico. Si se quería leer el mensaje se hacía necesario tomar cuidadosamente una de las placas mudas, según se les conocía en este estado previo a la lectura, luego bañarla con un destilado especial de alcoholes de bálsamo y alcanfor, e inmediatamente después prenderle fuego. Al extinguirse las flamas azulosas, aparecían los elegantes caracteres en líneas tornasoladas, dando la apariencia de ser finos biseles danzando sobre el vidrio. Esta era, en todos los sentidos, una prueba de fuego: si el material no era de buena calidad, el cristal reventaba.

Como ya se ha explicado, el texto en cuestión —ya fuera una fórmula propiciatoria, un poema famoso o algún secreto de estado— a primera vista resultaba invisible, por lo que el simio encargado de su escritura debía ser siempre un experto calígrafo, puesto que él tampoco podía ver, durante la ejecución, lo que estaba escribiendo. Cofradías altamente especializadas se encargaban de perpetuar este arte complejo y exigente. Abandonar una de estas cofradías o traicionar sus intereses generalmente se pagaba con la vida, ya que los cófrades mantenían una red secreta de informantes y asesinos a sueldo.

Una vez aparecido, sin embargo, el mensaje de los códigos de vidrio adquiría una fijeza admirable, resistente a la humedad de las selvas, a la amenaza de los hongos, gusanos, comejenes y roedores que usualmente ponen en peligro a los textos escritos sobre pergaminos de palma u otros tipos de papel. De hecho —se decía— una vez revelado, un texto de cristal “se vuelve eterno”. Tal consideración, por supuesto, era bastante exagerada. Los textos de cristal eran muy quebradizos y rara vez perduraban por dos o tres generaciones en absoluta integridad, pero además presentaban otros inconvenientes de cierta consideración. Una sentida carta de

amor podía ocupar varios estantes. Un cántico ritual tenía que ser almacenado en series de pesados cofres o baúles, y una modesta colección de estos códigos ocupaba más espacio que las más voluminosas e importantes bibliotecas de libros ordinarios. En cuanto a su fragilidad, es entendible que un mínimo accidente, (un resbalón frente a cualquier anaque, por ejemplo), podía estrellar enteramente un documento valioso, más allá de toda reparación. Los temblores de tierra y los huracanes destruyeron, con el paso del tiempo, millares de piezas únicas, arruinando por completo las más famosas bibliotecas y convirtiéndolas en lamentables trizaderos.

Aunque los códigos de vidrio fueron utilizados principalmente para transmitir textos escritos, eventualmente se les dieron otros usos. Se conocen ejemplares que contuvieron claves militares, ecuaciones o fórmulas químicas, mapas, símbolos esotéricos, y hasta juegos de salón. Uno de los mapas registra con precisión topográfica los dominios de un oscuro personaje que, habiendo logrado consolidar el más extenso latifundio del país, terminó siendo guillotinado durante la célebre Conjura de los Dementes, justo a finales del Siglo de Oro. Es célebre también el que detalla las movidas de la partida de damas en la que se apostó la soberanía del Septentrión Abawayqo. Otro famoso vidrio registra con gran delicadeza una extensa partitura musical cuya clave, desafortunadamente, no poseemos más.

La fórmula mediante la que se elaboraban los códigos fue evolucionando con el tiempo y se llegaron a popularizar varios métodos de gran reputación. Una variante en exceso compleja la constituyeron los llamados *vidrios de aliento*, materiales tratados químicamente para responder al soplo de una persona determinada. Más costosos, estos ejemplares fueron siempre muy escasos y hoy constituyen verdaderos tesoros para los coleccionistas. Durante el proceso de su elaboración, el maestro vidriero debía recolectar una muestra de la saliva

del destinatario; con base en ella elaboraba cuidadosamente los reactivos que habrían de sensibilizar las placas y, una vez terminada la delicada operación, bastaba un soplo del personaje involucrado para hacer aparecer sobre la cara del cristal toda una topografía, o un complejo anagrama, o la imagen de un rostro por largo tiempo añorado. A este proceso se le conocía como el *reconocimiento*. ¡Qué conmovedor debe haber sido el contemplar a un personaje levemente inclinado, sosteniendo el vidrio con gran delicadeza, para empaparlo de vaho y ver aparecer sobre su superficie las hermosas facciones de una simiesca amada!

Los vidrios de aliento constituyeron el privilegio, como es de suponerse, de una élite ociosa que consumía cuanta novedad inventaran los sabios y pusieran de moda los comerciantes, en especial si resultaba cara hasta lo prohibitivo y, por lo tanto, comportadora de una gran exclusividad. Pero además cumplieron un importante papel en la secreta industria del espionaje. Más de una guerra fue decidida o cuidadosamente planeada sobre la fría superficie de un inanimado cristal. Más de una paz ruinosa fue concertada sobre la misma faz. Comunicados, mensajes en clave, listas de identidades secretas: todo iba acumulándose sobre frágiles placas que luego eran pulverizadas a martillazos, especialmente si el enemigo avanzaba.

Hacia la época clásica de la civilización abawáyq los códigos de vidrio fueron un medio de escritura relativamente común, pero después, durante la decadencia, cayeron en desuso y paulatinamente llegaron a ser únicamente rarezas mal logradas. Más tarde, con el correr de los siglos y cuando los códigos de vidrio eran ya considerados verdaderas piezas arqueológicas, se convirtieron en objetos tan apreciados por los anticuarios y coleccionistas que se llegaron a dilapidar fortunas enteras por adquirir algunos ejemplares. Los expertos tomaban en cuenta no únicamente la pieza en sí misma,

sino también el estado en que se encontraba, la naturaleza del texto grabado y, por supuesto, tanto el estilo caligráfico como las habilidades con que hubiera sido fijado sobre el cristal.

Cientos de miles de códigos de vidrio, placas mudas y cristales de aliento han perecido a lo largo de la historia, aunque, como dijera el padre de las letras abawayqas, no habríamos de suponer que la mayoría de sus contenidos merecieran necesariamente sobrevivir a sus redactores. El destino de las piezas perdidas ha sido diverso como diversos son los destinos de los vivientes. Se sabe de un castillo en el que se usaron millones de pedazos de estos cristales para erizar de navajas las almenas de sus murallas. Los ríos, lagos y costas del país abawayqo arrojan a sus orillas centenares de guijarros vítreos que antes fueron páginas, cartas, declaraciones de amor; ahora ya esmerilados y con la apariencia de gemas opacas. La mayoría de los textos desaparecidos, sin embargo, tuvieron un fin más grosero: algunas bibliotecas arrojaban la pedacería de los códigos arruinados a vertederos especiales en donde los montones de gemas trizadas, con sus vestigios de poesía, especulación y experiencia humana, esperaban inútilmente improbables intentos de restauración o, ya por lo menos, el fuego regenerador de las fundidoras, en donde acababan convertidos en simples vasos o botellas baratas.



El Mansír

 El Mansír es el único animal superior que nunca bebe. Aunque es común escuchar que no lo necesita, por parecer él mismo una reseca banda de papel que se desdobra y por vivir siempre rodeado de arenas y pedregales, la verdad es que sus delicados tejidos guardan alguna humedad y resultan, a decir de los nómadas, tan comestibles y sabrosos como los del mejor pescado seco. Se entiende que el Mansír debe arreglárselas para absorber y después atesorar la poquísima agua que se esconde en los territorios de Milarenas, algunos de los más áridos y candentes de cuantos mundos se conozcan. Los mecanismos por los que lo logra son poco conocidos, pero parece que sus penachos, o agallas, le sirven como recolectores de humedad y nutrientes.

Originario de aquellos inmensos desiertos septentrionales, este animal parece una planta ingrátida y seca que de pronto saltara para flotar a merced de los vientos. Tiene con mucho la apariencia de una víbora emplumada, o de una mantarraya de larga cabellera, como las que todavía es posible encontrar en las aguas de la Sramanda. Pero el Mansír, a pesar de su apariencia un tanto irreal y submarina, es el señor indiscutible de los desiertos.

Despeinado y color ocre, vetado de rojo tierra, el Mansír se arrastra como un ser fantasmal, cazador de rocío. Nace pequeño, del tamaño de una flor seca. Desde el principio nada a sus anchas entre las dunas infinitas, se revuelca en el polvo y luego va creciendo con mucha lentitud hasta alcanzar, conforme sus tejidos absorben minerales y polen

de entre la polvareda y el viento, la longitud de un alto ciprés derribado.

Ser habitante del desierto significa economizar a un máximo el uso del agua, pero el Mansír lleva al extremo este imperativo y en ocasiones, durante los ciclos de las grandes sequías, se deja sepultar por la arena, pudiendo resistir en ese estado, latente y subterráneo, hasta que considere que arriba, al aire libre, comienza a haber rocío por las mañanas o hasta que otra tormenta lo desentierre y una vez más lo eche a rodar por el desierto. Cuando esto ocurre el animal regresa a la superficie y comienza a absorber partículas de fosfatos, granos de pólenes y calcio, que habrán de mantenerlo vivo por otra temporada.

Normalmente permanece tumbado en algún recodo, casi cubierto por la arena, pero si lo molestan salta como un resorte y extiende sus flancos para volar ondulando. Se deja llevar por la brisa y de lejos parece un hechicero de largos cabellos o el alma de una estrella rodante. Recorre entonces tres o cuatro leguas en busca de un lugar seguro y si lo encuentra, luego descende y se deja caer, clavándose en las dunas como si se tratara de olas. Se dice que es feliz en la resequedad absoluta, tumbado al sol, cuando descansa.

Como era de esperarse el Mansír es, por dentro, un animal reseco y de consistencia algo correosa pero su carne es rica en minerales y de agradable sabor, así que cuenta, en su mismo ambiente, con numerosos perseguidores y enemigos naturales: panteras grises, tigres llaneros, hienas de boca roja. Los principales, sin embargo, son los temidos bárbaros cimarrones, jinetes nómadas que lo acosan y flechan sin piedad. Este atávico pueblo se cubre con su piel, consume su carne durante las festividades y ha poblado su tosca narrativa con numerosas historias sobre la serpiente voladora. Según ellos, el Mansír se alimenta de luz solar, es igual de viejo

que el mundo y bebe agua salada únicamente de sus sueños,
cuando, profundamente dormido, sueña que silenciosamente
desciende hasta las orillas del mar de los orígenes.



La escritura del árbol



ompitiendo en originalidad y sofisticación con los códigos de vidrio se encuentran, ciertamente, los llamados árboles parlantes. Producto de la más sofisticada tecnología biológica y de muchos siglos de experimentación con la genética, estas maravillosas plantas eran capaces de transmitir información lingüística incluso a lo largo de varias generaciones. Surgieron, por supuesto, en épocas tardías de la historia boreal, cuando el hartazgo y el ocio colectivos coincidieron con la abundancia económica, generando demanda por las excentricidades y las cosas extraordinarias.

El origen de estos curiosos productos de la botánica comercial debe buscarse en la antigua costumbre de leer los árboles, muy generalizada entre determinados estratos de la población. Las especies preferidas por las pitonisas eran la palma balsámica, apreciada tanto por su belleza como por sus virtudes medicinales, y el bambú de garganta dorada, corpulenta variedad llamada así por el hermoso color amarillo tornasolado de sus anchos y elevados mástiles. Ambas especies se caracterizan por las intrincadas manchas y diseños que son visibles en la base de sus troncos, y desde tiempos muy remotos los lugareños aprendieron a escudriñarlos para concluir augurios y vaticinios. Un manual clásico enumeraba más de setecientas maneras de leer árboles e incluía capítulos dedicados a las predicciones del clima y del sexo de los nonatos.

Quinientos años después de la redacción del texto mencionado, la ciencia de los vaticinios estaba bastante despres-

tigiada, pero se había transformado en una sofisticada rama de la jardinería que utilizaba por igual la selección artificial y la manipulación genética para lograr hermosos ejemplares de palmeras cuyos troncos reproducían proverbios célebres o famosos poemas de amor. Para lograr este objetivo los genetistas controlaban todo el proceso de pigmentación de la planta, logrando la transmisión de patrones que, lejos ya del azar, resultaban en impecables textos caligráficos.

Así las cosas y en pleno apogeo de la producción de estos libros vivientes, los proveedores anunciaban catálogos de diversas especies y numerosas variedades que podían adornar y enriquecer los más exquisitos jardines, fueran públicos o privados. Hecha la selección, los arbustos eran entonces transplantados, dotados de algún abono y, al estirarse y robustecerse, hacían aparecer con lentitud sobre sus troncos las primeras líneas de poemas famosos o novedades literarias. Un cliente podía escoger el texto deseado o bien podía atenerse a la sorpresa futura, esperando pacientemente a que la planta le revelara poco a poco el poema que le había tocado en suerte. Un árbol maduro en ocasiones desplegaba toda una épica medieval, o una serie completa de escritos de diversos autores unidos por un mismo tema, o bien un caligrama espléndido, extendido sobre el tronco y las ramas como una extraña constelación.

Hasta aquí todo nos habla de excentricidad o decadencia. Sin embargo, el ambicioso programa significaba mucho más que una simple rareza con propósitos ornamentales. Durante mucho tiempo sirvió como sistema de control y experimentación biológica. De hecho, se sabe que los prototipos de los árboles parlantes fueron desarrollados en colaboración con los servicios secretos de varias naciones interesadas en la manipulación genética: la planta era diseñada para transmitir un texto con una exactitud ortográfica, pero una simple vocal que apareciera cambiada, un mero acento fuera de su lugar,

implicaban una mutación, y por lo tanto, un descuido o una torpeza imperdonable en el minucioso y delicado proceso de control de la vida.

A lo largo de los siglos, por supuesto, fueron muchos los árboles que transmitieron los textos con muy diferentes grados de imprecisión, por lo general tan sólo desenfocándolos o deformándolos total o parcialmente. A veces una línea se partía a todo lo largo y aparecía dislocada y difícil de comprender. Pero también se dieron ejemplares, sobre todo después de la gran guerra, que llegaron a alterar profundamente los escritos, a veces incluso con el resultado, si hemos de creer a los historiadores, de una notable mejoría literaria en su estilo o en el sentido general de la frase. Diversas explicaciones se intentaron para explicar estos prodigios, pero ninguna gozó de la aceptación unánime. Casos más drásticos fueron los de los nubanná, árboles que de una generación a otra introducían insultos, palabras soeces o de doble sentido y hasta blasfemias, intercalados cruelmente en los momentos climáticos de la obra literaria. Menos agresivos, pero no menos inquietantes, fueron los nubanná soñadores, que transformaban un sustantivo en la sombra negruzca de un ave volando, o una modesta preposición en un símbolo mágico, a veces deforme y grotesco.

Es en esta época cuando, paradójicamente, los árboles parlantes recuperan su antigua función de augures sagrados. Un gobernadorcillo, un consejo municipal o un simple conspirador solían plantar el árbol y esperar pacientemente tres o cuatro monzones para indagar la pertinencia de tal o cual acción política. Según las crónicas, los árboles enloquecieron a partir de entonces, revelando desde secretos privados hasta oscuros pasajes de la historia universal, y prediciendo banalidades, pero también prolongados desórdenes, invasiones o catastróficas sequías. Los textos eran oscuros y de difícil interpretación, pero predominaban, se dice, el tono sombrío y el catastrofismo.

Hacia el ocaso de la civilización abawayqa la manipulación genética —y con ella la ciencia de la escritura del árbol— había caído en absoluto desuso. Partes enteras de las ciudades habían sido abandonadas, las calles se llenaron de montones de tierra, las escuelas fueron convertidas en vecindades y no quedó academia o laboratorio funcionando en buen orden. Los descendientes de los árboles malditos, sin embargo, lograron sobrevivir. Mediante las sucesivas transmigraciones que van de la semilla madre hasta la semilla hija, pasando por el brote, el enraizaje, el crecimiento, la foliación y la flor, las plantas libro escaparon a las selvas cercanas, en donde hasta la fecha es todavía común encontrar árboles en cuyos troncos se advierten distorsionados trazos alfabéticos, a veces hermosos caracteres más o menos legibles y, aunque con menos frecuencia, hasta palabras y frases enteras en idiomas que ya nadie puede entender.



La ciudad vertical

Ahora es mucho menos que una ruina, pero en sus tiempos de apogeo la ciudad vertical albergaba familias, clanes, cónclaves y sociedades secretas. Fundada como un refugio en contra de las frecuentes hordas de salvajes que desde siempre asolaron el País de las Llanuras, la Ciudad Vertical fue creciendo alrededor de una gran cueva, o concavidad, enclavada a la mitad de un famoso precipicio. La ubicación, por supuesto, garantizaba paz y seguridad para sus habitantes, pero ofreció desde el principio grandes problemas urbanísticos de muy difícil solución.

Para empezar, sólo una serie de angostos orificios y cavidades se ofrecían como refugio en la pared del acantilado, así que las demás moradas tuvieron que ser excavadas sobre la piedra viva. Otro recurso arquitectónico consistió en tallar bases escalonadas que iban saliendo de la pared y sobre las que después se fueron construyendo casonas multifamiliares y graneros de adobe y piedra.

Muy lentamente, con el pasar de los siglos, la aldea se fue agrandando como un enorme conglomerado vertical de nidos de golondrina. Llegó a ser, en efecto, una gran ciudad. Piedra y argamasa, salientes y cavidades talladas en la roca se fueron conjugando con profusión para desplegar un inabarcable mural habitado. En su época de mayor esplendor el inusitado asentamiento incluyó centros ceremoniales, palacetes, pasadizos secretos, capillas, guarderías, bodegas y almacenes, una cárcel, un impresionante columbario que funcionaba como panteón y, curiosamente, un extenso mercado central. Llama la

atención que una comunidad tan compleja pudiera funcionar en absoluta posición vertical, sin embargo, la ciudad llegó a estar muy bien comunicada y, en los años de su apogeo, una persona podía trasladarse desde uno de los niveles superiores hasta otro de los más bajos con suma rapidez, aunque la operación contraria resultara considerablemente más lenta y dificultosa.

La red de comunicaciones operaba de diversas maneras. En primer lugar, todas las casas y construcciones estaban unidas entre sí mediante puertas que daban tanto hacia los lados como hacia arriba y abajo. Esta alternativa funcionó bastante bien mientras la comunidad no pasó de ser un simple conglomerado multifamiliar, pero al aumentar la población y conforme se extendían como una enorme pintura rupestre las extrañas construcciones, resultó impráctica y por completo insuficiente. Esto se entiende, ya que trasladarse diez o quince niveles hacia arriba se convertía en una verdadera operación de montañismo.

Posteriormente se desarrollaron otros procedimientos. Uno de ellos consistía en una especie de red telefónica basada en el uso de cuerdas y campanas mediante las cuales la gente transmitía mensajes a las distintas partes de la ciudad. El más sofisticado y el último en aparecer fue el sistema de elevadores que poco a poco se fue generalizando hasta abarcar, casi por completo, el extenso alzamiento de cuartos, corredores, terrazas, habitaciones, vertederos y fosos de desagüe. Éstos consistían en cómodos asientos de mimbre o en desnudas rampas de madera que descendían o se elevaban con la ayuda de un eficaz mecanismo que funcionaba a base de poleas y contrapesos. Los primeros transportaban a los habitantes, mientras que los segundos se reservaban para mercancías o materiales de construcción.

Durante siglos los habitantes del precipicio estuvieron conscientes de la particularidad de su metrópoli natal, y la

soberbia y la infatuación patria llegaron a ser sentimientos comunes. Baste pensar que durante más de quince siglos y hasta la desastrosa ofensiva que puso fin a su existencia, la ciudad no había podido nunca ser conquistada. Otros factores eran también motivo de orgullo. El espectacular laberinto del cañón de piedra rosada estaba a la vista de todos, los remolinos de golondrinas y murciélagos anunciaban las horas y, a la distancia, de noche, la ciudad era innegablemente hermosa: como un panal ardiendo por el fuego multiplicado y fino de los hogares.

También hubo quienes, por supuesto, enfatizaron las desventajas o defectos de la Ciudad Vertical. La falta de sol durante el invierno, aunada a las fuertes corrientes de aire que azotaban el farallón, convertía a la ciudad en un verdadero congelador. A pesar de las rampas y columpios de salvamento y de la red de tinacos superiores que proveía de agua a la ciudad, los incendios resultaban devastadores. Los asesinatos y los suicidios eran fáciles y, por lo tanto, frecuentes.

El hecho decisivo en la historia de esta garganta urbana fue la desafortunada invención de la catapulta. Un solo asalto militar de tan sólo ocho o nueve horas de duración bastó para poner fin a más de mil quinientos años de una existencia colectiva ejemplarmente tranquila y feliz. Durante el sitio, las orgullosas construcciones se derrumbaban implacables, arrastrando consigo a las que le quedaban por debajo en una reacción en cadena que terminaba vertiginosamente con todo un mundo, resolviéndose en estruendosas cascadas de piedra y polvo. Después el viento y el tiempo fueron borrando los últimos rastros de aquella extraña grandeza.

Lo que queda actualmente de la Ciudad Vertical no es sino un erosionado diseño que trepa por la piedra como una descomunal enredadera prehistórica, o como liquen antiguo que hablara de una nostalgia extraña, presente todavía, incomprensible y vasta.



El Cañón de Nubumbra

Situado a escasas leguas de Granquivira, metrópolis famosa por sus murallas de carrizo trenzado, sus rascacielos de adobe y piedra, el constante desorden en el que trafican sus viandantes y las costumbres deshonestas e inmoderadas de quienes la habitan, el Cañón de Nubumbra, un hermoso conjunto de arroyos y abismos que se abren al desierto, ha sido considerado desde antiguo la entrada ocasional hacia otras dimensiones, pero igualmente el libro más grande que jamás haya heredado nación alguna.

La nubumbra, cabe explicar, es aquella súbita sombra que las nubes proyectan o arrastran brevemente sobre las tierras de los desiertos. No anuncia el agua de las nubes, no revive las plantas ni despierta a los animales enterrados por el sopor del verano, no contribuye mucho ni poco a sostener forma alguna de vida, pero despliega espectaculares coloraciones a lo largo de tajos y acantilados e inspira a los cantores y profetas de las comarcas que toca. La nubumbra aparece de pronto: marrones que tienden al rojo, vetas de suave luz, óxidos arrastrándose por la piedra como las manchas de un leopardo invisible. Después huye sigilosa como un inmenso reptil y cede su espacio para que el sol regrese a calcinar las laderas de piedra y los líquenes durmientes del pedregal.

No es de extrañar que los lugareños consideren hermosa la nubumbra y que hayan dado su nombre al más dramático de los paisajes norteños. El fenómeno, además, es interpretado por las religiones locales como una especie de escritura del porvenir, como una lluvia de fugaces vislumbres que

prefiguran el resto de la historia del tiempo. El cañón, por su parte —herida planetaria que se abre hacia el cielo como un umbral cósmico— ha sido un lugar sagrado para todas las naciones que viven en sus cercanías. Se trata de un sistema de cañadas y precipicios cortados en granitos rojos y otras especies de la piedra, algunas azuladas y otras pardas, color sangre, o casi negras. Lo pueblan camaleones del desierto, serpientes, pájaros flecha, la famosa perdiz dorada y el ciervo de las rocas, apenas más grande que un gato montés.

De acuerdo a las más antiguas tradiciones, el universo fue creado precisamente en esos riscos. Cada peñón, cada roca en el suelo, cada arroyo tributario, cada lecho de arena recuerda un episodio genésico cuyo sentido no debe ser olvidado nunca. Un conjunto de piedras es concebido como una concatenación de frases, un farallón o una grieta, como un testimonio inequívoco de tal o cual pasaje de la epopeya inicial. Por lo anterior, los granquiviros han elaborado minuciosos catálogos topográficos en los que se describe o explica hasta la última de las características del lugar, y en sus artículos se narran, en una especie de traducción destinada al vulgo, incluso los episodios más nimios del día de la creación. Se acepta como artículo de fe que aquella jornada duró, según el tiempo de los hombres, veinte mil años cumplidos.

Hay una cofradía que protege los intrincados terrenos del cañón. Desde hace siglos se encarga de la limpieza y el orden del lugar. Ninguna piedra puede ser cambiada del lugar, ningún rastro de la presencia humana debe permanecer, ningún acto de desacato, ninguna impertinencia, pueden ser cometidos en los terrenos intocables de aquellos desfiladeros, ya que cualquier cambio infringido implicaría una alteración al devenir universal. El lugar, hay que recordarlo, es considerado como un gran texto sagrado hecho de piedras y de tierra, y así como otros pueblos atesoran libros dictados por los dioses, los granquiviros atesoran

este lugar en el que está escrito con rocas y cascadas toda la historia del mundo.

Pero la cofradía tiene otros deberes que cumplir, entre los que destaca el mantener el silencio de los peregrinos y visitantes. Para cumplir con esta misión sus integrantes recurren a unas varas largas fundidas en plata y oro con las que hostigan a quienes se atreven a proferir alguna palabra. Las mismas varas, una vez que son adornadas con determinados pendones y banderolas, sirven para anunciar a los visitantes que es hora de retirarse y emprender el regreso. La ley del silencio, en efecto, gobierna sobre todos los territorios del Cañón de Nubumbra. Por otra parte, las únicas personas a quienes se les permite residir en la comarca son los eremitas que, protegiéndose a la sombra de las cuevas o haciendo penitencia por las veredas y arroyos, meditan sobre el destino del mundo; pero cuando dos eremitas se llegan a encontrar, de ninguna manera se comunican entre sí con palabras, sino con un lenguaje de señas de una gran elegancia que ha sido utilizado durante casi un milenio. Es muy impresionante presenciar una de estas conversaciones que, a juzgar por la danza de los brazos, el cuello y las manos de los conversadores, a veces llegan a ser enfáticas y apasionadas.

Los nombres de los farallones y demás características geográficas del Cañón de Nubumbra tienen diversas propiedades mágicas y curativas, así que los habitantes de las regiones vecinas los pronuncian como conjuros contra la adversidad, de la misma manera en que en otros lugares se invoca a los santos o a los dioses, o se repite una jaculatoria. La exacta correspondencia entre estos toponímicos y sus efectos o aplicaciones es tan vasta que constituye toda una ciencia y se requieren años de estudio para dominarla cabalmente. Murmurar *Aguazarca* es bueno para la cólica biliosa; repetir en voz alta *Torredeviento* alivia el dolor de oído; escribir en tinta roja *Ramal de Piedrasanta* ahuyenta las pesadillas; salmodiar

veinte o más veces *Babonoyaba* —siempre y cuando haya luna creciente— libera de la más terca impotencia.

Una vez al año los granquiviros sienten la necesidad de enfrentarse a la otra dimensión. Las peregrinaciones se inician, de preferencia, a la llegada del verano, cuando los nimbos son espesos y volubles y el espectáculo de la nubumbra se hace posible. Los asistentes son en su mayoría fieles comunes, pero no faltan los visionarios y los llamados *lectores de sombras*, especialistas en interpretar la nubumbra. Al cañón santo se accede, partiendo desde Granquivira, siguiendo los meandros que forma el arroyo al que da origen la red de cañadas que lo conforman. Lo anterior ocasiona que los viajeros, al ir acercándose, den vueltas lentamente a lo largo de todos los meandros de arena, cambiando de dirección, contemplando tan sólo lomeríos y montañas, pero sin divisar los desfiladeros ni los abismos de la garganta. Esto se considera un ejercicio espiritual, porque recuerda al peregrino las múltiples dificultades y las diferentes etapas de todo acceso a la verdad.

Poco antes de llegar al último recodo los visitantes se detienen y, en lugar de continuar para doblar por el último meandro y acceder directamente a la entrada, comienzan a ascender por la ladera de la última colina que les obstruye la vista del cañón. El objetivo es que, al llegar a la cima, la visión del paisaje resulte súbita y por lo tanto más imponente, más directa y total. Si se corre con suerte, la nubumbra estará recorriendo las agrestes paredes de piedra, los taludes y los despeñaderos, las cascadas y los bancos de arena del fondo: a lo largo de todo el paisaje habrá fantasmas sombríos que se desplazarán del color sangre hasta el azul mineral, desplegando lentas formas que parecen incluso cambiar la forma de la topografía. El espectáculo arranca las lágrimas de los peregrinos y hay quienes alcanzan de esta manera el éxtasis espiritual. Pero más importante resulta la experiencia de los lectores de sombras: ante sus ojos aparece, cifrado, todo el resto del

tiempo. Para ellos las grandes manchas que recorren la tierra sagrada están hablando, y sus formas expresan los mapas de los imperios del futuro, sus guerras y armisticios, los rostros y los nombres de sus traidores y héroes, las catástrofes que les aguardan y el minucioso porvenir de sus habitantes, así hasta los últimos días del universo. En efecto, si el Cañón de Nubumbra es el libro de los orígenes, también es la partitura del fin, la escritura del tiempo.

Por lo demás, y tratándose de un lugar tan respetado y protegido desde hace siglos, esta garganta es todavía el hogar de diversas especies endémicas de arbustos, lagartos y pajarillos que ya han desaparecido de cualquier otra parte de los mundos. Se trata de animales y plantas que otrora conocieron una mayor distribución geográfica pero que con la inexorable expansión de los granquiviros fueron cediendo hasta refugiarse tan sólo en desfiladero sagrado. Entre ellos destacan el árbol de las frutas transparentes, también usado con fines adivinatorios, y el famoso pájaro flecha, gran tejedor de nidos y tan rápido en su vuelo que apenas puede ser percibido por los ojos humanos. También lo habita un viejo megaterio al borde de la extinción que sale cada temporada de lluvias y que eventualmente —por ejemplo cuando en busca de miel llega a mover una roca fuera de su lugar— ocasiona desperfectos en aquel templo natural. Cuando esto ocurre, los cófrades se apresuran a corregir las posibles alteraciones al paisaje intocable, cuidando de que todo quede exactamente como estaba y evitando con precaución las fieras coces del animal.



El Pájaro Fiera

No se sabe a ciencia cierta quién, de entre todos los viajeros, declaró que la Barbaria es un país rojo. Quien haya sido, tuvo razón. La roca de sus montañas, el barro con el que su gente enjarra las paredes de sus solares, la hermosa cantera con la que los gobernantes construyen sus palacios y capillas, la corteza del árbol narbán —tan común en aquel país—: todo es rojizo. Por si esto fuera poco, el Pájaro Fiera, que permanece en la Barbaria durante toda la época de su reproducción, es del color de la lumbre fuerte, con ciertos dejos de ocre, amarillo y color vino en los bordes de cada pluma.

Este extraño animal, de forma parecida a la de una perdz, aunque mucho más grácil y algo menor, es sumamente gregario y muy rara vez se aparta de los demás individuos que componen el grupo. Se trata de una especie migratoria que permanece temporadas irregulares en diversas regiones, según vaya agotando las semillas y bayas de las que se alimenta. Una vez que esto ocurre, se desplaza de isla en isla a lo largo de todo el archipiélago, reiniciando sus rutas conforme el planeta mismo hace virar su eje y avanza en el recorrido de su propia órbita. El Pájaro Fiera, gran viajero, emigra en densas parvadas y desciende sobre un nueva comarca como un ejército volador. Sus maniobras en el aire dan la impresión de ser a la vez ligeras y pesadas, etéreas y materiales, ya que el batir de sus alas, demasiado gruesas para el tamaño del ave, produce un sonido apagado y espeso. Sin embargo se trata, en realidad, de pájaros extraordinariamente ágiles: verdaderos

acróbatas capaces de revolotear detenidos en un solo punto y especialistas de los movimientos coordinados.

Es esta última habilidad la que les ha reportado el nombre, la fama y el respeto general de las naciones que los conocen y, lo que resulta más importante que nada, a ello han debido también su holgada supervivencia como una especie que es unánimemente temida y admirada por las demás bestias de la región. La estrategia es única en todo el reino animal: cuando descienden al suelo con la intención de alimentarse adoptan, de forma colectiva y en gran escala, la forma aterrorizante de algún depredador: antes de posarse en la tierra como individuos, la parvada completa se convierte, en efecto, mediante una maniobra de precisa coordinación, en un gato gigantesco, una pantera roja o un león descomunal. Así se pasean con notable majestad, fingiendo que el monstruo camina, voltea hacia todos lados y recorre el terreno hasta asegurarse de que ha sido visto por cualquier enemigo potencial de las inofensivas aves que en realidad lo conforman.

Para lograr cierto realismo en esa escultura viviente hecha de pájaros, la colonia no escatima estrategias: los individuos que deben quedar en puntos o zonas de coloración más oscura —por ejemplo las narices de un león o las manchas de un leopardo— muestran su dorso, que es del color del vino. Los que se encargan de las partes más claras se esponjan en pleno vuelo, dejando ver el plumón níveo que esconden detrás de sus plumas. El resultado es un espectáculo más o menos díctomo, que va del ocre sangre al rosa nieve, aunque con muy sutiles variaciones de tonos. Pero como la mayoría de los carnívoros de la Barbaria tan sólo ven en blanco y negro, el efecto final es asombroso y las reacciones de pánico no se hacen esperar: ante el descomunal tigre de pájaros huyen a toda prisa los tigres verdaderos. También los leones, las panteras, los chacales ve-teados y cualquier otro depredador que alcance a vislumbrar, aunque sea de muy lejos, la súbita aparición.

Una vez que la rutina se cumple, el herrumbroso tigre se desmorona en una breve lluvia de pájaros hambrientos que, en unas cuantas horas, son capaces de agotar la más generosa de las cosechas. Ya en el suelo, parecen urracas, grajos, palomas; siempre mansos e inofensivos. A veces descienden en las plazas o calles de ciudades y pueblos, y los habitantes de la Barbaria se dejan maravillar con el espectáculo de sus acrobacias y finuras. Ellos también suelen asustarse, sobre todo los niños, aunque cualquiera entiende que una fiera hecha de pájaros es necesariamente algo que no puede durar y que está destinada a disolverse, como todo proyecto demasiado ambicioso o como los sueños mismos.

El ave ilusionista aparece, como era de esperarse, en la literatura de la Barbaria, en donde ha sido cantada desde los tiempos más remotos; generalmente como símbolo de la brevedad de las cosas, pero también como metáfora de lo ambiguo, lo tristemente apócrifo, lo fraudulento. En cuanto a las demás artes, es fama que las bárbaras elaboran collares en los que el célebre pájaro adopta la forma de corazones y flores diversas. También es motivo frecuente en los tapices y telas finas tejidos en el país. Se sabe de un famoso vitral, hoy desaparecido, en el que se representaba un grupo de estas aves en el momento de levantar el vuelo para erigir la figura del león republicano, que sostiene una balanza con el hocico. Hay dichos en las hablas regionales. Algunos son muy simples y directos, pero otros destilan ironías o extrañas nostalgias a veces difíciles de explicar: *Inofensivo como un Pájaro Fiera; Más hiriera si no fuera Pájaro Fiera; Me esfumaría, si yo pudiera, como asustado Pájaro Fiera; Pájaro Fiera: ni muerde ni persevera.*

Por lo demás, es entendible que los campesinos no miren con buenos ojos a este voraz consumidor de cereales maduros. Por lo anterior, los granjeros lo ahuyentan con regularidad haciendo uso de grandes banderas con la forma de hombres armados, y con frecuencia lo matan para consumir su carne,

que previamente adobada con orégano fresco, vinagre y miel de abeja silvestre, se pone en las brasas hasta que adquiera un color dorado y deleite a cualquier comensal.

A raíz de la adopción de las armas de fuego por parte de los habitantes de la región, las colonias de pájaros fieras han ido adelgazándose cada vez más. Se le ve todavía llegar desde los países boreales, pero ya no constituyen una plaga de consideración y muy rara vez enrojecen el cielo, como solía ocurrir antaño. Alguna parvada de estos animales que ya haya sido diezmada por los perdigones de los cazadores intentará todavía recurrir al viejo truco de la fiera monstruosa, pero el tigre espectral que erigen ya no convence a nadie y tan sólo parece un maltrecho espejismo o una simple y rojiza tolvanera a merced de los vientos de la Barbaria.



El árbol de las frutas transparentes

Justo en la desembocadura del Cañón de Nubumbra crece un árbol que da frutas transparentes. Los que lo han contemplado lo comparan al fresno, pero todos mencionan la extraordinaria finura de las hojas, la ligereza de todo el follaje y el aroma alcanforado de su madera.

El páramo en el que crece es un remanso, un bello golfo de luz en medio de las enormes tajadas pétreas que levantan el cañón. Y en un recodo, no lejos del arroyo que ha labrado aquella catedral silvestre, es donde crece el árbol de las frutas transparentes. Es uno solo el que ahora sobrevive, espigado, de tronco esbelto y follaje muy claro, casi flotante. No han sido hallados hasta ahora, en efecto, otros ejemplares de esta límpida raza de árboles y el ejemplar conocido parece ser el único sobreviviente de una estirpe tal vez antaño mucho más extendida. Los visitantes de Nubumbra lo admiran y le demuestran reverencia porque lo ven como la forma material de un sueño antiguo, pero también porque lo consideran un ser desamparado, digno de la más simple compasión.

Los vándalos se acercan y graban iniciales en su tronco. Los peregrinos se postran y amontonan ofrendas. Los turistas roban sus estériles bayas. Los sabios dicen: “el árbol es un símbolo”. Los sacerdotes piensan: “el árbol es sagrado”. Pero los científicos únicamente aseguran que el árbol va a morir y que con él, en poco tiempo, se extinguirán al mismo tiempo una variedad, una especie, un subgénero, y todo un género, completo.

Una vez, cada seis o siete años, de las puntas de las ramas más altas se estiran unos tímidos ramilletes que en el término de una semana se resuelven en centenares de pequeñas flores cerosas y del color de la lumbre. Las ramas se mecen y los espectadores aplauden, ríen, piden deseos. Con el viento y el agua, poco a poco se van endureciendo lo que habrán de ser los frutos. Primero son verde esmeralda, luego recorren las tonalidades del jade, después amarillean y para cuando los cielos de Nubumbra son invadidos por los calores del desierto que los rodea por todas partes, la carne firme y redonda de las bayas se pone transparente como un cristal.

Al llegar el otoño el árbol luce ya los pesados racimos de las bayas, que parecen balines o gruesas gotas de dulce vidrio, como el topacio o el ámbar. Si se lo mira de lejos en esta época del año, el árbol emite débiles reflejos y da la impresión de estar cargado de sólidos chupones de hielo, lo que es un contrastido en medio del todavía caluroso otoño de Nubumbra.

Pero estos frutos yermos, algo más grandes que una cereza, son estériles desde hace ya muchos siglos, y se especula cuál habrá sido la función con la que cumplieron en el desconocido ciclo vital de la especie. Más de cerca, en efecto, adentro de la transparencia de la fruta, no se esconden semillas, ni huesos, ni gérmenes de árboles futuros.

En otros tiempos, un platón de cristal colmado de estas frutas color hielo era señal de magnificencia en la mesa de un tirano, aun si había un secreto consenso en calificarlas como insípidas y algo pastosas en su consistencia. Una vez secas, mucho más duras y levemente ámbar al ser miradas al trasluz, las frutas servían como abalorios y fueron consideradas, entre otras cosas, infalibles amuletos en contra de la enfermedad.

Una costumbre debe ser mencionada. Desde hace siglos, los peregrinos practican una curiosa manera de predecir el futuro ante el umbral mismo del afamado cañón: las llama-

das *sortes frutales*. Se trata de una especie de juego de azar mediante el cual los jugadores, con la ayuda de un hierofante, van haciendo saltar las pequeñas frutas transparentes frente a sus ojos. La gente se apretuja y canturrea a media voz, hay gran expectación por conocer la suerte del practicante. Los interesados no deben bajar la vista, por lo que algunas de las bayas van cayendo por tierra, descartadas. Al final, cuando ya sólo les queda una, la toman delicadamente entre los dedos y la acercan al ojo derecho. Todos guardan silencio, a la espera de posibles resultados. Entonces, se dice, en el centro mismo de las bayas de vidrio vegetal aparece el todo el vasto futuro, revelado en una serie de brillantes visiones que no duran sino unos cuantos instantes. El hierofante las revela, salmodiándolas frente a los protagonistas y el público, y luego los abraza y los consuela, en el caso de que el mensaje no sea propicio, lo que es frecuente.

Como todo, este árbol de luz ha conocido sus formas de degradación. Desde hace ya mucho tiempo las sortes frutales han ido generando toda una industria local, y casi cualquier tema puede ser consultado en las ceremonias. Asuntos financieros, desenlaces políticos, matrimonios, divorcios. Particularmente solicitadas son las predicciones sobre el tema del amor: solteros y solteras, niñas solas y jovencitos esmirriados abundan siempre entre las filas de los solicitantes. Los manejadores del Cañón de Nubumbra cobran estos servicios con muy poca moderación y las multitudes aceptan sin quejarse. Se sabe de numerosos funcionarios que se han enriquecido a la sombra de la planta sagrada.

Como este árbol único ya no se reproduce, se ha intentado indagar si en el futuro —por ejemplo, después de cinco siglos—, alguien vendrá a consultar su suerte bajo la sombra del árbol de las frutas transparentes. Sólo un vacío, sólo la vista de un erial desierto parece responder a esta pregunta dolorosa.

Los hierofantes se preocupan, porque no es infrecuente la mañana en que el tronco muestra las nuevas picaduras de los gusanos, y porque la caída excesiva de la cáscara, otrora tan apreciada por los médicos naturistas, tampoco da testimonio de nada bueno.

En tanto, a cada llegada del atardecer el Cañón de Numbra sigue arrojando su luz dorada sobre el ramaje del árbol solitario.



La ortografía kenaria

El idioma kenario, también llamado quenarés (*múghar kénnar*, en el propio kenario) posee una tradición escrita que data por lo menos del siglo quinto antes de la Era Común, es decir, más de mil cuatrocientos años antes del presente. Sin embargo, no es el extenso corpus de su literatura (consistente, en su mayor parte, en traducciones, consignaciones de intrigas palaciegas y farragosos textos jurídicos o religiosos), lo que lo ha hecho famoso entre los lingüistas y filólogos del mundo entero, sino su caprichosa y compleja ortografía, ejemplo perfecto de cómo un sistema de escritura puede desprenderse lentamente de la lengua hablada y complicarse por sí mismo en múltiples direcciones semánticas.

Se trata básicamente de un sistema alfabético que refleja bastante bien, por lo general, los sonidos de la lengua, aunque también posee, como se verá más adelante, numerosas letras mudas. La anterior aseveración podría hacer pensar que estamos frente a una escritura más o menos convencional, fácil de aprender. La realidad es que la ortografía kenaria es una de las más intrincadas de cuantas se conozcan y no sólo se aferra a tradicionalismos ortográficos que nunca tuvieron ninguna relación con el habla, sino que hasta llega al extremo de depender, en buena parte, del estado de ánimo y los caprichos ideológicos de quien escriba, o haya escrito.

El problema radica en que en el alfabeto kenario cada fonema tiene, para ser expresado por escrito, numerosas letras alternas pertenecientes a las llamadas “series blancas”,

o categorías. Éstas se subdividen en “calificaciones” o “grados” y tienen la función de expresar información que no es transmitida en forma alguna por el idioma en sí mismo. Las series blancas son las siguientes: antigüedad (o simplemente edad, en el caso de los sustantivos animados), sexo o género, forma, apariencia física, color (estas últimas tratándose de sustantivos concretos), condición social (en el caso de personas, familias o instituciones sociales, pero también tratándose de caballos, perros y gatos), prestigio propio, veracidad histórica (si el sustantivo se refiere a hechos, eventos, acciones o asuntos religiosos) y nivel de aceptación o rechazo emocional que el redactor experimenta por el nombre utilizado. En algunos sustantivos y verbos se utiliza incluso una serie de letras mudas que marcan diversos grados de santidad y poder mágico.

Como se deduce del comentario anterior, la ortografía se complica principalmente con los sustantivos, en menor grado con los verbos (aunque el caso es frecuente tratándose del lenguaje honorífico) y está ausente casi por completo de las partes menores de la oración, así que estas últimas se escriben de una manera fonética mediante las llamadas “letras muertas” o neutras. Las categorías se utilizan, con algunas excepciones, de acuerdo al orden de aparición arriba mencionado. Si la palabra tiene menos de diez letras (el número de las series más comunes), las correspondientes a las que sobren son mudas, pero en cualquier caso deben de ser marcadas para que la palabra escrita no deje en suspenso la información restante que, en cualquier caso, todo lector serio espera recibir. Esto significa que casi todas las palabras kenarias se escriben con un mínimo de diez letras, independientemente del número de sonidos que las conformen. Cuando alguna de las categorías no pueda, por razones lógicas, ser incluida en determinada palabra, el sonido correspondiente se marca con una letra neutral cuya única función —algo casi incomprensible para los quenareses— es representar un sonido del idioma. La úl-

tima serie es llamada *chmanva* y se destina a expresar, como se apuntó más arriba, el sentido religioso y mágico del sustantivo en cuestión. Se ubica, a pesar de ser también muda, al principio de la palabra y conoce siete grados: sacrosanto, santo, venerable, admirable, seglar (o neutro), nefasto y maldito.

Resulta entonces que aunque el idioma quenarés posee —entre vocales y consonantes— únicamente 20 fonemas, su alfabeto cuenta con un promedio (y hay que aclarar que se trata tan sólo de un promedio porque no todas las categorías tienen el mismo número de grados y no todos los fonemas se pueden encontrar en cualquier posición de la palabra) de sesenta letras para representarlos a cada uno de ellos, y con un total de mil trescientas grafías para todos los sonidos pronunciables, más otras sesenta y cinco que son completamente mudas. Es decir: un total de mil trescientos sesenta y cinco letras diferentes, todas ellas, además, bastante elaboradas y muy elegantes desde el punto de vista caligráfico.

Otras complicaciones son posibles: algunas categorías cambian ligeramente de naturaleza según el tipo de sustantivo en el que sean utilizadas. La correspondiente a sexo, por ejemplo, se aplica a seres animados, pero en el caso de los sustantivos inanimados, como sería tratándose de una silla, esta categoría marca tan sólo tres grados de tosquedad o refinamiento. Por otra parte, la relativa a condición social, al ser utilizada con inanimados, pasa a significar calidad material o precio (carísimo, muy caro, barato, etcétera), pero cuando se aplica a nombres de cultivos, frutas o animales domésticos, indica pureza racial o de cepas. Los quenareses —ya ha sido dicho en alguna otra parte— no saben lo que es la igualdad.

El cómo se determina con *qué* letra debe ser escrito *qué* sonido en *qué* palabra determinada, también es bastante complejo, aunque se pueden establecer algunas reglas generales: los nombres de Dios, sus avatares y sus ángeles, los de los profetas, los santos y los beatos, así como los de los

lugares sagrados, los patriarcas, arzobispos y eparcas poseen una ortografía fija desde hace siglos; ésta, conocida también como la *ortografía eterna*, determina de forma muy precisa las jerarquías teológicas del mundo kenario y nadie osa alterarla en forma alguna, ya que podría incurrirse en determinada postura herética o en otro pecado aún peor. Una simple falta de ortografía en tales casos puede llegar a pagarse, después de un prolongado entremés de interrogatorios y tormentos, con la mismísima hoguera.

Algo similar ocurre con los nombres de los héroes nacionales, las grandes figuras de la historia, los documentos legislativos célebres y los sitios históricos más famosos, aunque con la variante de que muchas de estas palabras han tenido que sufrir reformas ortográficas según han ido cayendo y entrando regímenes antagónicos, con los respectivos cambios de orientación ideológica que suelen conllevar tales acontecimientos. En este ámbito léxico una palabra escrita de manera deficiente también suele acarrear problemas, aunque por lo general no resultan tan graves: puede tratarse de multas más o menos elevadas, despidos laborales, ostracismo o incluso cárcel, según las implicaciones de los errores ortográficos que se hayan deslizado en el texto. Los casos de fusilamiento, destierro o pérdida de la ciudadanía, mucho más comunes en otras épocas, son actualmente una rareza sin ninguna importancia estadística.

Si se trata de escribir sobre cuestiones políticas, históricas o sociales que no revistan un carácter oficial, entonces existe mucho mayor *libertad alfabética* —como suele llamársele a esta curiosa forma del albedrío—, ya que se deja al escritor escoger entre los diferentes grados de las series, según sus particulares preferencias o inclinaciones ideológicas. El resultado, como ya se entenderá, es que un texto de esta naturaleza deja ver con alguna transparencia cuál es la postura política o moral de quien firma un escrito, y aunque en una hoja de papel

siempre cabe la más grande insinceridad, el complejo juego de inconsistencias que necesariamente se vislumbra a lo largo de unos cuantos párrafos, hará posible presentir cuales son las afiliaciones y preferencias del autor.

Pero en el caso de las palabras que escapan al dominio de la ortografía eterna y tratándose de escritos personales cuyo contenido no encuadre en las temáticas arriba mencionadas, tales como cartas, poemas o testamentos privados, la elección ortográfica es algo profundamente personal y un escribano puede seleccionar cuidadosamente las letras con las que habrá de revestir una palabra. Así, el escritor no cesa hasta imantar un término cualquiera con sus sentimientos más íntimos, haciéndolo irradiar una compleja corona de significados laterales que, por supuesto, siempre resultan mucho más reveladores y significativos que ninguna palabra por sí misma.

Tenemos así que una palabra tan insulsa como *kal*, que significa “hombre”, puede escribirse de 64 formas diferentes, según el escritor decida, a su libre voluntad, retratarnos con una sola palabra a un hombre más o menos específico, es decir, más o menos de carne y hueso. Hay excepciones. Las palabras correspondientes a puerco, salamandra, robledal y borrego se escriben con la ortografía eterna, y de hecho se sabe que estas cosas, ahora insignificantes, anteriormente fueron sagradas a causa del antiguo totemismo que profesaban los quenareses y, por lo tanto, sus respectivas palabras eran consideradas tabú. También son inmutables las tres primeras letras de las palabras para cabello, uña, ojo, agua, leche, y miel. Numerosas palabras relativas a la agricultura, la cacería y la medicina tuvieron en otro tiempo una ortografía eterna, pero la fueron perdiendo y quedan ahora al arbitrio del escribano.

Como es lógico, el aprendizaje de la ortografía kenaria es un proceso bastante lento y sumamente engorroso para cualquier niño, con el agravante de que los métodos tradicionales para su enseñanza se basan en prácticas de contrastes entre una

sola palabra y sus múltiples ortografías posibles, ejercicio que resulta a veces demasiado emocional y que cansa muy pronto a los educandos. Baste decir que los maestros especializados en alfabetización deben aprobar un examen de actuación teatral antes de poder graduarse, y necesariamente ponen en práctica todos sus conocimientos y habilidades si realmente quieren que los estudiantes se embeban del espíritu que rige su compleja ortografía.

El origen de esta engorrosa tradición es oscuro y, por supuesto, sus reglas y características fueron cambiando notablemente a lo largo de los llamados “Siglos Formativos”, pero resulta curioso que haya dejado de evolucionar justamente hacia el siglo segundo de la era común, cuando la ortografía kenaria ya había alcanzado su mayor grado de complicación. A partir de entonces el sistema se ha mantenido incólume y es un ejemplo rarísimo de inflexibilidad cultural.

A pesar del arraigado respeto y la prolongada tradición que sustenta, todavía con bastante vigor, la vigencia de la ortografía kenaria, numerosas voces se han alzado en su contra clamando la imperiosa necesidad de una reforma —tendiente, por supuesto, hacia una simplificación radical—. En este sentido, los más afamados lingüistas han expresado sus críticas en numerosos congresos y publicaciones especializadas, habiendo quien se haya atrevido a calificarla de escritura neurótica, instrumento de dominación y hasta de lastre demencial. Mientras una reforma no se imponga, sin embargo, los atribulados lectores quenareses seguirán encorvándose sobre algún pergamino, en la esperanza de escudriñar verdades (o mentiras) entreveradas en cada letra, y seguirán prefiriendo un *kal* que nos aclare que el hombre es más bien escuálido, de estatura mediana, entrado en años, pobretón —en el mejor de los casos—, malamado por su apariencia, a veces marrullero, pálido como un trapo viejo y escéptico hasta la herejía, tal vez a causa de su previsible amargura.



El Ciempiés Espiritual

Durante casi ocho siglos los hamarios supieron guardar con celo admirable uno de los secretos más protegidos en la historia de las sociedades secretas de civilización alguna. Tras el disfraz de una inocente ceremonia que sobrevivía sátrapas y dinastías, y que no aparentaba sino mera formalidad o ritualismo, ocultaron el único contacto de los hombres con una inteligencia al mismo tiempo no humana y más allá de lo humano, fina hasta lo paralizante y lo imperceptible; un raciocinio superior, sin duda alguna, pero que provenía de otra especie animal.

El Gran Trocado, como se le llamaba al rito, involucraba el manejo de ciertos objetos misteriosos profusamente envueltos en telas finas que debían ser trasladados desde el fondo de una gruta hasta un altar improvisado en madera sobre un acantilado, justo a la orilla del mar. Así pues, en las pocas ocasiones en las que los hierofantes aparecían en público con el misterioso “Nin de oro”, se les veía cargar tan solo con un envoltorio de finos brocados que parecían ocultar un medallón, una cadena de insignias o cualquier otra joya de la liturgia. La explicación oficial era que se trataba de manuscritos antiguos redactados en lenguas muertas hacía muchos siglos, comprensibles tan sólo para los oficiantes.

La ceremonia era generalmente breve y más bien sobria. Después de una serie de lecturas en voz alta y de ciertos pasos ejecutados con movimientos muy suaves acompañados de tañidos de campanas, los oficiantes besaban el envoltorio y, tras despedirlo otra vez con cánticos, lo regresaban a las

profundidades de la tierra y lo depositaban en un sitio secreto. En lugar de incienso se esparcían trizaduras de papel en el que se habían escrito fórmulas propiciatorias. Acto seguido el altar era quemado y todos los asistentes se dispersaban, como quien ha acudido tan sólo por curiosidad. Pero la verdad es que los envoltorios del supuesto código ocultaban un espantoso animal invertebrado bastante parecido al ciempiés, casi tan grande como el brazo de un hombre fuerte y, sin embargo, dotado de una capacidad de reflexión muy superior a la de los filósofos y los sabios humanos.

Se trata del Ciempiés Espiritual, la única otra especie conocida que haya desarrollado una inteligencia capaz de alcanzar —y, en este caso, trascender— los límites de la especulación filosófica. También llamado el *centípedo áureo*, el Ciempiés Espiritual es en realidad un artrópodo emparentado con los escolopéndridos, aunque un buen número de especialistas, basados en algunas características privativas de la especie, lo colocan en una clase aparte. La más notable de ellas es, por supuesto, su extraordinaria inteligencia, acumulada en una larga serie de cerebros interconectados entre sí y que se localizan a ambos flancos del animal.

Mucho se ha especulado sobre la naturaleza de la inteligencia del Ciempiés Espiritual, no habiéndose llegado a ningún consenso por parte de los estudiosos. Varias notas definitorias, sin embargo, pueden darse por irrefutables: primero, que se trata de una inteligencia teórica y no práctica, y que por lo tanto produce civilizaciones no tecnológicas, comunitarias, orientadas a ofrecer a sus individuos tan sólo el nivel de subsistencia física y la posibilidad de un prolongado ocio contemplativo; segundo, que acumula información de contenidos abstractos y la procesa con mucha mayor facilidad que las inteligencias prácticas, erigiendo sistemas filosóficos y cosmogonías con gran fluidez, pero que se muestra más bien torpe para la resolución de problemas mecánicos muy

simples; una inteligencia, por último, que resulta absolutamente incapaz de realizar las más elementales operaciones matemáticas, por lo que el Ciempiés Espiritual, como ya lo ha dicho alguien con demasiada grosería, literalmente “cuenta con los dedos”.

La manera de funcionar de su sistema cognitivo se funda, al igual que el de los hombres, en el uso del lenguaje. Sus idiomas operan, al nivel de la transmisión física, mediante la bioluminiscencia, pues las articulaciones de las patas del Nin están dotadas de nódulos que brillan en la oscuridad en diferentes tonalidades y que van desde el púrpura hasta el más hermoso azulverde. Como el animal tiene 38 patas, es decir, un número cercano al del promedio de los fonemas que posee una lengua humana, el inventario de elementos lumínicos configura a su vez segmentos morfológicos de un modo más o menos análogo al de la mayoría de los idiomas, incluyendo, por ejemplo, radicales y afijos. Con dos grandes diferencias: por una parte, la inexistencia de la sílaba, que en el lenguaje del Nin de Oro equivale, por razones obvias, a un *fotema*, a un golpe de pata, a una simple “letra”. La otra gran diferencia, quizá más importante, es que su idioma es enteramente holofrástico, es decir, en él cada palabra equivale a un párrafo, a una proposición completa, independiente, autosuficiente por sí misma.

Las implicaciones de la característica apenas mencionada son difíciles de entender a primera vista. Un niño grita “¡¡agua!!”, y con ello lo que dice es “yo ahora tengo mucha sed y quiero que ustedes me den un vaso de agua lo más pronto posible”. Esta es la holófrasis. El Nin de Oro —un espantoso ciempiés gigante en los brazos de un azorado sacerdote— brilla “x”, y con ello nos dice de la manera más pulcra y expresiva toda la verdad sobre el sentido último de la existencia.

El animal es feo, ciertamente, y quienes han sido elegidos para contemplarlo y sostenerlo cariñosamente durante las

ceremonias tienen que someterse a un discreto programa de preparación psicológica en el que la palabra “feo”, por ejemplo, es enfáticamente proscrita. Se ensayan igualmente las más suaves sonrisas, porque el Nin de Oro, desde su inmensa diferencia biológica, alcanza a comprenderlas. Inútil resulta añadir que el Sublime Ciempiés, por parte suya, también nos percibe como realidades atroces y que con la misma cortesía se sugestiona y esfuerza para que el encuentro se realice en un ambiente de gran emoción y de buena voluntad.

El delicado tintineo de las patas del Nin de Oro imita con maestría los órdenes armónicos del universo, dotándolos de precisos significados que han sabido rebasar los más famosos poemas, los teoremas perfectos y todas las demás formas con que los hombres han intentado, torpemente, acercarse a la verdad.



La Medusa Hiperbórea

Abyán, como cualquier otro planeta oceánico, posee sendos casquetes polares debajo de cuyas superficies congeladas ebulLEN floras y faunas espléndidas. El fenómeno es posible porque, a pesar del grosor de los témpanos que cubren el techo del mar, los rayos del sol alcanzan a traspasar las enormes placas de cristal de agua, dejando pasar una luminosidad azulada que hace posible la fotosíntesis y pone en movimiento todo el resto de la larga (y pesada) cadena de la vida.

Pero entre todos los animales y plantas que subnadan aquellas remotas aguas sobresale, por su belleza y complejidad, la gigantesca Medusa Hiperbórea. Dentro de las esferas concéntricas en forma de capelo o de burbuja que conforman su encefalotórax, este animal encierra un juego completo de vísceras que incluye los sistemas circulatorio, linfático y digestivo. Menos desarrollado, pero también presente, se encuentra el sistema nervioso del animal, que incluye una serie de órganos sensibles a la temperatura y la luz.

Como la Medusa Hiperbórea se encuentra presente en ambos extremos del planeta con tres subespecies apenas diferenciadas, los científicos deducen que alguna vez fue muy común también en los extensos océanos de aguas templadas, o bien que, en cierta época, ahora remota, todos los mares de aquel prodigioso mundo estuvieron congelados, de manera que el soberbio animal pudo extenderse de extremo a extremo, enseñoreándose de toda la penumbra submarina.

A lo largo del día, que dura todo el verano —pues en aquellos remotos confines el sol tarda seis meses en recorrer el horizonte desde el alba hasta el atardecer—, este otro astro, gelatinoso y lento, recorre junto con las corrientes submarinas los jardines prohibidos de los polos de Abyán. Grande como un árbol de las llanuras, el bello celenterado se alimenta de microorganismos que, por millones, se filtran entre su espesa cabellera rojiza, a veces veteada de azules o púrpuras, y al atraparlos no discrimina mucho entre plantas y animales invertebrados, protozoarios o nubes de diminutos camarones.

Para lograrlo recurre al método más común entre este tipo de depredadores, que es la segregación de líquidos tóxicos con los que sus delicados tentáculos inmovilizan y digieren el alimento. Esto bastará para retener el plancton y miríadas de organismos pequeños. Pero hacia mediados del verano, cuando los animales microscópicos o las crías de presas mayores han crecido y son algo más difíciles de atrapar, la Medusa Hiperbórea ha acumulado suficiente energía como para generar leves descargas de electricidad que abatirán a un artrópodo del tamaño de una langosta bien desarrollada. Aunque la energía eléctrica que es liberada no produce ninguna chispa visible, los tentáculos generan además una reacción lumínica que ayuda a atraer a nuevas presas. Observar al celenterado en esta época es interesante, porque da la impresión de que, al liberar los choques eléctricos, momentáneas estrellas centellearan entre la madeja de su larga y desordenada cabellera.

Otras características y particularidades convierten a esta especie en un verdadero ejemplo de adaptabilidad y éxito biológico. Cuando el día se vuelve demasiado nublado las aguas se enfrían y oscurecen, pero la medusa despliega bajo el agua, por toda su corola y a lo largo de su dilatada cabellera de tentáculos, toda una constelación de diminutas luces rojas, azulverdes y violetas que son al mismo tiempo un sistema de

calefacción y un eficaz señuelo para atraer a sus pequeñas víctimas. Una colonia de estas medusas brillando es como una fantasmal galaxia submarina, cambiando lentamente de forma y desplegando corolas letales y extrañamente hermosas.

Puesto que la noche habrá de ser tan larga como el día —ya que, insistamos, en aquellas regiones la palabra día es sinónimo de estación del año—, es importante que el animal almacene en sus tejidos la mayor cantidad posible de nutrientes, de manera que el organismo resista hibernando hasta la llegada de la siguiente primavera. Es entonces cuando la luz solar vuelve a iluminar las gruesas cúpulas de hielo que engarzan aquel planeta casi completamente líquido y el alimento vuelve a ser abundante.

Así pues, al transcurrir de los meses y llegar el invierno boreal, una serie de cambios en el metabolismo de la medusa se va operando gradualmente. Como durante la larga oscuridad que le espera no habrá ninguna luz que sustente el crecimiento de plancton u otros organismos con los que pueda sustentarse, la medusa se debe preparar radicalmente para soportar hasta seis meses sin ingerir ningún alimento. Para entonces, sus tejidos han ido almacenado los nutrientes que bastarán para mantenerla viva a través de la noche, pero incluso así le resulta necesario optimizarlos y mantener sus funciones vitales a un mínimo.

Poco a poco el animal se va volviendo lánguido en sus movimientos y su manera de desplazarse adquiere un ritmo cada vez más pausado y fantasmal. Un poco antes de llegar al equinoccio, neutraliza y apaga su sistema de redes luminosas, y a partir de ese momento, se abstiene de comer. Durante dos o tres días el animal parece flotar a la deriva, pero es entonces cuando sucede lo más inesperado: en un último esfuerzo por economizar, la medusa comienza a convulsionarse rítmicamente, cada vez con más fuerza, como en un parto, hasta que vomita con gran violencia la totalidad de su aparato digestivo.

Ver esto es espectáculo fascinante, aunque provoque cierta repulsión. El animal sacrifica una mitad de sí mismo para salvar a la otra. Su feliz corazón, a cuyos débiles latidos corresponde un pulsar luminoso más débil que el de una estrella lejana que se fuera quedando dormida.



La ciudad nómada

Obra maestra de la ingeniería tamássara, Kalémбан, que significa Nubedeoro, fue durante mucho tiempo la única ciudad nómada en todo el planeta. Originalmente había sido tan sólo un palacio itinerante en el que se alojaba la corte judicial de la Horda Santa. Técnicamente se trataba de una aeronave descomunal en la que cabía el conjunto de instalaciones, funcionarios, y hasta animales y plantas que normalmente conforman un juzgado. Con el tiempo, sin embargo, se fueron añadiendo extensiones y alas especiales, de manera que en unos pocos años Kalémбан pasó a ser una aldea voladora y finalmente una verdadera ciudad.

La idea surgió como respuesta al incesante problema de las tormentas tamássaras, que en ocasiones borraban del mapa a toda una nación. Un edificio volador, capaz de adelantarse a tales catástrofes y de huir con presteza a un lugar más seguro, garantizaba la persistencia del orden legal una vez que hubiera pasado la catástrofe. Cuando el artefacto fue agrandado mediante la sucesiva serie de ampliaciones destinadas a convertirlo en el verdadero laberinto flotante que llegó a ser, la capital entera de la República Nomádica de Hordasanta se trasladó a *aire en vuelo* —como solía decirse en aquellos tiempos, por contraposición a las palabras *tierra firme*—, y entonces Kalémбан adquirió nuevas dimensiones, esplendor y también fama imperecedera.

Seguridad, itinerancia y belleza evidente fueron algunas de sus mejores características. Tuvo también sus desventajas. Diseñada para cambiar rápidamente de sitio en caso de

peligros extremos, este prodigio de la tecnología universal no podía, debido a su peso formidable, elevarse demasiado; apenas lo suficiente para sortear cerros y otros obstáculos topográficos de poca alzada. Esto, en ocasiones, literalmente la dejaba a tiro de piedra, y no pocas veces debió soportar el asedio de las flechas y los proyectiles que tribus enemigas, bandas tan nómadas como la misma ciudad y hasta facciones guerrilleras, le asestaban arteramente.

Operarla era difícil. Un viraje en el rumbo requería de la activa participación de casi todos sus habitantes: se arreaban determinadas velas, se corregía la posición de numerosos timones y aleros, se tiraba frenéticamente de sogas, se arrojaban lastres a tierra y el más pequeño error hacía que la ciudad fuera a dar a miles de leguas más allá del destino deseado. Un ciudadano kalembí debía ser entrenado desde la más tierna edad para entender el mecanismo que mantenía flotante y ágil a su república voladora, y la materia, que incluía complejos aspectos matemáticos y de ingeniería, era obligatoria en todos los niveles escolares.

En sus años de auge, Kalémban contaba con centros ceremoniales, sectores burocráticos, áreas residenciales y hasta parques recreativos. Eran famosas sus bibliotecas y sus cárceles, dedicadas tan sólo a la reclusión de prisioneros políticos y rehenes de gran importancia. Las partes superiores estaban reservadas a los observatorios astronómicos y a los puestos de los avizores, quienes mantenían una estrecha vigilancia de la red de comunicaciones que transmitía la información meteorológica necesaria para mantener a salvo la ciudad. Esta última consistía en una dilatada flotilla de globos y atalayas terrestres que se comunicaban entre sí mediante espejos a los cuales se hacía rebrillar tanto de día, usando el sol, como de noche, reflejando grandes hogueras que resultaba muy caro mantener. Por lo anterior una noche o un día cualesquiera, contemplado desde la Kalémban del apogeo, resultaba espec-

táculo maravilloso de contemplar, hecho de paisajes y lejanías siempre cintilantes al que, sin embargo, los habitantes estaban completamente acostumbrados.

La estructura general de la enorme nave era de madera de bálsamo, recubierta en sus exteriores con delgadas hojas metálicas y sostenida en el aire por hélices, cámaras de gases, inmensos globos, y velas de una seda muy resistente y ligera. A Kalémban se accedía también a través de globos aerostáticos y, con menor frecuencia, también mediante escaleras de cuerdas por las que tan sólo los más hábiles podían ascender.

A doscientos setenta y dos años después de haber despedido por primera vez y a ciento cincuenta y ocho de haber sido declarada capital de la república nómada, Kalémban encalló lastimosamente en una escarpada cordillera. Aunque, dadas las lastimosas condiciones en las que se encontraba gran parte del velamen, el accidente había sido previsto con algunos días de anticipación, dando tiempo a que los últimos habitantes la abandonaran,

II

LOS LIBROS DE LAS LENGUAS QUE NO EXISTEN

*“Há tão pouca gente que ame as paisagens que não existem!
saber que continuará a haver o mesmo mundo amanhã -como nos des-
alegra!...”*

FERNANDO PESSOA,
Hora Absurda





Creación del mundo

El Corazón Gemelo era lo único que había. Unido estaba como si fuera uno solo, latiendo siempre, unido desde toda la eternidad. Antes de él nada existía: ni los montes, ni los valles, ni las llanuras, ni la arena, ni el mar. No existían los caminos, ni las veredas, ni tampoco los árboles. El viento no soplaba, ni los ríos avanzaban, ni la lluvia caía nunca, porque no había ni días ni noches ni cielos ni tierras. No había mujeres, ni hombres, ni animales del aire o de la tierra; no había llanuras ni rocas, no había plantas de la tierra o del agua ni peces en el mar. No existía el mar. Arriba no había cielo y abajo no había tierra; no había arriba o abajo, ni derecha o izquierda. Ni la luna existía, ni el sol: todo era oscuro. No había estrellas flotando ni rayas de luz en el cielo; no había cielo: todo era oscuridad.

Sólo existía el Corazón Doble que latía siempre en silencio, una mitad y la otra, iguales, unidas desde siempre y manando la misma sangre. Pero las dos mitades quisieron hablarse y fueron echando venas, fueron haciendo forma por sí mismas, fueron creciendo, se fueron separando. Así pasó mucho tiempo y cuando lograron separarse ya estaban completos, cada cual con su forma y su cuerpo. Así se contemplaron y vieron que estaban solos, pero no podían decirse nada, porque el lenguaje no había sido creado.

Entonces inventaron la palabra y se dijeron:

—No estamos completos sin podernos hablar, que quede la palabra entre nosotros.

Y después se dijeron:

—No estamos completos sin algo que nos rodee. No es bueno estar en medio del vacío. No es buena para siempre la oscuridad. No es buena para siempre la inmensidad sin límites. No es buena la nada eterna. No es bueno que exista un solo lugar alrededor de nosotros. Inventemos las direcciones, los lugares, los límites del mundo. Trabajemos: hagamos las cosas.

Y lo primero que hicieron fue labrarse un rostro diferente para cada uno de los dos, un cuerpo completo, una presencia propia.

—Tú serás el hombre, yo seré la mujer —se dijeron. — Seremos diferentes.

Así tomaron forma de nuestra primera abuela y nuestro primer abuelo, el hombre y la mujer, la pareja divina, y fueron hermosos. Luego inventaron el arriba y el abajo, el aquí y el allá, inventaron las quince direcciones. Luego inventaron las demás formas. Entonces dijeron:

—Inventemos el mar.

Y se abrió el mar inmenso, dividiendo el vacío.

—Inventemos el cielo.

Y se abrió inmenso el cielo sobre todas las aguas.

—Inventemos las tierras que detendrán al mar.

Y las primeras olas llegaron hasta la playa, y las primeras montañas se levantaron para formar el mundo.

Del Azhnab-u-Tghi, o “Libro de los orígenes”.

En lengua dúmar. Sexto milenio antes de la Era Común.



La creación desde el caos

1. Todo existió desde siempre: la tierra, el agua, el aire, el fuego. Todo ya estaba, todo existía desde antes, pero las cosas no tenían forma, no eran cosas, no tenían peso ni nombre.
2. Nada se distinguía en el caos en el que flotaba el agua, soplabla el aire, golpeaba la tierra, ardía el fuego. Todo existía sin forma, sin rumbo, sin nombre alguno. No había día ni tampoco había noche, porque el sol no tenía forma, ni tampoco la luna, ni el cielo. Nada había sido pensado.
3. Todo era un huracán sin forma y sin rumbo, y el fuego no sabía iluminar, ni el agua calmar la sed, ni la tierra producir fruto alguno, ni el viento tomar una sola dirección, sino que todo se mezclaba en el desorden por tiempos de eras incontables.
4. Entonces surgió la mano de Dios e hizo girar al caos, y le dio dirección. Y se formó un remolino tan grande como el universo, separándose el fuego de las aguas, la tierra de los vientos, la oscuridad de la luz, el arriba del abajo, el oriente del occidente.
5. En el centro quedó la tierra. Se abrieron sus abismos, se levantaron sus cumbres y tomaron forma las playas, los esteros y todas las islas.

6. Alrededor se asentaron las aguas y dieron forma al mar y a todos los mares que hay ahora en el mundo.

7. En medio quedó el aire, y se juntó en brisas y ráfagas, y cuando llegaron las noches el aire fue muy negro y cuando llegaron los días el aire fue muy azul, porque tales fueron los dos primeros colores que se vieron en el mundo.¹

8. Y arriba quedaron el sol y las estrellas, porque son fuego y chispas, y se elevan. Y Dios dio forma al sol y sopló sobre el fuego del sol para hacerlo girar alrededor de la tierra, para que de esta forma pudiera haber días y noches, y así también llegaran los inviernos y los veranos.

9. Desde entonces giraron los astros, se hicieron el día y la noche, y llegaron las estaciones para ocupar el tiempo del mundo.

10. Y pasaron después muy largos años, pero Dios vio que la tierra, las aguas del mar y todos los vientos del mundo eran sitios de soledad. Y dios lloró entonces lágrimas incontables y de sus lágrimas brotaron ardillas, venados, plantas, peces, lagartos, algas moradas, numerosos hombres y numerosos pájaros, y se poblaron entonces las aguas, las tierras y los aires del mundo.

Del Maradivýán, o "Grandes Palabras".

Aprox. segundo milenio antes de la Era del Fuego.

En dabro antiguo.

¹ Algunos Mss. añaden: "Y las aguas fueron azules y la tierra fue negra", según la traducción de Narbág Samí. Cabe aquí mencionar que la lengua dabra no hace distinción entre los colores que van del violeta al verde, pasando, por supuesto, por el azul, así como tampoco entre aquellos que van desde el marrón hasta el negro.



El don de la siembra

Entonces, como viera que los hombres tenían hambre y que toda la tierra se estaba poblando de cizaña, Ozag soltó su cabellera para cubrirse y, hundiendo una mano en su vientre, sacó de él a su hija Mazag y le dijo: Allá te envío al país de los hombres, porque su tierra se llena de cizaña y no saben cómo limpiarla ni sembrarla ni hacerla fructificar. Y no sabiendo cómo sembrarla, no tienen ahora más que comer. Allá irás y les habrás de decir: “Mi Madre me ha enviado” Entonces sacarás de tu vientre, así como yo te he sacado del mío, una semilla, y los enseñarás a sembrarla justo en el vientre de la tierra. Así le dijo. Y luego la soltó para que el viento se la llevara hasta el país de los hombres. Cuando Mazag llegó hizo tal y como le había sido ordenado. Entonces soltó a su vez su cabellera para cubrirse y, hundiendo una mano en su vientre, sacó una semilla de castaño y la dejó caer sobre la tierra. El castaño brotó y creció frente a sus ojos. Echó ramas y hojas. Entonces echó también una flor y la flor del castaño fructificó y, abriéndose, dejó caer una nuez. La nuez también creció, echó ramas y hojas hasta ser un nogal. Entonces el nogal dio una flor, y la flor se abrió y fructificó y dejó caer una semilla de manzana. Así nacieron los árboles nobles, y de los árboles nobles nacieron las parras de baya. Y de las parras de baya nacieron el sorgo, la cebada, la malta y el t’ef. Los hombres cosecharon y cesó el hambre. Entonces guardaron la semilla de los árboles y las parras y todas las demás plantas que ahora se cultivan en los huertos, y las pusieron en una olla de barro para ofrecérsela a Mazag,

porque quisieron agradecerle lo que había hecho por ellos, pero Mazag ya no estaba. Unos dicen que se escondió en el centro del primer bosque: el que se llama Bosque de los Castaños, en donde permanece desde entonces bajo la forma de un árbol noble. Otros dicen que, agobiada, se enterró para descansar y allí fue desposada por Orog, y desde allá hace brotar ahora los manantiales.

*Del Kotpán Talír, o "Libro de las Fuentes".
Recopilación anónima de la Época Antigua.
En Müsk.*



El mundo eterno

1: 1: No fue creado el mundo nunca, no fueron creados los valles, las montañas, los ríos, los desiertos ni los mares. 1: 2: No tuvo principio el tiempo, ni los hijos del tiempo. 1: 3: No existió un primer día, ni una primera noche; no existió un primer árbol, ni una primera ave, ni un primer hombre, porque todas las formas han ido sucediéndose sin principio y sin fin. 1: 4: No fue creado el sol, la luna, las estrellas ni el vacío. 1: 5: Siempre han estado los mundos, y dentro de los mundos siempre han estado las formas innumerables de los mundos, cambiando, envejeciendo, tomando formas nuevas. 1: 6: Todo ha estado cambiando por siempre. 1: 7: Todo ha existido siempre.

2: 1: Yerran quienes dicen que Dios inventó al mundo.
2: 2: Si hubiera sido así ¿para qué habría de inventarlo? ¿Cómo estuvo esperando? ¿Cuánto tiempo esperó Dios para inventarlo? ¿Qué estuvo haciendo antes, toda la eternidad?

3: 1: Yerran quienes dicen que Dios inventó al tiempo.
3: 2: Si hubiera sido así ¿para qué lo inventó? 3: 3: ¿Qué sentido tiene, para un dios, el tiempo? 3: 4: ¿Qué gana un dios con inventar el tiempo, o qué pierde sin él? 3: 5: Mienten quienes dicen que todo tuvo un principio y que todo tendrá un fin.
3: 6: Para un dios creador de todo ¿qué sentido tendría un principio y qué sentido tendría un fin?

4: 1: Yerran quienes dicen que Dios necesitó al mundo.

4: 2: Si hubiera necesitado al mundo, no sería un dios perfecto, omnipotente, capaz de crear mundos. 4: 3: ¿Para qué habría de necesitarlo? ¿Para qué habría de quererlo? ¿Qué gana un dios con un mundo? ¿Qué pierde un dios sin un mundo?

5: 1: Yerran quienes dicen que Dios necesitó de la adoración de las grandes y las pequeñas criaturas. 5: 2: ¿Para qué querría un verdadero dios ser adorado por aquellos que él mismo ha creado? ¿Con qué sentido escucharía eternamente las alabanzas? ¿Qué significan las alabanzas de las criaturas para el dios que las ha creado?

6: 1: Yerran quienes dicen que Dios gobierna al mundo. 6: 2: ¿Cómo permitiría el dolor y la maldad un ser eterno, todo inteligencia, todo misericordia, todo poder, capaz de crear mundos? 6: 3: ¿Qué sentido tendría para él permitir la destrucción, el sufrimiento de tantos, la catástrofe que siempre reaparece, la muerte invencible?

7: 1: Dios tuvo un principio. 7: 2: Los santos lo soñaron, lo inventaron, lo pensaron, le dieron forma para que los hombres no estuvieran ya más solos. 7: 3: Ahora Dios es como el sol, el mar, las montañas, el viento, la arena innumerable o el vacío. 7: 4: Ahora es parte del mundo, está en él, es una de sus partes y por eso ya no puede dejarnos, aunque no pueda hacer nada por el mundo. 7: 5: Como el viento, nos acompaña, está con nosotros, pero no nos escucha, no puede hacer nada por nosotros. 7: 6: Como el tiempo, no nos mira pasar, no se detiene nunca por nosotros. 7: 7: Como el mar, nos excede con mucho, es inmenso, pero no puede respondernos. 7: 8: Como el fuego, puede hacernos el bien, pero no nos conoce, ni nos escucha, ni puede compadecerse de nosotros. 7: 9: Ahora es como el mundo y está en el mundo, que nunca fue creado y que siempre ha existido. 7: 10: Nos acompaña y ese

es nuestro consuelo, está en el mundo y esa es nuestra alegría.
7: 11: Ahora es como el nombre mismo del mundo y seguirá
siempre estando con nosotros.

Lamentación de K'áchan. (Fragmento de la versión canónica).

Siglo V ó IV antes de la Era del Fuego.

En dabro antiguo.



Los primeros en llegar a la tierra

Los primeros en llegar a la tierra no sabían nada, no decían nada, no levantaban nada con sus manos. Los primeros que llegaron no conocían el hacha para labrar la madera, ni la coa para horadar el campo, ni el arpón para atrapar a los peces.

Andaban desnudos, andaban descalzos también, no hablaban nada entre sí, nada se decían, no conocían las palabras.

Entonces el viento envió a los pájaros del cielo y éstos colocaron en sus lenguas la semilla del lenguaje. Y comenzaron a hablar, pocas palabras, habladas con torpeza.

Los primeros en llegar usaban mal las palabras, hablaban como niños, no se entendían. Entonces la tierra hizo brotar de las cortezas el Mosto de Oro y los hombres lo bebieron y pudieron entenderse. Hablaron bien, se entendieron, comenzaron a amar las palabras y dijeron hermosas palabras. Así se dieron nombres, dialogaron los unos con los otros, se dieron vestiduras para protegerse del frío.

Entonces inventaron el hacha para labrar la madera y la coa para horadar el campo.

Vino la lluvia, se sucedieron las estaciones y los hombres tuvieron abundantes cosechas. Entonces hicieron casas para los suyos, levantaron un palacio para la tierra, un palacio para la lluvia y un palacio para el viento. Y bebieron el Mosto de Oro, hicieron música, cantaron.

Pero una tarde el humo bajó de las montañas y reclamó su propio templo. Se fue arrastrando entre los espinos y se

acercó hasta Damar² y Damar lo respiró. Entonces éste clavó la coa en el corazón de su hermano y con el hacha cortó sus brazos, para que no pudiera regresar a vengarse.

Y sus familias se enfrentaron, hubo una guerra, una larga guerra que duró muchos años. El humo todo lo invadió y se adueñó de los rincones del país.

Y por la guerra los hombres abandonaron los campos, prendieron fuego a las casas y a los sembradíos, el fuego se extendió; el humo crecía. Los hombres vieron escapar a los rebaños, gastaron sus vestiduras, las rompieron, quedaron vistiendo sólo andrajos.

Los primeros en llegar a esta tierra pasaban las noches en vela y con asombro se preguntaban “¿por qué la guerra se prolonga tanto?”.

Pero eran hombres intrépidos, espíritus temerarios, los habitaba el humo y no cesaban de combatir. Unos ganaban y otros morían. Contra los otros, contra ellos mismos peleaban.

Y así pasaron muchos días y muchos años y muchos siglos. Tantos siglos que su número no podrá nunca ser contado.

*Tabla en lengua kenaria oriental.
Principios del segundo milenio de la Época Antigua
(c.a. 1700 antes de la Era Dinástica).*

² El Caín de la antigua tradición kenaria.



Confesiones de un hombre nuevo



Confieso que he comido bayas silvestres, raíz fragante y castañas durante el tiempo en el que nadie debía comer castañas³. Es que soy débil de carácter y sucumbo ante las tentaciones.

Confieso que he comido pajaritos⁴ cuando era el tiempo del ayuno —me he escondido en el campo para que los otros no me vieran—. Es que estaba cansado por el trabajo y tenía hambre.

Confieso que me he emborrachado con frecuencia y he hablado mal de los otros, he hecho mal a los otros. Lo he hecho muchas veces. Bebo mucho.

Que me he rebelado contra mi mujer, le he levantado la voz y la he rechazado sin que lo mereciera. Soy malo, como los otros, como los animales también.

Que me abandono a la lujuria cada vez que puedo y entonces falto a la honestidad. Mi carne es débil, aún más que mi espíritu, no he podido evitarlo.

He perdido el tiempo durmiendo con las mujeres cuando me esperaban el hacha y el azadón.

He perdido el tiempo besando y abrazando sus cuerpos cuando me esperaban los campos por labrar.

Confieso que he sido perezoso y no he querido corregir mi pereza.

³ Es posible que se trate de una referencia a algún tabú relacionado con un antiguo culto a los árboles. También puede ser ya tan sólo, hacia la época en que se redactó la tabla, una expresión metafórica alusiva a las prohibiciones de tipo legal que el texto menciona a continuación.

⁴ Entendemos por esto que se trata de un hombre muy pobre, ya que su patrimonio no parece incluir siquiera unas pocas aves de corral.

He sido negligente y no he procurado la diligencia.

Abuso con frecuencia de los favores ajenos.

Niego con frecuencia favores a los otros, opongo pretextos, no hablo la verdad, les miento.

Me abandono a mí mismo, a mis deseos, a mis faltas, a mis propios deseos.

Confieso que he incumplido con lo que estaba obligado a cumplir: no he quemado resinas de los árboles sagrados, ni he quemado la madera de los cedros ni arrojado sus cenizas al aire por las mañanas de cada mes.

Confieso todo esto, y no me alegro por ello, sino que sufro por lo que he hecho y por lo que he dejado de hacer. He dejado de hacer muchas cosas.

Y arranco fuera de mí todas estas culpas ahora, porque no quiero volver a cometerlas. Y porque no voy a cometerlas de nuevo, tendré todo esto presente, y me rebelo contra mis faltas y soy un hombre nuevo.

Tabla en lengua Kenaria Occidental.

Mediados del segundo milenio de la Época Antigua.



Amonestaciones y profecías (fragmentos)

24 Días se hunden y días se levantan pero los hombres no despiertan al sol de la justicia, sino que abren los ojos cada mañana al sueño de su iniquidad y su ignorancia. Vale la sangre de la tribu, que en verdad así es.

25 Un día sucede a otro y un año que pasa es seguido de otro año y ese otro de muchos otros más, pero los hombres no ganan en sabiduría sino que añaden a su ignorancia y añaden a su iniquidad.

26 Un rey sucede a otro rey y una dinastía remplace a la anterior, pero los hombres son gobernados por el egoísmo y el afán de riqueza: la propia ignorancia y la propia iniquidad. Estos son los dos reyes: la ignorancia y la iniquidad.

27 Un reino desplaza a otro que le precedió y hace borrar su nombre de las piedras, pero las leyes de los hombres son siempre la ignorancia y la iniquidad. Esa es la historia de los hombres. Vale la sangre de la tribu, que en verdad así es.

28 Un pájaro del bosque sentirá lástima de un polluelo abandonado y descenderá a alimentarlo con el propio alimento de su pico, pero la gente pasa de largo frente al huérfano o la anciana, siempre hallando palabras para decir que el huérfano no es un huérfano y la anciana no es una anciana. Una hiena dará alimento a sus pequeños, pero los hipócritas los niegan y los repudian. Un lobo protegerá a los lobos de la manada,

pero los hipócritas engañan al vecino, expolian al débil. Sólo dos reyes reinan: la ignorancia y la iniquidad.

29 Una liebre del yermo levanta la cabeza y se aleja en cuanto siente el peligro, pero los hombres ven las señales de su maldad e ignoran que en ellas está su propio sufrimiento y su propia derrota. Un ciervo huye de los leones en cuanto siente el peligro, pero los hombres rechazan las amonestaciones y se burlan de la palabra. ¡Vendedores de hipocresía! ¡Adoradores del oro y el engaño!

30 Por cada palacio que ha sido levantado ¿cuánta verdad fue destruida? ¿Cuántas dagas fueron hundidas en la carne inocente? Pero los hombres admiran las obras de los poderosos y permanecen impávidos ante la maldad de quienes las han levantado.

31 ¡Qué pronto han sido olvidado los inmolados en Gálba, en tierras de Gilbád, porque los hombres pasan por alto siempre el dolor de los otros y admiran siempre las grandes obras, olvidando la maldad del que las ha levantado!

32 Pero los días están señalados y los sucesos están señalados. Y en verdad aseguro que quien viva para los días señalados presenciará la derrota de las grandes obras. Vale la sangre de la tribu, que en verdad así es. Porque los días de la derrota de las grandes obras han sido señalados desde el principio.

33 ¿Se ve la Torre Norte desde muchas leguas antes de llegar a esta ciudad que es refugio de los ladrones y los usurpadores? Pues haya gusto en su vista mientras permanezca como insignia de nuestra corrupción y atalaya de nuestra dureza de corazón, porque habrá de caer como un pesado río de polvo el día en que la tierra se hienda y lloren en silencio tres

manantiales juntos. Una bandera negra y un neblí rojo darán testimonio de estas palabras. Se elevarán columnas de agua en los ríos, caerán muros y techumbres en la desolación, una nube de polvo cubrirá la ciudad, y no habrá más aviso que el aullido de perros y de lobos. El llanto de las mujeres y los niños dará testimonio de estas palabras. Pero las leyes de los hombres son siempre la ignorancia y la iniquidad.

33 ¿Se ve la Muralla Antigua al entrar por la puerta de cedro y por la puerta de hierro, por el este y por el oeste de esta ciudad que es el orgullo de los soberbios? Pues haya gusto en su vista mientras permanezca como escudo de los ladrones, como refugio de los usureros, porque habrá de ser destruida piedra por piedra hasta lo más hondo de sus cimientos y no quedará de ella ni el recuerdo de su escombros. Quince columnas de humo blanco y dos lanzas de oro cruzadas darán testimonio de estas palabras. Y el llanto de una ciudad vencida dará también testimonio de estas palabras. Pero las leyes de los hombres son siempre la ignorancia y la iniquidad.

34 ¿Se ve el frente del templo? ¿Las terrazas de las procesiones y los mástiles del templo? ¿Se ve desde lejos la Puerta de Oro del templo? Pues haya asombro en su vista mientras sea la puerta una entrada para los hipócritas y el templo sea un techo para los mentirosos, porque una nube de langostas extranjeras habrá de convertirlo primero en un establo, después en un mercado, y luego en un solar baldío. Porque de todas sus columnas no quedará una sola en pie, y de sus muros ninguno dará sombra, y sus techos habrán de convertirse tan sólo en polvo apisonado y los metales de sus tesoros serán fundidos para adornar como lágrimas los pechos de las cortesanas. Una sierpe de fuego y un manto azul darán testimonio de estas palabras. Y el llanto de las mujeres y los

niños dará testimonio de estas palabras. Vale la sangre de la tribu, que en verdad así es.

35 ¡Ay de los que disfracen entonces su hipocresía de tañido de címbalos o de música ceremonial! Ya habrán de ver todo esto con asombro.

36 ¡Ay de los que disfracen entonces su maldad de las mejores intenciones o de citas de la ley o de palabras hermosas al oído! Ya habrán de verlo con asombro.

37 ¡Ay de los que ahora se burlan de la palabra y rechazan las amonestaciones!

37 Ya habrán de ver todo esto con asombro. Pero las leyes de los hombres son siempre la ignorancia y la iniquidad.

*Del Primer Libro del Profeta Bassír,
en Ugurio nagáwi.
Aprox. siglo segundo de la Gran Época.*



Elogio de la batalla

Que se oiga ahora el canto de los valientes;
que se oiga la verdad por las cuatro regiones;
que se oiga ya la historia de una tarde famosa;
que pongan atención el príncipe y el mendigo
para el orgullo de los vivos y la gloria de los muertos.
Me pides, escribano, que de lo acontecido te narre⁵

⁵ La famosa elegía ha llegado hasta nosotros, de manera fragmentaria, a través de numerosas citas y comentarios, y en su forma completa a través de dos importantes manuscritos. Aunque ambos datan del siglo tercero de la Gran Época se ha demostrado, sin embargo, que su redacción escrita es bastante tardía y que durante más de trescientos años —puesto que el evento mencionado en el poema parece referirse al período de las grades invasiones— fue transmitida exclusivamente de manera oral. Es interesante observar la libertad que demuestra el rapsoda (v.g. en “me pides, escribano, que sobre lo acontecido te narre”) para intercalar frases y versos dictados por la circunstancia particular en la que se recita el poema. Esta relativa laxitud en el proceso de transmisión de un texto de tradición oral es algo muy bien documentado. Otro ejemplo es la famosa estrofa inicial del *Bráxtaman Abishánt*, o “Cantar de Nombradías”, según fuera transcrito en el siglo cuarto:

*Dame fuerza, señora y dueña de nuestra lengua
para cantar con digna voz las nombradías
de los mayores ausentes, aquellos que ya cayeron
como los más grandes árboles caen.
Famas de antaño excelsas, que habrán de ser sabidas
por los remotos descendientes de nuestros descendientes.
Ninguna más excelsa, sin embargo
que la de Táshmala Yasabír, Rey de los Hombres
Terror de los enemigos y Limpio Espejo del Cielo...*

El poema relata con cierto detalle las vidas de cuatro héroes más o menos históricos. Táshmala Yasabír, sin embargo, no resulta ser ninguno de ellos. No se trata, en realidad, sino del oscuro reyezuelo que gobernaba en el tiempo en el que fue recopilado el poema para ser puesto por escrito. Un personaje, por lo demás, del cual no poseemos casi ninguna otra información.

Se sabe también, por autores antiguos, que dichos recitadores eran entrenados intensivamente para dominar el manejo de numerosos patrones rítmicos “en blanco”, es

todo cuanto sé, pero es tanto
 que llenaría los folios y los libros
 y la memoria de los hacedores de libros.
 Pido aliento a los dioses, fuerza les pido
 y sabiduría para poder cantar estas hazañas
 tal como fueron. Que ahora, pues, se escuche
 la historia de quienes salvaron la tierra:
 Iba ya descendiendo el astro de los astros;
 nuestros hombres regresaban, cansados, de sus parcelas
 nuestras mujeres cuidaban atentas de los hogares
 y nuestros hijos guardaban ya de regreso los rebaños
 cuando por la Ladera del Cardo se oyó un lejano rumor
 largo como el del follaje de árboles, si hace viento,
 sordo como el del corazón de la tierra cuando su entraña
 tiembla
 y augurador de presagios infames, o de la gloria merecida.
 Fue Arkél, de lacios cabellos, quien diera la voz de alarma:
 los cerros, antes dorados, se ennegrecían por los hombres.
 Tropeles de lobos hambrientos, nubes de sucias langostas,
 pájaros de rapiña o marea de ratas que en la forma de
 hombres
 veloces descendían sobre los campos. Ataviados con armas
 venían
 armados con cadenas, grandes mazos y lanzas, arcos y
 flechas
 sus cintos cargaban dagas, sus dagas sudaban veneno, y
 en el veneno
 iba la muerte cruel que imponen los enemigos.
 Al oír el aviso se llenaron de voces las calles de la ciudad.
 Sin tiempo para congregarse, sin ocasión de consultar al
 consejo,
 los hombres libres empuñaron las armas. Quien las tenía

decir, tan sólo mediante tarareos desprovistos de palabras, lo que los capacitaba para
 la inserción *ad libitum* de comentarios improvisados y menciones circunstanciales,
 sin ningún demérito de la musicalidad del texto central.

las blandió con orgullo. Quien aún no las había conocido
recogió del solar lo que la tierra misma ofrecía.
Y el azadón fue arma, y el rastro, y el arpón
y la escarda, y el humilde madero fueron armas también
en las manos valientes de nuestros hombres.
Sin tiempo para organizar, en tanto que la negra mancha
de los enemigos se derramaba veloz sobre nuestro valle
unos subieron a las azoteas, otros salieron a las colinas
y otros muchos, los que eran más diestros en la batalla,
se adentraron al valle para formar una muralla de hombres
indiferentes frente al peligro, animosos frente al enemigo.
¿Cuándo antes en el extenso linaje de los libres
se había flaqueado frente alguna amenaza?
¿No dieron los antiguos aún mayores pruebas del viejo
valor?
¿No guarda nuestra memoria los hechos de antaño
teniéndolos por ejemplo para las nuevas generaciones
y exhibiéndolos como amenaza ante quien osare
afrontarnos?
Así quienes vivieron aquella gloriosa tarde
se adelantaron a la batalla contra quienes osaron pedirla.
Choquen entonces las espadas y crúcense las flechas,
enlácense pesadas las cadenas y canten los metales
su lenguaje de chispas y rápidos destellos;
húndanse pues las dagas en la carne enemiga:
si el asaltante pide la guerra, dos veces guerra tendrá,
que si la sangre se pierde en la batalla, dos veces sangre es.

Del Nabáxtam Abishánt, de autor anónimo, en Ugurio nagáwi.

Aprox. siglo cuarto de la Gran Época.



El primer adiós

Habiendo hecho mención de los sueños en los que alguien se anuncia o se presenta por adelantado, hablaremos ahora de aquellos en los que una persona se despide para siempre, aún antes de que los acontecimientos reales la separen del ser querido.

Estos sueños tienen como escenario, por lo general, hermosos parajes solitarios, tales como mesetas recién llovidas y muy floreadas, o a veces claros en el bosque, espléndidos por la generosidad de las lluvias. Un juez de Kóna tuvo una de estas premoniciones y dijo que todo había sucedido en la cumbre de un cerro, a cuyas faldas se extendía todo el mundo. Otros sueñan que están en islas lejanas, de belleza virginal. De este género es un sueño que se atribuye a Vákmat el Bravo, y el cual voy a relatar a continuación.

Se encuentra Vákmat, de pronto y sin ninguna explicación, en medio de un estanque sombrío. Vákmat se sostiene de pie en el centro de una roca que sobresale del agua, como si hubiera llegado hasta allí volando. El estanque está todo rodeado por grandes árboles que lo cubren con su ramaje y forman en lo alto una cúpula de hojas, así que la luz es indirecta, filtrada por los follajes y de un hermoso azulverde que parece salido desde el corazón de un cristal.

Entonces ve llegar hasta la orilla a Itásp, su mujer, a quien amaba tiernamente. Itásp luce hermosa pero triste. La invita a reunirse con él, a llegar hasta el islote para que contemple desde allí las maravillas visibles, pero ella no puede oírlo. Llega un anciano y ambos se dicen algo en voz baja. Antes de

partir, Itásp mira a su esposo por última vez. Vákmat deja de sonreír, siente una vaga angustia porque presiente que Itásp se marcha para siempre.

Cuando se queda solo, el agua reverbera. Hay peces, tortugas de colores, plantas del fondo que llegan a translucirse. Vákmat vuelve a mirar alrededor y siente miedo ante los túneles que forma la vegetación. Entonces despierta y anota en su soñario lo sucedido en el más allá⁶ para después analizarlo con calma y, dado el caso, buscar la ayuda de un domador de sueños profesional. Sabe que Itásp se ha mostrado distraída y tal vez un tanto seria durante las últimas semanas. Sabe también que ya no cuenta con el apoyo del Consejo y que hasta sus más fieles amigos han comenzado a abandonarlo.

Pero es demasiado tarde. La esposa ha huido, y evidentemente que no tan sólo por el temor a un empeoramiento de la situación política o a un eventual derrumbe del gobierno. Hacia la mitad de la mañana la fugitiva se encuentra ya a centenares de leguas del hogar que ha abandonado y, según se relata, esa misma tarde habrá llegado, en compañía de Vílwak Mol, hasta Ciudad Grande. Sin embargo, Vákmat no habrá de dejarse vencer por la adversidad. Le quedan aún partidarios; le queda su temple, que ya lo ha hecho famoso en el pasado y que habrá de llegar a ser proverbial; le queda su cuerpo sano y todavía joven y, sobre todo, le queda un sueño maravilloso que, aunque triste, le asegura que no habrá de ser derrocado y que conservará la satrapía⁷.

Del Soñario de los Siglos, de Nirwúh el Viejo.

En lario clásico. Siglo XVII de la Era Dinástica.

6 Según los antiguos larios, lo soñado era siempre verdad porque realmente ocurría, aunque fuera en otra dimensión. Nirwúh el Viejo explica, en otras partes de su obra, cuáles son los mecanismos —de acuerdo a la ciencia de la época— por los que el alma se transporta al “universo durmiente”.

7 En el sueño de Vákmat, la roca que surge del centro del estanque representa la posición que el personaje detenta; el estanque, se entiende, es la satrapía, como imagen de un mundo cerrado, en calma y lleno de bellezas, aunque también frágil y víctima fácil de torrentes inesperados y turbulencias.



Trampa para los elegidos

Un hombre iba pasando a orillas de la Gran Calle, cuando advirtió la presencia de un mendigo nauseabundo que estaba tirado sobre las baldosas.

—Llama a los curanderos, búscame ayuda —pidió el miserable—, porque adivino que mis horas se acaban y siento gran temor ante la muerte.

—Si tus horas se acaban, te son por completo inútiles los remedios; si no se acaban, más inútiles te resultan todavía. Y siente gran temor, porque tal vez hoy mismo ya no serás sino tan sólo un pesado cuerpo sobre las baldosas de la Gran Calle —contestó de mala gana, o con la intención de burlarse, el transeúnte.

—¡Insensato! Si tu nacimiento lo debes al Ángel de la Vida; si todo lo que gozaste lo debes al Ángel de la Ventura; si todo lo que has experimentado en esta vida lo debes al Ángel del Destino; ¿cómo te atreves ahora a responder con insolencias a un ruego del mismísimo Ángel de la Muerte? Tus horas se acaban; los remedios te son inútiles. Y siente gran temor, porque hoy mismo ya no serás sino tan sólo un pesado cuerpo sobre las baldosas de la Gran Calle.

Entonces el mendigo se transfiguró en un horrible demonio de grandes alas blancas, hundió su mano izquierda en el hígado del infortunado y extrajo desde su centro el soplo de la vida, dejando tan sólo un pesado cuerpo sobre las baldosas de la Gran Calle.

Porque dicen que este ángel dispone siempre tal género de trampas para sus elegidos.

De la Historia de los Ángeles. En lario tardío. Siglo XXIV de la Era Dinástica.



La ayuda innmerecida

Dos jóvenes amigos se encontraban viajando desde Uvvánk hasta Imúh, ya muchas leguas adentro del Llano Grande, cuando de pronto comenzó a caer una nevada sumamente espesa, muy rara en esa época del año. Los jóvenes se alegraron por el hermoso espectáculo y porque estaba en su naturaleza el tomar los acontecimientos sin mayores cuidados o desasosiegos, pero un ángel del cielo que pasaba por ahí sintió pena de ambos y preocupación por lo que pudiera sucederles, pues la nevada iba a durar muchas horas⁸.

Entonces el ángel descendió y, abrazándolos, los tendió sobre la tierra para cubrirlos con sus alas, de manera que así permanecieran al abrigo de la nevada por algunas horas. Y sucedió que al cabo de un rato los amigos comenzaron a jugar indebidamente⁹ en el tibio seno del ángel, porque pensaron que éste no habría de darse cuenta.

⁸ Los ángeles son hábiles, según la tradición laria, para lo que alguien ha llamado el “pronóstico meteorológico” de la región que patrullan. Otros textos de la colección aquí representada narran cómo, antes de las catástrofes, los ángeles acudían en tropel a prevenir y auxiliar a los habitantes. Demuestran ser, sin embargo, oráculos bastante mediocres con relación a otros asuntos y, como en el caso de la presente narración, a veces se equivocan al elegir a sus protegidos.

⁹ Alguna concesión al buen gusto se ha hecho en la presente traducción. El original lario, menos pudibundo, reza a la letra: *Mæw díškarada ma šálata jtólabi wut njápurwuh ta bædyllje wut Mödödžæm-mæræd a njáštakam, ódoba jtémembý gídž ílekrata-j-ik*. Según S. Lærædke, el ofensivo ‘*a njáštakam*’ quizá debiera ser leído ‘*a njæktækæm*’, en cuyo caso la curiosa variante podría deberse a alguna transliteración malintencionada por parte de los copistas. Sin embargo, el drástico cambio de sentido, de ser cierta la tesis mencionada, no justificaría el enojo del ángel en el relato. Otros han hecho notar la ambigüedad de la expresión ‘*wut njápurwuh*’ ya que, por una parte, el lario no conoce los géneros gramaticales y, por la otra, el término ‘*púrwhu*’ significa tanto ‘amigo’ como, en ciertos contextos, ‘amante’. Por lo demás, el texto

Sin embargo, el volador comprendió perfectamente lo que estaba ocurriendo en la oscuridad de su regazo y sintió la indignación que sienten los de su raza cuando les suceden traiciones como esta. Entonces se separó de ellos con violencia dejándolos al descubierto, se sacudió airadamente la nieve que se había acumulado entre sus plumas y voló furibundo, confundiéndose muy pronto con las espesas nubes del cielo.

De la Historia de los Ángeles.

se ha presentado aquí como se le encuentra, por lo menos desde el siglo XXIII, en la mayoría de las recensiones.



El banquete inesperado

Se refiere que en una ocasión una bandada de nómadas del noreste asató a un ángel. Se encontraban sentados cuando vieron pasar un gran pájaro por encima de sus cabezas. De inmediato atacaron y, como son los mejores arqueros del mundo, abatieron la pieza en el acto.

Cuando llegaron hasta el cuerpo agonizante se sorprendieron mucho de ver en él, además de las grandes alas, una cabeza y un cuerpo humanos, con dos brazos y dos piernas. De igual manera se espantaron de escucharlo murmurar hermosas palabras en un idioma dulce pero incomprensible.

Como no va contra sus costumbres, de todas maneras lo remataron y procedieron a destazarlo para ponerlo sobre las brasas. Después se lo comieron entre todos y descansaron dos días más en el mismo emplazamiento, en espera de piezas similares.

Pero la voz se corrió y la alarmante noticia llegó a oídos de los milicianos, quienes se apresuraron a dar alcance a los infractores. Cuando estaban siendo escuchados en pleno juicio, los nómadas alegaron inocencia diciendo que ellos ignoraban todo sobre las cosas sobrenaturales, y que nunca habían visto un pájaro igual a aquel. Los milicianos, sin dejarse convencer, calificaron aquella excusa de blasfema y pueril, así que ejecutaron a los arqueros, aunque perdonaron a las mujeres y los niños, dejándolos en libertad.

Debe haberse tratado de un ángel menor, porque los ángeles mayores y los arcángeles no pueden ser tocados por las flechas humanas.

De la Historia de los Ángeles.



La presentación protocolaria



icen que cuando Malasombra el Usurpador fue finalmente coronado rey, juntó a todos sus ministros y les dijo:

—Vayamos todos al Monte Sacro porque quiero establecer una embajada en el cielo.

Añadió que necesitaba negociar eso personalmente con los dioses y se pusieron todos en marcha. Una vez en la cima, se apareció un volador de las esferas intermedias y les dijo:

—Está bien, pero antes procede una presentación protocolaria de la Corte Celestial.

La ceremonia dio comienzo y uno por uno comenzaron a desfilar entonces todos los querubes, querubines, ángeles, mesópteros, megápteros y arcángeles de uno, dos, tres, y cuatro pares de alas. Estos últimos, los más impresionantes de todos, brillaban tanto como un sol. Todos daban su nombre, recitaban una dilatada fórmula ceremonial y acertaban a decir un discurso muy hermoso.

Como existen trescientos mil seiscientos cincuenta ángeles y arcángeles diferentes, la ceremonia comenzó a demorarse demasiado. Sabiendo Malasombra que interrumpirla habría significado un desacato intolerable o una grave ofensa para con los dioses, dio órdenes a sus ministros de no claudicar en ningún momento y de permanecer todos atentos en sus sitios, so pena de degradación y de muerte.

Pero la luz de los ángeles, que son todos radiantes en extremo, fue cegando uno por uno a todos los funcionarios, y quemándoles las ropas y los cabellos. Así que fueron des-

falleciendo, todos muy malamente heridos por el exceso de luz divinal.

Se dice que Malasombra fue el último en caer de rodillas mientras exclamaba:

—Pido permiso para emprender una honrosa retirada.

Los ángeles revolotearon, aclarando la medianoche aún más que si fuera el mediodía, y se marcharon sin despedirse. Malasombra y sus funcionarios, liberados del compromiso, iniciaron la retirada. Mas cuando regresaron a los cuarteles encontraron ya todo muy cambiado, y a sus parientes ya muertos desde tiempo inmemorial.

Y los historiadores, al ser consultados, respondían que Malasombra el Usurpador se había retirado de la vida política, siglos atrás, a dialogar con los ángeles en una cordillera lejana para llevar una vida contemplativa, renunciando para siempre al trono en el que, con tan malas artes, había logrado sentarse por unos cuantos minutos.

De la Historia de los Ángeles.



La salvación de una ciudad

En una ocasión, los justos de Muroblanco, hartos de tanta impiedad, orgullo, indecencia y libertinaje como el que tenían que soportar viviendo entre sus conciudadanos, decidieron salir a extramuros para llamar a los alados y pedir la inmediata destrucción de la ciudad.

Habiéndose hincado todos en dirección a las nubes, oraron con fervor hasta observar, maravillados, cómo un tropel de ángeles descendía para posarse frente a ellos. Llevaban vestiduras de lumbre transparente y portaban relámpagos y centellas en las manos.

—La maldad y el horror se enseñorean entre los impíos. Que pasen Sus Santidades a inspeccionar con sus propios ojos; que después borren para siempre del país a la ciudad de la infamia y que perdonen nuestras vidas y las vidas de nuestros hijos, para que permanezca la simiente que habrá de construir el Mundo Nuevo— dijeron los justos.

Entonces los ángeles abrieron las puertas de la ciudad para recorrerla flotando y, conforme pasaban, iluminaron las plazas, las calles, y todos los rincones. Los moradores interrumpían, provisionalmente, su ejercicio de la infamia para observar el inusitado suceso.

Mientras esto ocurría, los justos, que esperaban de un momento a otro escuchar el estruendo de la destrucción, volvieron a hincarse para orar. Pero el tropel de alados regresó sin haber destruido nada.

—¿Será que un mal ejemplo puede más que mil buenos deseos?— replicaron los justos.

—Hemos hallado, justo a la orilla del barrio pobre, un viejo naranjo en flor, —respondieron los ángeles—. Y un solo naranjo en flor es motivo suficiente para salvar a una ciudad.

De la Historia de los Ángeles.



Collares de palabras

Al ser tomada la ciudad, y temiendo las consecuencias del dominio extranjero, muchos de los habitantes planearon cómo fugarse para alcanzar algún punto seguro en el exilio. Como los invasores tenían interés en los rehenes de importancia política, registraban cuidadosamente a cualquier individuo al que sorprendieran intentando salir de la metrópoli.

Entonces Ksarís, que ya había sobrevivido a un interinato y dos coronaciones en la Ciudad Madre, que ya había sorteado con éxito las afiliaciones forzadas en tiempos de la república, habiendo escapado de la tortura y la prisión, tomó uno de los collares de palabras que llevaba en el cuello¹⁰ y comenzó a recitar en voz alta una de las canciones más bellas que jamás hayan deleitado a los corazones humanos.

Se trataba la historia del hombre de las pupilas de tinta, el que peleara como un león en contra de los serranos, manteniendo vivo, por un tiempo precioso, el espíritu de la rebelión; aquel que después de muerto fuera cortado cruelmente en cinco pedazos, pero cuyos restos, arrojados al mar,

¹⁰ Se trata de los *sasābīr* (pl. de *sābīr*) o collares de abalorios que funcionaban como auxiliares para la memoria, y en los que se cifraba un cantar épico o cualquier otro texto de naturaleza poética. Consistían en intrincados rosarios cuyas cuentas, labradas en piedras finas de diferentes colores, reproducían en miniatura la forma del motivo central de determinada estrofa (por ejemplo, un ave, una doncella, un par de ojos de determinado color o una daga). Un bardo profesional tenía derecho a cargar los *sasābīr* como si se tratara de condecoraciones, y nadie veía mal que hiciera uso de ellos a la hora de recitar sus poemas. Estos collares se llevaban colgados del hombro izquierdo y rodeando la cadera derecha —a la manera de las bandas condecorativas—, para que los abalorios de los cantos, según el comentario de un autor antiguo, “pasaran tanto sobre la masculinidad como sobre el corazón”.

fueran devueltos otra vez en una sola pieza por las olas, para el asombro y la veneración de sus seguidores y enemigos.¹¹

Su canto atrajo poderosamente la atención de unos mendigantes que se acercaron, luego de unos vendedores que pasaban por allí, y después de unos soldados extranjeros que patrullaban la zona. “No tienes derecho a cantar esa canción”, le decretaron, “porque canta las hazañas de uno de los héroes de antaño”. Entonces lo condujeron hasta sus superiores para que fuera castigado por su osadía. “He aquí un miserable mendigo”, anunciaron, “que se atreve a cantar sobre los grandes de este país”, y entonces le ordenaron que de nuevo cantara frente a los superiores aquel hermoso poema como prueba de su culpabilidad. El poeta obedeció y el comandante en jefe, que no era otro sino Naord, habiendo escuchado aquellas palabras y de la boca del mismo Ksarís, exclamó: “La Magár que ahora hemos conquistado ha dado pruebas de no ser sino una dilatada cueva de miserables, pero éste, que pasa por el más pobre de sus ciudadanos, es el más rico de entre ellos, porque es el dueño absoluto de la lengua de este país y con ella conmueve a los sabios, los espíritus y los ángeles del paraíso, así que su destino escapa por completo a nuestra jurisdicción”. Y entonces lo soltaron y le concedieron la libertad de dirigirse a donde quisiera, ofreciéndole, además, una serie de mapas y algunos víveres para que pudiera sobrevivir en los desiertos inhabitables que circundan la ciudad.

Del Ksýzbabu a Sasārís, o “Historias de los poetas”.

De autores diversos. En Sázbar Histórico.

Aprox. desde el 14º Año del Pez, hasta el 27º Año del Águila.

¹¹ Otras fuentes hacen mención del cantar que aquí se resume de manera más que breve. La “*Carta de Todos los Hechos*”, apenas algo más reciente, cita incluso algunas estrofas completas, aclarando que proviene del *Givjāntstavu Maksár*, o “*Caballero de los Ojos de Tinta*”. Algunos otros versos y fragmentos aislados son citados por Sasázbrykje Mu’ansá’ir en su atlas general “*Tesoro de las Tierras*”. El conjunto del texto, sin embargo, se ha perdido.



Ramat domina al viento

Por ese tiempo, vientos malignos azotaron la comarca y sumieron a sus habitantes en la desesperación y la miseria. Soplaban desde el atardecer y toda la noche ocasionaban los mayores estragos en las huertas, aldeas, sembradíos y templos del país. Hombres y mujeres pedían en oraciones que los vientos cesaran, pero cada noche volvían a soplar con mayor fuerza que la anterior.

Los ramajes con fruta se desgajaban, en los campos las espigas se quebraban antes de la madurez e incontables familias veían destechados sus hogares, quedando desamparados a mitad de la noche. Llegó el momento en que los pozos y las represas comenzaron a secarse y todos lo atribuyeron, horrorizados, a la sed de los vientos que los asolaban.

Se reunió entonces el Gran Consejo y los ancianos acordaron someter a concurso la derrota de los vientos. Se convocó a los hechiceros de todo el país para que acudieran a competir y se ofreció como recompensa para quien apaciguara los cielos el conferirle, de por vida, el rango de pontífice¹².

Llegaron entonces multitud de candidatos y cada uno, al caer de la tarde, ensayaba su magia contra los vientos. El pueblo se congregaba al pie de la colina mayor con la esperanza de presenciar, por fin, la restauración de la calma celeste.

El primero de los magos en participar esperó a que comenzara el ulular de las ráfagas para dar inicio a la ceremonia, que tuvo lugar en un emplazamiento de madera cuidadosamente

¹² Se otorgaba la dignidad pontificia a los grandes hechiceros que ya habían demostrado con plenitud su dominio sobre los elementos naturales.

construido. Luego se santiguó, rezó sus fórmulas mágicas y comenzó a tañer con fuerza una hermosa campana de plata. Pero los vientos arreciaron y la multitud tuvo que dispersarse. Se dice que la campana rodó varias leguas, arrastrada por la furia del aire.

—Lo estrangularemos solemnemente en sacrificio propiciatorio —dijeron los ancianos en relación al candidato derrotado— a ver si así apaciguamos el enojo de los espíritus.

A la mañana siguiente se ejecutó el decreto y el cadáver del infortunado fue suspendido de una rama muy alta para que pudiera ser visto por los genios del aire.

Pero al llegar la noche los vientos soplaron con mayor ímpetu y destrozaron las empalizadas y el templo ceremonial, sembrando aún mayor pánico entre los habitantes.

Entonces un segundo mago, que tenía la reputación de ser infalible en sus filtros y encantamientos, se ofreció para contener y disipar los aires calamitosos. De nuevo las gentes volvieron a congregarse y, cuando comenzaron a escucharse los primeros rugidos del aire, ya bien caída la tarde, el oficiante irrumpió en llantos y canciones, después sacó pétalos de flores y los esparció hacia los cuatro puntos cardinales.

Pero los vendavales arremetieron con furor y fue tanta la polvareda que levantaron que la gente debía cerrar los ojos y por lo tanto se dispersaba con gran desconcierto. Unos murieron en la confusión y el atropello; otros quedaron para siempre cegados por el contacto con las ásperas arenas que llegaban arrastradas desde los desiertos del gran norte.

Al día siguiente el candidato fue perdonado públicamente, ofreciéndose el indulto como una ofrenda para conmovir el alma de los ventarrones. Pero esa noche los vientos soplaron con mayor furia que nunca antes. Los árboles de las ejecuciones fueron quebrados de tajo, regando las plazas de huesos y calaveras; el inmenso tejado del Templo Mayor se levantó y

se deshizo como si fuera un montón de hojas secas y fueron incontables los estragos en las casas de la gente común.

Entonces mandaron llamar a Ramat, que se encontraba en el exilio, y le ofrecieron la rehabilitación solemne, el perdón público y el pontificado vitalicio a cambio de que lograra pacificar a los vientos.

—No son muchos vientos, sino que es uno solo —dijo Ramat al llegar—. Se trata de un gran soplo desalmado que viene de los desiertos. No tiene corazón, envidia a los seres vivos, ama la muerte y ya odia para siempre a nuestra patria. Es intratable y detesta las componendas. Llega siempre de noche porque teme la luz, y por la luz será vencido.

Horas después el país entero se abastecía de aceites y combustibles. Así fue como las gentes se prepararon para dar la batalla al gran viento. Durante todo el día hicieron teas de la madera destrozada, labraron lanzas y antorchas, y levantaron altas hogueras en cada una de las plazas de las ciudades de la comarca.

Al sentirse las primeras ráfagas, cuando comenzaba a oscurecer, los ejércitos del país ya se encontraban apertrechados, esperando detrás de las colinas y los farallones. A una orden de Ramat, las fogatas y antorchas se encendieron por todos lados; entonces las tropas se lanzaron contra el gran viento disparando una tupida lluvia de flechas y lanzas encendidas. El gran viento comenzó a rugir con gran furia, pero entre más soplaba más se encendían las antorchas y las fogatas, más se iba contagiando la lumbre y se incendiaban chozas incontables, numerosas casas. Entonces prendieron fuego las ruinas de templos y palacios, levantando una gran luz. Y cien mil, diez veces cien mil flechas penetraron, quemándose, en el pecho del viento. Entonces la muchedumbre notó que la tormenta había cesado.

Cuando menos pensaron, las colinas, los campos, los valles, ya todo estaba en silencio. Sólo se oían gritos de júbilo que

comenzaron a extenderse y los hermosos cantos de la victoria, que se alargaron hasta el amanecer. Pero Ramat no volvió a ser visto por las hordas de vencedores, ni nunca más volvió a ser contado entre los habitantes del país. Unos dicen que el gran viento se lo llevó para siempre, asfixiándolo cruelmente en su mansión celestial; otros cuentan que sopló tan fuerte sobre su cuerpo que pudo disolverlo, vengando así la deshonra y la derrota que el guerrero le infringía. Otros más dicen que sobrevivió a la batalla, pero que no se hizo presente para reclamar honores ni dignidades, sino que, después de haber salvado a su gente y aprovechando el júbilo y el desconcierto de la multitud, aquel mismo amanecer se marchó para no regresar nunca, porque no les había perdonado la ofensa del destierro.

La noche que siguió llegó serena como una noche del paraíso, los hombres y las mujeres redescubrieron el silencio, la calma, el buen sueño. Luego las brisas amigas pudieron regresar, trayendo el aroma de los pastizales y los sembradíos de violetas y alfalfa de los países vecinos. Y muy pocos días después comenzaban a caer sobre todos los campos, blandamente, las primeras lluvias de primavera.

*Del Ætudxag Nim, o "Libro de los Elementos".
En lario tardío. Siglo XXV de la Era Dinástica.*



Derrota y triunfo de Merbír el Baláki

Ashkúts el Hajarí decidió entonces lanzarse a la batalla, con la firme intención de regresar con la cabeza de Merbír el Baláki, o resignándose a perder la suya propia en el intento. Dicen que dirigió una arenga muy exaltada a todos sus hombres para animarlos a pelear, pero la mayoría sentía miedo porque consideraban que Merbír era invencible y estaba dotado de grandes poderes sobrenaturales.

—Hombres crédulos e ignorantes —les decía—, ningún mortal tiene más poder que el de sus brazos y sus riñones.¹³

Y se extendió tanto con sus palabras, fue tan convincente con sus argumentos, que los soldados se enardecieron y comenzaron a gritar. Recordaron el sitio y la destrucción de Ekkúr, y su saqueo posterior, y pensaron en todas las muertes y los daños que los hombres de Merbír habían infringido a los pueblos de la confederación.

Entonces cambiaron el rumbo y se dirigieron, sin más, hacia el otero que los separaba del campamento del enemigo. Se dice que de allí descendieron con sigilo, cayendo por sorpresa sobre Merbír y sus soldados, que se entregaban a la bebida y no se encontraban preparados para combatir. Pero, salvajes como eran, y amantes de la sangre, de cualquier parte extraían afiladas dagas o sables o lanzas, así que lucharon con fiereza y gran maña.

Muchos hombres comenzaron a caer, los gritos y los lamentos se extendieron por todo el valle y reinó la confusión porque era imposible saber a qué bando pertenecían los

¹³ Según los antiguos hajaríes el valor residía en los riñones.

heridos o los muertos. Cuentan que el cielo se iba llenando de pájaros carroñeros y que, espantados por la ferocidad de la contienda ya muchos consideraban la retirada. Pero Ashkúts no pensaba sino en llegar hasta su rival y en el placer postergado de hacerlo decir sus últimas palabras.

Entonces sucedió que, cuando ya todo lucía enrojecido por la sangre y por el atardecer que caía, un capitán se acercó hasta él con la cabeza de Merbír en la mano. Desconcertado porque el espíritu de la batalla le había negado el privilegio de matarlo, la arrebató y le escupió a los ojos. Pero la cabeza recién cercenada los abrió y comenzó a decirle:

—Siempre supe que habría de perecer bajo tu mano. Ahora te llega a ti el turno de saber lo que te espera, y cómo has de morir, según mi predicción. Sabe que tu hijo primogénito de ahora a poco tiempo morirá ahogado en un charco de lodo, tratando de pillar una rana. Sabe también que el más joven llegará después a traicionarte y que habrás de darle muerte por ti mismo, en el apogeo de tu gloria. Sabe que tu hija predilecta dará luz a dos lobos¹⁴ y que la confederación entera los tendrá por vergüenza, haciendo escarnio de tu nombre y burla de tu estirpe. Sabe también que tu anciano padre, antaño héroe en las batallas, habrá de morir derrotado por una rata invisible que le roerá las entrañas¹⁵. Sabe igualmente que alcanzarás hastiado una larga edad y serás presa de numerosos achaques y penosas enfermedades, y que has de ver disuelta la confederación, y todos tus haberes dispersos y consumidas tus fuerzas. Sabe que habrás de perecer igual que yo, decapitado por un sable que tú mismo forjaras cuando joven, y sabe, por último, que cuando lo veas destellar sobre tu rostro habrás de recordar todas estas mis palabras. Sabe todo esto bien, hajarí, y súfrelo, porque ese será mi último triunfo sobre tu persona, y el mejor de todos cuantos jamás tuve sobre ti.

¹⁴ Se refiere a los gemelos Darbár y Némdeg, quienes habrían de pasarse al bando enemigo durante la Guerra de los Veinte Años.

¹⁵ ¿Cáncer?

Ashkúts, habiéndolo escuchado, dejó caer la cabeza de Merbír el Baláki, y sintió miedo y gran repulsión. Pero mucho más miedo y un gran dolor habría de sentir a los pocos días, y después año tras año; porque se dice que fue entonces, al regresar triunfante de aquella misma batalla, cuando unos sirvientes se adelantaron para decirle que, durante su ausencia, su hijo el primogénito había perecido ahogado en una charca poco profunda, cuando jugaba justo a orillas de la ciudad.

Del Nugrát-Nágerd, o “(Libro del) Gobierno de los Reyes”, compuesto alrededor del siglo IV antes de la Era Común, en hojré clásico.



Nacimiento de Darbár y Némdeg

Hacia el quinto mes de año, que es temporada infausta, Magad hija de Ashkúts se encontraba en una finca cercana, por los bosques occidentales. Llevaba un séquito numeroso porque se sabía que llevaba en su vientre a un nieto del guerrero. Y dicen que hacia la hora séptima, que también es infausta, comenzó a sentir los dolores que anunciaban el próximo alumbramiento, aunque ella tenía apenas siete meses de gravidez. Como la tradición marca que todos los hijos y nietos de un jefe de rango deben nacer en la capital, y al amparo de su poder, de inmediato se inició el regreso, aunque ya iba siendo tarde y los bosques comenzaban a parecer lúgubres.

Se cuenta que cuando ya regresaban, los lobos aullaron terriblemente, así que los conductores apresuraron a los animales de tiro por temor a ser devorados en el trayecto. Esos aullidos fueron escuchados por la gente de los alrededores, a gran distancia, e incluso más allá del valle y las montañas que lo rodean. Pero Magad llegó a tiempo al alcázar de su padre y fue encerrada en la alcoba de los alumbramientos, para que diera a luz de acuerdo a la ceremonia que procedía.

Hubo ajetreo, se trajeron los ungüentos, las esencias; se juntaron los médicos y las comadronas; se prepararon los edredones y los lienzos, y las rezanderas salmodiaron desde las antesalas para rogar por la buena ventura del parto anticipado. Entonces, cuando salieron del vientre los infantes, las parteras vieron que eran dos gemelos y que estaban todos

cubiertos de una pelambre brillante y espesa, completamente negra. Hubo muchos gritos y estupor; los sirvientes y los espías expandieron la noticia y por los corredores comenzó a decirse con ansiedad: “Ha parido dos lobos”.

Esa misma noche, cuando Ashkúts el Hajarí escuchó esto, se entristeció grandemente y maldijo su suerte, porque recordaba las palabras de Merbir, a quien sus hombres habían pasado a cuchillo. Entonces, con la intención de conjurar la profecía del bárbaro, ordenó a sus lacayos que dieran muerte a sus dos nietos y decidió que los verdugos habrían de raptarlos al amanecer del día siguiente para que después fueran asfixiados y arrojados a las fieras del bosque. Pero Mabút, el cuervo, escuchó sus designios y voló para prevenir a la madre.

Se cuenta que recorrió como un fantasma los corredores del alcázar, entró súbitamente por la puerta principal de la alcoba de la recién parida y le dijo al oído estas cosas:

—¡Oye bien, oye bien!¹⁶: tu padre mira con malos ojos a los infantes que has parido. ¡Oye bien!: ha dado órdenes a los verdugos para que vengan a arrebatártelos al momento del amanecer. ¡Oye bien!: se prepara la muerte de los hijos que llevaste durante tantos soles y tantas lunas en el vientre, y que son la carne de tu carne y que son tu espíritu mismo. ¡Oye bien, oye bien!: si no lo impides ahora, a poco tiempo serán comida para las fieras o casa para los gusanos.

Magad escuchó al cuervo y dio crédito a sus palabras. Fue así como se pudo preparar su huida y de esa manera logró salvar la vida de sus hijos y la supervivencia postrera de su sangre. Esa misma noche, acompañada de las nanas y otros seguidores, y mientras Ashkúts, su padre, se adormecía en la

¹⁶ El presente párrafo construye, en el original hojri, un ingenioso juego de aliteraciones y paralelismos de gran efectividad retórica: las expresiones “*Gra aark, gra aark!*” por ejemplo, que significan ‘joye bien, oye bien!’, imitan al mismo tiempo, a modo de onomatopeya, el graznido del cuervo.

borrachera, escapó con sigilo del alcázar y dio comienzo a su largo peregrinar. Porque así estaba escrito que habría de ser y así lo comprendían quienes sabían del futuro y aceptaban lo que no se puede cambiar.

Del Nugrát-Nágerd.



Traición a Naréi el Bueno

Por esos días ocurrió que traicionaron a Naréi. Este hombre era famoso porque agarraba las flechas en pleno vuelo y porque tenía los ojos amarillos. Algunos lo llamaban también “ojos de perro”¹⁷. Había participado en múltiples batallas y, aunque siempre lo colocaban a la vanguardia de las tropas, no ostentaba cicatrices de herida alguna. Arriesgaba su vida de continuo y su fama llegaba más allá de las fronteras del reino. Se había aliado con los rebeldes, ganando posiciones entre las tropas y muchos lo proponían para cabecilla de la rebelión. De este Naréi se cuenta que, en pleno combate, atrapaba las flechas que le disparaban, para después romperlas con los dedos, en señal de victoria. Pues ocurrió que, habiéndose aliado con Begk Manos Azules, quien ocupaba una alta posición en el ejército, ambos se juraron una amistad de por vida y bebieron de la misma copa en señal de hermandad. En tal camaradería los dos guerreros fueron conquistando los pueblos del Valle Negro. Primero Adenk, después Aguagrande, Casbál y Mabór, y luego todos los demás pueblos y caseríos, aun cuando muchos ofrecieron una gran resistencia.

Anduvieron juntos en muchas correrías y juntos comenzaron a planear el ataque de la fortaleza de Muroviejo, porque se sabía que quien dominara aquel bastión quedaba dueño del Llano Grande y del paso montañoso por donde transitaban las caravanas de comerciantes que hacían la fuerza del reino.

¹⁷ Se pensaba que los perros eran, de todos los animales, los de vista más aguda, ya que de acuerdo a la creencia popular eran capaces de ver hasta las almas de los muertos.

Entonces, llegado el día, se lanzaron a conquistar Muroviejo. “Tú rodearás el lado occidental, hermano, y yo descenderé desde la montaña”, recomendó a Naréi aquel Begk Manos Azules antes de que las dos huestes se separaran, y luego lo abrazó y cruzó los brazos con él como hacen los hermanos que se separan.

Corrió mucha sangre, las flechas y las lanzas se adueñaron del aire como si fueran parvadas de feroces aves negras; los hombres gritaban y se oyeron los lamentos de muchos heridos de ambos bandos. Pero antes de cuatro días la fortaleza comenzó a arder hacia el caer de la tarde y el sitio no cesó durante toda la noche.

Al día siguiente, Naréi penetró a la fortaleza para encontrarse con Begk Manos Azules, pero encontró que su socio lo esperaba con varios hombres armados. Antes de que Naréi llegara hasta el amigo, uno de los hombres le disparó, pero Naréi Ojos de Perro atrapó la flecha al aire y, con gran tristeza, se volvió hacia el hermano que ahora lo traicionaba delante de tantos testigos y le gritó: “Ordénales que disparen ahora la segunda”. Y la segunda fue disparada en el acto, para igualmente ser atrapada entre los hábiles dedos del guerrillero. “A la tercera flecha, óyelo tú, Begk de Manos Azules, quien me juraste hermandad y ahora me traicionas por unas cuantas monedas y unos pocos años de gloria” gritó de nuevo Naréi, “a la tercera le doy permiso para que abreve en el corazón”. Entonces se volvió hacia el arquero y, descubriéndose el pecho, dejó que otra flecha volara hasta él y se clavara en sus entrañas. Entonces cayó de rodillas y luego sobre su costado.

Así se cuenta la muerte de Naréi el Bueno, quien en un tiempo participara en la rebelión y se ganara el odio y el amor de muchos, y también un renombre extendido hasta más allá de las fronteras.

*De las Crónicas de Avar Begk, en el idioma naxxég (o nashego).
c.a. 340 de la Tercera República.*



Cántico para consagrar a una Shfiya

Alta eres, más alta que el follaje de los corbales maduros
y que el brillo de la Luna, Madre Tuya, cuando contempla
los cielos.

Limpia eres como la luz de las estrellas
cuando gotea sobre sus hijos dormidos.

Hermosa eres, más que toda la noche, tú, niña,
y has venido hasta aquí
porque los bosques y las tierras te esperaban
y te llamaban al mundo.

Ya la montaña y el viento se enteran de tu presencia
y se alegran, y todos los espíritus, los de cerca y de lejos
se alegran, Elegida, llamada desde mucho antes de haber
nacido,

desde antes del principio, querida de todos, niña grande.

Escúchanos ahora: ahora levántate,
déjanos vislumbrar, bajo la santa luz
de tu madre que vuela sobre los cielos
y bajo el fuego leve de las antorchas
el ropón luminoso de la consagración.

Muéstrate frente a todo tu pueblo, elévate
más digna que los hombres y las mujeres
a la altura del viento y las nubes: yérquete
para que puedas escucharnos, para que puedas mirarnos
a todos

desde el cóncavo palio que la noche te ofrece
porque la noche es tuya. Y el viento y las estrellas y las
nubes

son tuyas. Niña: el mundo se prepara para que te pongas
de pie,
tú te sabes mirada, tú conoces tu nombre,
tú sabes bien quién eres. No dejes de escucharnos
ahora que el país santo, sediento de tu huella,
hambriento de tu palabra, venerador de tu nombre,
te convoca a la cita de la consagración.
Ya sabemos quién eres.
Mira: ya las gradas del templo van mojándose con las
aguas del río,
ya sueñan sobre sus cabelleras las vírgenes menstruales,
las semillas revientan, se desdoblan los brotes de las
madreselvas
y todas las demás flores del país santo;
las ranas y los grillos cantan intensamente;
allá lejos, en las montañas, las criaturas nocturnas alzan
la vista
y debajo del mar los corales florecen y los peces desovan
bajo el manto de plata que tu madre, tú misma, que vuelas
en las alturas,
dejas caer para todos.
Creadora de tu rostro, Pastora de los Meses,
Inventora del Agua, Dadora del Aire Blanco,
Dadora del Aire negro, Dueña de Nuestra Sangre,
la Llamada por todos, Niña Santa:

CORO: Déjanos ser tu pueblo numeroso
déjanos ser tu pueblo numeroso
déjanos ser tu pueblo numeroso
déjanos ser tu pueblo fiel,
entregado a ti siempre, sujeto a tu merced
ávido de tus designios y humilde ante tu hermosura

Cambia de nombre, sé tú misma esta noche,
conviértete en tu madre, sé la madre de todos,
niña dueña del trono, niña dueña del cielo.
Creadora de tu rostro, Pastora de los Meses,
Inventora del Agua, Dadora del Aire Blanco,
Dadora del Aire negro, Dueña de Nuestra Sangre
la Llamada por todos, Niña Santa:

CORO: ¡Míranos, óyenos
míranos siempre!

¡Míranos, óyenos
míranos siempre!

Cántico tradicional de la liturgia wrtanna.



Presagios de guerra



uenta la tradición que, al llegar la primera noche del tercer mes, los wrtannos comenzaron a tener malos presentimientos y a ser testigos de aciagos prodigios que auguraban grandes males para el país.

Aquella madrugada ardió de improviso el Huerto Sagrado, y era en pleno tiempo de floración de los árboles. Nadie supo cómo se inició el fuego; no se vieron intrusos ni sospechoso alguno de haber ocasionado el siniestro y la gente lloraba de espanto al contemplar cómo los árboles de los oráculos crujían adentro de las llamas.

Poco tiempo después, una mujer que viajaba de un pueblo a otro fue sorprendida por la oscuridad a la mitad del camino. Entonces decidió subir a la parte alta de una colina para de ahí orientarse o pedir ayuda. Al llegar a la cumbre, de pronto vio aparecer sobre el aire, en plena noche, un luminoso arcoíris que surcó los cielos del país de oriente a poniente¹⁸. Zumbaba gravemente y su luz era tan intensa que iluminaba el ramaje de los pinos, dejando ver con nitidez incluso las flores y la hierba del suelo. Aterrorizada, la mujer huyó del lugar y en cuanto llegó al primer caserío, cuesta abajo, contó lo que le había sucedido en el bosque.

Por esos mismos días dejó de manar el venero que alimenta las fuentes del Río Vivo, y a las pocas horas un nuevo manantial aparecía en los terrenos de la necrópolis, el viejo cementerio. Hubo quienes presenciaron el suceso y afirma-

¹⁸ Una descripción como ésta corresponde bastante de cerca a lo que puede observarse cuando caen bólidos ocasionados por grandes meteoritos.

ron que había sido acompañado de un ruido sordo, como un lamento profundo desde el corazón de la tierra¹⁹. El agua recién surgida arrastró mucha tierra desde las tumbas y dejó al descubierto innumerables restos de esqueletos, unos antiguos y otros más recientes. Los campos se llenaron entonces de calaveras y de vistas macabras. La gente no sabía qué pensar, porque un fenómeno tan extraño no tenía antecedentes en el país, pero interpretaron que se trataba de un mal augurio y no faltó quien dijera que el agua recién manada eran las lágrimas de los difuntos.

Otras cosas sucedieron por ese tiempo. Un campesino reportó haber encontrado un granate de gran tamaño en el corazón de un durazno, en donde debería de encontrarse la semilla²⁰. Al llevarla hasta sus ojos para verlo de cerca, pudo observar terribles escenas de guerra. Hombres y mujeres eran atravesados por lanzas y espadas enemigas, las casas ardían y por todas partes reinaban la muerte y la confusión.

En otra ocasión, una joven que se dirigía a sacar agua de un pozo lo encontró todo lleno de sangre. La muchacha se horrorizó, pues la sangre del pozo manaba con abundancia y se desbordaba hasta llegar a los arroyos. En el acto corrió para dar aviso del nefasto prodigio, pero cuando los vecinos llegaron hasta el agua no encontraron nada anormal.

19 Hay quienes afirman que este pasaje, como el anterior, puede ocultar alguna verdad histórica. En efecto, el suceso descrito hace pensar en un fuerte temblor de tierra, ya que los movimientos sísmicos frecuentemente son precedidos o acompañados por ruidos sordos y por alteraciones en las corrientes de ríos y manantiales. El interesado en profundizar en los diversos elementos históricos que entrevera la antigua narrativa wrtanna puede consultar la excelente monografía de Navwg T. Dxadxabw: *Khdxhnsax Wrtannamvwt gangki me Gisatariaxgalix getengw*, desafortunadamente difícil de encontrar y todavía sin traducir a ninguna de las lenguas más conocidas.

20 Tanto en Wrtanni como en el Hujrah, país vecino, encontrar una gema en el centro de una fruta era usualmente considerado como el anuncio de alguna calamidad inmediata, un terrible presagio que requería de conjuros y de complejas ceremonias de expiación. En otros contextos la circunstancia podía ser un señalamiento divino, una confirmación de cierta identidad o dignidad mágica para algún recién nacido relacionado con el portento.

Entonces el Consejo, en vista de tantas cosas inusuales como estaban ocurriendo, se juntó en Gára, aunque no era la temporada de sesionar, y el pleno decidió hacer venir a la sibila Gwdxánk²¹, quien vivía a muchas leguas de distancia y a la sazón no se encontraba bien de salud. Todo se dispuso para el traslado del personaje, que era una mujer sabia, pero de carácter difícil y ya algo entrada en años. Como la sibila debía de recorrer cierta distancia se envió un palanquín acolchonado y suficientes víveres, entre los que se dispusieron incluso algunos de cierto lujo.

Al llegar la sibila todos se impresionaron por la apariencia del personaje, que venía vistiendo sus ropas ceremoniales y llegaba toda adornada con gemas y amuletos diversos. Cuando dio inicio la ceremonia en la que la sibila debía de interpretar todos los augurios, le fue colocada en la cabeza una pesada corona de plata que se usa en estas ocasiones. Pero al danzar Gwdxánk ocurrió que, estando muy cansada y enferma no resistió el esfuerzo, y fue a caer cerca del wrwvad, que en ese tiempo era Gyvwd el Ojos de Oro. Este, al ver rodar la corona y toda la parafernalia, no pudo contener la risa y entonces la sibila se convulsionó fuertemente, como en respuesta por la afrenta recibida.

Habiéndose calmado, Gwdxánk señaló con el índice al Ojos de Oro y le dijo con una gran seriedad: “Ahora caigo yo. Mañana caerás tú. Pasado mañana caerá todo tu pueblo, y no diré más palabra alguna”. Entonces la levantaron del suelo y, con mucha indignación, interrumpió la ceremonia e hizo que la llevaran de regreso hasta su casa. Los miembros del consejo y los demás asistentes se molestaron por el incidente y quedaron muy inquietos por las palabras de la sibila, porque sintieron

21 Pronúnciese ‘*gûjángk*’. La etimología de este nombre, asaz oscura, ha querido ser asociada con las raíces

gwddē, ‘luz’, y *yáan-eg*, ‘portador(a)’, ‘poseedor(a)’ i. e. “portadora de luz”, “iluminadora”. Por lo demás, se sabe que en épocas anteriores las pitonisas, y en general las chamanas y hechiceras, eran conocidas con el nombre genérico de *méegwddēge* ‘luminarias’, ‘lumberas’.

que confirmaban los malos augurios para el país, pero por el momento nadie supo interpretar con precisión la profecía.

Un mes después, y siendo el segundo mes del año, Gyvwd era derrocado por sus propios aliados en el consejo y luego degollado públicamente, en medio del desorden y el terror general. Y al tercer mes cumplido, en una mañana aparentemente tranquila, cuando ya los disturbios amainaban, comenzaron a escucharse los temibles tañidos del Gran Vom, la campana enemiga. Y las tropas hajaríes iniciaron el descenso sobre las colinas wrtannas, como si fueran fuego sobre los campos, o como una inundación de aguas desbocadas.

*De la Historia Wrtanna, del Metropolitano Gamarióx Keséngw.
Siglo V antes de la Era Común, en el idioma wrtanno.*



Iluminación de San Iláke

Cuatro días había durado en el ascenso de la cordillera,
cuatro días ayunando;
sus pies endurecidos hiriéndose todavía, sus pies
sangrando
por la roca y las plantas del suelo, reseca y cortantes;
y por la grava quebrada del desierto, por la roca y espinas
de la pendiente
mudas e hirientes para con el hombre del silencio, el justo
que ascendía
el hombre que se alejaba, el que triunfaba sobre sí mismo
cruel para con el solitario, el que miraba la lejanía
el hombre que iba huyendo de la maldad.

Cuatro noches había durado subiendo la cordillera,
cuatro noches al viento frío y negro de la cordillera;
noches sin sueño y noches sin descanso
las del hombre que triunfaba sobre sí mismo
y se elevaba por encima del mundo.
Con el cansancio contra él, más pesado que fardos llenos
de arena;
con la oscuridad contra él, la negrura que no tiene rostro;
la oscuridad y el cansancio en contra del hombre que
ascendía
el hombre que iba en busca de la luz pura.

Pasó un primer día y una primera noche. El viento no
dejó de soplar

y el hombre no sintió miedo ni pensaba en retroceder.
Gritaron los lobos, aullaron las hienas, se oyeron pasar
los fantasmas
y los oscuros pájaros de la muerte volaron sobre el santo.
Pasaron los demás días con sus oscuras noches
el escorpión negro y la roja serpiente rozaron sus pies
desnudos
lo acechó el precipicio, profundo como la muerte
y las estrellas lentas volaron sobre el santo.

Se juntaron las nubes, pero lo respetaron
una tormenta aciaga dejó de caer sobre las cumbres
el rayo ardiente y rápido hizo desviar su lumbre del
costado del hombre
del hombre que buscaba una luz más blanca y más pura
que la del rayo.
Dos oscuros fantasmas se detuvieron a verlo²².
Un lobo negro lo miró de lejos pasar.
No se juntaron las nieves, quisieron respetarlo
estrellas, nubes, nieves volaron sobre el santo.

Cansados fueron los días y largas las noches, largas como
los siglos
y al cuarto amanecer el pie cansado del hombre
dejó una oscura huella de sangre sobre la cúspide

la sangre del pie del santo dejando su marca pura en la
piedra
y la noche asombrada recorrió todos sus velos
para dejar el camino limpio para el día de la iluminación.

²² Se trata de Fye e Igikr, que generalmente procuraban la muerte de los viajeros. Los fantasmas se detienen, al igual que los animales y los elementos de la naturaleza, porque saben que hay una profecía que tiene que ser cumplida. En las mitologías y las literaturas, como se sabe, los bichos y las alimañas suelen ser más respetuosos y conocedores de la voluntad divina que los mismos héroes.

y huyeron las estrellas y las tinieblas y el sol se levantó
e iluminó con gloria todo el vacío del mundo.

Cumbres, laderas y valles interminables
ríos como hebras brillantes, abismos de aire en el
horizonte.

Cumbres completamente vírgenes, nunca antes tocadas
por los hombres

laderas limadas por el viento duro, valles silenciosos y
vacíos en la distancia

y ríos llevándose las aguas al hondo mar invisible.

Nada sino el sonido del viento que todo lo gasta

nada sino la inmensidad vacía de los elementos y las
formas cambiantes

nada sino el tamaño del mundo y el tamaño del viento.

¿Dónde quedan los hombres? se preguntó el santo

¿Dónde quedan los reinos y sus ejércitos de gloria?

¿Dónde están los palacios de los poderosos y los templos
eternos?

¿Por qué no se ven los caminos, los puentes y las fortalezas?

¿Por qué desaparecieron los monasterios y sus libros
ilustres?

¿Cuándo se esfumaron de la faz de la tierra los hierofantes
y su grandeza?

¿Cómo se evaporaron nómadas, sectas rivales, naciones
confederadas?

¿Dónde quedan los hombres y sus reinos y sus ejércitos
de gloria?

No había hombres, ni ciudades de hombres, ni rastro de
los hombres

no se veían los reyes, ni las guerras, ni los reinos, ni las
fronteras.

El mundo era de piedra, de polvo, de abismos que no
saben de hombres.
Lloraba el viento, las nubes cambiaban, la piedra muerta
yacía
los cielos se extendían sin principio ni fin más allá de las
tierras
todo era viento: el mundo era de polvo volando sobre el
polvo;
Todo era pequeñez e inmensidad, todo era nada y
completitud
y la luz del santo que iluminaba más pura, más vasta que
la luz del día.

Del Ílakom-Xárstwi-Mímiuni, o "Secretos de San Iláke", (fragmento).

Aprox. siglo V de la Era de la Revelación. En malherbí.



Nonóg eNábigi²³ presiente la desgracia

uando Nonóg llevaba ya tres días de camino, le ocurrió algo que jamás habría de olvidar. Habían atravesado una dilatada llanura y los perros tiraban con fuerza de los carruajes. Hacía calor porque el cielo estaba completamente límpido y el sol arreciaba sobre los fugitivos. Entonces una sola nube se interpuso y toda la comitiva vio deslizarse una extensa sombra por la llanura. Se sintió un agradable frescor y los cerros y las colinas adquirieron los colores del ocre y del plomo. De pronto se vio aparecer en el cielo una especie de halo que rodeaba la nube, llevando todos los colores del arcoíris. Hubo exclamaciones y sonrisas de admiración, porque el cielo se teñía de luces brillantes, pareciendo ahora azulverde, ahora púrpura o rosado.

Pero Nonóg sintió un súbito escalofrío y una gran inquietud se apoderó de su corazón. —¡Detén a los perros! —le ordenó al cochero—. Entonces volteó en dirección a su lejano hogar y se soltó llorando con gran angustia, sin saber por qué.

El espectáculo duró apenas unos minutos y el grueso de la comitiva reanudó la marcha en cuanto los fuegos celestes cesaron. Al anochecer acamparon en un recodo del camino. Los cocheros se juntaron para hablar, comentaron el incidente y se dieron diversas explicaciones en torno a la inesperada conducta de la fugitiva, pero ninguna era convincente del todo.

²³ *eNábigi* = 'hija(o) de Nabíg'. Se sigue aquí la costumbre moderna de transliterar con minúsculas el prefijo patronímico *e-*, dejando las mayúsculas para la letra inicial del nombre propio. Tal convención no refleja, por supuesto, las características ortográficas del texto original.

El resto del viaje transcurrió sin mayores contratiempos. Nonóg llegó a su destino y fue recibida generosamente, con una hermosa fiesta en la que participaron todos. A la mañana siguiente se dedicó a desempacar e instalarse en su nuevo refugio. Le fueron presentados sus colaboradores y realizó breves paseos para familiarizarse con el lugar.

Pero a los pocos días llegaba un mensajero anunciando la muerte repentina y violenta de Nabíg, el padre de la recién llegada. Entonces se nombró a uno de los miembros de la comitiva para que fuera a buscarla hasta sus habitaciones y le diera la mala noticia, pero éste les replicó: “Nonóg lo sabe ya. Hemos visto cómo lo presentía a la mitad del camino”. Y en efecto, ocurría que su padre había muerto justo a la hora en que el arcoíris inexplicable la había hecho llorar.

Y fueron entonces a decírselo. Al salir Nonóg al balcón para rezar por su padre muerto, un Borogh agonizante se desintegraba estruendosamente en el cielo, emitiendo destellos azulados y púrpuras en lo más alto del aire, y la muchedumbre ensordecida contemplaba con gran azoro el prodigio.

*De la novela Dúmgaba Inámumi, o “Lo ancho del Río Dúmi”, de la novelista
y poetisa Arag eMékimi.*

Año 47 de la Era del Cuarzo. En lengua katsi.



Kahíg y el muchacho del mar

En una ocasión Kahíg iba pasando a la orilla de un estero cuando de pronto descubrió a un joven que jugaba en el agua. Al descubrirse también observada, la muchacha se escondió entre los mangles, pero antes de ocultarse observó una maravillosa sonrisa en los labios del forastero. Kahíg sintió nacer en su cuerpo la lumbre del amor; aquella sonrisa era más hermosa que el horizonte del océano; aquellos ojos eran más dulces que el agua de las lluvias. Entonces demoró el paso y a poco de bordear el estero volteó hacia atrás y lo volvió a divisar. La había seguido. Era, en efecto, un joven de una belleza sorprendente. Andaba desnudo, pero una larga cabellera negra se deslizaba por su piel y daba la impresión de vestirlo con ropajes de sedas brillantes. El muchacho del mar la miró por unos momentos, luego rio abiertamente y caminó retador para encontrarse con ella.

Como se hallaban en medio de un paisaje de bancos de arena y entradas de mar pobladas por mangles brillantes, el desconocido brincó con brío a las aguas, abriéndose paso con gran habilidad entre las plantas de la laguna para tratar de acercársele. Pero Kahíg no se dejaba seducir tan fácilmente, así que volvía a apresurar el paso a través de las lenguas de arena. El muchacho, más hábil que su perseguida, aparecía ahora aquí, ahora más allá, entre los mangles, siempre incitante y hermoso como jamás se hubiera visto un joven sobre el mundo, con la misma sonrisa en los labios. El juego se prolongó por algún tiempo y cuando Kahíg ya comenzaba a sentirse subyugada e impaciente por entregarse a los brazos

de aquel joven prodigioso, por fin se detuvo al borde de los esteros, en la playa, donde desaparecen los ramajes y unas cuantas dunas de arena sirven de borde al mar.

Entonces el joven surgió del agua del manglar, se adelantó y se detuvo por unos momentos frente a ella, sobre la arena. Después comenzó a acariciar sus cabellos. Era más bello que el sol, erguido, brillante por el agua que reverberaba en toda su piel.

Kahíg se adelantó unos pasos, hacia las olas, y allí se detuvo a esperarlo, mirándolo. Por fin estuvieron los dos frente a frente. Jamás una mirada fue más dulce; jamás una mujer había sentido tanto deseo y tanto amor por un desconocido apenas encontrado. Él se acercó y comenzó a acariciarla con ternura, y después se abrazaron con fuerza y se dejaron caer, sin decir nada, sobre la arena y la espuma.

Pero conforme se estrechaban cuerpo a cuerpo, ella sintió que se enredaba de una manera extraña, con rapidez, entre la larga cabellera del desconocido. Sentía los largos mechones moverse por su espalda, como abrazándola, como formando una red. Notó que el joven amante estaba todo frío y el deseo, como un veneno recorriendo su sangre, fue transformándose en un miedo profundo. “Es un fantasma”, pensó. Gradualmente intentó separarse, pero la negra cabellera del hermoso se apoderaba de ella con gran fuerza, al mismo tiempo que aquel cuerpo y aquella piel, apenas hacía unos instantes sedosos y deslumbrantes de hermosura, se volvían negros y babeantes.

El terror se apoderó de Kahíg. Luchaba con desesperación, pero el fantasma la jalaba hacia el mar. La fuerza aterradora de aquellos jirones de carne helada y viva sacaba el aire de sus pulmones y parecía imposible repeler el ataque de un ser que se volvía resbaloso y sin forma. Como ya rodaba derribada bajo las olas, el agua salada comenzó a penetrar haciéndola sentir ardor y asfixia. Luego logró escabullir su mano hasta la cintura y sacar la cadena del cinturón para intentar defenderse,

pero el metal se le zafó y el arma se perdió para siempre en el agua verdosa del mar.

Comenzaba a morir, cuando le pareció escuchar débilmente algo como un bullicio o gritos de voces lejanas, pero la ardiente agua salada quemaba sus pulmones y ya no pudo pensar en cosa alguna.

Despertó bajo un toldo, en la playa; enormemente adolorida, tosiendo, con algunos huesos descoyuntados y varias mordeduras en el vientre. Las mujeres y hombres que la rodeaban se pusieron a atenderla y le ofrecieron alcanfor y agua dulce. Después le explicaron.

No se trataba de un fantasma; en realidad era un pulpo de los llamados quebrantahuesos, conocidos también como Gigantes Grises. Como estos animales no sólo son capaces de cambiar completamente de colores sino incluso de forma, adoptan siempre la que más les conviene para atraer a sus víctimas. Es común que los que ya han probado una vez la carne humana, en lo sucesivo se aficionen a ella, como si se tratara de un vicio, y por eso se muestran, en ocasiones, bajo la forma de maravillosos muchachos o increíbles doncellas que ofrecen sus amores justo a la orilla del mar.

*Del Káhillema-unūt, o “Andanzas de la Hermosa Kahíg”. Siglo IV después
de la Era de los Inicios. Atribuido a Róttonan Kâhute.
En kabbáro, una de las lenguas de Tamássaran.*



Almagrande extraviado

Después de haber escapado del pozo en que lo tenían, Almagrande emprendió la partida para reunirse con los Seguidores de la Palabra. Pero a los pocos días de camino encontró que se había extraviado y descubrió desfiladeros y parajes que le eran por completo desconocidos.

Así, sin saber por dónde andaba caminó durante varios días y varias noches, hasta quedar exhausto y sin más alimento que las raíces de la hierba silvestre. A su alrededor todo era silencio, todo era el silbo del aire entre los árboles. Bebía el agua de las cañadas, arrancaba la hierba para comerla y no encontraba siquiera bayas acedas para calmar su hambre.

En una ocasión trató de trepar a un árbol para robar los huevecillos de un nido, pero la rama que lo sostenía se quebró, cayendo Almagrande y lastimándose seriamente. Veía a las aves a su alrededor, pero no comprendía, desarmado como estaba, una manera eficaz de cazarlas.

Entonces tuvo la idea de gritar, a riesgo de ser descubierto por sus enemigos, para ser escuchado por alguien y así encontrar al menos alimento y descanso. Gritó fuertemente, pero sólo le respondía el repiqueteo de las perdices que volaban asustadas. Volvía a gritar, pero sólo le respondía el eco de sus propias palabras.

Pasaba las noches tumbado en cualquier rincón, cubriéndose con las hojas secas de los árboles y a merced de los animales rastreros y las fieras. De esta manera iba sintiendo cómo, con cada día que pasaba, las fuerzas iban abandonándolo y pensó que tal vez había llegado la última de sus horas.

Habían pasado ya cien días desde que se extraviara. Entonces tuvo la idea de subir a una cueva para allí meditar y esperar tranquilamente su muerte. Subió lentamente, escaló con sus últimas fuerzas una colina rocosa que estaba a su lado y dio con una oquedad hermosa y umbría.

Pero en la cueva vivía un hombre muy viejo que vestía con gran pobreza. Se trataba de un ermitaño que lo recibió y le ofreció bayas, frutas y miel de abejas silvestres para que se alimentara.

Cuando Almagrande hubo recuperado sus fuerzas agradeció de corazón al ermitaño por su hospitalidad.

—No hay mayor generosidad que la del pobre —le dijo—, pues da todo lo que tiene.

—Necesitabas ayuda y descanso. Has pasado cien días errando por los bosques y las cañadas —comentó el ermitaño—.

—¿Cómo has logrado saberlo? Pertenezco a la Gente de la Palabra —le respondió Almagrande—. Soy un fugitivo y es necesario, para que pueda reunirme con los míos, que encuentre el camino hacia la Sierra Sonora. Tal vez tú puedas indicármelo.

—Lo desconozco —contestó el ermitaño—, pero podemos preguntarle a un genio de las rocas.

Almagrande no entendió de qué se trataba, pero el ermitaño preparó una libación de plantas poderosas, bebió de ella y la dio a beber también a Almagrande. Luego volteó hacia una de las laderas de piedra, fijó la vista en una de las figuras que la conformaban y comenzó a murmurar palabras incomprensibles. En ese momento, de aquel mismo lugar se desprendió un gran hombre de piedra: primero asomó la cabeza, luego sacó las piernas y los brazos, como si los fuera arrancando de la montaña. Después de replicar algo en voz baja se acercó y, en su idioma, comenzó a explicar al anciano la salida hacia la Sierra Sonora.

Cuando hubo terminado de hablar regresó a la matriz que había dejado en la roca, como quien regresa a dormir un pesado sueño, y de nuevo pasó a formar parte del paisaje de árboles y piedras. Dicen que el viento sonaba fuerte a esa hora y Almagrande no acertaba qué decir.

—De modo que en esta montaña habita un vigilante de los bosques —comentó finalmente—.

—No uno, sino incontables en su número, y no se encuentran tan sólo en las montañas: están también en los árboles, en las colinas y son muy comunes en todos los desfiladeros y parajes solitarios del país. Son sabios, apacibles, amantes de la soledad y los mejores conocedores del mundo. Sólo contemplan el universo. Desprecian a los insensibles y odian a los reyes y sus guerras interminables, aunque responden de buena gana y ayudan a los hombres de paz que los saben invocar. Todos estos días ha habido varios de ellos muy cerca de ti, mirándote y compadeciéndose de tu suerte, y luego han venido a contármelo para que me aprestara a recibirte —respondió el ermitaño—.

—¿Y yo qué debo hacer para merecer su palabra y procurar su ayuda?

—Debes conocer el equilibrio de los elementos, los ciclos de la luna; debes saber de hierbas silvestres y de elementos minerales; debes manejar las artes mágicas. Debes también aprender el idioma que hablan, has de poder invocarlos con respeto y ser justo y honesto en todo lo que les solicites. Pero, antes que nada, es necesario que puedas distinguirlos en la piedra, en el follaje o en el polvo del suelo. Si tú no los percibes en las orillas de las cañadas o en los ramajes de los árboles, si no adviertes sus formas como adviertes la presencia de un caminante o de un amigo que llega de lejos, todo lo demás es inútil.

Almagrande asintió y dio gracias a la montaña y al anciano por la ayuda recibida. A la mañana siguiente reinició

su camino y se dio a la búsqueda de sus correligionarios, pensando que el mundo era grande, desconocido y estaba lleno de maravillas.

De las Tribulaciones de Almagrande.

Atribuida a Dara el Monje.

Siglo V después de la Era de los Inicios, en el idioma kabbáro.



Descripción de la luna

Se trata, según él, de un “país de clima reseco y templado, saludable, aunque por temporadas lo azotan ventarrones que, llegada la hora de las mareas altas, llegan a ser muy molestos. Las nubes son pocas y sumamente tenues; el cielo es incomparablemente azul y sin pájaros. No hay ríos de ninguna consideración, si apenas unos cuantos arroyos, y éstos últimos no arrastran aguas, sino arenillas o polvos de colores brillantes que a veces se trenzan sobre sí mismos, pero sin disolverse ni llegar nunca a confundirse. Quien trata de verterlos en un cántaro generalmente se frustra, porque ante el insignificante calor de la presencia humana se evaporan y se esfuman con rapidez, sin dejar más rastro que un débil olor a almizcle”.

“Como la gravedad es tan poca”, continúa, “el polvo de los lechos de hondonadas y lagos secos a veces no se encuentra lo bastante apisonado y carece por completo de solidez, de modo que es común hallar hondos pantanos de polvo, de los cuales cabe siempre cuidarse porque, siendo tan sólo cuencos colmados de una luna más fina y suelta que la harina de pastelería, su suelo no puede sostener el peso de bestias o de hombres”.

“Existen pedregales” termina diciendo “en donde crecen árboles que, a la manera de ramas, echan graciosas serpientes doradas y éstas se dejan mover por la brisa, cuando la hay. Lllaman la atención del viajero las altas columnas de granito, los acantilados y, en medio de ellos, los valles en donde los lugareños ejecutan sus danzas. En ocasiones éstas pueden ser

vistas, mediante telescopios, desde el Planeta Madre, aunque no siempre se distinga de qué danza se trata, ni se alcance a adivinar qué es lo que con ellas realmente pretenden los selenitas”.

*Del Recuento de descripciones y pláticas de quienes
ya han estado en la Luna, de Kyórg Mrūd.*



La buena costumbre

En cuanto a sus hábitos personales, si hemos de creer al mencionado Tyark, las selenitas se distinguen por sus suaves maneras y son apacibles y sumamente esmeradas en su apariencia. Desde muy jóvenes se les instruye en el arte de la poesía y no son pocas las que dominan el *múturam*²⁴. Las casadas se tiñen el rostro y las manos de diferentes colores, predominando el cobrizo y el oro. Una mujer con el rostro teñido de índigo, según se entiende allá, es una viuda. A las núbiles, en cambio, se les prohíben los afeites y toda forma de joyería, como no sean las hierbas silvestres —tan escasas en la Luna— y las joyas de sal en gema con las que a veces engarzan pulseras y gargantillas. Aparte de estas alhajas y afeites, andan todas desnudas.

Otra costumbre que tienen las selenitas es la de tratar siempre muy bien a sus espejos para que las reflejen mejor. Los guardan en cajas, los limpian con aceites y los perfuman. Les hablan con cariño y les piden con humildad que las hagan cada día más bonitas. Cuando una selenita recibe como obsequio un espejo, lo primero que hace es bautizarlo, así que les dan nombres propios a cada uno y se dirigen a

²⁴ El *múturam* era una especie de “danza” sin música que se llevaba a cabo mientras la ejecutante permanecía sentada, moviendo tan sólo los brazos y las manos. Se trataba de un sistema en el que cada posición, cada movimiento estaban dotados de un preciso significado silábico. Se usaba para “recitar” poemas frente a pequeñas audiencias de entendidos. Aunque principalmente se ejecutaban narraciones épicas, existía una variante especial del *múturam* dedicada a la recitación de poesía erótica. Variante mucho más sensual que “frecuentemente degeneraba en un eficaz medio de seducción”, según se queja en otra parte el autor del *Recuento*.

ellos como si fueran personas, aunque antes de comprarlos, y siempre de acuerdo a Tyark, les dan el nombre genérico de *lunas*.

*Del Recuento de descripciones y pláticas de quienes
ya han estado en la Luna.*



Gatos lunares

Otros animales que han sido reportados por los viajeros son los gatos lunares, de color totalmente gris y de timidez proverbial. Su pelaje es muy claro, corto, extraordinariamente sedoso, y antaño los reyes selenitas, cuando los gatos eran más abundantes, codiciaban sus pieles para la confección de capas y vestimentas. Tiene esta bestia los ojos vidriosos, ligeramente verdes o azules, y es más esbelto y de hocico mucho más afilado y protuberante que cualquier felino de los que habitan en el Planeta Madre. Por lo elusivo del animal, se sabe poco de sus costumbres, aunque algunas pocas han sido descritas por lugareños y exploradores.

Es de figura alargada y algunos lo han descrito como una gran comadreja o hasta como un armiño de grandes proporciones. Vive agazapándose entre las rocas y grietas lunares, que puede recorrer con una extraordinaria rapidez y sigilo, llegando a parecer una serpiente flotante, y se dice que es capaz de dar saltos asombrosos, de la pared de un precipicio hasta la otra y en el más completo silencio.

Sólo puede avistársele a una sola hora del día, justo cuando las sombras se vuelven más largas y no suele emitir sus cantos sino un solo día cada año lunar, que dura un mes, y que es cuando esta fiera entra en celo. Se dice que sus cantos resuenan hermosamente por las cordilleras lunares y son muy apreciados por los lugareños, quienes a veces los interpretan. Se han reportado violaciones de estos felinos a las mujeres

selenitas, haciéndoles hijos hermosos pero mediatibundos, ensimismados y completamente mudos.

Muy rara vez mata a los selenitas, pero cuando lo hace les devora el corazón, dejando intacto el resto del cuerpo.

*Del Recuento de descripciones y pláticas de quienes
ya han estado en la Luna.*



El monumento imperturbable

El otro armero relata cómo, durante su tercer viaje a la luna y andando acompañado por unos guías en unas cañadas remotas, de pronto dieron con una hermosa catedral abandonada. Se hallaba en medio de un valle, completamente sola y sin ningún otro vestigio de vida selenita a su alrededor. Aclara que los lugareños no supieron decirle por quién ni cuándo había sido construida aquella iglesia grandiosa, limitándose a hablarle de su gran antigüedad. Se trataba de un altísimo edificio dotado de muchas torres, todas muy bien labradas en piedra blanca, elegantes y adornadas con mucho detalle, según la usanza local. Como en la luna no llueve nunca, ni dicha catedral ni ningún otro de los edificios selenitas conocidos está dotado de techos, constando tan sólo de muros, contrafuertes, plataformas, escalinatas, tronos y torres muy elevadas y esbeltas.

Añade más adelante que, de tratarse de un edificio tan antiguo como se le decía, “era notable el estado de conservación en que se encontraba el monumento, muy claro y preciso todavía en todos sus detalles, aunque debido al clima de aquel lugar, la falta de deterioro era perfectamente explicable”. Luego se demora algunos párrafos relatando sobre cómo llegó a pensar que aquella catedral fuera eterna, sin terremotos, ni lluvias, ni vientos, ni facciones guerreras que amenazaran su integridad por el resto de los tiempos. Tiene el cuidado de calcular, según una sencilla operación matemática, cuáles serían las posibilidades de que un cuerpo extraviado viniera a estrellarse contra una de las paredes de cualquier construc-

ción, concluyendo que son pocas o nulas: digamos que una en varios cientos de millones de años.

Dice también que, habiendo regresado al Planeta Madre, y a sabiendas de que, por su edad, ya nunca más habría de regresar a la luna, se dedicó a buscar con ayuda de un poderoso telescopio la catedral selenita. “Di al fin con ella y de inmediato fijé, con sumo cuidado, su posición en el mapa de vidrio. Tomando en cuenta el sesgado ángulo desde el que podía vérsela, era más discernible por su sombra que por la vista directa de sus fachadas, pero la larga silueta dibujaba en aquel momento, quizá a lo largo de muchas leguas sobre la superficie lunar, el trazo inconfundible de las tres torres más altas”.

Durante los últimos ciento cincuenta años otros aficionados han tratado de encontrarla, pero en las coordenadas que el viajero apuntó no se encuentra sino un cráter vacío y de mediana extensión, por lo que se descarta considerar al mencionado monumento como algo cierto o debidamente comprobado. Tampoco parece probable que en poco más de un siglo un cuerpo celeste la haya desintegrado por completo. Se acepta la posibilidad, aunque remota, de que la localización haya sido mal calculada y por lo mismo se sigue buscando. Queda un dibujo de la fachada como supuestamente la recordaba el armero. La mayoría de los estudiosos no incluyen este edificio entre las catedrales selenitas que se conocen.

*Del Recuento de descripciones y pláticas de quienes
ya han estado en la Luna.*



Execración de los perros

Cuando los universalistas llegaron al poder hubo muchos cambios en el país. Una de las primeras medidas que se consideraron, basándose en las reclamaciones de las turbas enfurecidas, fue la de decretar la abolición de los feudos y latifundios. Esto creó mucha agitación y gran enojo por parte de los terratenientes afectados, quienes de inmediato comenzaron a maquinarse conjuras en contra del nuevo gobierno.

Pero los universalistas pensaban que toda forma de propiedad era una herejía y en toda reunión pública se gritaban consignas en contra de los señoríos y los principados. Muchas de estas consignas no eran muy claras en su intención porque los dirigentes no querían provocar un baño de sangre incitando al pueblo a la lucha directa en contra de los poseedores, que todavía estaban fuertemente armados y provistos de pertrechos, sino que adoptaban redacciones metafóricas o hacían uso de símbolos que la gente apenas si sabía interpretar.

Hacia el cuarto o quinto mes de la asonada la agitación llegó a su punto más álgido. Por un lado, las bases radicales exigían reformas más comprometidas y concretas, pero por otra parte los grandes señores ya habían comenzado a pactar su reconocimiento al nuevo régimen, condicionándolo a que les fueran respetadas, en lo esencial, sus propiedades y prerrogativas. El pacto se acordó de manera secreta y después de muchas y prolongadas discusiones. Hubo amenazas, insinuaciones, cohechos. Se decidió finalmente que los dueños de bienes inmuebles y extensiones de tierra habrían de llamarse

en lo sucesivo “detentadores”, conservando los derechos de uso, explotación, compraventa y herencia sobre sus tierras, incluyendo los vínculos de servidumbre. A cambio, dejarían de cobrar derechos de paso, pontajes y alcabalas. Se abolieron también los tribunales privados que hasta entonces ellos controlaban y que habían sido fuente de innumerables injusticias y arbitrariedades.

Las medidas se anunciaron en bandos públicos y mediante pregoneros que difundieron por plazas y mercados la buena nueva. Sin embargo, la gente común, sin comprender muy bien la redacción de los decretos y considerando, sin embargo, que habían sido traicionados por la dirigencia, se lanzó a la calle en medio de desmanes y desórdenes de todo tipo. Se incendiaron edificios públicos, se saquearon incontables negocios y establecimientos, hubo muertos y heridos, y sólo con grandes esfuerzos lograron restablecer el orden las fuerzas del nuevo gobierno.

Con la finalidad de aplacar los ánimos, los universalistas anunciaron entonces la Reforma del Estado. Ésta incluía la abolición de la servidumbre y obligaba a los terratenientes a pagar sueldos a sus trabajadores. Como no pudo abolirse la propiedad, a pesar del clamor general de las masas, el nuevo gobierno tomó muchas otras medidas que desconcertaron a grandes sectores de la nación. Se ordenó la demolición de todas las bardas y cercas que hubiera en el país. Hasta los monasterios quedaron sin marca ni protección, al igual que los atrios, los edificios del gobierno y los recintos de las vírgenes sagradas. Pero igualmente se hicieron demoler las cercas que demarcaban los predios y las rancherías, con gran merma y desorden para los propietarios de ganado; también fueron derribadas las murallas que hasta entonces protegían los alcázares o palacios de la nobleza y por todos lados se veían los escombros de las bardas y los muros que habían sido destruidos.

Otra curiosa medida que se tomó fue la de execrar a los perros, ya que según el Libro de los Orígenes fueron los perros los primeros en adueñarse de la tierra. A algún funcionario se le ocurrió que procedería una ceremonia solemne en la que, haciendo mención del texto sagrado, los perros fueran declarados animales impuros. Por más extraño que ahora esto parezca, la ceremonia se llevó a cabo, lo que habla con mucha elocuencia del exaltado y confuso estado de ánimo que privaba en aquella época.



Elogio y defensa de las hormigas

Las vemos hacia abajo y las pisamos siempre como pisar
el polvo
no sabemos el terror de una de ellas, o el dolor de una
de ellas.
Y yo sé que ellas saben.

Creemos que son briznas en lo extenso del mundo
muertas como quien no sueña, pobres como quien no
cree en nada.
Y yo creo que ellas creen.

Anegamos un hormiguero o envenenamos un rincón y
vemos una correr
como ver un punto oscuro que no merece nuestra atención.
Y yo pienso que piensan.

Con un pie las borramos. Y yo sé que ellas saben
y yo creo que ellas creen, y yo pienso que piensan.²⁵

Autor anónimo.

Siglo V después de la Era de los Inicios.

En kabbáro.

²⁵ El anónimo autor de esta curiosa apología se refiere, por supuesto, a las hormigas del género *Skeptomymex*, a la cual pertenece la célebre *Skeptomymex Sapiens*, constructora de los llamados “hormigueros pensantes”.



Reencarnación del sol mismo

Estos ugurios se preciaban de ser los hijos del sol. Cada año celebraban una ordalía en la que se reencontraban con su padre celestial para pedirle el cumplimiento de los deseos y demostrarle la adoración que le debían. La ceremonia tenía lugar el día del solsticio de invierno, cuando los días comienzan a alargarse y que es cuando los ugurios festejan el renacimiento del sol. Tenían esta fiesta por la más importante de todas sus costumbres y se preparaban para celebrarla con mucha anticipación, sin reparar en gastos ni esfuerzo alguno.

Tres o cuatro meses antes de la ceremonia cortaban las ramas más altas de los árboles y las ponían a secar en un solar público. Si se trataba de pinos o árboles parecidos debían escogerse tan sólo las puntas, quedando descartadas todas las demás partes de la planta. Una vez en el solar, que era una plaza muy amplia, toda pavimentada de piedra, las ramas eran consagradas y había prohibición de robarlas o de siquiera tocarlas por parte de los profanos. Yo mismo tuve la oportunidad de estar en la ciudad capital durante las dos temporadas de invierno que abarqué durante mi estancia en aquella nación y constaté el respeto con el que los habitantes saludaban, inclinando la cabeza, estos montones informes de troncos y ramajes expuestos al sol.

Doce días antes de que llegara el solsticio, que los ugurios calculaban con gran exactitud, las calles se llenaban de listones amarillos, rojos y blancos, y una selecta comisión de notables se daba a la tarea de recoger las ramas secas y armar con ellas

una gigantesca representación del dios, que iba tomando la figura de un hombre con los brazos abiertos. El esqueleto o armazón que lo sostenía podía ser reforzado con tablones, postes elevados y sogas muy bien amarradas y tensas en extremo, porque se consideraba un terrible presagio que el monigote llegara a caerse antes de la conflagración, pero éste no podía incluir clavos, cadenas o cualquier otra pieza hecha de ningún metal.

Llegada la víspera los ciudadanos se lavaban con mucha ceremonia y se abstenían de ingerir ciertas comidas, mismas que previamente se habían preparado y que se guardaban para cuando, una vez concluida la ceremonia, iniciara la fiesta grande. Otra costumbre que debo mencionar son los mensajes que se anotaban, por millares, en trozos de lino y algodón, y que debían estar redactados en *nagáwi*, la forma elevada de su lengua. Como la mayoría no sabía usar con corrección esa forma del idioma, unos escribas especiales se alineaban a lo largo de la plaza y los inscribían a cambio de un precio que la gente pagaba sin mayores reparos.

La gente madrugaba y hacia la medianoche todos se concentraban en la gran plaza, alrededor del muñeco en el que, se les decía, habría de encarnar el espíritu del sol. Entonces se procedía a diversas ceremonias, muy lentas al principio, pero luego cada vez más alegres y ruidosas, hasta culminar con la famosa conflagración, que tanto han mencionado autores más antiguos que yo. Esta ocurría en el preciso momento en el que, al rayar del alba, la multitud levantaba millares de espejos para desviar los rayos del sol y concentrarlos en la base del monumento de rastrojo. Al principio parecía no ocurrir nada, aunque diera la impresión de que parvadas enteras de puntitos luminosos volaban para detenerse sobre las piernas y los pies del ídolo, pero al cabo de unos pocos minutos un delgado humo blanco se veía por fin aparecer. Al observarlo, la muchedumbre gritaba, porque de esta manera —según lo

entendían— la luz del día nuevo, que llegaba desde el corazón del mismo sol, encarnaba de pronto en breves llamas cristalinas que, se decía, eran el propio espíritu de su máximo dios. En unos cuantos minutos toda la imagen ardía con gran estrépito, y los congregados se abrazaban, enardecidos, besándose y gritando con un júbilo desbocado.

Lo que seguía es de dar espanto porque unos voluntarios especiales, todos muy preparados y ataviados con sus mejores galas, se santiguaban en medio de mucho griterío y acto seguido se lanzaban a la hoguera gigantesca. Con este horrible sacrificio creían estar ofrendando lo más preciado para su dios, que eran sus propias vidas, y todo el pueblo tenía esta locura como un acto de gran valentía y generosidad. Al caer sus cuerpos entre las llamas, la muchedumbre gritaba y eran vitoreados con suma veneración y entusiasmo. Luego eran llorados con mucha sinceridad y a grandes gritos, como si se tratara de la peor tragedia que hubiera podido ocurrirles.

Llegado este momento, multitud de personas y peregrinos que se habían trasladado desde muy lejos para tomar parte en la festividad se acercaban con gran respeto hasta aquel descomunal hombre en llamas y arrojaban a sus pies los mensajes que habían hecho grabar en las telas votivas. De esta manera, según pensaban, al quemarse en el propio fuego del sol y convertirse en humo que se elevaba al cielo, sus peticiones eran conocidas y tomadas en cuenta por el dios. En varias oportunidades pregunté por el contenido de aquellos mensajes y se me informó que cualquier petición era susceptible de ser inmolada en la ceremonia, desde la petición de la lluvia y las buenas cosechas, hasta los malos deseos formulados en contra de alguna persona indeseable.

Por último, cuando lo que quedaba de aquella representación corporal del dios se desplomaba por el suelo, lanzando chispas y trozos de madera encendida hacia múltiples direcciones, el pueblo estallaba en júbilo y se entregaba a toda

suerte de excesos y manifestaciones de alegría. Al regresar a sus casas comían de los alimentos hasta entonces prohibidos y se permitían el abuso de la bebida, tan restringido en otras ocasiones. Así mismo se celebraban bailes y era común que estas reuniones terminaran en indecencias y hasta en viles orgías.

Se me hizo saber que estaba estrictamente prohibido intentar robar de aquel fuego sagrado, penándose esto último con la muerte. Sin embargo, una vez apagados los rescoldos, muchos fieles acudían para repartirse las cenizas, que eran guardadas con gran celo para ser utilizadas en encantamientos y curaciones medicinales. Había unos gendarmes especiales encargados de vigilar que esta operación se realizara con orden y concierto, y de verificar concienzudamente con unas varas de oro que las cenizas no incluyeran carbones todavía encendidos o susceptibles de ser reavivados.

Aunque otros viajeros han dado fe y hecho descripciones de esta importante, aunque grotesca celebración uguria, no se les ha creído debidamente, como lo prueban los cáusticos comentarios que algunas de sus obras han recibido. Sin embargo, yo puedo dar testimonio de que he presenciado con mis propios ojos todo lo que relato, y no en una, sino en dos ocasiones. En ambas ceremonias se incluyeron los sacrificios que he descrito y varios ugurios, tanto jóvenes como viejos, me comentaron que era cosa usual y hasta indispensable en aquella importantísima festividad, y que de no hacerlo así grandes calamidades, como sequías o incendios, ocurrirían a la nación uguria toda.



El tiempo de las moscas

28. Pasemos ahora al tema del tiempo, que tanta inquietud causa a los estudiosos y que parece ser tan difícil de tratar. Escuchamos con frecuencia la palabra “tiempo” en contextos diferentes y con significados diferentes. Así, por ejemplo, oímos decir frases como: “el tiempo es fugaz”, o bien: “no tengo tiempo para hacer esta u otra cosa”, o igualmente: “logra un buen tiempo²⁶ al trabajar”, o también: “en el tiempo de los antiguos reyes”. También se escucha esta palabra en contextos tales como “llegué a tiempo” y algunas otras más. Salvo la primera, todas las anteriores [*frases*] y muchas otras análogas pueden ser traducidas con expresiones equivalentes en las que no resulta necesario el uso del término “tiempo”, por lo que pareciera que se refieren a diversos asuntos de naturaleza más o menos concreta, susceptible de ser descrita de varias maneras. Puede decirse, entonces, “no tengo oportunidad para hacer esta u otra cosa”, o bien: “trabaja con rapidez y energía”, o igualmente: “durante el período de los antiguos reyes”, en lugar de los enunciados precedentes, que usaban, para ideas diferentes, la misma palabra [*tiempo*]. Cuando decimos, en cambio, “el tiempo es fugaz”, no hablamos de nada parecido a lo anterior. No nos referimos a una oportunidad, o a una manera vigorosa y rápida [*de trabajar o hacer algo*], o a un período de gobierno o de cualquier otra naturaleza.

26 El sentido literal de la frase es: “tiene un buen tiempo de trabajo”. La traducción libre de este idiomatismo sería: “(Él) tiene un buen *ritmo* de trabajo”. Comparar con expresiones tales como: “Fulano hizo muy buen *tiempo* de tal a cual lugar”, “el edificio se construyó en un *tiempo* récord”. Se trata, por supuesto, de un problema de polisemia típico.

Hablamos, en ese caso, de algo mucho menos percible y mucho menos imaginable, tal vez por su naturaleza misma o por la vastedad del alcance que tiene la expresión. Este es, pues, el sentido de la palabra tiempo que ahora nos interesa: el tiempo como ese fluir general en el que existen todas las cosas. Y al hablar del tiempo es necesario estar alerta para no perder de vista el sentido que le asignemos y así poder desechar otros sentidos que puedan interferir [*en su análisis*]. Pero el tiempo es uno de esos fenómenos que tan sólo percibimos por sus efectos, ya que el tiempo en sí mismo no posee una materialidad visible o palpable o percible por alguno de los sentidos. El principal de los efectos del tiempo es el cambio, a tal grado que pareciera posible definir el tiempo como el ámbito del cambio. Así pues, vemos que todo suceso implica un cambio, ya que nada sucede en donde nada cambia. Pero aceptar esto como una definición, así fuera superficial, del tiempo, sería posponer o apartarnos provisionalmente del problema, porque estaríamos diciendo que tiempo es sinónimo de cambio, algo inaceptable, y además porque no contamos con un entendimiento cabal de lo que es el cambio mismo; podemos decir, eso sí, aunque no fuera sino de forma provisional, que no hay cambio sin energía, sin fuerza que lo impulse o lo sustente. También parece aceptable decir que todo cambio es una modificación de la realidad impulsado por una energía, en cuyo caso un cambio es un fenómeno formal, en el sentido de que es una reconstitución de la forma. Pero por otra parte sería inaceptable concluir que el tiempo equivale a la energía, es decir que el tiempo es la energía, porque en ese caso [*laguna de unas dos líneas*] y [*en el caso de*] una fluctuación de una energía, por ejemplo, una fogata que se enciende, llega a su momento de combustión más ardiente, decae un poco, vuelve a ser alimentada y vuelve a disminuir cada vez hasta apagarse, involucraría un tiempo fluctuante, que se acelera y desacelera hasta llegar a desaparecer. Imaginemos por un

momento un espacio determinado en el que absolutamente nada sucede. Se trata de un espacio en el que, ciertamente, no hay energía y no hay cambios. ¿Podemos acaso concluir que se trata de un espacio sin tiempo? Así pareciera, aunque el demostrar un fenómeno de esta naturaleza resulta imposible ya que la contemplación de un espacio sin tiempo se da necesariamente desde un espacio con tiempo, y ambos son incompatibles. En otras palabras, un sujeto en el ámbito del cambio no puede introducirse en el ámbito del no cambio sin introducir junto con él el cambio, es decir, el tiempo. Esto nos lleva a concluir que no existe un solo tiempo sino varios tiempos que coexisten en el universo. Al fenómeno podríamos llamarlo el [*fenómeno*] de las islas de tiempo. Ahora bien, para que exista un espacio sin tiempo, una isla de no-tiempo, es necesario que absolutamente ningún movimiento opere en ella, ni en lo grande ni en lo pequeño, o lo que es lo mismo, a mayor movimiento, mayor tiempo, y viceversa. Pero hay también, como ya se insinuó, una percepción del tiempo en sí misma, o para decirlo con otras palabras, un tiempo mental, y en este dominio también se observan diferentes velocidades del tiempo, diferentes islas. Esto queda claro cuando observamos la diferencia con la que distintos sujetos en su tiempo perciben su transcurrir y hablan del tiempo mismo. Así, por ejemplo, para un niño el tiempo es más lento que para un adolescente; para el adolescente es más lento que para el adulto, para un adulto es más lento que para un anciano, y para este último el tiempo fluye con una rapidez intolerable, llegando algunos de ellos a decir que el conjunto de sus vidas ha pasado como unos pocos instantes frente a ellos. Este fenómeno puede tener su origen en la razón de que entre más joven se es, más energía consumen nuestros cuerpos y más cambios experimentan, permitiéndonos percibir más cambios y almacenarlos en la memoria. Se cumple así la suposición de que a mayor movimiento mayor tiempo. Un fenómeno

parecido o vinculable con el anterior parece observarse en el caso de seres cuyo ritmo de existencia es mucho más rápido que el de los humanos, y por lo tanto se consume con mayor rapidez y es más fugaz. Consideremos a la mosca que en estos mismos instantes se empeña en molestarme como para que no siguiera yo discurriendo sobre temas de los que nada o muy poco entiendo. Se desplaza alrededor de mi cabeza de una manera que yo percibo como muy rápida y ágil. Si de pronto yo lanzo un manotazo, para mí veloz y ágil, o digamos que lo más veloz y ágil de que soy capaz, ella de todas maneras escapa con gran facilidad y soltura. Cabe preguntarnos cómo los pequeñísimos músculos que habrán de mover esas pequeñas alas pueden lograr una mayor velocidad que todos los músculos de mi brazo, mucho más voluminosos. No es posible concluir que puedan ser más poderosos que los de mi brazo, ni tampoco convence el explicar que la ligereza de su peso les permita por sí misma una mayor velocidad, pues igualmente se oponen al viento con una menor producción de fuerza física. Pero la mosca nace, crece y muere en el transcurso de unos pocos días y es verosímil que los cambios en su crecimiento, mucho más acelerados que los nuestros, les permitan una percepción más detallada de la realidad, es decir que la mosca vive en una isla de tiempo más rápida frente a la cual nuestro tiempo aparece como demasiado lento. De ser esto como aquí se propone, la mosca verá a mi brazo moverse con una gran lentitud, teniendo la oportunidad de escabullirse una y otra vez con gran facilidad y poco esfuerzo. Así pues, concluyamos que una isla de tiempo se acelera o se desacelera en sus ritmos. Pero analizábamos la coexistencia de las islas de tiempo, fenómeno que.



Un político ejemplar²⁷

g

A Nedár Cápite, el Mano de Oro, lo sucedió en el gobierno su sobrino Násta, que era unos veinte o veinticinco años menor que él. Se sabe muy poco de su infancia y primera juventud, en parte porque los miembros de la Comisión Apologética después habrían de difundir versiones idealizadas e inverosímiles de sus primeros años, pero también porque ambas transcurrieron de forma pacífica y lejos de los escenarios públicos. Había pasado sus primeros años en la villa familiar, a poca distancia de Múndam, y posteriormente en varias ciudades del interior, en los tiempos en que su padre ejercía el cargo de cuestor y cuando su pariente Nedár aún no alcanzaba la más alta magistratura. Al ser elevado este último a la categoría de Cápite, la familia se trasladó de inmediato a Múndam, en donde el joven Násta terminó sus estudios en un ambiente refinado y de discreta cercanía a la corte republicana.

²⁷ Se ha conservado, para la presente transcripción del texto de Nalpa, el antiguo sistema de numeración republicano. Como se sabe, éste consiste en utilizar las letras del alfabeto como cifras, de acuerdo al número de “fines” (cabos o esquinas) que posee cada una de sus grafías (así “g” vale por “uno”, “I” por “dos”, “y” por “tres”, etc.). Se trata de un sistema posicional análogo a algunos otros sistemas de escritura numérica. Aunque fue abandonado gradualmente hacia el período de las grandes guerras, tenía la ventaja indiscutible de que podía ser fácilmente manejado por cualquier persona que conociera, por lo menos, la forma de las letras, incluso si se trataba de alguien que no supiera leer ni escribir cabalmente.

I

Aunque se sabe por múltiples testimonios que llevaba desde muy joven una cercana y excelente relación con el Cápite, consta también que antes de entrar de lleno en la vida política el joven Násta se cuidaba en extremo de no ser visto con él en público. De esa manera evitaba rumores que hubieran podido perjudicarlos a ambos, ofreciendo motivos para eventuales habladurías o acusaciones de nepotismo y parcialidad en la administración. Cuando se le llegaba a ver en su compañía, nunca portaba las insignias públicas y se dice incluso que llegaba a reunirse con su célebre tío disfrazado de simple cortesano. Si se le preguntaba sobre la posibilidad de hacer carrera política respondía invariablemente, según se dice, que no se sentía en lo absoluto llamado al servicio público, prefiriendo la vida sencilla del ciudadano común. Gustaba de viajar con frecuencia a la villa familiar y hacía continua ostentación de sus habilidades como fruticultor. De esta manera se mantuvo al abrigo de las envidias hasta no contar él mismo con el suficiente poder como para contrarrestarlas.

y

Parece que su primera encomienda oficial consistió en dirigir la unión estudiantil de la Academia Grande, en los tiempos en los que él mismo concluía sus estudios en aquella institución. Después fue nombrado asesor de la Comisión Académica, aunque existe cierta discrepancia en cuanto a esto último porque el incendio de la academia, algunos años después, acabó con muchos documentos de la época. Cuando, poco tiempo después, fue miembro de las juntas gremiales, en los inicios de su carrera pública y siendo muy joven aún, tuvo muchas oportunidades de ascender con rapidez hacia puestos muy

bien remunerados y de gran influencia social o económica. Sin embargo, prefirió permanecer en posiciones menos visibles, aunque amparado siempre por cierta dignidad política y, en cualquier caso, más al abrigo de las devastadoras turbulencias cortesanas. Desde muy joven fue un buen orador y mostró una notable habilidad para los desplantes efectistas y las apariciones de oportunidad, siendo que no desaprovechaba ocasión alguna para destacar en público “con tal de que no arriesgara demasiado”, según comentan algunos. Muchas anécdotas relacionadas con esta preocupación suya corrieron de boca en boca y son recordadas incluso hoy en día.

Z

Pocos meses después fue nombrado Ejecutor General de las juntas gremiales y ejerció ese puesto con diligencia digna de unánime reconocimiento. Reestructuró la manera de funcionar de tales sociedades y negoció una nueva relación entre las juntas y el gobierno central. Logró ciertas exenciones en algunos ramos de la actividad productiva que se encontraban amenazados y promovió activamente la capacitación de obreros y artesanos pobres. Fue discreto en el manejo de sus finanzas privadas durante todo ese tiempo y aportó donaciones considerables de dinero para las causas nobles o públicas, ganándose una precoz reputación de hombre comprometido y generoso. Luego fue nombrado Juez General de Comercio y Coordinador Republicano de los Asuntos Comerciales, justo en la época de la reestructuración monetaria que tantos sinsabores causara a los grandes comerciantes de la República, aunque ejerció ambos puestos por períodos muy breves, no queriendo comprometerse con encargos tan riesgosos por demasiado tiempo.

W

Al enterarse de que Pardár Nas'ssí había perdido el apoyo de los terratenientes en su lucha por una mayor autonomía regional, organizó y encabezó, a sabiendas de que se trataba, de antemano, de una causa ganada, una campaña para lograr la intervención militar en la Ipólia Menor²⁸. Algunos aseguran que actuó por exhortación directa de su propio tío, aunque la mayoría de los escritores coinciden en que fue por su propia iniciativa. Acudió a aquella región y ayudó a organizar las maniobras militares y políticas necesarias para retener el control de la provincia; para hacerlo reclutó, pagándola de su propio peculio, una eficaz guardia personal que ya nunca más habría de abandonarlo. Este es el origen del infame *cuerpo central*, que tanto habría de degenerar en épocas posteriores y que habría de llegar a ser tan detestado y temido. Una vez que el gobernador levantisco hubo sido depuesto, regresó a la capital aclamado como héroe y en medio del reconocimiento y la gratitud general. Durante el recibimiento que se le ofreciera pronunció el primero de sus grandes discursos, que luego habría de publicar reunidos bajo el título de *Razones Patrias*.

28 Un elevado porcentaje de los cápites republicanos, entre ellos los dos últimos antecesores de Nedár, provenían de los altos mandos militares, por lo que la maniobra parece haber estado destinada a dotarlo del prestigio y los antecedentes curriculares que en aquel momento le hacían falta para ganar una mayor presencia política. Aunque la Ley Medtaria prohibía el acceso directo de los militares al poder, el proceso que éstos usualmente seguían, antes de su “conversión” a la vida civil, era una separación “definitiva” del cargo que ocupaban y un retiro formal de la milicia. En realidad —como lo demuestran numerosos comentarios de los escritores de la época, así como circunstancias históricas bien documentadas—, los nuevos cápites conservaban directamente el alto mando militar por algún tiempo, en cualquier caso el suficiente como para asegurar un relevo incondicional. Los mecanismos por los que se lograba el control de dicho relevo eran complejos, pero han sido estudiados con suficiencia por otros autores y no es necesario detenerse demasiado en este punto.

Ñ

Cuando corría el año 15 del gobierno de Nedár, fue nombrado representante en el Gran Oidero²⁹, en donde manejó asuntos de suma importancia para la República, tales como la cuestión del uso de las aguas en ríos y lagos de control internacional. Dirigió varias comisiones y logró ser nombrado, por mayoría calificada, encargado de la Comisión de Asuntos Internos, misma que ejercía, por aquel tiempo, una gran influencia económica y política en toda la República. Fortaleció las procuradurías provinciales y se dice que también reestructuró por completo la red nacional de informadores y espías, que a la sazón tenía fama de imprecisa, lenta e ineficiente.

É

Como la Constitución prohibía que dos miembros pertenecientes a la misma familia ocuparan el Capitato de manera consecutiva, se hizo adoptar previamente por los Manalíes³⁰. Para lograrlo adoptó incluso el nombre del clan y juró en público fidelidad a los dioses y númenes del panteón manalí. Esta medida le costó la animadversión de ciertos sectores del gobierno y desató cáusticos rumores incluso a nivel popular: *Quien cambia de dioses, cambiará de partidos, de políticas, de lealtades, y hasta de patrias*, se dice que comentó en cierta ocasión un Representante rival.

29 Traducción deliberadamente literal del término *Mégkim Uskár*, que significa, con algo más de estilo, 'gran asamblea; congreso; parlamento'.

30 Una familia de terratenientes famosa por su oposición pública a ciertas políticas de Nedár Cápite.

¿I?

Al enfermar Nedár Cápíte y entrar en agonía sin haber asegurado del todo el asunto de la sucesión, se mostró sumamente activo, aunque reservado, durante todo el proceso de organización y desarrollo de las sesiones electorales. Aunque muy pocas veces llegó a aparecer en público, se mantuvo en estrecho contacto tanto con sus aliados como con sus enemigos y circulan numerosas versiones en cuanto a sus tácticas para asegurar la sucesión. Se dice que compró el voto de los Supremos Electores que todavía le podían ser adversos no sólo con hábiles promesas y compromisos políticos, lo que es habitual en los príncipes y políticos próximos a la sucesión, sino incluso con dinero erogado del tesoro público y recurriendo, en algunos casos, a severas amenazas en contra de sus adversarios y de los respectivos partidos a los que éstos pertenecían. Por más que esto parezca posible, no existen pruebas concretas en torno a la veracidad de tales acusaciones.

¿i?

Cuando fue notificado de su elección definitiva como Cápíte Entrante, siendo el quinto día de la primavera del año décimo octavo de la Era de Nedár, se encontraba podando los árboles frutales de su villa en las afueras de Múndam. Se cuenta que respondió a los delegados y dignatarios con las siguientes palabras: *No cedo a las tentaciones de la ambición; acato humildemente la voluntad de mi pueblo*. Al morir Nedár Cápíte, presidió personalmente las pompas fúnebres y se le vio llorar en público, aunque nadie ha dudado de la sinceridad de sus sentimientos para con un pariente tan cercano y que tanto supiera beneficiarle. Tomó posesión del cargo en una ceremonia solemne, aunque definitivamente sobria en

comparación a los fastos y derroches que habían caracterizado a la corte saliente, y dio inicio a su discurso inaugural con las siguientes palabras: *Me ha llamado la Patria y he acudido obediente; para servirla dejo de lado cualquier interés propio, mío o de mi familia. Para servir a la Patria empeño mi fuerza y mi voluntad; mi trabajo incondicional, mi esperanza y mi ser todo, con la única pasión de verla más fuerte, más libre, más grande y más gloriosa. Vosotros seréis mi guía: Contad, republicanos, con un servidor en mí...*

gO

Dio muestras de una gran firmeza de carácter ya desde los primeros días de su administración, cuando con motivo de su toma de posesión, algunos festejos terminaron en reyertas y ocasionaron el saqueo de los barrios comerciales del centro de la capital, habiendo quienes dicen, incluso, que él mismo organizó los desórdenes para proporcionarse una oportunidad de demostrar su poder y congraciarse con los poderosos comerciantes. Aprovechó entonces la movilización del ejército hacia aquellas zonas de la Ciudad Máxima para desalojar a los mercaderes e inquilinos precarios que se habían instalado ahí desde los últimos tiempos del gobierno de su tío Nedár, pero también para tomar e incendiar el Colegio Nádtamo, a la sazón sede de la poderosa orden de los Caballeros Iluminados y fuente continua de oposición e inquietud social. Por los mismos días acusó de corrupción e hizo prisionero al Silenciarlo del Capitolio, un poderoso cortesano que había logrado su extraordinaria influencia aprovechando las debilidades del viejo Nedár. De la misma manera, demostró inicialmente una gran dureza para con las facciones opositoras y los individuos que se habían mostrado contrarios a su partido, hostigándolos de múltiples maneras

y excluyéndolos de los puestos y responsabilidades públicas. Habiendo escuchado que cierta dama escribía epigramas en contra suya, hizo en secreto que fuera acusada de adulterio en medio de un juicio demorado y escandaloso. Aunque todo esto generó mucha incertidumbre e inconformidad en algunos sectores, le ganó también la simpatía y el apoyo de la gente común, harta como estaba de las excentricidades del régimen anterior y deseosa de un Capitato más innovador y resuelto.

gg

Se le acusa de haber dado muerte al Representante Sápba Gatdúr Lal³¹, líder de la facción contraria durante las Sesiones Electorales y quien, de acuerdo a la versión oficial de los hechos, sufrió por esos días un accidente fatal mientras realizaba un viaje de rutina, muriendo desbarrancado en compañía de dos de sus principales colaboradores. También se dice que ordenó la muerte del Comisionado de Actividades Policiales, mismo que gozaba de una gran influencia en los asuntos públicos hasta antes de la subida de Násta al capitato. Hizo correr rumores de desprestigio y calumnia para descalificar a quienes abiertamente no simpatizaban con él, habiendo logrado que un hombre como el Bibliotecario Mayor, un anciano de vida intachable, se suicidara. Inició un juicio político en contra de Mapbár Lal, a quien encarceló finalmente bajo los cargos de corrupción y enriquecimiento ilícito, violando así todos los fueros de alto rango y sentando un precedente que atemorizó a toda la oposición.

³¹ Título republicano otorgado a quienes habían ocupado más de tres puestos de elección popular. Le confería una gran dignidad social a su portador, así como privilegios de tipo fiscal y generosos fueros en los ámbitos civil y penal.

gI

Sus primeras acciones en el ámbito de la administración burocrática parecieron un tanto apresuradas y sin mucha orientación, llegando a afirmarse que se encontraba sorprendido y desconcertado por el cambio repentino de dirección que había tomado su vida, lo cual parece poco posible. Pero a las pocas semanas definió de manera bastante ágil un estilo propio de gobernar, revelándose como un hombre previsor e imaginativo. Demostró en poco tiempo ser un administrador eficiente y dotado de una innegable capacidad para reformar, lo que se reflejó en una rápida normalización de la vida política y en una mayor actividad en la ejecución de obra pública. Tomó con rapidez decisiones que cambiaban notablemente, mejorándolo, el curso de los trámites y procesos en los que se involucraba el hombre común; hizo cosas que la gente veía como necesarias, ganando una pronta reputación y un fuerte apoyo popular.

gy

Reformó el sistema de recaudación de ingresos públicos, reduciendo de manera drástica la burocracia hacendaria y simplificando igualmente todos los trámites relativos a la recaudación de los impuestos. Instauró severas multas para los funcionarios que se excedieran en sus atribuciones en materia de cobros, y decretó exenciones en los casos de miseria extrema y desastre natural. Inició la renovación de los sistemas de drenaje en Múndam, que databan de la época de Mádtá Cápíte y se encontraban en deplorables condiciones. Para dar inicio a este programa hizo elevar los impuestos a la propiedad urbana, lo que ocasionó un descontento que sin embargo supo aplacar rápidamente, demostrando eficacia

en el desarrollo de los trabajos. Hizo traer de otros países a numerosos sabios y artistas y reformó la Gran Academia, a la que, sin embargo, vigiló muy de cerca en materia política. Fue tolerante con los extranjeros y reformó las leyes para que se les permitiera la compra de la residencia legítima, siempre y cuando éstos demostraran ser poseedores de una fortuna superior a los quinientos mil oros.

gZ

Como por aquellos días la militancia religiosa de los funcionarios cobraba una importancia creciente que en ocasiones amenazaba con desatar la intolerancia o incluso la violencia ciudadana, decretó también un impuesto adicional para quien se ostentara en público como representante o miembro activo de una secta o cofradía determinada. Puesto que a pesar de esta medida algunos personajes notables continuaran involucrándose en activas campañas de proselitismo, firmó durante el año tercero la Ley Nastia, que privaba de la ciudadanía, y por lo tanto de la posibilidad de ocupar puestos públicos, a cualquier funcionario del estado que incurriera en tales actividades. Esta medida calmó mucho los ánimos y pospuso, por lo menos durante medio siglo, el estallido de los llamados *desastres de religión*. Hay quienes argumentan que para lograr la aceptación de tales instrumentos legales, Nástá tuvo que sobornar generosamente a los pontífices y altos clérigos de todos los credos, aunque esto no ha sido demostrado. Más evidentes resultan las numerosas concesiones que otorgó a las iglesias en materia económica y mediante las cuales se granjeó su reconocimiento y apoyo. No existe consenso en cuanto a sus propias convicciones en materia de credos, ya que en los ambientes políticos de la época eran frecuentes la insinceridad y el oportunismo en el manejo de las opiniones

e ideas. Algunos dicen que él mismo era un hombre religioso, en gran medida apegado a las creencias de todos los republicanos, pero otros afirman que en repetidas ocasiones dio pruebas de cinismo y hasta de impiedad, habiendo renunciado en su fuero interno a toda certeza, o incluso que negaba abiertamente la validez de todos los credos, incluyendo el que le había sido heredado por los preclaros hombres y mujeres que le habían dado el ser.

gW

A resultas de las inundaciones que asolaron el país a mediados del año quinto, emprendió la construcción de un sistema de diques y canales que operó por muchos años y que sirvió además de eficiente vía de comunicación en buena parte de la región noroeste. Emprendió de igual forma la reconstrucción de la red nacional de carreteras, hasta entonces insuficiente y en mal estado, aunque dicho programa operó con lentitud y nunca llegó a abarcar todo el territorio durante su capitulo. Instituyó los hostales camineros, negocios emplazados en regiones inhóspitas a lo largo de las carreteras y apoyados económicamente por el estado, mismos que facilitaron los viajes y mejoraron notablemente la comunicación entre las provincias remotas. Muchos de los pueblos que ahora existen en el interior tuvieron su origen en tales alojamientos. Viajaba con frecuencia y acudía personalmente a donde lo consideraba necesario, mostrando gran resistencia física y notable disposición para la comunicación con las multitudes. Acudió a sitios en los que nunca había estado un Cápite y se granjeó la buena voluntad de los campesinos, a quienes llamaba de continuo *mis hermanos* y también *los dueños de la patria*. Como desconfiaba de los nómadas, a quienes exigió el juramento de lealtad republicana en más de una ocasión, promovió ac-

tivamente la política de sedentarización y asentamiento. Se involucraba directamente en los asuntos provinciales cuantas veces lo ameritaba la circunstancia y dio prueba de ello cuando aplacó con rapidez los tumultos de Lagkár, ciudad a la que acudió en persona y en donde pronunció el famoso discurso que da inicio con las ahora célebres palabras: *Oíd republicanos: los hombres transitamos, los gobiernos se esfuman, pero la Patria inmensa por siempre permanece...*

gÑ

Se mostró muy sensible a la opinión pública y creó la llamada Comisión Apologética, destinada a defender las acciones del gobierno y a fortalecer la imagen de los más altos funcionarios de la República. Dicho organismo contaba con amplias facultades en materia de censura y controlaba un curioso sistema de *rumoreros*, oscuros personajes dedicados a esparcir por mercados y otros lugares de reunión, historias en las que el Cápite y sus hombres aparecían como insuperables modelos de virtud. Los rumoreros llegaron a ser tantos en su número que no faltó quien llamara a la República *un hormiguero de rumoreros*. Uno de los panegíricos que difundían, evidentemente apócrifo como relato histórico, narraba cómo, habiendo pasado una infancia llena de privaciones, Násta hubo de sostener a su familia trabajando como un humilde limpiabotas. Aunque ninguna de esas versiones fuera cierta, es cierto que mostró un mayor acercamiento hacia los desposeídos que ninguno de sus antecesores inmediatos. No vacilaba en abrazar campesinos y ancianas frente a un público numeroso. Con motivo del Día de la Igualdad, desde el primer año de su administración repartió dinero a los miserables y acudió personalmente a las ceremonias de la entrega del pan, cosa que no se veía desde los tiempos de Napbár Cápite, en pleno auge del Igualitarismo.

Fue morigerado y sistemático en sus hábitos cotidianos. Se levantaba siempre antes del amanecer y realizaba ejercicio físico con mucha regularidad. Asistía ocasionalmente a los espectáculos deportivos, aunque durante su desarrollo se comportaba con una gran discreción y rara vez dejaba notar demasiado entusiasmo en público. Comía con frugalidad y rechazaba los platos elaborados o exóticos, argumentando que era pecaminoso comerlos en un mundo en el que se convivía con los miserables. Despidió a los cocineros extranjeros del Capitolio y expresaba, siempre que podía, su rechazo a la glotonería y al hedonismo, doctrina que consideraba herética. No bebía nunca vino, si no fuera apenas por uno o dos tragos en las ceremonias a las que su investidura lo obligaba a presidir. Odiaba a las personas que se excedían en estas costumbres y parece haber sentido una aversión insuperable por los obesos, de quienes hacía cruel mofa incluso públicamente. Redujo de manera notable la frecuencia y prodigalidad de los banquetes oficiales y decretó los llamados horarios ceremoniales, por los cuales se limitaba estrictamente a dos horas la duración de cualquier festejo, oficial o privado. Esto ocasionó numerosas protestas entre la población, por naturaleza proclive a ciertos excesos en determinadas ocasiones anuales, incidentes que el Cápite reprimió con alguna intolerancia. A pesar de todo esto, con el tiempo tendió a engordar él mismo, ganándose la fama, tal vez inmerecida, de gazmoño e hipócrita. Quiso el destino que no fuera muy alto de estatura, pero sí de facciones regulares y no carente de personalidad y buenas maneras. Magabúr Lal, quien lo conociera de cerca, comentó de él lo siguiente: *era agradable sin ser hermoso, pero sabía hacer un uso eficiente de su presencia.*

Cuidaba mucho de su reputación y se dice que ensayaba durante horas enteras los discursos, actitudes y poses que habría de tomar durante las sesiones parlamentarias, desfiles, inauguraciones y demás ocasiones públicas. Como no era individuo de mucho porte o estatura, seleccionaba continuamente a los personajes junto a los cuales debía aparecer. Al respecto se cuenta que en más de una ocasión llegó a desairar a legatarios y diplomáticos extranjeros que resultaban considerablemente más altos o agraciados que él. Durante su visita a las Provincias Occidentales, llegó al extremo de no bajarse nunca del caballo a lo largo de toda su aparición pública, a sabiendas de que el gobernador en turno era un hombre joven y de extraordinaria altura y complexión. Gustaba de ser considerado como un hombre culto y amante de las letras, y aunque algún escritor refiere que tan sólo tenía conocimiento de los libros a través de sus asesores, a quienes ponía a leer o a resumirle tal o cual obra para que le fuera explicada y así poder, él mismo, presumir de conocerla frente a los demás, por lo menos consta que leyó con asiduidad e incluso que comentó por escrito el Kirdár³², libro del cual citaba párrafos

32 Kirdár, o “Dador de la Fuerza”. Tratado clásico sobre política del que tan sólo se conservan algunos fragmentos en el idioma original. Las traducciones a otras lenguas, en cambio, han corrido con mejor suerte. De autor anónimo, el texto parece haber sido transmitido oralmente hasta alcanzar diversas versiones escritas. Aunque es posible que el texto original fuera compuesto tan sólo en la forma de aforismos, los manuscritos que han llegado hasta nosotros incluyen numerosos comentarios, posiblemente añadidos en distintas épocas y, por lo tanto, no siempre homogéneos en cuanto a su valor, contenido y estilo. Valgan como muestra del célebre libro los siguientes extractos, tomados de la versión suriana:

No regales presencia. —Quiere decir que nadie debe considerarte su igual, porque pierdes poder ante él. Quiere decir que no debes acudir a donde sea ni con frecuencia, porque se pensará que no tienes asuntos de mayor importancia que atender, al no tener tú mismo una mayor importancia. Quiere decir que siempre acudas a cambio de dividendos—.

Elige a tu adversario. —Quiere decir que si has de tener competidores, tú mismo promuevas de entre ellos a los

enteros de memoria. Habiendo tenido fama, según algunos, de alegre y locuaz durante su juventud, cultivó después una sobriedad evidente que parecía mantenerlo un tanto alejado de sus interlocutores, especialmente si se trataba de políticos de alto rango. Sabía, frente a los demás, controlar hábilmente sus emociones y ocultar hasta sus más violentos enojos, que no hacía visibles sino en privado. No era dado a demostraciones excesivas de afecto, pero hacía invariables excepciones durante sus visitas al campo o cuando era visto en compañía de los necesitados o las víctimas de alguna catástrofe, ocasiones en las que se mostraba accesible y en extremo compasivo. Gustaba de ser visto mimando niños pequeños y procuraba cierto aire paternal que resultaba incongruente con muchas de sus actitudes y acciones en el campo de lo político. Se atribuye a Nakgár Lal el haber dicho en una ocasión *Es el padre*³³ *de demasiados huérfanos de padre*.

menos capaces, para que desplacen a los otros en el ánimo y la memoria de la gente y te sea fácil vencer sobre ellos todos—.

Concede en lo difícil.—Quiere decir que no cedas plazas o posiciones en las que habrá de tener éxito el adversario; que le concedas tan sólo aquellas en las que hará de fracasar—.

El amigo de hoy es mañana enemigo.—Quiere decir que no confíes totalmente ni siquiera en los que ahora son tus aliados—.

Tu secreto es su fuerza; tu fuerza es su secreto.—Quiere decir que no compartas con nadie tus secretos porque después serán armas en manos de tus enemigos. Quiere decir que todo secreto es un arma—.

Di lo que quieren oír; oye lo que quieren decir.—Quiere decir que no contradigas, sino que aparezcas siempre como un aliado, pero que aprendas a desentrañar los discursos y las intenciones ocultas de tus oponentes.

33 La palabra para 'padre' (*patdár*) se utilizaba también, en aquella época, como sinónimo estilístico de 'ocasionador' o 'causante'. Compárese, por ejemplo, la expresión "*páligin patdár*" "padre del conflicto", i. e. "ocasionador del conflicto, culpable del conflicto". El especialista debe acudir al indispensable *Basic vocabulary and metaphorical language in the classical Bramta idiom*, por W. S. Hampton. University of Indiana Press. 1997. Western Series.

A pesar de las apariencias que siempre intentó guardar y de su moderación en cuanto a ciertos hábitos cotidianos, su vida privada se caracterizó por la inestabilidad y el desenfreno. Contrastando con sus hábitos alimenticios, su amor al campo y su fama de deportista, los escándalos de sus amoríos llegaban a ser del conocimiento público con demasiada frecuencia. Casó por primera vez con Nápbir Mam Násagin, mujer reservada y poco amante del brillo de la corte. Tuvo dos hijos con ella, pero éstos no vivieron junto al cápite sino los primeros años de sus vidas, ya que a temprana edad pasaron a la custodia de la familia materna, aparentemente por decisión del propio cápite. Uno de ellos murió siendo adolescente al despeñarse durante una excursión y la otra eligió la vida monástica, en la que se refugió de por vida. A la muerte de Nápbir Mam, acaecida en el noveno año de su gobierno bajo extrañas circunstancias, contrajo nupcias con Baníl Mam Sásabig, heredera de una cuantiosa fortuna y quien podía, dada la diferencia de edades, haber sido su propia nieta. Tuvo con ella otra hija con la que al parecer no llevó nunca una buena relación: Baníl Nástia Mam, quien habría de llegar a ser famosa tanto por su erudito conocimiento de la historia republicana como por su desmedida afición al ajeno.

IO

Aunque la Comisión Apologética contaba con una oficina especialmente dedicada a fortalecer la imagen de Násta Cápite como un honesto hombre de familia, era sabido por todos lados que muchas de sus horas libres las dedicaba a disfrutar de la compañía y los favores de jovencitas que le eran reclusas, para tal efecto, en todos los rincones de la república.

Se dice que llegó a comisionar un equipo de colaboradores dedicado únicamente a tales fines. Sus integrantes estaban perfectamente instruidos en cada uno de sus gustos, caprichos y preferencias íntimas, y recorrían todos los estratos de la sociedad con tal de encontrar a las candidatas a ocupar, aunque no fuera sino por una breve noche, la lujosa cama del Cápite. A algunas de tales mujeres las dotó de heredades y hasta de una firme posición social, como es el caso de Nisár Mam, quien incluso llegó a hacer sentir cierta influencia política, pero a las más las despedía tal y como habían llegado. Se dice que acalló algunos escándalos haciendo desterrar a algunas de las implicadas y no falta quien lo acuse de haber envenenado a tal o cual amante, pero esto pueden ser tan sólo calumnias de sus enemigos. Dejó al morir incontables hijos sin reconocer y se dice que durante sus exequias un conocido Representante, haciendo alusión tanto a las características físicas de Násta como a su numerosa progenie, murmuró: *Nos hereda una República más ancha, pero, y esto no es menos importante, más chaparra y más calva*³⁴.

Ig

Gustaba también de los muchachos, a quienes llegó a preferir habiendo alcanzado cierta edad. Se le vinculó emocionalmente con Námag Lal, un joven político a quien protegió indiscriminadamente durante varios años, permitiéndole llegar a convertirse en uno de los hombres más ricos del orbe. Aunque no bebía, llenó de jóvenes y apuestos coperos el Capitolio. Algunos de estos cortesanos licenciosos se involucraron en

³⁴ *Náwis uuktiár Násmogam trátdat, bèt, kad ítkaa nam'medtiár nést, kuludtiárkaa, naworestiárkaa ma.* Expresión que alude por una parte a las conquistas territoriales de Násta y, por la otra, en un evidente juego de dobles sentidos, tanto a las características físicas del famoso cápite republicano como a la numerosa progenie que se le atribuía. Es una paráfrasis mordaz de cierto discurso atribuido al cápite (vid. infra Sección **IN** en el sistema de numeración republicano).

ilícitos y ruidosos escándalos y se dice que Násta silenciaba estos asuntos con dinero público o pasando a cuchillo a los principales protagonistas. Creó también una nutrida brigada de gallardos asistentes personales a quienes sus enemigos llamaban *la verdadera corte*, ya que sus integrantes llegaban a tener tanta ascendencia sobre el Cápite que los funcionarios, en numerosas ocasiones, preferían tratar los asuntos con ellos, y no directamente con el Primer Mandatario. Sus amoríos con algunos de estos mancebos llegaron a ser tan notorios que el gusto por los muchachos llegó a ser conocido durante su gobierno como *la pasión capital*.

II

Se dijo siempre amante de la paz y la procuró hasta donde le fue posible, pero no ignoraba, en modo alguno, el valor político de la guerra. Mantuvo siempre alerta el aparato militar, al que hizo crecer notablemente a lo largo de su mandato. Hizo rotar los mandos en el ejército para asegurarse un mayor control personal sobre las fuerzas armadas e incrementó los gastos destinados al entrenamiento de las tropas, la adquisición de armas y la construcción de fuertes e instalaciones castrenses. Cuando en el año 14, a raíz de los conflictos ocasionados por el crecimiento del partido antivitalicista, tuvo que ordenar el estado de excepción y decretar el encarcelamiento de sus dirigentes³⁵, el Cápite hizo correr oficialmente la versión de

35 Nalpa ignora (o pretende ignorar) la serie de notorios asesinatos que su biografiado ordenó con motivo de los levantamientos en cuestión. Sabemos, por otras fuentes, que por lo menos cuatrocientas personas, entre dirigentes y miembros de sus guardias personales, perdieron la vida durante el movimiento antivitalicista; muchas otras fueron encarceladas o forzadas al destierro. Ha llegado hasta nosotros, inclusive, el relato de uno de aquellos desterrados, aunque en una forma fragmentaria y anónima. Se trata del célebre *Lamento del apátrida*, mezcla de verso y prosa en la que se narran las desventuras de un ciudadano que es privado de sus bienes y forzado a abandonar a su familia por una participación inocua en el movimiento mencionado, participación que el autor jura inspirada en los simples deseos de “una

que el ejército Suriano había invadido partes del territorio nacional, lo que, en realidad, resulta muy poco probable³⁶. Decretó entonces el estado de guerra e invadió todos los territorios norteños de la desventurada nación, lo que calmó mucho los ánimos políticos y unificó la opinión pública en torno al conflicto bélico. Dada la caótica situación en el vecino país y el acertado desarrollo en el desplazamiento y la ocupación militares, producto evidente de varios años de discretísima planeación, la guerra concluyó en poco menos de un año, ofreciendo una victoria contundente para las huestes republicanas y, por supuesto, también para el Cápite. Como resultado de la guerra con la Suria, amén de los enormes dividendos políticos que obtuvo en lo personal, Násta Cápite anexó a la República las provincias surianas de Omonia, Mecasia, Bineria y toda la parte septentrional del Riswán, extendiendo su superficie en casi el doble. Temiendo posteriormente que en los territorios recién adquiridos se dieran levantamientos difíciles de controlar, promovió una activa política de transmigración basada en el desconocimiento absoluto de todas las formas de propiedad de los habitantes nativos. Se ofrecieron gratuitamente vastas extensiones de terreno a colonos y a todo tipo de aventureros, mismos que en gran número comenzaron de inmediato a ocupar los valles fértiles, las llanuras y los principales puntos de importancia militar, llegando a convertir a los surianos en una minoría desposeída en muy pocos años. Nombró una Junta de Expansión de la República formada por políticos y especialistas de todas las áreas, y se tomaron medidas que resultaban indispensables para el control definitivo de las nuevas provincias. Entre ellas se cuentan la instauración del Camino Patrio, que

patria mejor". Aunque la autenticidad del texto ha sido recientemente puesta en duda, es probable que por lo menos partes del mismo daten de la época de Násta, o bien, que se trate de un escrito posterior pero inspirado por un modelo auténtico.

36 La Suria se encontraba a la sazón desangrada por una recién terminada guerra civil, en medio del más completo desastre financiero y con poca o ninguna capacidad de movilización militar.

unió dichos territorios con la capital, y la apertura del sistema escolar republicano, que enseñaba a los surianos el idioma y las costumbres de la República.

Iy

Como los triunfos obtenidos durante la guerra suriana diluyeron por algún tiempo los conflictos relacionados con la cuestión del mandato vitalicio, Násta Cápite consolidó drásticamente su posición y prestigio, apareciendo ante la muchedumbre como un héroe indiscutible, y concentrando sobre su persona todo el poder de la República. Pareció entonces demostrar una mayor dureza en sus posturas frente a innumerables cuestiones en todos los órdenes. Derogó, con el pretexto de considerarla anticuada e inoperante, la Ley Mamia, que consideraba sagrados un gran número de terrenos en el país y por lo tanto prohibía su enajenación. Una vez levantada la prohibición procedió, mediante intermediarios, a venderlos o adjudicarlos indiscriminadamente y en medio de continuos escándalos financieros. De este proceso no escaparon ni siquiera las viejas Fuentes Lustrales, algunas de las cuales terminaron quedando a orillas de ostentosas villas privadas. Habiendo sido partidario tiempo atrás, cuando fungió como Representante en el Gran Oidero, de crear una ley en contra de los monopolios, llegó después a convertirse en su principal promotor y defensor. A los ya existentes en el comercio de las bebidas espirituosas, el opio, las especias, el ajo y los diamantes, añadió los monopolios de correos, pontajes, operación de puertos comerciales, explotación del carbón mineral y mantenimiento de puentes y vías públicas, mismos que concedió sin escrúpulos a tan sólo unos cuantos parientes y amigos. Corriendo el año 17 llegó al extremo de adjudicar al gobierno la propiedad de numerosas canciones

y danzas populares, exigiendo el pago de un permiso especial cada vez que aquellas fueran ejecutadas en público.

IZ

Demostró también, a partir de entonces, un mayor boato en el protocolo y se dejó engrandecer y arrastrar por las alabanzas de sus aduladores. No aceptó el título de Don de los Dioses que le ofreciera el Gran Oidero, pero sí en cambio los de Héroe Benemérito, Cimiento de la República y Prócer Máximo. Asistió con toda solemnidad y en medio de un fasto que no se veía desde los tiempos del Principado a la consagración de Nastia Grande, ciudad que fuera rebautizada en su honor, levantada sobre las ruinas de la suriana Ekabá y sitio que debía convertirse, de acuerdo a sus planes, en el principal centro económico y cultural de los territorios recién conquistados³⁷. Hizo construir en ella un memorial de proporciones descomunales y elevó en su centro una gran estatua sedente que lo representaba. Acudió con puntualidad a las inauguraciones de los monumentos ecuestres que desde entonces los gobernadores provinciales comenzaron a prodigarle, y daba la impresión de que el país entero había entrado en una loca competencia por la exaltación pública del Cápite, en la creencia, no tan errónea, de que una alabanza al prócer, en el lugar y en el momento justos, garantizaba el éxito de alguna incipiente carrera política. Particularmente notorio fue el cambio en la nomenclatura urbana de las ciudades provinciales, que a partir de aquellos días comenzaron a llenarse de plazas, estadios, avenidas y hasta callejones que llevaban el nombre del mandatario o el de sus ascendientes. Alentó, o por

³⁷ Es curioso que Nalpa utilice aquí la palabra *conquistados*. En todos los documentos de la época el término usual es *adquiridos*. Más aún, todavía ciento cincuenta o incluso doscientos años después, los textos oficiales se refieren al episodio histórico en cuestión como “la *cesión* suriana”.

lo menos toleró, la erección de incontables estelas, obeliscos e incluso capillas civiles en su honor y falsificó flagrantemente el pasado del país al autorizar la publicación del Canon de la Historia, llamado ahora el Canon Nástio, versión oficial del origen y desarrollo de la República, y texto que no resultó ser sino una dilatada ristra de mentiras destinadas a enaltecer su arribo al poder y el desempeño de su administración. Para dicha empresa no dudó en supervisar él mismo los trabajos de redacción y contrató literatos y filósofos para aderezar los pasajes en los que él era el protagonista. Cuando en el año 17 de su Capitato visitó las provincias centrales, fue recibido como un santo por parte del populacho, mismo que se volcó en insólitas y degradantes muestras de veneración. Según diversas fuentes dignas de crédito, al escuchar la preocupación del clero local por aquel fenómeno les respondió públicamente: *No privéis a la gente del derecho a contar con un padre*³⁸.

IW

Mostró cada vez una mayor intolerancia hacia la oposición de sus políticas y acciones, aun tratándose de la más nimia o velada de las críticas. En una ocasión, cuando se celebraba una reunión extraordinaria del Gran Oidero con motivo de la Guerra Oriental, que ya había demostrado ser mucho menos exitosa y benéfica para la República de lo que lo fue la guerra

³⁸ Según la crónica de Nárbi Las'ssám, único otro documento relativo a la vida del cápite que data de aquella época, la preocupación del gobernante por divinizar su figura fue todavía mucho más lejos. En una ocasión, nos cuenta, al llegar a la Éstia con motivo de cierta inauguración oficial, hizo acarrear en secreto millares de ruiseñores, colibríes y mariposas que fueron transportados en caravanas de jaulas rodantes para, una vez llegado el momento, soltarlos en secreto, de manera que la población local identificara su persona con la llegada de la primavera. El documento mencionado, por lo demás, fue acusado de exagerado y fantasioso ya desde antiguo. *¿Qué se puede esperar* —comentaba el incisivo Dapbúr Lal, apenas sesenta años después de la muerte de Nástá— *de un marinero borracho cuyas únicas fuentes eran los chismes y las calumnias de la soldadesca?*

suriana, uno de los Representantes del partido unitario expresó su deseo de que el sangriento conflicto llegara pronto a su fin; a los pocos días era acusado de traición a la patria y ejecutado en juicio sumario, en medio de la secreta pero general indignación de muchos de los restantes miembros del oidero. Persiguió con saña, por más de un lustro, a la familia de los Ban'nnáy, quienes habían sido sus antiguos aliados y de quienes sospechaba la organización de un levantamiento. Cuando Mátdi Ban'nnay Mam se presentó valientemente ante él para interceder por uno de sus hijos, la hizo apresar sin dilación y la retuvo como rehén durante más de dos años, hasta que la anciana mujer hubo perdido su fuerza y su salud. Se dice que por esta época hizo instalar en el Capitolio un piso de mármol con incrustaciones de porfidio que simulaban la forma del mapa de la República, y que a partir de entonces no tomaba ninguna decisión sin antes reflexionar detenidamente caminando sobre ella³⁹. Como la Mochtiana del Sur votara ruidosamente en contra de su propuesta de levantar un impuesto por la posesión de ganado menor, castigó a la provincia privándola de los subsidios y apoyos que normalmente se le otorgaban durante el invierno. A pesar de que esta operación se llevó a cabo de manera discreta y disfrazada con numerosos argumentos y pretextos, de todas formas resultó evidente que se trataba de una severa represalia política, lo que causó gran descontento entre los habitantes de la región y aun en otros sectores del gobierno general.

39 No existe ninguna otra referencia contemporánea al mencionado "piso de mármol y porfidio" (*múramrena guwérnakaa zám'ma*) ni, por supuesto, evidencia arqueológica de que alguna vez haya existido. Sin embargo, como se sabe, tanto la literatura como la iconografía posteriores han explotado con bastante provecho este famoso comentario de Nálpa.

IÑ

A raíz del desastre político y financiero que significó la Guerra Oriental para la República, el descontento creció en amplios sectores de la población y sus enemigos comenzaron a reorganizarse amparados en diversas agrupaciones secretas y clandestinas. Algunas de éstas fueron descubiertas y reprimidas severamente, pero los frecuentes encarcelamientos y ejecuciones sólo lograron encender más los ánimos. Conforme la popularidad del viejo Cápite disminuía, se hicieron comunes las amenazas, el acoso y el espionaje a los ciudadanos. Muchos dirigentes, tanto del partido unitario como del antivitalicista, fueron entonces perseguidos y otros tantos fueron secuestrados o victimados, y aunque se dice que Násta muy rara vez se involucraba directamente en este tipo de decisiones, cada vez en mayor medida la opinión pública lo consideraba directamente culpable de la situación. Durante el verano del año 27 los antivitalicistas organizaron una serie de manifestaciones públicas que invariablemente fueron dispersadas, con suma violencia, por parte de las fuerzas armadas. Con frecuencia eran numerosos los heridos y eventualmente se hablaba de tal o cual cantidad de muertos, aunque nunca ha sido posible dar cifras exactas en cuanto a las bajas, ya que las poderosas policías secretas y la comisión de Asuntos Internos se encargaban de hacer desaparecer cualquier tipo de evidencias. En este sentido se dice incluso que, después de las reyertas, los cadáveres eran incinerados en secreto, y se cuenta también que muchos heridos fueron sacrificados para no dejar testigos de ciertas acciones del gobierno. A finales del mismo año los disturbios se recrudecieron y en varias ciudades llegaron a darse cruentos motines. El más famoso de ellos fue el Levantamiento de Dáprinda, que arrasó con el mercado central y los barrios aledaños, generando un incendio que tardó varios días en ser controlado. Un testigo presencial da la cifra de dos

mil trescientos muertos en ambos bandos. Násta respondió con una serie de documentos y discursos en los que culpaba de los lamentables acontecimientos a los agentes infiltrados de las naciones enemigas. De esta época data su famoso discurso *He escuchado una voz*, que después habría de ser tan parodiado. Como los disturbios continuaran, decretó el estado de sitio en la capital, así como en las provincias de Manána del Sur, el Alto Kas'ssár y Omónia, en donde comenzaban a sentirse con fuerza los ánimos separatistas, pero la medida no logró apaciguar la situación y sí, en cambio, originó la aparición de grupos armados que se refugiaron en las montañas. Algunos de estos grupos degeneraron en vulgares salteadores de caminos, llegando a volver intolerable la situación a campesinos y viajeros. Un año después el Cápite anunciaba la Reforma Republicana, misma que presentó con gran despliegue publicitario y con la cual pretendía normalizar la vida pública del país. El plan contemplaba una amnistía para todos aquellos que, habiéndose visto involucrados en acciones opositoras no hubieran cometido crímenes graves; concedía una reforma a la Ley Electoral mediante la cual se fijaba un término de quince años a los períodos de los Cápites en su ejercicio del poder, aunque permitiendo la reelección por un período adicional y, por último, hacía desaparecer definitivamente la Comisión de Asuntos Internos, a la sazón poderosa y odiada. El documento en que Násta daba a conocer su propuesta terminaba diciendo *...y si la voluntad del pueblo así lo decidiera, seré el primero en abrazar y desear éxito a un nuevo Cápite, a quien entregaré, para que la conduzca a su sagrado destino, una República que Yo os heredo más ancha, pero, y esto no es menos importante, más poderosa y más libre*⁴⁰.

⁴⁰ *...Násmogam kad Ák wáwis uuktiár trátawo, bèt, kad ítkaa nam'medtiár nést, kod-mogtiár, naparestiárkaa ma.* Nálpa registra una curiosa paráfrasis en boca de un adversario desconocido (vid supra, Sección II en el sistema de numeración republicano.)

IÉ

Corriendo el año veintinueve de su era, justo a principios del invierno, sus allegados comenzaron a observar en él una marcada propensión al cansancio y un deterioro general en su apariencia y estado físico. Hacia mediados de la primavera era evidente que su salud había colapsado y que sufría de alguna enfermedad grave o incurable. Sus apariciones en público se volvieron escasas y multitud de rumores comenzaron a circular entre la muchedumbre. Al celebrarse en el antiguo centro ceremonial del Bosque Viejo las ceremonias anuales de Acción de Gracias —efectuadas, de acuerdo a la tradición, al aire libre—, Násta, contra todo lo que se podía esperar, apareció sorpresivamente en público. Como el país se encontraba al borde de una guerra civil, las solemnidades se llevaron a cabo en medio de un excesivo e intimidante aparato de seguridad. Pero aún más perturbador resultó ver aparecer al Cápite sostenido casi en vilo por sus ayudantes para que pudiera soportar el fasto del traje ceremonial, además de notoriamente maquillado para intentar disimular su desmejorado aspecto. Quienes lo habían conocido en sus mejores épocas apenas lograban reconocerlo y parecía inevitable pensar que el mandatario pisaba los terrenos sagrados por última vez.

I;I?

Al sentir próximo su fin, implementó una hábil campaña sucesoria basada en el principio de que ninguno de los candidatos debía opacar su figura o menguar su poder mientras viviera. Para lograrlo se hacía visitar ahora por uno, ahora por otro de los posibles sucesores, expresando siempre lo mejor de cada cual y desorientando a todos en cuanto a quién de entre ellos sería el verdadero elegido a ocupar la

candidatura capital. Con la misma intención delegaba sobre diversas figuras políticas, algunas de poca importancia, el honor de leer sus comunicados y discursos ante el Gran Oidero, con lo que desconcertaba incluso a los más avisados en tales cuestiones. Como el asunto lo preocupara en extremo y esto alarmara a los médicos, Násta les respondió: *La sucesión es un asunto de estado y no habré de renunciar a lo que es mi última responsabilidad y mi último derecho*. Puesto que la Reforma Republicana todavía no había sido aceptada por los negociadores ni tampoco proclamada, aprovechó las leyes vigentes y el estado general del país para eliminar a ciertas figuras de importancia en la oposición, llevando a cabo estas acciones mediante asesinos a sueldo y de manera que la responsabilidad no pudiera ser trazada hasta su gobierno. De igual manera, y como parte de sus maniobras de último momento, aseguró a numerosos aliados y familiares en puestos determinantes, que incluían jefaturas en las policías secretas, posiciones en el alto mando militar y diversos asientos en el oidero. Hizo aparecer estos movimientos y cambios como si fueran parte de las reformas anunciadas y les dio gran publicidad, logrando así calmar un tanto los ánimos y reafirmando, por su parte, la supervivencia del predominio estratégico de su propio grupo político. Negoció en secreto con sus oponentes los términos de la transición e incluso el contenido definitivo de la Reforma Republicana, misma que hizo entrar en vigor apenas unos días antes de su muerte. Asombra cómo un hombre tan minado por la enfermedad haya tenido fuerzas para realizar todavía maniobras de tal importancia. Aunque nunca dio a conocer en vida el nombre de su candidato a remplazarlo en la más alta magistratura, ya era notorio que se trataba de Nám'mma Sabúr Lal, hasta entonces un moderado representante en el Gran Oidero, proveniente del opositor Partido Unitario, y quien habría de sucederlo con el nombre de An'nnán Cápite.

Iꜥi?

Se mantuvo en pleno uso de sus facultades mentales casi hasta el final, aunque es evidente que en sus últimos días fue presa de temores y sombríos presentimientos. Tristes augurios parecieron anunciarle que su fin estaba cerca. Cuando se disponía a iniciar la que habría de ser su última audiencia pública, súbitamente entró en el Salón de los Próceres un gran pájaro negro que comenzó a volar por los techos y a golpear fuertemente contra los ventanales. Aunque los silenciosos intentaron echarlo fuera, el animal permaneció revoloteando lúgubrementemente a lo largo de toda la ceremonia hasta que cayó moribundo y ensangrentado. Cierta mañana, en pleno mediodía, la estatua de Ubám Tronante, uno de los dioses que con fines políticos hubiera adoptado tiempo atrás, se derrumbó estrepitosamente en uno de los patios de palacio, sin que nadie pudiera ofrecer una explicación satisfactoria del fenómeno. En otra ocasión, mientras se encontraba oficiando la ceremonia del equinoccio y sin que hubiera nubes ni señales de tormenta, de pronto un rayo cayó sobre el jarrón votivo, provocando el terror y el desconcierto general entre los asistentes. Otros escritores mencionan hechos similares ocurridos por esa época y Nárbi Las'ssám llega a decir que fue justamente entonces cuando el sol se eclipsó sobre la Ciudad Máxima, por más que los registros astronómicos no coincidan. Pensando el Cápite que a la hora de su muerte, habiendo sido decretado el levantamiento del estado de sitio, seguramente el populacho habría de volcarse sobre sus propios vestigios y los de sus antepasados, hizo exhumar de noche los restos de su esposa Baníl Mam, fallecida apenas dos años antes, así como los de sus padres y también los de Nedár Cápite, con el objetivo de depositar las reliquias en un lugar secreto, en donde quizá hasta ahora permanezcan. Algunos autores comentan que durante todo el último día estuvo murmurando

cosas en voz baja, como si alguien lo escuchara desde alguna parte invisible. Nárbi Las'ssám, basado en el testimonio de uno de los cocineros capitolinos, lo hace llorar amargamente momentos antes de caer en el delirio final, pero esta versión parece inverosímil. La tarde del día veintiuno, del sexto mes, del año treinta de su propia era, entró en un pesado letargo y tanto médicos como grandes cortesanos, augures y familiares se reunieron en torno a él. Según algunos, se discutió la posibilidad de ocultar el eventual deceso todavía por cierto tiempo para dar oportunidad a los sucesores de controlar la difícil situación. Poco antes de morir recuperó parcialmente la conciencia y estuvo hablando solo. Sus últimas palabras fueron: “*¿Y el perro para qué? El perro me parece completamente inútil...*”⁴¹ que algunos interpretaron como una simple alucinación, pero que otros relacionaron con el vaticinio de Námu, según el cuál es un perro el que habrá de conducirnos por el viaje hacia el valle de la muerte⁴². Quiso su estrella que muriera el día del solsticio de verano y justo cuando se cumplían, casi sin ningún festejo ceremonial por parte del gobierno, los primeros doscientos años de la instauración de la República.

yO

A su muerte el pueblo se volcó en vítores y demostraciones espontáneas de júbilo. Numerosas estatuas del cápite fueron derribadas en tan sólo unas cuantas horas y muchas ciudades presenciaron enfrentamientos entre sus partidarios y las

41 “*Kúnagkaa káskasi? Nánam'mee kúnam áspuwo...*”. La célebre sentencia, por lo demás, está en verso: se trata de un impecable *gerav* del más clásico estilo (medida de catorce sílabas con cesura en la sexta y una compleja distribución de sílabas “leves” y “densas”).

42 Según esta segunda interpretación, para alcanzar la inmortalidad el espíritu del cápite moribundo no necesita, en la hora del trance definitivo, de la ayuda de ningún can ultraterreno.

arrebatadas multitudes. Sus cenizas fueron esparcidas, según los propios deseos del occiso, desde lo alto del memorial de Nastia Grande, la ciudad que se hiciera consagrar y misma que hasta algunas décadas después habría de recuperar su antiguo nombre. Durante la apoteosis funeraria, que incluía una ceremonia en la que un águila blanca era ungida con una parte de las cenizas del difunto y luego soltada para que las elevara al cielo en señal de la divinización del Cápite, un francotirador que se escondía entre el público disparó una flecha ardiendo con la intención de abatir al animal. Pero el venablo en llamas erró el blanco y el águila intocada continuó lentamente su ascenso a las alturas.

*Del Káhpátigess Gerám, o “Ristra de los Cápites”,
del historiador Nálpa Másigin. En bramta (o branta) clásico.
c. a. 290 del Orden Republicano, (aprox. Año Octavo de la Era de
Órom Cápite).*



Descripción del enemigo

Dios el altísimo, el infinito, el siempre generoso, el comprensivo, el misericordioso y eterno salve a vuestra majestad de todos los males, presentes y futuros, y os colme de salud, seguridad, dicha incomparable y bienaventuranza, en una serenidad que no tenga nunca fin. Y refrende también vuestras innumerables virtudes: vuestra benevolencia, vuestro amor hacia el prójimo, vuestra sabiduría, que es profunda como los mares; vuestro cumplido arte de gobernar, que no ha tenido igual en el pasado ni lo tendrá jamás en el futuro; vuestra munificencia; vuestra moderación en las costumbres, ejemplo luminoso para los afortunados que se cuentan entre vuestros súbditos; y vuestra belleza radiante, envidia del sol y la luna. Paso, con vuestro generoso permiso, al asunto por el que me atrevo a dirigiros esta relación.

Habiendo aceptado con la mayor humildad el encargo de internarme en el país de los malporcos, misión que Vos me encomendarais hace catorce meses, honrándome con haberme elegido, heme ahora al fin en la posibilidad de informaros sobre las costumbres desta gente, sus maneras infames y todas las demás cosas que los caracterizan, para mayor información y provecho de nuestro gobierno, y para el triunfo de la civilización. Más adelante hablaré sobre el territorio del país y las riquezas incalculables que éste encierra, ahora tan desafortunadamente en manos de unos salvajes incapaces de otro estado que no sea el de la barbarie; mencionaré entonces sus inabarcables y fértiles llanuras, sus ríos caudalosos y limpios, la admirable variedad de plantas y animales que allí

se encuentran y la suerte de gemas y minerales preciosos que abundan en las cañadas y los desfiladeros, en espera de una mejor humanidad para explotarlos.

SUS APARIENCIAS Y ASPECTO

Comienzo por dejar una constancia que describa sus apariencias, engañosas para quien no los ha tratado con suficiencia y capaces de equivocar a quienes juzguen sin antes haber vivido entre ellos. De cuerpo y cara no parecen tan diferentes de nosotros, o de la gente, acaso, del este de nuestras tierras. Los hombres no son altos, ni bajos tampoco, sino de una estatura media y más bien robustos. Las mujeres son anchas y muchas de ellas llegan a ser muy gordas con la edad por la cantidad de alimentos que sin ninguna moderación consumen. Tienen casi todos los malporcos una tez más bien blanca, aunque por tantos años como los que duran sin bañarse puede llegar a parecer bastante oscura. Los hombres miran siempre con mucha altanería, especialmente si están tratando con algún extranjero, a quien intentarán convencer de que son fieles, confiables y superiores en cuanto a sus costumbres y maneras. Tienen muchos de entre ellos el vicio de masticar nuez albina, por lo que sus labios y dientes van adquiriendo con la edad un desagradable color violáceo que acaba por afearlos y los envilece de aspecto. Otros más hacen lo mismo con la canela, lo que los hace despedir un desagradable olor medicinal que a veces molesta a un interlocutor no acostumbrado a estas torpezas. Su mirada los delata, porque deja entrever, ya desde antes de conocerlos a profundidad, la larga lista de taras y defectos que los caracteriza como nación. Muestran algunos muy buena constitución, pero los hay también tullidos, contrahechos y deformes, pudiendo decirse que no existe ciudad o población en la que no sea dado ver este tipo de rarezas.

Muchos son gordos, y otros más son delgados hasta lo grotesco. De algunas de sus mujeres, es cierto, podría decirse incluso que son bellas, pero en sus ojos se advierte, como en los de los hombres, y aun con poco que se las trate, esa malicia torva que heredan a los hijos, los nietos, y a todos los que siguieran viniendo de su estirpe.

SU TEMPLE Y NATURAL

Por sobre todos sus defectos sobresale la estupidez, que les resulta natural y congénita. No hay viajero ni extranjero avelinado en las tierras malporcas que no lo haya notado, siendo particularmente sensibles a este asunto los misioneros que han entregado, con tanta penuria, su tiempo y sus esfuerzos por hacerles entender a estas gentes las verdades eternas. Por más que se les diga y rediga, por más que se les inculque y explique, los malporcos habrán de dejar pasar por alto axiomas, dogmas y doctrinas como si de hojas secas al viento se tratara. Vuelven siempre a los errores, a las supersticiones y en general a la idiotez en la que siempre, desde el inicio de esta desventurada nación, ha vivido este pueblo que prefiere comer el sorgo a la cebada. El sinsentido puro ha servido de base y cimiento para sus más caras creencias y quien quiera comprobarlo que se asome al pantano de incongruencias que tienen por religión.

Son desconfiados en el trato, recelosos y marrulleros. Como que saben bien lo que es una astucia, una artimaña, una mentira o un fraude, recursos a los que acuden siempre que alguien se los permite. Sacan ventaja incluso del pobre y del extranjero, así que da la impresión de que en toda esta tierra nadie se quiere, sino que los hermanos compiten siempre con los hermanos y los vecinos abusan siempre de los vecinos. Jamás dicen una verdad completa ni sola, sino que

prefieren exagerar continuamente, añadirle lo que les plazca o mermarla sin ambages, según les convenga en cada caso; o bien mentir descaradamente, sin consideración alguna de los hechos o de los intereses del quien escucha.

Avaros hasta lo incomprensible, preferirán el hambre y las mayores incomodidades antes que hacer un gasto necesario o incluso inevitable. He visto numerosos malporcos que dejaban caer sus casas a pedazos antes que gastar en las reparaciones, y aun antes que trabajar en ellas, si esto les era posible, porque son además tan perezosos como ninguna nación pueda serlo. Para justificarse en esta circunstancia, pretextan siempre pobreza, o a veces enfermedad.

Aborrecen el trabajo. Son como niños. Tienen en el abandono casi completo sus campos de labranza, que no cuidan sino poco y muy mal. Carentes de todo juicio, deciden equivocadamente lo que deben sembrar, prefiriendo plantas y cultivos que entre nosotros apenas si se entregarían como comida a los perros. No explotan sus placeres de oro y plata, ni las vetas de los demás minerales, ni los bosques que tan generosamente cubren gran parte del territorio de Malporquia, porque son indolentes y ven mayor provecho en gastar una tarde cantando sinsentidos que en emprender o concluir trabajos.

En el trato diario se entretienen con asuntos sin importancia y dedican gran parte de su tiempo a la molicie, pero cuando se afanan en algo, sus acciones jamás obedecen a la reflexión o a la diligencia, sino que derivan de sus caprichos y sus niñerías, o de sus intereses. Es espectáculo de todos los días el encontrarlos sentados en los pórticos de sus casas, o a la orilla de los caminos, en espera de ver quién pasa, o durmiendo a la sombra de los árboles y los muros.

Aman la diversión malsana, especialmente si la logran a costillas del prójimo. Son burlones, afectos al lenguaje procaz, a la vulgaridad, incluso a la blasfemia. Ríen con todas sus fuerzas si alguien menciona una palabra obscena

o una anécdota indecente, pero se muestran por completo indiferentes si alguien les traduce nuestras fábulas y relatos, nuestras comedias, nuestros grandes poemas, que no parecen comprender sino mal.

Son muy irrespetuosos con sus padres y en general con los viejos, a quienes adjudican motez graciosos como costumbre muy extendida. Estos últimos, sabiéndose despreciados y destinados al peor de los abandonos, prefieren apartarse a los campos y dejarse morir de hambre, o abandonarse a las fieras, antes que soportar las humillaciones que les esperan a manos de los suyos. He oído algunas historias al respecto y, conociendo a este pueblo, no las pongo en tela de juicio siquiera por un instante.

Sienten indiferencia por sus hijos, a quienes ven morir sin lágrimas en los ojos. He escuchado respuestas insolentes de parte de aquellos a quienes yo reprendía por su frialdad en ocasiones similares. Por si esto fuera poco, desconocen por completo la hermosa costumbre de contratar plañideras, que provee, entre nosotros y entre todas las naciones civilizadas, de una digna despedida a los difuntos y que expresa los más íntimos sentimientos de todos los deudos.

SUS LENGUAS Y JERIGONZAS

Habiéndose instalado en la Malporquia, lo primero que enfrenta un extranjero es el problema de hacerse entender con los naturales, porque de todas las lenguas que se hablen en el mundo, no pienso que ninguna pueda sonar tan mal ni resultar tan dura de aprender como el malporco. Siendo sus formas de hablar tan complicadas y primitivas, no me parece que tengan todavía la categoría de verdaderos idiomas, sino más bien de jerigonzas o dialectos que apenas basta para expresar el peculiar mundo de estas gentes. Para dar una idea

de las rarezas y embrollos de este idioma, pasaré a explicar, de manera muy somera, algunas cuestiones de su gramática.

Por lo general, una sola sílaba con tres sonidos expresa la idea general de un verbo. Así por ejemplo *bam*, *tel*, *rak*, son respectivamente “ir”, “hacer” y “beber”. Un nombre, por lo general, terminará con el sonido “-a” (aunque muchos de animales y personas terminan con “-ko”, “aks” y “oks”), y es posible juntar nombre con verbo para formar un verbo nuevo, como en *motarak*, beber a pequeños tragos, sorber, que viene de *mota*, “trago”. Si a los verbos se les añade un sonido “-úk” al final, se adjudica la idea de “poder” o “saber” hacer tal o cual acción, de manera que *bámúk*, *télúk*, *rákúk*, quieren decir “poder ir”, “poder hacer” o “saber hacer” y “puedo beber”, y de esta manera dicen *kbótúk*: “yo sé cantar”, “yo puedo cantar”. Así se pueden añadir otras “colas”, como yo les llamo, a los verbos, dándoles numerosos sentidos: “át” querer, “ól” necesitar, “úr” deber, y algunos otros más, de donde: *kbámúr* “yo tengo que ir”, *ndebámól* “tú necesitas ir”, *stélát* “él o ella quieren o desean ir”. Si además quieren dar a entender que dicho verbo lo ejecutan de continuo o muy frecuentemente, entonces pronuncian muy alargada la vocal de la sílaba central: *ndebáamol* “tú necesitas ir allí con más frecuencia”, *kbóotat* “yo quiero andar siempre cantando”.

Ahora bien, siendo tan precisos con tan extrañas minucias, no tienen en cambio manera de expresar el tiempo, porque siendo tan perezosos y descuidados, para ellos es lo mismo ayer, que ahora, que mañana. De ahí que *kokúur* significa “yo siempre hablo”, “yo suelo hablar” o bien “yo hablaba”, mientras que *kokúr* puede traducirse por “yo hablé”, “yo hablo” o “yo hablaré”. Mención especial merece el modo que tiene de expresar las órdenes o comandos. La regla principal es que, para la segunda persona del singular, o sea “tú”, la orden se da repitiendo la primera parte de la sílaba verbal, así que *babám* quiere decir “ve tú”. Dicho comando se vuelve plural

si se adjunta la terminación *tsi*, o sea que *babámtsi* viene a ser “vayamos nosotros” o bien “id vosotros”, según el caso. Si se quiere dar mucha más fuerza a la expresión, se vuelve a repetir la dicha sílaba, como en *bababám!*: “anda, vete ya” o “te digo que te vayas”; *bababámtsi!*: “vayámonos ahora mismo”, “váyanse ustedes inmediatamente”; si además se le añade una mísera letra más, entonces la frase adquiere un tono despectivo y altanero: *pepepéertsip!*: “¡os digo que esperéis, insensatos!”; *kukukúrtsik!*: “¡hablad, canallas!”. Es curioso notar que el mismo procedimiento, cuando se aplica a los nombres de personas, tiene un efecto totalmente diferente: *Lulo* y *Salo* son dos nombres de mujer muy usuales; *Sasasáltsis* y *Luluhúlsil* equivalen a decir algo así como “¡Mi querida linda Salo!”, “¡Hermosa Lulo mía!”. El habla exaltada complica aún más las cosas. *rSasalítem mu rLulikítim ítiki* equivale a decir “Excelentísimas y apreciadas señoras Lulo y Salo”. *Máma rHuhupílítim mu rLolorelítim ítiki, rkmbababámtsi!*: “Muy apreciadas y excelentísimas señoras Húpi y Lorélo, ¡partamos por favor cuanto antes!”

Otro uso que dan a estas repeticiones es para formar los nombres colectivos, inmateriales y abstractos, aunque con algunas variaciones en el procedimiento. Lo usual en estos casos, es incluir una “-i-” en la primera sílaba, de manera que *kalaják* es “dar amor” o “ser cariñoso”; *kalajáksumu* significa “gracias”, y *kaikakalajáksumu* viene a ser “agradecimiento” o “gratitud”. De forma parecida *peipeperúksumu* equivale a “paciencia”; *kuikukúrsumu*, “idioma”; *kuikukurúksumu*, “don del habla”, “facilidad de palabra”, etcétera.

En este país no se habla una sola lengua. El idioma de los libros antiguos difiere considerablemente del habla de la calle, aunque las gentes me aseguran que pueden comprenderlo sin la necesidad de haber cursado demasiados estudios. De una región a otra se notan también muchos cambios en la dicción, el estilo y hasta en las palabras usadas. En una misma ciudad,

inclusive, es posible decir que los nobles y los pobres apenas pueden darse a entender entre ambos, pues estos últimos se sirven de una jerigonza chillona y agresiva que apenas si merece ser contada entre las numerosas habas del mundo. Los campesinos del norte, por si todo esto fuera poco, hablan un idioma que casi nada tiene que ver con el malporco clásico, y más parece que ladran a que hablen.

SUS COSTUMBRES

En cuanto a sus usos y costumbres yo pienso que no hay pueblo sobre la tierra que los posea más abominables y dignos de reprobación. Son sucios y malolientes por sobre todas las cosas, desconocen el aseo y el perfume, que ni de oídas identifican, no habiendo en su idioma ni palabra que lo nombre. Cuando se bañan, si lo llegan a hacer, no es por limpieza que quieran procurarse, sino por sucumbir al ocio y a los ilícitos placeres que propicia la desnudez, y tengo múltiples testimonios de viajeros y avecinados en el país que así lo confirman. Los he visto dar satisfacción plena a sus más burdas necesidades corporales enfrente de otras personas, o incluso en asambleas a las que asistían altos dignatarios y personas de importancia, porque tan sólo llaman a los criados para que les acerquen orinales o bacinicas. Sus plazas públicas huelen todas mal, de tantos orines y excrementos como se juntan en los rincones, que es donde acomoda el gobierno unos como biombos, creyendo que con esto hace gran servicio urbano. En toda la capital no existe sino una sola letrina pública digna de tal nombre y ésta es tan horrible e insalubre que más le valiera no haber sido jamás instalada; consiste en un gran foso circular de unos cuarenta brazos de orilla a orilla y unos veinte o treinta de profundidad. La estructura que la cubre es de madera ornamentada y se dice que cuenta con más de

setecientos años, por lo que todos recuerdan aún al rey que la construyó; ya se comprenderá que uno no puede acercarse sino con el rostro muy bien cubierto, pues es de adivinarse la cantidad de porquería que se ha ido acumulando y endureciendo en su fondo a lo largo de tantos y tantos años.

Ofrecen las cáscaras y semillas de las frutas que comen a sus dioses, así que nunca las arrojan a la basura, sino que las dejan caer por donde se encuentren, pidiendo a cambio, por si fuera poco, un deseo. Esto hace que los pisos y jardines de sus escuelas, tribunales, palacios, monasterios y templos se encuentren permanentemente sembrados de restos de fresones, limillas, naranjahueles y muchas otras frutas que nosotros ni siquiera conocemos.

Son inconstantes en la educación que les ofrecen a los menores, ahora mostrándose concesivos y en exceso tolerantes, ahora tratándolos con una dureza cruel y por completo indigna de un padre civilizado. Tienen unos lugares redondos y amurallados que ellos llaman escuelas, pero que no resultan sino cárceles para los jóvenes malporcos, pues no se les enseñan allí sino supersticiones, creencias erróneas y ciencias obsoletas.

SU COMIDA Y LICORES

Viciosos como lo son, destilan el alcohol de cuanta raíz, tallo, rama, fruta o semilla se los permite. Sacan un vino de una baya que es muy pequeña y algo ácida al paladar, cuyo nombre ahora se me olvida, y luego, ya adobado con resinas y especias aromáticas, lo cuelan y aclaran muy bien. Una vez madurado lo beben en grandes cantidades y si alguien desatina, insulta, roba, agrede o mata bajo sus lamentables efectos, se le otorgan indulgencias, diciendo que fue un dios, y no un borracho, el que ha obrado de tan lamentable manera. Maceran igualmente

la miel de las abejas y la vuelven alcohol, tomándola cuando la ocasión lo merece, y que resulta ser siempre que se les antoja. Tienen otro aguardiente algo más seco al que llaman *raks*, y que es tan fuerte que lastima las entrañas de quien lo bebe, pero éste no lo permiten tomar sino en las bodas y presentaciones de infantes, argumentando que también es bebida sagrada y de mucho respeto.

Ofrecen en sus banquetes platillos mediocres y a veces hasta asquerosos, más dignos de animales de corral que de hombre alguno, por hambriento que estuviera. Aman el pulpo y los calamares, aunque no tengan escamas ni concha. Se comen a las palomas, a pesar de ser aves santas. Arruinan hasta las mejores carnes con el exceso de una especia avinagrante, áspera en sobremanera y que llaman *kokór*, misma que no dejan de añadir bajo ninguna circunstancia a todas sus comidas, pareciendo en esto obcecados y hasta obsesivos.

He hablado ya de la abundancia de frutas que se consumen entre ellos, pero esto no es producto de su ciencia alimentaria ni de refinamiento alguno, sino de la feracidad increíble de sus tierras, que producen cuanta verdura y fruta pudiera ser imaginada. Se hallan en la Malporquia más variedades de árboles frutales y plantas comestibles que todas las que podamos conocer en todo el mundo civilizado. Y lo que es todavía más importante, su suelo es tan generoso y su clima tan benigno que no existe cultivo que no pueda ser adaptado y desarrollado con gran éxito.

En cuanto a la alimentación diaria, propiamente dicha, los pobres se contentan con un caldo grasoso que llaman *gapágo* en el que se han hecho hervir dos o tres huesos y algún trozo de cuero, sin sal, todo cubierto de una espuma grisácea, y fétido olor a entrañas y podredumbre. Los ricos se maravillan con guisados que llegan a incluir, y no miento en modo alguno, escarabajos, hueva de insectos, gusanos fritos y hasta caracoles de jardín, acompañados, eso sí, de abundantes forrajes que

entre nosotros incluso el ganado hambriento se negaría a masticar. Tal es el caso de la yerbaoliente, considerada indigesta entre nosotros y muy usada como guarnición o hasta como primer plato por este pueblo. Malentienden de continuo los usos para los que la naturaleza ha destinado a cada planta o hierba silvestre. Usan la menta, que es medicina, como adobo o especia; aplican el eucalipto, que es condimento, como emplaste medicinal.

SUS OFICIOS Y ARTES

Los hombres en su gran mayoría se dedican a las labores del campo, con las que no cumplen sino muy mal y no siempre. Desconocen el uso del arado de disco y los más pobres ni siquiera recurren a arado alguno, siendo sus tierras, por lo demás, tan fértiles. En las ciudades y pueblos grandes existe un comercio organizado, pero se fundamenta en el regateo, el engaño y las trampas de corte más vulgar. Apenas habrá uno de entre ellos que pueda ser considerado hombre honesto, y éste resentirá enormemente su incapacidad para colaborar con una multitud de truhanes y pillos como lo son todos los demás. Mienten de continuo con todo lo relacionado a los pesos y medidas; engañan sobre la calidad del producto; inventan la procedencia y califican de frescos hasta los productos más rancios.

Artesanos los tienen, y buenos, pero seguido decoran sus obras con diabluras e indecencias, de manera que resulta natural, para los de nuestra nación, esconder los platones y vasos que los malporcos nos llegan a obsequiar, dado el caso. He visto, cierta vez, a una señora extranjera desmayándose al contemplar los dibujos de un tapiz que dos amigas malporcas le entregaban como recuerdo. En otra ocasión uno de nuestros misioneros tuvo que entrar en lapso de penitencia,

después de revisar la vajilla que el prefecto local le enviaba en señal de bienvenida.

No hay nada en este mundo más monótono y exasperante que su música, que no es apenas sino una pesada concatenación de ruidos en el desorden. Y sin embargo ellos parecen extasiarse al escucharla, aun por horas y horas que no parecen acabar nunca. Cuántas veces me he visto forzado, con tal de agradarles y ganar su confianza, a soportar aquellas interminables sesiones de rechinidos y tintineos, que apenas se interrumpen por un inesperado tamborazo o por un insufrible *solo* del instrumento que ellos insisten en comparar a nuestro violín. En dos o tres ocasiones me ha ocurrido quedarme dormido en medio de una de sus solemnes ejecuciones de orquesta, y ellos aún han tenido la candidez de reclamármelo, por sentirse ofendidos. Cuando cantan elevan la voz hasta el más burdo de los falsetes y se abandonan a modularla sin mayor ton ni son, como pudiera hacerlo con gran facilidad el más desinhibido de nuestros borrachos.

Al contemplar sus construcciones uno advierte de inmediato el mal gusto que las inspiró y el atraso de sus técnicas y concepciones artísticas. Sus muros son exageradamente anchos y lo son, so pretexto de que en esta tierra ocurren terremotos, más de abajo que de arriba, así que da la impresión a quien los mira de que, de un momento a otro, pudieran derrumbarse sobre sus moradores. Por todos lados impera el mismo desdoro y falta de armonía, pudiendo decirse que no construyen para su comodidad ni para el regocijo de los sentidos, siquiera, sino tan sólo de acuerdo a sus supersticiones o a los caprichos que van surgiéndoles de tiempo en tiempo.

Orientan una casona hacia el oeste, porque de esta manera obtienen una mejor vista de la montaña; tienen todas las puertas hacia el este porque de allá es de donde viene el sol, según argumentan. Ellos se ufanan en relatar cómo tal o cual edificio ha sido agrandado sin cesar a lo largo de varios siglos

pero, una vez pasando al interior, el desorden en los planos es evidente y el efecto general es de sumo desconcierto y desagrado. Sus templos y casonas públicas, que ostentosamente ellos llaman palacios, pueden llegar a sorprender a quien los mira por primera vez, pero evidencian todos sus defectos cuando son observados con atención, porque no son inspirados sino por la pretensión y el exceso, y entonces lo único que llega a sorprender es cómo un pueblo tan indolente haya podido levantar moles que, aunque feas, son altas y voluminosas y resisten muy bien el paso del tiempo.

El colmo del estupor, sin embargo, lo experimenta el visitante extranjero al conocer los planos y conversar con quienes conocen bien por dentro los palacios malporcos, porque se entera de que éstos deben tener, según las más rancias costumbres y las más tercas supersticiones, todos los componentes de un cuerpo humano, de tal manera que el portón principal funge simbólicamente como la boca, dos grandes ventanales harán de ojos, las alas este y oeste del edificio serán los brazos, y así sucesivamente. El interior, a qué dudarlo, tiene sus propios órganos. La gran biblioteca y archivo general es considerada el cerebro, las oficinas de la administración y el gobierno son vistas como el corazón, los pabellones de los dormitorios son los pulmones, el comedor central es el estómago, y la gran puerta del vertedero, que da siempre a malolientes callejones, ya podrá deducirse qué función cumple en todo este extraño juego de símbolos. Lo que cuento no es sólo cuestión de nombres y de fábulas, sino que determina todos los protocolos en las cortes malporcas y se enmaraña hasta lo absurdo con reglamentos calendáricos y festividades paganas, por lo que paso al siguiente tema.

En cuanto a supercherías y nigromancias, no puede haber gente sobre el mundo que las tenga tan abundantes y las observe con mayor credulidad e ignorancia. Son tantos sus yerros y tan extraños los desvaríos en los que incurren, que presentar fiel descripción de cada uno llenaría las espirales de muchas bibliotecas. Sin poder dar testimonio sino tan sólo de una pequeña parte de ellas, comienzo por decir que suelen arrancarse los cabellos cuando pasan por delante de sus templos, luego los dejan caer sobre los suelos del atrio y se aseguran con el pie de que éstos toquen las baldosas, en la creencia de que así una parte de sus cuerpos se queda resguardada y asegurada en muy buen lugar.

Detestan que la gente los observe por detrás, porque piensan que una mirada ajena en la nuca puede ser causa de pasiones y enamoramientos indeseados. Para evitarlos, usan unos bonetes dotados de una pieza de tela que alcanza hasta los hombros y que los más acomodados adornan con bordados y abalorios. Cuando tienen alguna premonición y no quieren que ésta se cumpla, chasquean los dedos de la mano izquierda y luego la sacuden, creyendo que con esto disuelven y evitan los malos pensamientos. Si llegan a caer algunas gotas de lluvia a pleno sol, cosa que ocurre, como se sabe, cuando el viento arrastra hasta nosotros las descargas de alguna nube no muy lejana, juntan las manos y las elevan, luego piden en voz baja un deseo y se van en la seguridad de que se les habrá de cumplir. No trabajan los días anteriores a cada luna nueva, porque los consideran nefastos y temen que les ocurran en ellos infortunios de todo tipo. Tienen listas enteras de nombres que no deben pronunciarse en esos días y cada malporco que se precie de serlo debe saberlos de memoria. A los infantes que tienen la desventura de nacer en tales fechas, los someten a un exorcismo particular en el

que les perforan el lóbulo de la oreja derecha y les colocan un arete que habrán de portar hasta que cumplan los doce años.

Dicen que el mundo se originó a partir de un guisante que Ontókoks, a quien tienen por padre de los dioses, se sacó de una oreja porque le molestaba. No explican de donde salió aquel guisante antes de que nada hubiera sido todavía creado, ni tampoco el origen de la tierra en la que cayó para germinar y dar principio a toda la vía láctea, misma que se desarrolló en la forma de una gran enredadera. Sostienen que de una sandía surgió la primera diosa, y que de sus cabellos salió el mar y todos los animales que en los océanos habitan. De esta cadena de hechos hacen derivar otros muchísimos más, cada vez más absurdos e increíbles, hasta llegar a la fundación mítica de la nación malporca, que era en su inicio apenas una horda de bárbaros desnudos.

Santos los tienen en cantidad y piensan que éstos pueden llegar a alcanzar la calidad de dioses tan sólo con que logren acrecentar su culto y su prestigio entre las masas. Así fue que, cuando yo estuve en la Malporquia, me fue dado contemplar la elevación deífica de dos de ellos, San Kukaks y San Entamu, aunque se me dijo que eran los primeros en ser deificados en más de cuarenta años, y que aquel tipo de promoción no se efectuaba sino dos o tres veces por cada siglo. Con ocasión de dicha fiesta se celebraron numerosas ferias y romerías callejeras que no resultaron sino pretextos para la usura, la estafa, la borrachera y todos los demás excesos imaginables. Vinculan a muchos de sus santos con los oficios productivos y a otros más con determinadas fechas del calendario. Publican libros sobre sus vidas y éstos resultan muy gratos y entretenidos por toda la ristra de mentiras y disparates como se les endilgan y atribuyen. Hablando de San Kukaks, por ejemplo, convertido hoy en día, bajo el sonoro nombre de Kukaks Lloviente, en todo un flamante dios, cuentan que, cuando niño, regaba con sus lágrimas la empobrecida parcela

de sus padres, y que a sus llores la tierra contestaba haciéndole brotar sarmientos florecidos, vainas repletas de guisantes, maravillosas espigas y frutos ya maduros.

Adoran cosas visibles y fenómenos tales como el sol, la luna, el viento, la lluvia, las aguas del mar y también las de los ríos; la nieve del invierno, la floración de los campos, la fructificación de los huertos y el parto de las mujeres; la primavera, el verano, el otoño, la temporada de las cosechas y hasta la misma muerte. No contentos con esto, a cada una de estas cosas le asignan no sólo uno, sino varios dioses y diosas, y a cada diosa o dios le corresponden atiborrados ejércitos de santos y de beatos. No hay malporco que conozca de memoria la lista completa de los dioses a quienes debe venerar, por lo que en aquel país un dios omnipotente puede ser tan ignorado como cualquier hijo de vecino, así que muestran condescendencia por las faltas que se cometen en materia de religión.

HÉROES, CAPITANES, REYES MALPORCOS

Pocas historias las hay menos edificantes que las de sus capitanes y reyezuelos. Son escritas en dilatados rollos de papel de flores o de cueros curtidos y después son guardadas y almacenadas no en bibliotecas, mismas que desconocen, sino en los nichos de sus templos y capillas. Llegado el día de tal o cual festividad del calendario, la gente acude a sacar los manuscritos y, manejándolos con gran veneración, los leen en voz alta a quienes voluntariamente se sometan al martirio de escucharlos. Generalmente esto ocurre en atrios y plazas que, como quiera, llegan a juntar bastante gente. Las lecturas se efectúan en medio de gran alharaca y escándalo, porque los lectores aúllan y palmotean de continuo, o tocan fuertemente tambores y címbalos, según algo vaya ocurriendo en la narra-

ción. Tienen para este fin muchos otros instrumentos y a cada uno le asignan una función o significado especial. Llama la atención una especie de bastón alto que remata en un penacho de numerosas ramitas, o brazos; estos están atiborrados de cascabeles o campanillas, y cuando la narración entra en suspenso los golpean contra el suelo, logrando intimidar o, dado el caso, despertar a los escuchas.

Hablan de un tal Gámpar, muy famoso en toda la Malporquia y cuyo único mérito consistió en asesinar a su cuñado para quedarse con sus cosas y heredades. Para justificar una acción tal, argumentan que la víctima había antes afrentado públicamente a su esposa, que resultaba hermana del héroe. También es famoso un Golo, o Kolo, que construía los muros de su casa usando por ladrillos los cráneos de sus desventurados enemigos. De este último se dice igualmente que, por cada guerra en la que se embrollaba, añadía una bodega a su mansión y que en ella guardaba los tesoros que arrebataba a los vencidos.

Admiran, rayando en la veneración, a un granuja de nombre Kanobár, supuesto rey suyo quien ni siquiera tenía un domicilio fijo, si es que hemos de creer lo que se cuenta, sino que andaba vagando con sus fechorías y aventuras de pueblo en pueblo y de región a región. A donde quiera que llegaba construía una extensa mansión portátil, hecha de palos, correas, cuerdas, lonas y sedas finas. La tenía muy decorada porque en ella recibía, según los crédulos malporcos, no sólo a duques y embajadores sino incluso a ángeles enviados desde lo alto, de modo que tenía mucho cuidado en embellecerla por dentro tanto como le fuera posible. Tanto así era que extendía como paramento principal un tapiz de magnífica hechura y en él aparecían hermosos caballos y doncellas de apariencia celestial. Pues según dicen los rapsodas, estas mujeres y corceles no eran otra cosa que el fruto de sus botines y continuos saqueos, pues además de bandido era hechicero el tal Kanobár

y, embrujando todo aquello que atesoraba, especialmente las jóvenes y los caballos, los hacía residir en su tapiz mágico, para llamarlos cuando requiriera de sus servicios y compañía, o simplemente cuando le viniera en gana. Es este mismo Kanobár a quien cantan cuando se emborrachan y lamentan el rechazo de alguna hermosa altanera, o el abandono de una amante ingrata.

De sus capitanes y reyes recuerdan muy dilatadas listas, pero de algunos de ellos no conocen sino el nombre y la fecha aproximada en que vivieron, porque siendo sus historiadores tan insulsos y cortos de entendimiento no acertaron a mencionar sino muy poca cosa o incluso nada sobre los méritos o desaciertos de sus próceres, o ya siquiera sobre los simples hechos en que participaron estando vivos. Entiendo, sin embargo, que dividen su historia en dos períodos: el primero, que sus cronistas llaman el de los Cinco Reinos, y el segundo, conocido como el de la Espada Floreciente. Reza un adagio citado con frecuencia por sus maestros y enseñantes que cinco dedos abiertos nada pueden ni sostienen, y que, por el contrario, cerrados forman un puño, dando a entender que era necesaria la fundición de cinco feudos en una sola nación. Coludo de todo esto que en otros tiempos no había una sola Malporquia, sino cinco países diferentes, cuatro de los cuales fueron usurpados y sometidos por el primer Gran Malporco, que éste es el título que dan a sus más importantes reyes y benefactores, y así llaman, por ende, al general unificador que diera origen a la nación, tal como ahora la conocemos. Aunque no es de extrañar, dada la naturaleza fanática y supersticiosa de esta gente, aclararé que el título de Gran Malporco se otorga póstumamente y es una de las varios grados de canonización que conocen. Pero volviendo al tema, a juzgar por la manera en que actualmente se organizan, incluso los reinos originales no deben haber sido sino pequeñas confederaciones de jefes locales, pues hasta la

fecha el país se divide en cinco provincias y cada provincia se subdivide en un número variable de troncos, como les llaman ellos, y que no resultan sino alianzas regionales de familias muy populosas. Estos llamados troncos comparten diocecillos, festividades calendáricas y un emblema troncal que los padres hacen tatuar a los hijos cuando los presentan en sociedad. Se desprende también del análisis de su historia que este país no fue fundado sobre derechos legítimos, sino más bien al tajo de la conquista y el despojo, como todo lo que emprenden estos desventurados.

Grandes Malporcos ha habido hasta ahora tan sólo cuatro, el último de los cuales era mujer. Todos a cuál más de fieros, cruentos y desalmados, según se deja ver por sus acciones y gestas. El primero, que ya acaba de ser mencionado, tuvo por nombre Ubár, Gran Malporco, el Unificador, y las crónicas registran que podía convocar la lluvia a voluntad y detenía los vendavales con su capa, oponiéndola al aire enfurecido. Sabía también impedir las tempestades, rajando y dividiendo las nubes con su espada, datos de los que podrá deducirse la poca veracidad de todo lo que estos pobres consideran su historia. Mudó varias veces la capital hasta establecerse finalmente en TolUbáram, en donde construyó su palacio. Tuve oportunidad de conocer el lugar y puedo dar fe de que no es sino un montón de escombros de adobe que más bien da la impresión de ser un vulgar lomerío. El segundo fue Káko II, famoso por sus conquistas. Su nombre quiere decir Rata de Campo, porque en materia de nombres esta nación no está más avanzada que en materia de costumbres y moralidad. Expandió los dominios de su raza con base al despojo sistemático y la más descarada usurpación de los señoríos circundantes, de donde resulta que es posible considerar a gran parte de la Malporquia como un territorio en posesión precaria y a todas luces ilegítima. Cambió de nuevo el sitio de la capital, trasladándola a TolKákom, en donde se encuentra

hasta ahora. Inauguró los principales edificios de la ciudad, pero éstos han sido tan alterados con el paso de los siglos que es muy poco lo que queda, según me dicen, de las construcciones originales. El siguiente fue Káko III, nieto del anterior, amante del saber e introductor de las escuelas en el país, o de lo que ellos se atreven a llamar escuelas. Construyó templos y los dotó de libros, porque se dice que era amante de las letras. Decretó que los salarios fueran obligatorios para cualquiera que trabajara, aboliendo con esto la esclavitud. Se dice que era muy compasivo y, como para dejar prueba de lo anterior, fundó una extensa red de hospitales. Sus dioses le pagaron todas estas buenas acciones haciéndolo morir apuñalado a manos de un asesino a sueldo.

Reinas las han tenido tan sólo dos, la primera de las cuales accedió al trono por viudez. Se llamaba Máma Kúrko, que es lo mismo que decir Doña Cuerva. Era plebeya. Duró cincuenta y ocho años en el trono y gobernó esta nación con dureza ejemplar. Accedió al rango de Gran Malporca. Se cuenta de ella que llegó a ser disecada por sus seguidores al morir, para seguir sacándola a un balcón de Palacio y así poder hablar y decidir por ella⁴³.

⁴³ Es una lástima que Nawalq Imássi no se extienda en la mención de este importante personaje, de cuya vida poseemos, por lo demás, tan pocas fuentes de información histórica. Nacida, al parecer, de familia de humilde condición, accedió a importantes posiciones sociales ya desde su juventud, tal vez en calidad de cortesana. Contrajo matrimonio con un príncipe secundario, a quien promovió agresivamente hasta verlo convertido en el efímero Mómaks IV. Ayudó a diseñar las reformas internas durante el breve gobierno de su marido. A la muerte de éste, asumió directamente el poder y aceleró los cambios e innovaciones administrativas, impulsando una activa política exterior y sacando al país de su secular aislamiento. Redujo drásticamente la influencia de los señores feudales —contra quienes tal vez guardara resentimientos u odios ocasionados por su antigua condición de plebeya—, al privarlos, primero, de sus fuerzas armadas particulares y, posteriormente, al obligarlos a someterse al sistema tributario del gobierno central. Reestructuró el anquilosado aparato judicial y legisló con profusión, mejorando con mucho la condición de las mujeres y los desposeídos. Desconoció las concesiones que en materia de minería y comercio marítimo tenían las potencias extranjeras y, ante la amenaza de una invasión como represalia, respondió expulsando definitivamente a las legaciones de los países involucrados. Resulta poco verosímil la anécdota según la cual al morir fue embalsamada para ser utilizada como parapeto, aunque el hecho es mencionado

SU DESTINO

Aunque quien esto escribe no es nadie para sugeriros nada, ni aun de la manera más oblicua y recatada, no puedo dejar de preguntarme: ¿Estará contemplado en los planes divinos el que una simple coalición de bárbaros retenga para siempre un territorio que, a todas luces, fue creado para un destino mejor? ¿Será justo que una caterva de jefezuelos paganos controlen una de las tierras más pródigas y hermosas que existan en el planeta? Las diversas provincias de Malporquia podrían sustentar una de las más grandes civilizaciones del orbe, si tan sólo fueran adquiridas por una nación más avanzada y más dispuesta a llevarles el orden y el progreso: sus recursos son abundantes y tan sólo esperan un pueblo más capaz de darles uso y sentido cabal; su clima es agradable y salúfero; sus paisajes son agradables y, en muchos lugares, prodigiosamente bellos.

Si, como ya lo vislumbro, el destino de estas tierras es el de pasar a mejores manos, pienso que el destinatario natural de las mismas es nuestra raza, avanzada entre todas, heredera de una antiquísima cultura, amante del trabajo, la disciplina, las artes, el saber y la única religión verdadera. Si no asumimos nosotros este destino, alguna otra nación más venturosa lo asumirá. Perdiere lo que perdiere en dicha empresa y por más que se tuviera que arriesgar, el pago serían inacabables tierras labrantías, ríos navegables, lagos de agua dulce, yacimientos de todos los metales y un posicionamiento geográfico sin par que otorgaría al afortunado el control de todo el orbe. No vislumbro, sin embargo, y por más que lo considero, ninguna nación más digna de tal empresa que la nuestra, madura, cabalmente organizada, poderosa, y cuyas colonias allende

en los únicos otros dos documentos confiables que poseemos sobre su persona. Más probable parece que su muerte haya sido ocultada durante algún tiempo para asegurar una sucesión favorable a los partidarios de la reforma, cosa que, como se sabe, no llegó a ocurrir nunca.

el Mar de la Buenaventura son limítrofes, aunque tan sólo lo sean en uno de sus extremos, con esta hermosa tierra que por ahora controlan los malporcos.

No se malentiendan, ni por un instante, las intenciones que me mueven a expresar todo lo anterior. No se piense que oso, en forma alguna, aconsejar, dirigir o conducir a quien, por su naturaleza gloriosa, su incomparable capacidad y su propio derecho está destinado a aconsejarme, dirigirme y conducirme. Admiro toda la firmeza y la profunda sabiduría con la que habéis hasta ahora gobernado las tierras que os heredaran vuestros ancestros. Con la intención de que éstas lleguen a ser algún día mucho más extensas, intento ahora tan sólo expresar lo que considero, con base en todas las evidencias, útil para la patria y para Vos mismo.

Mi bendición para el que respete, letra por letra, lo relatado en este informe, porque es veraz, y se escribe en los mejores intereses de nuestra querida nación. Mi maldición más temible para el que osare cambiar una sola de sus ideas, conceptos, palabras o incluso letras.

Quedo obediente, como siempre lo he sido, de vuestra luminosa majestad.

De la Crónica y Descripción de un Viaje al País de los Malporcos, por el espía y diplomático Nawálg Imássi. Se antologan sólo unos cuantos de los “apartados” de la célebre carta. Como se sabe, un buen número de ellos fueron destruidos, por razones políticas, ya desde la llegada del documento a la corte uburta.

Año 572 del Tiempo de la Paz Celestial, en uburto medio.



Búsqueda y encuentro de las naciones

DE CÓMO PERDIMOS TRES HOMBRES CUANDO TOMAMOS POSESIÓN DEL VALLE MANSO

Al día siguiente reiniciamos nuestra marcha y a pocas horas de haber abandonado el paso aquel entre los montes que llamamos de Sierra Azul, entramos en un valle tan dilatado que no veíamos ni dónde terminara ni hacia dónde se extendiera. Nuestros hombres estaban muy cansados y con el ánimo asaz indispuesto, porque no había suficiente comida, y apenas llevábamos con nosotros algo qué beber. Como teníamos ya un año de habernos separado de los que se devolvieron a la mar océano para tratar de traernos alguna ayuda y refuerzo, dábamos por cierto que hubiesen naufragado, así que no teníamos ya más esperanza ni salida que seguir adelante como posible nos fuera.

Parlamentamos entonces sobre qué era lo que mejor convenía y hubo consenso en que, antes de proseguir, descansáramos algunos días y tomáramos posesión del valle aquel, como habíamos venido haciéndolo hasta entonces en tantos eriales cuantos habíamos descubierto. Llevamos a cabo la ceremonia sin mayor solemnidad que la que aquellas circunstancias nos permitían, y que no era mucha, pues que ya entonces nos hallábamos maltrechos, muy harapientas las ropas y aún más estragadas la apariencias, así que más pareciéramos unos naufragos que los avanzados del Reino, y le pusimos por nombre al valle que digo el de Valle Manso de la Sierra Azul, por ser sus confines tan dilatados y su vista tan hermosa. Y después

que hubimos invocado los nombres del Rey, de la Providencia, de la Nación y del Santo Metropolitano, de acuerdo a lo que marcan las costumbres y las leyes, nos dispusimos a buscar algo con qué abastecernos para los días que hubiéramos de permanecer en aquel sitio, que no sabíamos por cuánto tiempo fuera a ser, si por unos pocos días o por muchos meses, o acaso por el resto de nuestros años, de manera que así partimos de cacería en bandas de cuatro o cinco hombres.

Todo aquel día bregamos buscando piezas de caza grandes, a modo que fueran suficientes para calmar el hambre de toda la avanzada, pero al volver al campamento hicimos un recuento y supimos que aquella tierra no ofrecía sino animales pequeños y alguna hierba en abundancia cuyas raíces ya conocíamos y eran comestibles, aunque amargas y de mala sabor, porque pocas tierras habrá en el mundo que ofrezcan tan poca comida y tan mala.

Entonces nos percatamos también de que faltaban tres de nuestros hombres, que no aparecían entre los regresados a la acampada en donde nos habíamos asentado. Estuvimos llamándoles mucho rato, dando grandes voces hacia todas direcciones en las que habíamos marchado a cazar, mas como era ya tarde y desconocíamos el país, tuvimos a bien dejar la búsqueda hasta la mañana siguiente. Así lo hicimos, pero no se divisaban o escuchaban por parte alguna aquellos extraviados, ni por más que indagábamos y recorriamos tratando de hallar siquiera huellas o cualquier otro rastro que hubieran dejado en su recorrer. Aconteció que al tercer día se nos apareció un animal de buena alzada, parecido al tarbuco aunque sin cuernos, y le dimos caza entre todos y pusimos su carne a cocer sobre las brasas, aunque vimos que no era tampoco de muy buena sabor, por sabernos como dulzona o ahumada ya de por sí misma. Regresamos entonces a la acampada y descansamos para poder continuar durante el día siguiente la búsqueda de los que nos estaban faltando,

que no queríamos abandonarlos a peligro ni continuar la marcha sin ellos.

Y ocurrió que durante la décima jornada de estar en aquel valle, andando algunos de nosotros tras el vado seco de un arroyo que por allí se distinguía, descubrimos el cuerpo, ya sin alma, de uno de los perdidos. No estaba todavía muy descompuesto, que debía tener poco de fallecido, pero no pudimos saber quién de ellos era, porque su cara y todo su cuerpo estaban muy malamente dañados y comidos por los animales salvajes, y no le quedaban ropas encima. Entonces le dimos sepultura, rezamos por él y por los otros dos que andaban con él, y así acordamos abandonar la búsqueda para dejar el valle ese, al cual cambiamos de nombre, llamándolo el Valle de la Aflicción, o Campo Triste del Rey.

La mañana siguiente la dedicamos a cavar hondo en las arenas para ver si sacábamos de sus entrañas algún agua, pero no fue sino poca y no muy buena. Entonces seguimos adelante, asaz contristados pero con la esperanza de hallar mejor ventura en otros lugares de los que hubiéramos de conquistar.

DE LA CORDILLERA DE MONTESSOLOS, Y DE LA EXTRAÑA MANERA DE PLANTAS Y ANIMALES QUE DESCUBRÍAMOS

Ya no se me acuerda muy bien cuántos días después de haber dejado aquel valle fue que llegamos a las montañas que nombramos de Montessolos. Allí las tierras son yermas y todas muy cubiertas de rocas o guijarros. Por todas partes crece el abrojo y un como forraje áspero que nace y se desarrolla ya muy seco, sin vida ninguna, hasta alcanzar una altura de varios brazos. Sobre esto tendrán los sabios mucho qué discurrir, porque no es de considerar usual entre nosotros que un animal venga al mundo muerto para después engordar, ni una planta brote seca para seguir creciendo hasta alcanzar

notable altura, como estas plantas que digo alcanzan, pero en aquel país abundan las zarzas, matorrales, yerbas o arbustos que nacen y crecen sin ninguna verdura ni señal otra de vida, como no sea su mismo crecimiento, y algunos llegan a ser muy altos y visibles. El por qué tenga esto decidido la providencia es cosa que yo ignoro, pero de estas plantas y arbustos que se dan en aquellas naciones los hay unos pequeños que se asemejan a piedras, y otros más grandes que son anchos y muy pesados, y otros ligeros y estirados. En cuanto a los forrajes que menciono, puedo asegurar, por haberlo comprobado yo mismo en repetidas ocasiones, que allá se dan tan rescos y ásperos que no puede creerse que estén vivos, porque no tienen agua ni en el tallo ni en las hojas ni tampoco en la raíz, y ni por más que se les prensare o machacare se les podría encontrar alguna.

Y hay también animales que se asemejan a las piedras, y otros que parecen estar hechos de arena vidriosa, y unos más que tan pronto parecen de arena vidriosa como luego de piedra, porque cambian la color de sus lomos como a ellos más les convenga o les plazca. Uno destos que vimos duraba muchas horas sin moverse tendido sobre una roca, y era difícil saber dónde era la roca y dónde el lomo de la sabandija. Y hay también unos lagartos pequeños que parecen de cristal, por tan clara como tienen las carnes, que si los pone uno frente a los ojos casi se miran todos sus dentro al trasluz. A estos se les encuentra debajo de la tierra, después de mucho escarbar por bastante rato, y puedo dar testimonio de que son de muy buena sabor, porque los comimos donde quiera que nos fue dado encontrarlos.

Pues así andábamos asombrándonos con tan diversas cosas como íbamos descubriendo, que a falta de ciudades y reynos nos fijábamos en los animales y las plantas, por hallarlos tan variados y extraños, y en las formas que se quisiera, aún en las que menos se pudiera pensar, como más adelante relataré.

DE CÓMO DIVISAMOS A LOS PRÓJIMOS Y DE LO QUE SOBRE
ELLOS COLUDIMOS

Y ocurrió entonces que por uno de esos páramos nos trasladábamos, cuando de pronto alguien de entre nosotros hizo advertir un ruido de algo que se movía entre los pajonales. Como creímos que se tratara de esos como tarbucos, o de otras piezas de caza, estuvimos muy atentos, a modo de no espantar a la presa y con ella a la merienda. Y así estuvimos cosa de varios minutos, procurando atisbar de qué se trataba. Cuando al cabo de cierto tiempo uno de nosotros tuvo a bien disparar, en el acto saltaron y corrieron por entre las rocas muchos hombres desnudos, como saltan las liebres y los gamos. Estaban escondidos tras de las plantas y breñales, y se perdieron entre ellas más pronto que una bandada de perdices. Eran los Prójimos, porque así les nombramos cuando nos dimos cuenta de que eran, en todo lo visible, igual que gentes y personas.

Considérese aquí cómo sería de grande nuestro asombro, después de tanto tiempo como teníamos sin ver más hombres que nosotros mismos y teniendo ya tanto tiempo en aquellas tierras en búsqueda de las naciones. Comenzamos entonces a llamarles, dándoles voces para que se acercaran, pero por más que lo intentamos ni llegaron ni en modo alguno tampoco nos respondieron. Platicamos entonces lo que aquel hecho pudiera significar, que tal vez desde entonces nuestra búsqueda habría de rendir frutos, por hallarnos ya no tan lejos de señoríos y reinos nunca antes descubiertos, y así que decidimos no hacer uso por el momento de nuestras armas, por no asustarlos como ya mucho lo deberían de estar. Así que continuamos a dar de voces, convocándolos, y les dijimos que veníamos en son de paz, representando a su Majestad y con la mira de establecer legaciones y tratados de amistad y concordia y buen comercio. Pero los Prójimos, por más que

se pasaron varias horas, no dieron ya más muestra de su presencia, por lo que se acordó continuar por aquel camino hasta volver a dar con ellos. Y esto así nos aconteció, por más que siempre de la misma manera y sin mejor ni más prolongado trato con ellos, porque conforme avanzábamos en aquella comarca tan pronto nos era dado verlos saltar por encima de un voladero, desde una orilla a la otra, como después divisar a cuatro o cinco de ellos corriendo para esconderse. Luego que ya llevábamos varias semanas en su país se nos dejaban ver un poco más, y mucho se reían de nosotros con nuestras cuitas, pero sin acercarse nunca por completo.

Andan sin ropas, ni tampoco parece que antes de ver las nuestras tal cosa conocieran. Ignoran el arte de la labranza y, para el caso, también todas las otras. Nada poseen y nada saben. Viven de cuanta cosa pequeña se mueva sobre el polvo, y aquí debo decir que alguna vez los vimos abalanzarse sobre una mísera oruga, para comerla viva. Andan descalzos sobre los espinares, que no los parecen herir ni molestar, nunca lavan sus cuerpos ni sus caras y dejan crecer muy largas sus cabelleras, que se les enmarañan muy cerradas sobre la espalda, sirviéndoles de parasoles.

Pensamos que no hablan, porque nunca los escuchamos pronunciar palabra, ni saludo, ni despedida, ni proferir voz alguna como no fueran sus risas y sus jadeos y sus gemidos, sino que tan sólo se ahuyentaban muy espantados cuando nos miraban pasar. Tal vez no tengan siquiera el don del habla, porque ni para mucho que lo necesitan, pues siendo tan pobres y salvajes, como no creo que haya otro pueblo en el mundo que más lo sea, no tendrán de qué hablarse los unos con los otros, y de todo esto habría resultado que la Providencia, que todo lo sabe y todo lo dispone, no creyera necesario dotarlos de mucho entendimiento, ni menos aún de palabra.

Dejamos el país de los Prójimos después de varios días de recorrer sus meandros o escondrijos de tierra roja y morada,

y sin saber más de esta gente que cuando por vez primera los encontramos. Salimos por un desfiladero que se abre entre dos paredes de piedra. Al volver la mirada hacia atrás, arriba, entre las rocas, vimos a un hombre que nos veía partir, y parecía muy triste y cuitado, pues les habíamos dado visita y hecho compañía a lo largo de su desolado país, y gente como nosotros jamás la habían contemplado, ni volverían tal vez a contemplarla.

DEL ENCUENTRO QUE TUVIMOS CON LOS INGENUOS, Y DE LO
QUE CON ELLOS NOS OCURRIÓ

Al terminar de recorrer aquellas tierras encontramos que unas grandes montañas nos cerraban el paso. Eran resacas y azules como el cadáver de un gran lagarto que hubiera caído del cielo. Sólo con muchos esfuerzos y verdadera penuria fue que logramos ascender por aquella ladera, que toda estaba cubierta de lajas y plagada de zarzas y matorrales espinosos. Pero al alcanzar la cresta de la cordillera pudimos contemplar, a lo lejos, la cuenca de un río y dimos gracias por haber finalmente encontrado agua que nos resultara suficiente, y también porque nos era dado mirar tantos árboles a la distancia y labores como se divisaban. Pues que de un lado aparecían pequeños caseríos de paja y ramas, a la manera de los de esta tierra, y por el otro se contemplaban hileras de árboles y, entre ellos, los sembradíos de los gentiles. Y ahora cabe recordar cuán cansados nos encontrábamos en ese momento, con cuánta desesperación y flaqueza, porque hacía más de un año que no descansábamos a placer, sino que apenas nos establecíamos en algún lugar, que alguna situación nos hacía tener que volver a cargar los aparejos para partir de nuevo, y si un día comíamos bien, al otro no hallábamos sino raíces que masticar, y cuánto tiempo teníamos sin establecer

verdadera relación con otros humanos ni entendernos con ellos, como no fuera entre nosotros mismos.

Comenzamos entonces a bajar la ladera y antes de que hubiéramos llegado al valle salieron a recibirnos los nativos. Venían corriendo, mostrando mucho contento, pues daban gritos de júbilo y agitaban las manos en señal de bienvenida. Andaban, al igual que los Prójimos, desnudos, excepto por los muchos collares de conchas y abalorios que llevaban en los cuellos y brazos. Uno de nuestros compañeros hizo notar el cascabel de oro que colgaba del pecho del principal. Era pulido y brillante, y labrado en la forma de un caracol de mar, por lo que coludimos que cerca de ahí habría fraguas o ingenios de metal y gente civilizada y las costas del mar océano.

Hablaban una lengua bárbara y también eran en todo muy salvajes, pero nos ofrecieron, según pudimos entenderlo, sus casas y estancias para nuestro acomodo y beneficio. Eran muy pobres. Les llamamos los Ingenuos, por no tener escudos, ni llevar armas, ni ropas, ni contar con parapetos ni fortificación alguna que los resguardase de hombres más fuertes que ellos. Luego que pasamos al pueblo hubimos de ver con cuán poca arte vivían, porque sus casas eran apenas refugios incultos hechos de ramas trenzadas y sin ninguna manera de prosperidad o confección. Dormían sobre la tierra, recostados apenas en colchones muy pobres hechos de hierba seca. Cocían sus alimentos a la lumbre, pero sin adobarlos ni aderezarlos en modo alguno y sus modales eran toscos y faltos de ceremonia.

Los Ingenuos son regulares de estatura, escasos de carnes y generalmente de buen ver, sobre todo los jóvenes y las mujeres. Sonríen todo el tiempo, aun sin tener ni motivo ni excusa para ello. Algunos tienen los dientes muy malos, porque desde muy temprano en la vida ellos mismos se los liman y afean. Nos dijeron por señas que su comida los mantiene muy fuertes y libres de enfermedad, aunque esto no es cosa de creerse. No

encontramos entre aquellos gentiles ni ídolos, ni templos, ni objetos del culto religioso, pero se molestaban notablemente cuando señalábamos con el índice a los grandes pájaros, los árboles y las montañas de su país. Tomaban entonces nuestras manos y las bajaban con cuidado, dándonos a entender que aquello no estaba bien, por lo que, pienso, tienen sus propias creencias y hasta quizá su forma de religión, por más que esté equivocada y sea muy bárbara en todo.

Igualmente nos dieron a entender que más allá de un paso o vado del río que regaba sus labores había otras gentes mejores que ellos, con más haberes y haciendas. Más mal que bien, interpretando esta o aquella señal, o movimiento de las manos, o gesto de sus caras, concluíamos que por delante de nosotros, a dos, o cuatro, o quién sabe cuántos más días de distancia, quedaban muchas tierras mejores que descubrir, pobladas por otras naciones mucho más cultas y ricas. Porque de seña en seña coludíamos que desde allá traían sus provisiones y otras comidas más sustanciosas que no lo poco que sembraban. Pero nos suplicaron que no partiéramos de allí y que no rechazáramos su hospitalidad, así que aceptamos alojarnos por un tiempo en la Ciudad de los Ingenuos, y ciertamente no es que estuviéramos en circunstancia de hacer otra cosa.

Nos repartieron entre las casas de los principales, que son los que tienen comida que ofrecer, y nos agasajaron con sus mejores manjares, que eran a la manera de pequeñas rodajas de carne desecada con humo y luego calentada al fuego, sin sal ni manera alguna de condimento, y también moliendas de grano a la manera de harinas, mismas que ablandan con agua. Encontramos su sabor muy desagradable y dulzón, como el de ningún otro animal que hubiéramos comido, y pensamos que fueran tarbucos de los de aquellas tierras, como los que a poco tiempo antes hubimos de comer, pero nuestra hambre y sed eran tan grandes que no nos oponíamos, ni jamás lo hubiéramos hecho, a aceptar aquellas viandas, por más extraño

gusto que tuvieran. Luego nos retiramos y toda esa noche la pasamos hablando de las riquezas que tal vez nos esperaban allende los vados, y allí permanecimos algunos días.

Como después les hiciéramos entender que buscábamos oro, sus jefes nos dijeron que no lo tenían ni en grandes ni en pequeñas cantidades, y que aquel aderezo que colgaba del pecho del principal era un regalo de otros jefes vecinos, y que no usábalo aquél por adorno sino como protección contra los malos espíritus, o algo así les entendimos. Entonces nos dejaron registrar en sus casas, pero al cabo no encontramos sino algunos pendientes de cobre y otros muchos de conchas y piedras sin valor.

Pasamos algo más de veinte días en sus casas, consumiendo de sus provisiones y bañándonos en el río, del que aprendimos a sacar pequeños camarones. Pero nuestros soldados se encontraban ansiosos de la compañía de mujeres, y no todos se refrenaron, ni se pudieron abstener como lo mandaba la cortesía. Porque es de comprenderse cómo después de más de dos años y muchos aún más días en compañía tan sólo de hombres, sus bajos deseos se hubieran avivado con tanta fuerza, al grado de no respetar las buenas intenciones de quienes les ofrecían hospedaje, además de sustento, y así ocurrió que, pasando por alto la decencia de los Ingenuos y su sencilla generosidad, algunos de entre nosotros comenzaron a tomar por fuerza también a sus hijas y a sus mujeres.

Así las cosas, ocurrió que sus principales comenzaron a discutir con nosotros, cada vez con mayor enojo, hasta que fue aquella discusión en tan incivil manera que no sabíamos lo que nos quisieran decir, y cierta tarde, en una reyerta que se diera, tuvimos que matar a algunos de ellos, lo que causóles gran pavor y desconcierto, porque nunca habían visto armas como las nuestras, ni la manera en que causaban tan grande mortandad. Entonces se replegaron los Ingenuos con gran aparato, dando gritos, y dejando a poco tiempo la

ciudad tan sola que ni siquiera dejaron abandonados a los ancianos y enfermos. Pero durante toda la noche los oímos cómo se desplazaban entre sus sembradíos, de un lado a otro y con mucho sigilo, como para tendernos una emboscada en lo oscuro, que era lo único que podían hacer, viéndonos tan armados y tan fuertes. Y puesto que conocían mejor que nosotros el terreno, discurrimos huir aguas abajo para poder escapar con vida, en dirección a los vados, así que, disparando nuestras armas para inculcarles más temor y aprovechar su desconcierto en nuestra ventaja, algo antes del amanecer salimos de la Ciudad de los Ingenuos, marchando entre una lluvia de piedras y palos que nos caían desde lo alto en la casi completa oscuridad, y sin mucho conocimiento de la tierra que pisábamos. Fue así que otros once de nuestros hombres se quedaron atrás, de forma que hasta ahora no sabemos si fueron hechos prisioneros o encontraron muy peor suerte a manos de aquellos infames gentiles.

A la mañana siguiente, cuando no oímos ya barullo ni ruido alguno a nuestras espaldas, hicimos un alto a la vera del río para pasarnos lista de presencia y considerar nuestro estado general, que fue cuando supimos cuántos de nosotros faltaban; entonces pedimos perdón por todas nuestras culpas y luego descansamos lo que se pudo, y al poco tiempo nos echamos a andar para seguir adelante con nuestro camino.

DE CÓMO LLEGAMOS A LOS VADOS Y DE LA DESAZÓN QUE SE APODERÓ DE NOSOTROS ANTE LO QUE ALLÍ ENCONTRÁRAMOS

No habíamos andado muchas leguas, ni había caído la tarde, cuando llegamos a aquel lugar que entendíamos eran los vados. Mirábamos, ya muy de cerca, el paso que forman dos cordilleras de montañas que allí se enfrentan, y ponderábamos en cuanto a la naturaleza del país que allí empezaría, y de lo

que nos aguardara, o la manera en que fuera preciso recibir y tratar a las gentes que en lo futuro encontráramos.

Y muy poco después, al adentrarnos en el ramaje que bordeaba la orilla del río, descubrimos un como claro en la maleza, o una como explanada sobre el arenal. Nos percatamos de que se trataba de un campamento de los Ingenuos, por todo aquello que ellos mismos nos habían contado y por la guisa de ollas que allí se veían abandonadas, que eran como las vistas en su ciudad, y nos asaltó la sospecha de que todavía algunos de ellos pudieran encontrarse por allí cerca escondidos, porque percibimos los restos de sus andanzas y cacerías, pues que a los lados estaban ciertas maneras de enramadas en donde ponían a secar sus alimentos, y más al centro unos como pozos en donde los cocían o ahumaban, y por todas partes había montones de huesos, desperdigados unos y los otros muy juntos y acomodados. Y todo despedía un hedor muy malo y fuerte, como de animales muertos. Pero al acercarnos a inspeccionar aquellos desperdicios con más cuidado, nos dimos cuenta de que eran restos de hombres y mujeres, pues se veían aquí los cueros cabelludos, y allá éstos u otros huesos humanos, y por todas partes los dientes y muchas calaveras.

Entonces discurrimos y no sabíamos qué decir, porque sentíamos horror de presenciar lo que en efecto presenciábamos, sin acertar a reconocer lo que aquello significaba, porque a poco comprendimos que con aquellas carnes nos habían estado sustentando durante tantos días. Uno de nuestros hombres, muy abatido, volvió el estómago y lloró como llora una mujer. Entonces, en pensando lo peor, rezamos por los dejados atrás, aquellos de entre nosotros que se quedaron para siempre en la Ciudad de los Ingenuos. Y así espantados, al punto nos fuimos de ahí.

CÓMO DEJAMOS LOS VADOS Y SEGUIMOS ADELANTE, SIN
ENCONTRAR LO QUE PENSÁBAMOS

Continuamos nuestra marcha durante otros tres o cuatro días de camino, atribulados por lo que habíamos visto y por completo faltos de víveres. Seguíamos el camino con gran cautela, por temor de encontrar enemigos o bárbaros como los que hallábamos en aquellas tierras. Íbamos siempre en dirección al río, que es de donde se podían obtener, con gran trabajo, pequeños peces y animales del fondo, pues éstos los comíamos en ocasiones cociéndolos, y otras más veces así crudos.

Atravesamos el paso que he mencionado y llegamos a otro país que tiene muchas colinas, todas ellas muy llenas de chaparral y difíciles de transitar, que cuando se pasa entre los abrojos sus espinas rasgan la carne y apenas cejan el paso, pero no encontramos en esa tierra ningún rastro de las naciones que nos habían mentado los Ingenuos. Buscábamos señales de hombres y ciudades, atalayas o puestos o siquiera caminos, pero no hallábamos nada, y si subíamos a algún otero no se miraban sino colinas de abrojos, luego montañas muy lejanas y tierras extensas, todo muy seco y despoblado.

Como al tercer día de nuestro recorrido llegamos a un lugar en que el agua del río se ensanchaba considerablemente, que creímos al principio se trataría de una pequeña laguna o algo así, pero después de una inspección nos percatamos que no era sino una juntura de aguas, pues que en aquel punto se unía nuestro río con otro muy más digno de tal nombre, y las aguas se volvían más hondas y rendían más pescado. Había allí algunos árboles como los que hay en esas tierras, que nosotros pusimos por nombre los tristones y que son magros y esmirriados. Se decidió entonces quedarnos a descansar y reponernos un poco, en tanto que no viéramos señas de ser perseguidos todavía. Porque de tal manera sufríamos la calor que, caminando poco o mucho, tan luego nos cansábamos, y

en aquel punto podríamos reponernos y era más fácil encontrar la comida. Nombramos de concuerdo una retaguardia y construimos refugios muy sencillos con ramas y carrizos que cortamos de las orillas. Unos dábamos gracias por haber hallado ese refugio y descanso, cerca del agua y en lugar donde era posible comer todos los días, pero los más se lamentaban por tan poca cosa como nos había sido dado encontrar, pensando en cuantas promesas y sueños de cosas admirables nos habían animado a comenzar una marcha tan larga, que ya se prolongaba no por meses sino por años, habiendo dejado familia y haberes, y patria, y mundos atrás.

DE LA NACIÓN DE LOS FUERTES Y LAS COSTUMBRES QUE ÉSTOS
TIENEN, ASÍ COMO DE SUS ENSERES Y DE LA CURIOSA MANERA
DE CASAS QUE HABITABAN

Así nos encontrábamos cuando cierta mañana, ya no sé de cuál día, vimos pasar una balsa muy ancha toda hecha de maderos. En ella se encontraban unos navegantes ataviados de muy extraña manera, vestidos algo más que los ingenuos, porque cubren sus vergüenzas y elaboran sus ropas, e iban unos remando con unas varas largas y otros portaban insignias, con unos estandartes como nunca los habíamos visto. Cuando se apercibieron de nosotros se pusieron a gritar y a proferirnos insultos y amenazas, de muy airada manera, aunque nosotros les respondíamos a señas y en nuestra lengua que veníamos en paz. Siguieron de largo y se perdieron de vista, pero entendimos que habrían de dar la voz en cuanto llegaran con sus gentes a donde vivían, por lo que se hizo necesario cambiarnos a sitio que fuera más defendible. Y como las montañas estaban muy lejos, mejor decidimos emplazarnos en lo alto de unas colinas y preparar nuestras armas por si volvieran, queriéndonos atacar.

Así las cosas, pasados dos días se nos presentaron en comisión, porque los vimos llegar desde lejos y comenzaron a decir cosas en su jerigonza, que no acertábamos a entenderles ni a comprender si venían en buena lid con nosotros. Pensamos entonces que era bueno dar señas de amistad y adelantamos un grupo que les habló diciéndoles nuestras intenciones y les entregó algunas cuentas de abalorios de las que llevábamos para congraciarnos con los habitantes de cuantas de aquellas tierras descubriéramos, pero su delegado, una vez que las hubo examinado las arrojó todas por tierra, volviendo a dar sus hombres grandes voces y señalándonos que no éramos bienvenidos en su país. Pero ocurrió que, después de señalarnos aquello, tan sólo plantaron una enseña a manera de estandarte o pendón, que creímos que con ello nos estaban declarando su dominio y posesión sobre aquellas colinas. Y aquel estandarte era una vara alta toda trenzada de correas hechas con la piel de animales. Y de unas varas que tenía atravesadas en la parte de arriba pendían collares con sonajas y garras de animales y dientes de muchas fieras, que algunas no podíamos decir de qué animal se tratara, por no conocerlos, además de tener el estandarte plumas de todas las colores que le colgaban, y harta pedrería. Luego que lo plantaron muy firme frente a nosotros volvieron a gritar, palmoteando, y después cantaron unas canciones horribles y se fueron con gran alharaca. Los llamamos los Fuertes, por habernos echado de sus tierras y porque nos habían demarcado la posesión de su país tan groseramente, y porque a poco tiempo más nos habrían de tener por enemigos y contrincantes.

Los Fuertes son altos, magros de carnes, membrudos y muy aliñados en su apariencia. Untan de aceite sus cabelleras y las trenzan muy apretadas intercalando en ellas cuentas de piedra y de madera de modo tan notable, que da la impresión de que portasen sombreros o cascos de maneras extrañas. Son muy callados en su expresión, no gustan de mucho parlamento

con los extraños ni aún entre ellos mismos, que la mitad de las cosas que se dicen lo hacen con las manos y con gestos que hacen con sus caras y facciones. Tienen algunos de ellos muchas mujeres, y algunas de sus mujeres tienen muchos hombres, y algunas mujeres se juntan a otras mujeres, que no parecen conocer ni en esto ni en otras cosas la decencia de las naciones civilizadas, pero castigan la unión de un hombre con otros hombres e hicieron mofa de nosotros porque nos veían llegar sin esposas, y pensaban que entre nosotros mismos nos juntáramos e hiciéramos diabluras. Tenían un rey o dictador, que es el que manda todo lo que se tiene que hacer y que anda siempre todo pintado de rojo, pues que únicamente es él a quien se le permite usar esta color, y debe llevarla siempre, y tienen tan grande cuidado de cumplir con esta costumbre que hacen cumplidísima ceremonia cada día para renovar sus ungüentos y pintura. Castigan con la muerte toda desobediencia y no reparan en consideraciones con los infractores de sus leyes y reglamentos. Tienen a los hijos en común y no los consideran como pertenecientes a una u otra familia, sino que a todos los educan por igual y los hacen llamar de padre y madre a cuanto adulto de la nación tratan, que de la misma manera ellos le dicen hijo a cualquier joven, y todos tienen autoridad y mando sobre lo que estos niños y jóvenes hicieran. Consideran muy demarcadas las edades y ordenan qué tipo de ropaje y adornos cada quién puede llevar, según sus años y condición.

Tienen una curiosa manera de casas, que es como ahora diré: viven en las colinas, porque las escarban y ahuecan para conformarles adentro habitaciones, y estas pueden ser tantas como tres. No conocen las ventanas, pero cada habitación puede tener una o dos puertas, enmarcadas muy bien con trabajo de mampostería, y tienen troneras para el humo de los hogares y para que entre algo de luz durante el día. Y todo tan disimulado que quien las ve de lejos no considera que

esté frente a casas ni aldeas, porque respetan los matorrales y cuanta hierba les crece en los techos, de modo que todo aquello parece campo traviesa y breñal. Entendimos que una sola familia, que junta tantas mujeres y hombres como ellos lo permiten, no posee tan sólo una de aquellas cuevas, sino varias que están todas cercanas la una de la otra, de manera que los esposos y las esposas no encuentran dificultad en visitarse. Cuando pudimos conocer dichas casas por dentro, después que ocurrió lo que en su momento contaré, nos sorprendió saber que son frescas y agradables, y muy bien acomodadas y dispuestas, porque labran muy alto los techos y embaldosan por dentro con piedras muy pulidas todos los pisos y paredes, y también ponen telas que ellos mismos tejen, y cueros de animales muy bien curtidos y alisados. Y encontramos en ellas cuchillos de piedra pulidos con gran arte, mas también ollas, platos, morteros, cucharas y muchos otros enseres, y unas como almohadas de madera que, aunque son duras, en ellas recuestan sus cabezas al descansar, porque estas muestran la forma de animales que ellos tienen por dioses de cada barrio y familia, y piensan que así durmiendo habrán de ser siempre protegidos por el dicho animal.

DE LA CONFLAGACIÓN CON LOS FUERTES, DEL MODO DE
ARMAS EXTRAÑAS QUE TIENEN Y SOBRE CÓMO LAS ATESORAN,
SIN RESULTARLES POR ESTO DE MAYOR PROVECHO

Pero volviendo a lo que narro, y estando como estábamos guarecidos en aquel otero, mucho nos intrigaba, después de haber recibido esa visita de la delegación que nos mandaron los Fuertes, qué significaría aquel pendón que habían clavado frente a nosotros, que si sería un permiso para permanecer en el país, o si sería una amenaza para que de ahí nos fuéramos, y si de irnos luego nos habrían de garantizar salvaguarda para

transitar por sus solares mientras dejábamos aquella tierra. Y todo esto cavilábamos cuando ocurrió que, después de un par de días de espera, divisamos un movimiento entre la maleza y a poco tiempo distinguimos muchos hombres que nos rodeaban. Después de hacer un cálculo sobre cuántos serían entre todos los que alrededor nos tenían formado cerco, pensamos que tal vez serían dos mil quinientos o más de ellos, por lo que habría de resultarnos imposible triunfar sobre sus huestes, en caso de que hubiera reyerta entre los dos bandos, que nosotros no llegábamos ni a cincuenta, y estábamos sin ánimos y rodeados por todas partes. Entonces se decidió enviar a un mensajero desarmado para que les dijera otra vez que éramos gente de paz y buenas costumbres, y que no buscábamos guerra con ellos en forma ninguna sino, por el contrario, los teníamos por amigos y socios, pues que no los teníamos en mal, ni ocultábamos interés alguno en sus gentes ni familias ni haberes, sino tan sólo deseábamos atravesar su país y seguir adelante con nuestro camino por otras tierras, con el permiso y protección que ellos mismos se dignaran concedernos. Y reparábamos mucho sobre cómo habría el mensajero de hacer saber todas estas cosas a gente que no hablaba nuestra lengua, ni nosotros la suya, porque una sola cosa que no entendieran o no diéramos en explicarles con propiedad, podía costarnos la vida. Entonces lo bendecimos y santiguamos y rezamos entre todos la Oración del Prodigio, que se dice que es muy milagrosa para desarrollar dones y llevar adelante raras y difíciles empresas. Y lo mandamos desnudo, para que no sospecharan de armas ni dobles intenciones.

Pero ocurrió que apenas se hubo adelantado nuestro dicho mensajero cuando tan pronto le fue clavada una gran lanza en el vientre, traspasándolo de forma muy alevosa y certera, y cayó dando tumbos el infeliz, asaz lastimero. Y ya no se me acuerda quién de nosotros comenzó a disparar a los Fuertes en respuesta, dolidos como estábamos por lo que nos habían

hecho, que entonces ellos arremetieron contra nosotros en grandes grupos, con mucha ferocidad, lanzándonos numerosas piedras con sus hondas, además de las flechas que usan y unos como cuchillos arrojadizos y lanzas. Pero con nuestras armas solas, como son tan diferentes, les infringimos gran número de muertos, que no conociéndolas se adelantaban muy visibles y fácilmente les dábamos alcance en el cuello o cerca del corazón, y caían muy heridos o ya cadáveres. Hubo gran confusión porque todo lo hicieron con gran aparato y desde todos lados nos atacaban, siendo tantos.

Y habiendo comenzado duraba demasiado la refriega, y entonces pensamos que a poco tiempo habríamos de ser nosotros hombres muertos porque, aunque los abatíamos con harta facilidad, ya comenzábamos a quedarnos sin disparos, no habiendo sido hábiles para encontrar minas, ni fraguas, ni azufre, ni nada de lo necesario para hacernos de repuestos, y tantos de aquellos perdigones y explosivos se nos habían ido en matar tarbucos o animalejos aún más miserables. Y cosas como estas nos pasaban por la cabeza mientras ellos no cejaban en su ataque, superándonos grandemente en número. Días después que hubo pasado todo aquello lo conversamos así y estas cosas nos decíamos, que pensábamos que habríamos todos de morir, pues que todavía ahora me parece sentir el mismo miedo que entonces sentíamos, creyendo que era imposible que saliéramos con vida de aquel aprieto. Pero aconteció que, viendo las bajas que les causábamos con tanta facilidad y escuchando los sonidos de nuestras armas, que nunca habían oído, ni sabían tampoco de qué se tratara, ni qué manera de cosas fueran, y que a sus oídos resultaban horribles y resultaba más terrible aún su poder, sus capitanes comenzaron a dar voces de retirada, y oyendo esto sus soldados comenzaron a amedrentarse y a hacerse dispersos, yendo pronto hacia la maleza, que luego ya no escuchábamos tanta alarma ni griterío, sino tan sólo sus lamentos por tantas

bajas y heridos como les habíamos ocasionado. Así supimos después que entre los primeros en caer había sido su rey y varios de sus capitanes más principales. Y ahora digo que esto fue cuestión de la voluntad divina, porque en aquellos mismos momentos casi todos los de nosotros, entre otros el que esto escribe, nos quedábamos sin munición ni pertrecho, y ni volvimos a tenerlo después. Esto notábamos cuando confirmamos que ya se retiraban, sin llevar consigo a sus muertos ni darnos señal ninguna ni de paz ni de guerra. Y así todo quedó en silencio, porque ya no se oían sino los ruidos propios del matorral y a poco tiempo más tarde, habiendo comenzado a escurecer, el canto de los grillos del matorral, que en aquella tierra son muchos.

Pasamos, pues, la noche haciendo recuento de los muertos, que también nosotros los hubimos, y ayudando a los heridos y golpeados, que eran muchos. No sabíamos cómo proceder, si intentar una huida allí mismo, a través de terreno que no conocíamos, en medio del país de los Fuertes y cargando auestas con los maltrechos, o si mejor esperar al amanecer para batirnos hasta el último hombre, de regresar los enemigos. Y en esto ocupábamos la noche cuando, justo después del amanecer, se nos presentaron unos embajadores de los Fuertes que salieron hacia nosotros con doce o trece estandartes como el que nos habían dejado estacado en la primera visita. Eran, como digo, a manera de astas muy engalanadas, con muchos cascabeles atados, y trenzadas con pedrerías, cueros de animales y grandes cornamentas, y los portadores ignoraban nuestros disparos, que los teníamos a tiro, y se adelantaron muy desafiantes, haciendo golpear estas astas en el suelo con harto ruido, y dando voces muy desafiantes, que por ello era claro que no venían en son de paz. Y luego que se adelantaron unos pasos de más hacia nosotros, como no sabíamos qué más pudiera ocurrir, pensamos que era tiempo de dispararles y los fuimos abatiendo a todos, de

modo que los dichos estandartes, con notable aparato, caían uno tras otro por tierra. Y los Fuertes que habían quedado entre los abrojos detrás de aquellos abanderados, a manera de retaguardia, al ver que caían los portadores y con ellos los estandartes, dieron muy grandes gritos de horror, porque ya habríamos de saber que aquellos pendones los tienen por armas de guerra muy poderosas e invencibles, tanto así que no las usan sino cuando ya no consideran otro recurso, y que cuando las miran caer frente a sus ojos, ellos mismos se dan por vencidos, y por acabada su nación.

Entonces se retiraron y a las pocas horas vinieron todos muy llorosos y afligidos, y antes de acercarse a las colinas sobre las que teníamos parapeto se nos postraron muy humildes, tirados frente a nuestras personas, con las caras al suelo y mostrando abiertas las manos, en muestra de que estaban pidiéndonos tregua y ofreciéndonos rendición.

DE CÓMO ACEPTAMOS LA RENDICIÓN DE LOS FUERTES, Y DE LA FUNDACIÓN DEL REINO Pfo

Pasó después que, sin saber cómo entender aquella muestra de sometimiento que nos daban, mandamos a uno de nosotros a que parlamentara con los embajadores, y así postrados duraron todo el tiempo, y nos hicieron saber a señas que se daban por derrotados y que nos tenían por señores de la tierra. Desconfiando como desconfiábamos de aquella gente y temiendo que fuera una de sus tretas, les dimos a entender que si ellos mismos que se decían ser embajadores se nos entregaban por rehenes, habríamos de considerar sus peticiones y tenerlos por gente buena y de tomar en consideración, y así lo hicieron, de manera que los tuvimos prisioneros por dos días, pero como el hambre nos arreciaba mucho, a poco los instruimos bien y les pedimos que todos sus capitanes,

con sus mujeres y niños se entregaran frente a nosotros, sin portar armas ni escoltas. Luego que esto hicieron y sin dejar nosotros nunca de apuntarles y amenazarlos, organizamos juntar todos los dardos y mazos y alabardas y flechas que tuvieran, y pronto los pusimos en grandes montones e hicimos unas hogueras con ellos. Y cuando miraban arder sus flechas o lanzas nada decían, pero cuando lanzábamos al fuego sus pendones embrujados agitábanse con gran espanto, y era cosa de ver cómo lloraban.

Así que tuvimos el control de los capitanes y que vimos apaciguada la situación y temerosos a los Fuertes, luego tuvimos sesión de mucha solemnidad y nombramos un tribunal de guerra con carácter de extraordinario. Habiendo tomado juramento, por la Providencia y por la Nación y por la misma persona del Rey, nuestros jueces condenaron a muerte a diecisiete principales de los Fuertes que todavía quedaban vivos y en buenas condiciones de guerrear, por los daños que nos habían hecho y por las ofensas que habían cometido en contra del Rey y de la mismísima Providencia, y porque no fueran a levantarse luego en armas.

Apenas pasado esto, los apartamos en secreto y los matamos a garrote, y les dimos muy digna sepultura en un barranco, y todo con mucho sigilo para que no se espantara más la gente ni se inquietaran más los ánimos, luego tuvimos otra sesión y decretamos allí Público y Munícipe Ayuntamiento para que procediera a gobernar en nombre del Rey Nuestro Señor y de acuerdo al espíritu de sus leyes. Es menester ahora mencionar las muchas y terribles trabas a las que entonces nos enfrentábamos para emprender tamaña empresa, que ninguno de nosotros cargaba con libros de leyes, llevando apenas unas pocas armas maltrechas, y otros lastrando apenas sus huesos y sus carnes, y no había abogados entre nosotros ni experto en aquellas cosas. Y así que estando tan lejos de nuestra patria y sin ninguna relación con ella, extraviados hacía tanto

tiempo y en tierras de las que hasta entonces nadie supiera ni tuviera noticia, a las pocas semanas convocamos de nuevo a solemnidad y concordamos en elevar aquel ayuntamiento a la categoría de reino, con carácter de vasallo del Reino Madre y gobernado por una Junta Vicerreynal que velaría por hacer leyes y llevar los asuntos públicos a buen término.

Le dimos por nombre el de Reyno Pío de los Fuertes, porque parecíanos un verdadero milagro haberlo reducido y ganado completo para nuestro gobierno, siendo nosotros tan pocos y tan mal armados, y porque deseábamos que aquellas tierras, y en adelante todas las otras que conquistáramos, pasaran en relación de igualdad al redil de los países civilizados, teniendo como base la fe en la Providencia, la observancia de sus leyes eternas y divinas, y el buen gobierno de los adelantados del Rey nuestro señor, y porque pensábamos hacer de él un ejemplo de piedad y fortaleza, para mayor ventura de nuestra raza y de todos los hijos que de nosotros y de aquellas mujeres nacieran.

DE CÓMO BAUTIZAMOS A NUESTRAS ARMAS, Y DE CÓMO LES DÁBAMOS EL TRATO DE PERSONAS

Pasado apenas un día del establecimiento del nuevo gobierno volvimos a sesionar y, entre varios asuntos que se hablaron, acordamos tratar a nuestras armas como si fueran personas y concederles nombres de pila, como si verdaderamente de seres humanos se tratara, pues habiendo observado que aquellos gentiles tenían a sus pendones de guerra por grandes personalidades y señores, y que de aquella tan grande manera los habían llorado y oficiado cuando muertos, que era cuando los echábamos al fuego, así también pensamos que era prudente seguir con tal estratagema y protocolo, pues que pensándolas vivientes y de razón, los Fuertes aún

más miedo y respeto les tendrían. Así entonces, se decidió llevarlas a todos los convites y cerimonias como si fueran invitadas de mucha importancia, reservándoles un lugar muy principal a las más atemorizantes y vistosas. Y aunque al principio aquella idea a muchos nos pareció difícil de ser llevada a cabo y de poca valía en los hechos, porque ya las dichas armas para muy poco nos servían, no teniendo casi fuego que disparar con ellas, fue cosa de ponderar cuán pronto todos nos acostumbramos y como los Fuertes se maravillaban de verlas y de oírnos hablarles con tanta devoción como lo hacíamos. En este mismo tenor se acordó que cuando fuesen construidas las casas de los señores se les hiciera dentro un nicho y aun éste se les engalanara de telas y comodidades, a la manera de moradas y camas para ellas.

Y así resultó que el miedo que las armas infundían se veía muy crecido y afirmado, y debo relatar ahora cómo en ocasiones llegamos a sacarlas en palanquín, muy adosadas de vestiduras y paramentos, y que los Fuertes se complacían de poder mirarlas, aunque fuera de lejos, y se postraban después cuando muy de cerca les pasábamos. Así entonces, todas fueron bautizadas con sus nombres de pila, incluso las que ya no contaban con parque ni estaban en condiciones de nunca más volver a disparar, y que eran las más. A un arcabuz que yo solía portar se le llamó por nombre Caridad. A un tiracohetes plegadizo se le puso Purificación. A una ballesta lanzabombas se le dijo Dulcesnombres de la Piedad, a otro pistolete de muy buena hechura se le puso Clemente, y a un cañonete que todavía guardara dos o tres proyectiles se le dio el nombre de Ascensión. Y a muchos otros más saetones, fusiles, espingardas y mosquetes que llevábamos se les dieron también otros nombres hermosos como estos que digo, pero ahora, pasados tantos años, ya se me acuerdan mal.

DE LA RECEPCIÓN DE LOS EMBAJADORES Y DE LA MANERA DE
PRESENTES CON LOS QUE NOS AGASAJARON

Tan pronto como hubimos declarado la majestad de nuestro gobierno y toda su soberanía, y le hubimos dado el nombre que en lo venidero tendría y su condición de pío y adorador de la Providencia, nos afanamos en organizar de muy cumplida manera al cuerpo de gendarmería y vigilancia, que para eso escogimos de entre los Fuertes a los que veíamos más fieles y maravillados con nuestras personas y cosas. Luego pusímoslos en colaboración con nuestros hombres y al mando de ellos, para irlos acostumbrando a la obediencia y a la lengua. Y en eso nos encontrábamos cuando a los pocos días recibimos la visita de los embajadores de las otras aldeas y caseríos y ranchos de los Fuertes, que no opusieron ninguna resistencia ni desacataron nuestra victoria, pues que habiendo escuchado de la rendición de su capital y de lo grande que era nuestro poder y autoridad, así tan obedientes llegaban a someterse, aunque muy contristados y abatidos, y nos llevaban presentes y se tiraban al suelo tan pronto como nos veían.

Y ahora diré de la manera de legados que nos ofrecieron, por ser aquella tan diversa y por tanto como nos dio a pensar. Los de la Sierra Negra, en donde hay pueblos hasta de veinte casas, nos llevaron harina de vaina de tristonos; trescientos o más cueros de tarbucos; pacas de carne y verduras secadas al sol y muchas mantas de tela como las que ellos tejen. Y en una olla muy grande llevaban gran cantidad de unos bichos pequeños los cuales, en exprimiéndolos, les sacan una grasa muy roja con la que sus jefes se tiñen los rostros y los cuerpos todos, y tenían este presente como de mucho valor e importancia, pues que tan sólo en esas tierras y caseríos es donde se cazaban y apresaban estas chinches. Y viéndonos ellos cómo aceptábamos regalos tan desacostumbrados, allí mismo querían embadurnarnos los hombros y las caras en señal de reverencia.

Los de los pueblos de Río Abajo nos hicieron llegar más de cien cestas de camarones secos; algunas vasijas con cáscaras de langostino, que ellos usan de condimento y emplaste y medicina; también mucho pescado en trozos adobados y puestos a secar al sol, que es manjar de mucha consideración entre aquella gente; unas trampas de muy fina hechura con las que suelen pescar en los remansos y muchos adornos de concha labrada, pues es costumbre que los señores se adornen los cuellos, los brazos y la cabellera con toda suerte de figurines hechos con este material, y digo que algunos de ellos son cosa muy de verse por el primor con que están hechos, y por la gran manera de animales y plantas que representan. También nos dieron unas cajas muy labradas y adentro de ellas estaban unos guijarros lisos y de hermosas colores, porque estos los tienen como talismanes y remedio para muchos males, y entre ellos consideran los de mayor valía los que han sido horadados en su centro por las aguas del río, sin trabajo alguno de manos o aparejos.

Los de Riba de Vientos nos llevaron muchas cazuelas de gusanos blancos y todavía vivos, de unos que son de cabeza pequeña y muy gordos y jugosos por dentro. Estos se crían en las raíces de cierta planta ribereña y los tienen en tan buena estima que los usan para mercar como si fueran moneda. También nos dieron muchas ollas que contenían hormigas de varias clases, unas marronas y otras del color de la lumbre, todas guisadas y ya condimentadas con mucha sabor. Llevaban también tortugas de agua, culebras secas, huevecillos de mosco y unas arañas muy blancas que viven bajo la tierra, porque todo esto lo tienen por agradables manjares y sustento de mucha condición. Y como no quisiéramos agraviarlos ni desdeñar sus ofrendas, a todo decíamos que sí y agradecíamos muy cumplidos, haciendo semblante de gran satisfacción.

La gente de Llanos Altos, que así nombramos unos parajes que quedaban al sureste, nos llevó muchos tarros de una miel

que ellos sacan de las hormigas, y que es clara a la vista, dulce de probar y buen remedio para las enfermedades. También nos ofrendaron muchos collares de diferentes maneras, y unos estaban hechos de escorpiones secos y muy bien esmaltados, de modo que ni se quebraban ni se estropeaban con el uso, y llevaban los escorpiones más grandes y negros al frente, y a los lados y por detrás se iban haciendo cada vez más pequeños y más rojos, y estos teníanlos por gran protección contra los enemigos.

Y ocurrió que otros collares que nos dieron tenían colecciones de abalorios y algunas piezas de oro entreveradas, unas que eran tortugas, y otras en forma de lagartos como los que hay allá, otras que eran hermosos peces con sus escamas también de oro y otras más que eran pequeños caracoles como el que habíamos visto en la Ciudad de los Ingenuos. Y de tan grande manera nos alegramos que mucho tuvimos que ponderar, con aquellos presentes de oro que nos llevaron, porque no habiendo fraguas ni fundición de metales entre los Fuertes, cerca debía de allí quedar algún país de hombres que aquellos oficios conocieran y manejaran y que minas de oro tuvieran. Entonces les preguntamos que de dónde traían aquellas cosas, y señalándonos hacia el oriente luego así nos decían: Tiagucán, Tiagucán, y nosotros no atinábamos a comprender lo que aquello significara, que podía ser lo mismo el oriente, o las minas, o los vecinos, o el mar.

DE CÓMO SE NOS DIO LA SABIDURÍA PARA LEGISLAR, Y DE LAS BUENAS LEYES QUE DIMOS AL REINO PÍO

Luego nos abocamos a reformar y dotar al nuevo reino de mayor orden y concierto, porque aquellos salvajes jamás habían sabido lo que representara un deber o lo que fuera un derecho, ni mucho menos una ordenanza o una ley. Tuvieron lugar

estas reuniones para la organización y dicción de las nuevas leyes en una casa y colina muy principal que veneraban los Fuertes, pues allí nos juntábamos, erigidos en Gran Corte y Colegio, e íbamos discurrendo sobre cuáles serían las normas del país, y digo que nos levantábamos cada uno a tribuna con muchos ánimos y gran devoción, como si fuéramos poseídos por el espíritu de la Providencia, y que no fuera sino él mismo el que hablara por nuestras bocas, porque ya tengo declarado que no éramos hombres de estudio ni había abogados o siquiera leguleyos entre nosotros, y aun así nos inspiraban y movían los más sinceros deseos para con ese mundo nuevo que veíamos nacer, así que día tras día reanudábamos las reuniones, rezando mucho para recibir la iluminación, unos gritando lo que les era revelado, otros apenas diciéndolo en voz baja, y otros más escribiendo con presteza lo que oían. Y decretábamos cuanto creíamos justo, benévolo, prudente y provechoso para nuestro reino, expidiendo a manera de cédulas que juntas iban formando el cuerpo de la ley.

Decretamos que el Reino Pío de los Fuertes era uno solo, irrepartible, inseparable y eterno. Decretamos que fueran sus tierras, fronteras y jurisdicciones las poseídas hasta entonces por los Fuertes; a más de las aldeañas vacías, mostrencas o vacantes; a más de las de las islas, islotes, cayos o penínsulas que tuviere el país; a más de todas aquellas a las que tuviere derecho por consideraciones históricas, legales, éticas y morales; a más de todas las que en lo futuro adquiriere o conquistare; a más de tantas cuantas habíamos recorrido en nuestra travesía, incluyendo las tierras del País de los Prójos y las del País de los Ingenuos, considerando a los primeros como un protectorado especial y a los segundos como una provincia en rebeldía. Decretamos que todas las tierras, cordilleras, hondonadas y pasos; todos los bosques, arboledas, pastizales, manadas de animales grandes o pequeños, parvadas de aves del monte y del cielo; todas las serranías, las cuevas, los veneros de

gemas salutíferas y las vetas de minerales y metales preciosos que están bajo la tierra o a flor de su superficie; todos los mantos o masas de sales y otras substancias, los yacimientos de piedras preciosas, de sal de gema y las salinas formadas directamente por las aguas marinas o las de los esteros; en fin, todas las fuentes, ríos, lagos, costas, ensenadas, bahías y mares costeros que el país tuviera, eran la propiedad originaria del Reino Pío de los Fuertes, quedando todo lo dicho bajo la sola autoridad de sus señores legítimos, representados éstos por la Junta Vicerreinal. Nos decretamos los señores legítimos del reino. Nos decretamos libres para elegir la Junta Vicerreinal, y para ser elegidos miembros della. Decretamos que ningún hombre podía tener más esclavos que los que su persona, familia, derechos y posesiones necesitaran para su sostenimiento y buen manejo. Decretamos que todo esclavo debería ser tratado con justicia y razonable benevolencia, y proveído del alimento necesario para su manutención y de un cobertizo para pasar las noches. Decretamos que los esclavos, a cambio, deberían obedecer, respetar y amar con mansedumbre a sus señores, siéndoles fieles en todo momento. Decretamos que todo hombre libre tiene derecho a una, y nada más que una sola esposa legítima, y a cuantas concubinas pudiere mantener con dignidad y mínimo decoro. Decretamos que una mujer le pertenece sólo a un hombre. Decretamos que un hijo o una hija son propiedad de un solo padre y una sola madre, y no de una caterva o banda o comarca. Decretamos que sólo los hijos mayores, varones y sanos tienen derecho a heredar, evitando con esto, como ha ocurrido siempre que la ley natural es alterada, la discordia, el litigio, la dispersión de los bienes y las querellas sin fin. Decretamos que el color rojo y, por ende, las chinches que lo producen, son propiedad de exclusiva de los señores del reino, quedando su explotación y su uso restringido a los mismos, en los términos y disposiciones que lo mandare la respectiva ley reglamentaria. Decretamos

estar la ley por encima de los individuos, y la justicia de la Providencia por encima de la ley. Decretamos el fin de la era de los errores y el inicio de la Era del Reino de la Única Doctrina Salvadora. Decretamos el advenimiento del Imperio de la Verdad, para toda la época presente y por todos los siglos venideros, hasta el fin de los tiempos.

DE CÓMO A POCO DEPRENDIMOS SU LENGUA PARA HACERLES
SABER LAS DICHAS LEYES, Y PARA PREGUNTARLES OTRAS COSAS
DE GRAN INTERÉS PÚBLICO

Y como fueran pasando los meses, comenzamos a deprender la lengua fuerte con el fin de hacerles saber a aquellas gentes cuál era el orden y la virtud que para ellos queríamos, y cómo habían tomado forma en las palabras de aquellas hermosas leyes que ellos aún no conocían, ni comprendían, ni siquiera barruntaran qué cosa fueran. Entonces se nombró un cuerpo de traductores que trasladaran aquellas leyes fundamentales a la armoniosa lengua fuerte, pero muy pronto se desistió de dicho empeño, por no tener esta última vocablos que correspondan a los nuestros, tales como reino, ni eterno, ni fronteras, ni jurisdicciones, ni protectorado, ni provincia, ni yacimientos, ni propiedad, ni autoridad, ni junta vicerreinal, ni a ningún otro concepto que tenga que ver con la civilización, el orden o el progreso de los hombres. Así que más bien se las leíamos en voz alta y en nuestra lengua del Reyno Madre, y dado el caso, les íbamos explicando qué cosa fuera lícita y qué cosa nunca lo fuera, y cuáles eran los riesgos y castigos en los que habríase de incurrir, de llegar a faltar a aquellas palabras, porque en ellas estaba cimentado todo el destino de los Fuertes, y no era por nosotros sino por ellos que así lo había querido la Providencia.

También ocurrió por esos días que, ya sabiendo los rudimentos de la lengua fuerte, comenzamos a hacerles hartas preguntas, inquirendo que de dónde venían, o cuáles eran sus orígenes, y si no sabrían dónde hubiera veneros de aquellas cosas duras, brillantes y pesadas que llamábamos fierro, plata y oro, o dónde hubiera cerros huecos con vetas de una arena amarilla y maloliente, y con cuáles otras gentes tenían relaciones y parentesco, y dónde se encontraban las otras naciones, más poderosas y ricas que ellos, habitantes de ciudades y poseedoras de campos fértiles y labrantíos, y si eran belicosas y estaban bien pertrechadas y preparadas para la guerra. Pero los Fuertes, que eran de suyo orgullosos, además de cerrados y asaz cortos de entendimiento, muy poco nos querían responder, hasta que alguno de ellos atinó a conferenciarnos que en dirección opuesta al río, rumbo al desierto oriental y habiéndolo sobrepasado con mucho, más allá de las cinco cordilleras, se hallaba un reino como el que buscábamos, y que sus casas eran de calicanto, hechas con piedras muy pulidas y grandes, y que sus constructores eran hombres muy ricos y felices y tan sabios como los dioses, y que decíase el Reino de Tiagucán. Y que su capital, siendo sagrada, era sin duda la más hermosa y espléndida ciudad de cuantas hubiere en el mundo, y toda muy llena de palacios con sus miradores, y de torres de piedra, más altas que las montañas. Y mucho ponderábamos en que aquel reino habría de ser la fuente de aquellos caracolillos y tortugas y lagartos de oro que habíamos venido encontrando y recibiendo en nuestras andanzas. Y cuando les preguntamos que si allí los mercaban, nos respondieron que no, que tan sólo los levantaban del suelo como los encontrasen tirados, y gran asombro sentíamos al pensar en la riqueza y el poderío de los Tiagucanos, quienes con tanta largueza y munificencia dejaban caer el oro para luego ya no volver a levantarlo.

DEL CRECIMIENTO, ESPLENDOR Y APOGEO DEL REINO PÍO

Y así como digo se pasaron varios meses, y en cuanto todos los que allí habíamos sido nombrados como señores nos hubimos posesionado de nuestros señoríos y solares, con rapidez fueron cambiando de cariz los asuntos del Reino Pío, ora creciendo en organización y trabajo, ora labrándose las costumbres y los usos venideros. Porque a muy poco tiempo fuimos levantando las casas nuevas, con sus bodegas, armerías y trincheras. Y se trazaron plazas y calles, que aquella ciudad de los Fuertes no las había tenido nunca antes, y se sentaron los cimientos para que un templo fuera consagrado al culto verdadero, y no habían pasado ni cinco meses de nuestra llegada cuando ya la ciudad, la cual llamamos Sitial de Providencia, comenzaba a mirarse de muy diferente manera, con casas verdaderas, y éstas tenían sus puertas y ventanas, y afuera había bardas, muros, corrales, miradores y cuantas demás cosas demuestran el orden y la civilización.

Así fue entonces que comenzamos a enseñarles nuevas y mejores costumbres, que a dos muertos que por caso allí hubo, les ordenamos a los deudos de enterrarlos como era debido, para cuyo efecto tuvimos a bien crear un camposanto en las afueras de Sitial, porque antes los Fuertes tan sólo los llevaban a las cuevas lejanas y los arrinconaban en los fondos para que allí desecasen y esperasen muy quietos y callados hasta el último de los días. Y esto que digo es cosa curiosa, porque estos Fuertes creen que los muertos regresan a susurrarles cosas a los vivos, y así les tapan la boca con pañuelos muy fuertes y los amarran de brazos y piernas para que así ya no den fastidio a los vivos ni se les aparezcan en sus sueños, y les vendan los ojos para impedir que reconozcan el camino de regreso a sus casas. Les enseñamos también a festejar sus ceremonias y solemnidades con el decoro debido y sin el desorden al que estaban acostumbrados, pues que, según bien lo atestiguamos,

sus viejas veladas y saraos no eran más que pretextos para las rencillas y violencias y para el más indecente comercio carnal, aun fuera tratándose de sus días santos. Y los hicimos atender a los oficios y las acciones de gracias, y puedo dar testimonio de que ya comenzaban a amar a la Providencia, pues mucho les hablábamos de su poder y bondad.

Y muchas otras cosas más les mejoramos, de acuerdo a nuestros respectivos saberes y oficios, pues levantamos un horno y fundición, y echando en él algunas armas y otros enseres que ya no nos servían, moldeamos cosas más bellas y más útiles. Y los dotamos de clavos, martillos, cinceles, mazos, rastrillos, azadones y un arado, pues que antes de nosotros sobre nada de esto supieran, y agrandamos las cisternas que tenían y las dotamos de manivelas, cuerdas y cubetas, que también era cosa que los Fuertes no conocieran. Y apenas hubo llegado la estación propicia cuando ya nuestros campos se encontraban muy bien barbechados y listos para la siembra de cuantas semillas tuvieran los Fuertes, y aun de varias otras más que alguno de nuestros hombres cargara escondidas en las bolsas de sus ropas. Sembramos entonces no sólo vainas de tristón, granobárbaro y calabacilla, sino también albaricoques, higosdeoro y manzanas del vino, para que al paso de los años crecieran y nos dieran sus frutos.

No miento ni desfiguro cuando recuerdo ahora ese apogeo del Reino Pío, porque supimos aplacarlos e infundirles respeto por nuestras leyes y amor por el trabajo y la civilización; que por más miedo que sintieran por nuestras armas, ya para entonces estropeadas e ineptas para el uso, no teniendo más que muy poco parque y ni forma ninguna de proveér-noslo pues que no teníamos la pólvora ni los ingredientes para hacerla, ya aquellas gentes nos habían aceptado por sus señores y nos acataban y seguían con fidelidad, mirando con maravilla todas las cosas que con nuestros saberes podíamos. Deprendimos también nosotros algunos de sus

modos y apreciamos algunas de sus comidas, que muchas eran muy buenas. Aquel pescado seco y adobado, una vez puesto a guisar y con las hierbas de olor de aquella tierra, que son muchas, era manjar de Metropolitano o personaje de la Corte. A más de esto que digo, casamos con sus mujeres, las cuales eran hermosas, y tuvimos muy lindos hijicos de ellas, que fueron sangre de nuestra sangre y también de la sangre de los Fuertes, y de buena manera nos preocupábamos por ellos, como cualquier padre lo hace, en la tierra que fuere. Y mirábamos por el orden y concierto de Sitial y del resto del reino, nos subíamos a sus balsas y vagábamos, aguas abajo, por los otros caseríos, y era de verse como la gente se acercaba a la orilla para mirarnos pasar. Pero igualmente caminando recorriamos todas aquellas heredades, entonces ya nuestras, y nos dejábamos conducir por los lugareños, y de continuo nos admirábamos de la extensión y riqueza de tanta tierra, que apenas habría alguno de nosotros que no hablara de los prodigios que con el tiempo obraríamos en todos esos lugares.

Cuántas veces he vuelto a recordar aquellas tardes en que salíamos en partidas para cazar al modo en que ellos lo solían hacer y ya tan sólo con las armas dellos, que muy pronto aprendíamos a entenderlas y manejarlas con pericia. Caminábamos juntos en mucho concierto, descalzos y muy callados para no espantar a la presa, luego rodeábamos las manadas de tarbucos, imitando sus cantos y mugidos para atraerlos, según destreza que los Fuertes mismos nos habían enseñado, y a poco mirábamos a los tarbucos allegarse y saltar desconcertados entre los breñales. Y era tan fácil su caza que algunos los apresábamos con las mismas manos, y otros más caían al golpe de los dardos y las lanzas, para gran júbilo de toda la partida. Hacíamos entonces recuento de lo habido, riendo a la par con los servidores y descansando, al tiempo que decidíamos el retorno. Y se ponían las tardes muy azules y cárdenas cuando llegábamos todos hasta

Sitial de la Providencia, y con gran alborozo nos recibían nuestras mujeres e hijos, cargados como íbamos de tanta presa y alimento.

DE LA INSOSPECHADA DECADENCIA DE LA NACIÓN TODA, Y
DE LAS COSAS IMPENSABLES QUE PARA NUESTRO INFORTUNIO
SUCEDIERON

Mas ocurrió que marchando los asuntos tan bien como digo que marchaban, y estando ya las gentes en gran conciliación, y muy apaciguadas y encaminadas al trabajo y progreso general, comenzaron a suceder cosas extrañas que ni entonces ni aún ahora es de entenderse por qué hubieran tenido que suceder, que de pronto escuchábamos noticia sobre un enfermo que se agravaba, y luego nos prevenían que tan pronto había muerto, y dos o tres días más tarde se nos decía de otros más. Y acudiendo nosotros a darles auxilio y sanación, como nos lo pedían los aborígenes, con tanta fe en nuestros saberes como al principio la tenían, discurríamos que se tratara de simples calosfríos, o de la poco peligrosa enfermedad de la nostalgia, tan común en todas partes. Pero ocurría que en tan sólo unas cuantas horas los fuertes agravaban en mucho, mudaban de súbito la color y luego volaban sus almas al cielo, entregadas a la Providencia. Y esto causábales gran pavor a los deudos y vecinos, y a toda la gente de alrededor, porque decían los Fuertes que mal como el que entonces estaban sufriendo nunca antes lo habían tenido. Acordamos entonces socorrerlos como pudiéramos, que no era en gran manera, pero las malas noticias iban cundiendo con presteza, y si un día nos avisaban de diez dolientes al día siguiente ya eran veinte y al siguiente cuarenta, hasta perder nosotros la cuenta de los afectados, así creciendo y extendiéndose sin piedad la peste de la nostalgia. Y las actividades y los quehaceres de la ciudad se detuvieron

casi por completo, aquietándose todo, y era común oír los lloros y los quejidos por todos los lomeríos de Sital.

Aconteció también que quiso la Providencia, cuyos designios son inescrutables, que casi todos los que se enfermaban de aquella peste y todos los que perecían pertenecieran a la nación original de los Fuertes, porque ninguno de nosotros la pescó con gravedad, que si la respirábamos por descuido, a los pocos días la echábamos fuera, sin mayor daño ni perjuicio para nuestras personas, y sin haber guardado cama ni sufrido mucha penuria, tal como habíamos visto que operara siempre la nostalgia. Pero era de notarse cuán grandes estragos causaba en ellos y con cuánta rapidez se enseñoreaba del Reino Pío, que a pocos días nos venían con noticias de que en los otros caseríos también comenzaba la mortandad, mientras nosotros mismos no dábamos abasto con los enterramientos en la capital.

Tanto así se empeoraba la situación, galopando la nostalgia sin freno, que pronto llegó el momento en que los deudos dejaron de dar sepultura u oficiar en modo alguno a sus difuntos, bastándose con quemarlos en el camposanto hechos todos muy horrible montón, o tan sólo, estando los deudos enfermos ellos también, con arrastrarlos afuera de las casas, en donde permanecían muy lúgubres y entristecedores. Esto último que digo, amén de la vista macabra que ofrecía, ocasionaba muchos hedores y era causa de mucha mayor peste y tribulación, pues que los de nuestra gendarmería también se comenzaron a morir y los que quedaban no se daban abasto con las labores de la recolección de los muertos. Continuando así las cosas, ya no había día ni momento en que no se escucharan los lamentos de los nostálgicos o los lloros y gritos de los deudos, tan lastimeros como nosotros nunca los habíamos oído en parte alguna, ni en nuestras peores guerras y refriegas, y todo Sital no era sino una cama para los moribundos y un lloradero para los Fuertes.

Y siendo aquél un asunto de tanta gravedad e importancia, convino la Junta que muchas medidas habían de ser tomadas y cumplidas sin dilación, por lo que se expidió una cédula comandando que nadie podría dejar sus difuntos a la vera de casas, caminos, plazas o tierras baldías, sino que debería procederse, con o sin ayuda de otras personas y familias, a quemarlos a cinco leguas más allá del camposanto, para evitar que más cundiera la dicha nostalgia. Habiéndose así decidido, partió un grupo con rumbo a Llanos Altos, en donde muy agravada estaba también la situación y al día siguiente se convocó a todos los hombres sanos de Sitial para que oyeran estas nuevas, y había tanto malestar e inconformidad que apenas si se juntaron unos cuantos cientos para escucharnos a los de la Junta. Pero ocurrió que mientras hablaban los voceros y traductores, comenzóse a oír cada vez más alharaca, de tal modo que ni nosotros entendíamos lo que ellos dijeran, ni tampoco ellos estuvieran atentos a las decisiones del gobierno vicerreinal, y siendo ya tarde y comenzando a pardear el cielo, no atinábamos a darnos cuenta de quiénes fueran los levantiscos y rijosos ni cuántos los que los acompañaban, cuando de pronto comenzaron a llovernos hartas piedras y palos, de modo muy feroz y en medio de mucho griterío, como ya antes nos había ocurrido cuando dejamos por fuerza la ciudad de los Ingenuos. Y dióse orden a los gendarmes y mandones para que dispersaran aquella multitud, y se les dijo a grandes voces que habríamos de usar sin discreción nuestras tan poderosas armas, que se encontraban ofendidas y airadas contra la turbamulta, y muy tristes por aquello que ocurría, las cuales palabras no intentaban ni tampoco podían ser verdaderas, por no contar ya con parque sino como para unos cinco o siete disparos en total, y mismos que no podíamos desperdiciar en aquellas circunstancias, de modo que primero se les dio de palos cuanto se pudo, pero así y todo más fieros respondían y daban de voces y seguían lanzándonos piedras y luego muchas

flechas todas en contra de nosotros. La reyerta se prolongó por bastante rato, tanto así que finalmente tuvimos que disparar una vez sobre los rijosos, dispersándose así todos ellos y volviendo los miembros de la Junta y los demás de entre nosotros a sus casas y solares, ya con un disparo menos para nuestra futura defensa y conservación.

DE NUESTRA ABDICACIÓN Y DE LA HUIDA DE SITIAL DE PROVIDENCIA, MALHADADA CAPITAL DEL REINO PÍO

Esa misma noche supimos con gran consternación y desánimo que los resultados de la refriega nos eran muy desfavorables, pues habiendo muerto en ella cinco de nuestros mejores gendarmes y dos de los de nuestra raza quedábamos en circunstancia de mucha debilidad ante la turba de los lugareños, de volver ésta a juntarse. Porque viendo que nuestro disparo, tan horrendo como les resultara, no había matado sino a uno de los levantiscos, mientras que sus pedradas y garrotes nos habían hecho a nosotros siete bajas, harto temíamos que aún más se envalentonaran y envilecieran. Mucho también nos preguntábamos por qué hubieran cambiado tanto sus ánimos y sentimientos hacia nosotros, y díjonos un siervo que aquella gente nos tomaba por hechiceros y sabios de malas artes, porque habíamos ocasionado y extendido la nostalgia entre los hombres y mujeres de toda la nación, y que allí ya más no nos querían, pidiendo que nos fuésemos cuanto antes de sus tierras y continuásemos andando hasta llegar al reino de donde habíamos salido. Intentamos hacerles ver que la nostalgia no es fruto de mala arte ninguna, sino producto de elementos humorales en desequilibrio, que los cuerpos rechazan y que envenenan el aire de las comarcas, volviéndolo pútrido. Pero nada entendieron, por carecer su lengua de las palabras elemento y humoral y desequilibrio, y como

estábamos en gran priesa de ver qué más ocurriría y cómo habríamos de hacer, ya no nos ocupamos más de razones y quienes allí nos encontrábamos ya no pudimos dormir ni descansar hasta no ver todo amanecido y en calma.

Y apenas salido el sol hicimos llamar, enviando a un propio, a un escuadrón de gendarmería para que allí cuanto antes se presentara, pero ni del propio ni del escuadrón volvimos a saber jamás. Un poco más entrada la mañana llegaron unos fuertes que nos eran muy leales, erigidos en comisión, y sin mayor cerimonia nos pidieron que dejáramos Sitial, que porque ya las aldeas y caseríos del interior preparaban nuestra derrota y hacia nosotros se dirigían con muchos hombres armados y muy bien pertrechados, y que era cosa de horas que llegaran por el occidente, de la región de las calabazas, y también por el norte, y de río arriba, con partidas de muchos más hombres y guerreros de los que nosotros pudiéramos repeler, y que de no irnos por donde menos peligros hubiera, éramos hombres muertos y olvidados de la Providencia. Un poco después del mediodía también llegaron unos mensajeros que venían de Llanos Altos, todos muy agitados y afligidos, y venían a decirnos que los cuatro miembros de la Junta que en aquel pueblo se encontraban habían sido apresados al llegar, junto con toda la comitiva que los acompañaba, y que habían sido muertos sin mayor dilación, siendo un total de dieciséis personas las que habían sido pasadas a cuchillo. Así mismo nos informaron que también los de Llanos Altos y los caseríos de los alrededores ya habían armado muchos guerreros y ahora los enviaban hacia Sitial, con la intención de ajusticiarnos y echarnos para siempre del reino. Y como mucho nos alarmaban aquellas noticias, pronto conferenciamos sobre cuál era nuestra situación. Y a muy poco se acalararon los parlamentos, porque un partido deseaba hacer frente a los levantiscos haciendo uso de los fieles que todavía nos quedaban, que ya no llegaban a trescientos, y del poquísimo

parque de nuestras armas, que ya no daría más que para los últimos disparos. Estos que digo pretextaban a sus familias y sus bienes, que ya algunos tenían a sus mujeres e hijicos como herederos de los vastos señoríos de los que se habían hecho. Y otros en cambio pensábamos que todo estaba de antemano perdido, teniendo desbandados a nuestras gendarmerías de Fuertes, inútiles a nuestras armas y en contra nuestra a todos los hombres sanos del reino Pío, y que sería entonces cosa de tiempo, y muy poco, el que éstos nos batieran, descalabrarán, vencieran y pasaran a todos a cuchillo. Porque también era cosa de considerar que todos nosotros estábamos en el centro de Sitial, en donde teníamos nuestras casas y solares, resultándonos la ciudad toda una trampa y un cepo en el que con harta facilidad se nos tendería emboscada que por fuerza perderíamos. Y discurrimos de igual manera que teniendo ya tan poco tiempo que perder, más valiera emprender sin demora una digna retirada del reino para buscar contacto y alianza con los de Tiagucán, pues que tratándose de gente más civilizada tal vez más tarde pudiéramos regresar a reclamar lo que por derecho era nuestro, porque mal puede reclamar nada quien ya hubiere perdido el pellejo y con él el resuello, y que era entonces por la vida de aquellos mismos hijicos el sacarlos cuanto antes de Sitial.

Y habiendo argüido y razonado así como lo cuento, sin más formalidad, se votó que nos fuéramos, de manera que raudos nos abocamos a preparar avituallamientos y dejar listas algunas provisiones, que fue como ahora diré. De los víveres juntamos calabazas con agua, y mucho rellenamos nuestras ropas con bolsas de harinas y carne desecada. Las armas inservibles que nos quedaban todavía más las dañamos como pudimos y luego, amontonándolas encima de maderos, les prendimos fuego. Dimos orden a los sirvientes de echar por tierra el horno que les habíamos construido, y nosotros mismos ayudamos a derribar sus paredes. Luego juntamos a los niños y a las mu-

jeros que se iban con nosotros y les cambiamos las ropas para enmascararlos. Y les dijimos de adelantarse en secreto para esperarnos en un lugar que decíamos de Aguaseca, muy afuera de la ciudad, y así se adelantaron con uno de los nuestros, e iban haciendo finta de llevar muertos para quemarlos.

Y estando así todo, nos dimos por prestos para traspasar los poderes, y erigidos en Junta Vicerreynal y Gran Colegio, por vez última, abdicamos del reyno a favor de los fieles que hasta allí nos habían acompañado, haciéndolos antes jurar, por la Providencia y también por sus viejos dioses y por vida de sus mujeres y sus hijicos, que tenían que escoltarnos hasta las afueras de Sitial y que nunca habrían de perseguirnos, ni oponernos enemistad, ni darnos refriega u hostilidad ninguna. Y habiendo llevado a cabo esta cerimonia, que mucho nos conturbara tanto a ellos, los nuevos señores, como a nosotros los que ahora nos íbamos, pues que de cierto digo que algunos juramentaron hasta con lágrimas en los ojos, después desto, iba diciendo, arriamos la bandera, estandarte y pendón del Reyno Pío de los Fuertes, no queriendo exponerla a ultrajes ni mancillas por parte de los ingratos levantiscos. Porque era una bandera hermosa y sencilla y lucida y de harta majestad, y porque muchas cosas nos recordara a todos quienes la habíamos echo levar en días mejores.

Y consistía aquella bandera nuestra y del Reyno Pío en una manta más larga que alta, con los cuarteles terciados en fajas desiguales, angostas las superior e inferior, a la manera de borduras y ambas dos en amarillo imperial, pero bastante más ancha la tercera del centro, en color rojo sangre, y llevando en el medio, bordado en oro y turquí, el muy bendito signo de la Providencia.

Y digo que para cuando salíamos de Sitial rumbo al oriente, escoltados como marchábamos por sólo unos cuantos hombres, ya se iban escuchando los gritos y alharacas de los rebeldes que entraban a la capital.

DE CÓMO EL GRUPO SE DIVIDIÓ, TOMANDO SENDOS CAMINOS
QUE NUNCA HABRÍAN DE REENCONTRARSE

Con mucha prisa y angustia, y con los pocos alimentos y pertrechos que logramos sacar de Sital nos dirigimos entonces al Aguaseca, que queda bastante más lejos que cerca de las últimas casas de la ciudad y que es como unas grandes tinajas secas en la piedra. Pero ocurrió que al llegar hasta las tinajas, ya algo entrada la noche, no dimos con los que tendrían que estar esperándonos allí. Gran desazón e impaciencia nos ocasionó aquel asunto, y de inmediato, con el más de sigilo que podíamos, estuvimos llamándolos y buscándolos por cuantas partes nos fue dado, no habiendo sido muchas, por lo oscuro, pero ni hallábamos sus personas, ni tampoco rastro dellos, y como a aquellas horas no podíamos pesquisar las huellas de su ruta o paradero, al poco tiempo parlamentamos y discutimos que, de ser descubiertos por el enemigo en ese trance, habríamos de ser todos hombres muertos, y que más valía seguir nuestro camino con la esperanza de encontrarlos más adelante. Así razonando, la mayoría resolvimos emprender la marcha sin dilación, pero los que tenían sus hijos extraviados, y sus mujeres, apostaron por quedarse allí mismo y esperarlos o buscarlos como fuere, quedando aquel asunto zanjado y el grupo dividido. Y hay que ver como una cosa tal nos conturbaba, porque era de temerse que aquellos infelices que ya se nos habían adelantado hubieran sido presa de los Fuertes, para tenerlos como señuelo, o hubieran sido muertos por ellos en el acto de haberlos encontrado. Y los que se quedaban para aguardar ¿qué esperanza tendrían de rescatarlos, o nosotros de socorrerlos después?

Habiendo pasado esto, se quedaron los más, y los menos seguimos adelante. Nos repartimos lo mejor que se pudo el agua y las harinas y carne que llevábamos, por si tardáramos en volver a vernos. Nos despedimos con abrazos, ellos prometiéndonos que habrían de alcanzarnos en lo más un par

de días, y diciéndoles nosotros que, de no ser así, habríamos de regresar por ellos todos, con ayuda y resguardo. Porque pensábamos ir avanzando hasta encontrar refugio en el seno de alguna nación más avanzada. Creíamos, pues, que era posible negociar alguna ayuda con quien fuere que halláramos, y no tan sólo salvarnos quienes llegásemos hasta mejor destino, pues que habiendo ganado aquellas tierras por derecho propio, mucho nos era permitido y lícito pactar alianzas y concertar tratados. Y pasaba por nuestras mentes el recuerdo de todo lo que los bárbaros nos habían dicho sobre los naturales de Tiagucán, con sus costumbres divinales, la riqueza de su reino, y la grandeza incomparable de su gran capital y, sobre todo, aquel oro que dejaban caer, no teniendo mucho que importarle aquel descuido, al pasear por sus calles.

Nada sabíamos sobre que ya nunca más nos habríamos de volver a encontrar y que era entonces, por ende, la última ocasión que algo nos decíamos y unos a otros nos dábamos abrazos. Y estando tan oscuro a la hora de separarnos, conforme avanzábamos con enorme prisa para ganar el mayor tiempo, mucho tuvimos que bregar con las espinas del país, que ya hacía mucho que no nos veíamos en lances como aquel y los creíamos olvidados, porque habiendo ganado alguna vez para nosotros el Reino Pío, nos íbamos acostumbrando a ser señores y vivir como tales, sin cuitas ni contratiempos, y sin embargo así nos ocurría tan de pronto, que otra vez más en aquellas tristezas andábamos, y parecíamos destinados a la noche y el frío, y las espinas, y el polvo del desierto.

DEL VALLE DEL SILENCIO, Y DE CÓMO LOGRAMOS VENCER SU SORTILEGIO

Habiéndonos separado con tanta premura y en aquellas circunstancias, los que tendríamos que seguir iniciamos, pues,

la marcha rumbo a los desiertos orientales, a sabiendas de que era por donde más penurias habríamos de encontrar y sufrir en nuestra huida, pero con la esperanza de encontrar a los de Tiagucán, como no fuera sino para pedirles socorro y solicitarles la gracia del exilio. Así caminamos muy cuitados y sin poder detenernos. Y conforme adelantábamos en nuestra marcha, cada valle que conocíamos más ralo se nos aparecía, que a poco tiempo los arbustos que se encontraban eran ya escasos y tan magros que parecía que estuvieran secos. Entonces llegamos a uno de ellos, como al tercer día de camino, que estaba todo ralo y esmirriado, muy polvoriento de sus suelos y con tan poca cosa que ofrecernos que mucho miedo nos daba el pensamiento de que para poder terminar de recorrer aquel páramo no fueran a alcanzar las provisiones de agua que con tanta penuria habíamos podido sacar de Sitial de Providencia. Y para tal efecto que digo, de no desgastarnos ni secarnos demasiado las bocas, acordamos no hablar entre nosotros, y así llevábamos buen trecho recorrido sin decirnos cosa alguna, cuando nos dimos cuenta de que en aquel descampado no se podía escuchar ni poco ni mucho sino nada, que no sonaban pájaros que cantaran, ni hierba o abrojo que se moviera, ni viento raspando las ramas o las rocas, ni grillos, ni cigarras, ni voz alguna que pudiera ser escuchada, aunque no fuera sino como un murmullo. Y nadie lo hacía notar por temor a que se pensara que ya disvariábamos, hasta que alguno gritó el nombre de la Providencia como grita un hombre insano y todos nos detuvimos a comentar aquella rareza.

Porque era realmente asunto de considerar, que si marchábamos, el ruido de nuestros pasos se lo sorbiera la arena, sin bisbiseo ni golpe que avisara, y si el viento arrastraba una escoria también era en silencio, y que no se sintiera en toda aquella parte ningún rastro de sonido, como si todo pasara adentro de una sordera muy mala. Tanto era así que parecíamos habernos quedado tan sólo con la vista, y ésta no nos

mostraba sino arenas y piedras hasta llegar al horizonte. Y entonces acordamos de que se hablara por turno, sólo uno a la vez, y los demás marcharan escuchándolo, a manera de no llegar todos a perder la razón, ni desesperar por tanto silencio y miseria como nos rodeaban. Y así nos fuimos relevando en la tarea de ir diciéndonos los unos a los otros muchas cosas en voz alta. Y hablábamos de nuestras mocedades, de los hermanos y amigos que habíamos tenido, y del pueblo que muchos de nosotros habíamos dejado cuando jóvenes.

Y caminamos de esta forma ya no se me acuerda cuántas jornadas, hasta que una mañana escuchamos un pájaro cantar con mucha violencia, cambiando de continuo su tonada y muy atareado en sus trinos y gorjeos, y así supimos que por fin habíamos dejado atrás el valle aquel del Silencio.

DE LAS MUCHAS COSAS QUE CONTEMPLÁBAMOS, SIN SER ELLAS CIERTAS

Nos ocurría de igual manera que, después de recorrer largas distancias entre cuenca y cuenca, que así era como nos íbamos procurando los lechos secos de los arroyos, por poder escarbar en la arena, y habiéndose agotado la poca agua que podíamos juntar, nos era dado contemplar a la distancia las cosas más bellas. En una ocasión vimos un río. Era muy ancho y brillante, y a sus orillas volaban las aves, unas grandes y otras pequeñas, y todas muy blancas y lucientes, así que mucho nos alegramos y dimos gracias cumplidas a la Providencia, y entonces nos dirigimos de inmediato a sus riberas, pero cuando llegamos no hallamos sino montones de piedras y polvo.

Luego ocurrió que vimos a lo lejos un gran lago con muy hermosas islas en el centro, y era un agua muy límpida y azulada, y en las islas crecían árboles de todas las formas y tamaños, y de entre los follajes y enredaderas se levantaban

torreones y campanarios de vidrio. De cerca no resultó ser sino un erial como los otros eriales, lleno de espinas y abrojos hirientes.

Y cosas aún más hermosas eran las que soñábamos, porque dormidos entrábamos en alcázares infinitos, recorridos por acequias de agua dulce que brotaba desde muy bellas fuentes de piedra, y todos sus corredores y patios muy anchos y todos muy ornados con setos de arrayanes y jazmineros en flor.

DE NUESTRA LLEGADA AL CASTILLO DE LOS AUSENTES Y DE LOS TRISTES PENSAMIENTOS QUE ALLÍ NOS ASALTARON

Y ya no sabía decir sobre cuántas semanas fueron, o tal vez meses, que después de haber dejado el Valle del Silencio para seguir caminando hacia donde la Providencia nos condujera, ocurrió que comenzamos a perder más hombres, porque unos desfallecían de flaqueza y otros más cogían una enfermedad que nunca supimos qué fuera, ni menos aún como tratarla, y mal hubiéramos podido hacer algo, perdidos en aquel pedregal, diezmados y empobrecidos como lo estábamos, comiendo raíces o langostas del desierto y escarbando en los fondos secos de los arroyos para sacar tan sólo algunas gotas de agua fétida y malsana. A estos compañeros que allí dejábamos en el desierto hacíamosles oración y luego los cubríamos con piedras, porque no los fueran a comer las fieras salvajes. Luego retomábamos el camino para alejarnos de la peste y para ver qué más desventuras nos esperaban. Y así nos contristábamos y avanzábamos por aquella tierra cuando ocurrió que uno de los nuestros, habiéndose separado para subir unos cerros pedregosos que aparecían a un costado, volvió dando grandes voces y con mucho alboroto. Lo recibimos y calmamos, preguntándole qué era lo que así lo traía, que si algo malo o acaso muy bueno para nosotros, porque

se le miraba muy contento el rostro y muy subida la color, pero hallábase tan agitado todo él que respiraba y resollaba con mucho cansancio, por cuanto había corrido para llegar hasta donde estábamos, y casi nada nos respondía. Y así como le preguntábamos, apenas acertaba a decirnos que más allá de los cerros se veía una ciudad toda entera, con sus torres y parapetos y solares y palacios muy grandes, y que vista como aquella nunca antes la había mirado, y que por toda certeza tenía que por fin estábamos llegando a la famosa Tiagucán.

Considérese ahora con cuánta incredulidad y esperanza desmedidas hombres como nosotros habrían de tomar aquella nueva, pues que ya teníamos años de no ver ciudades verdaderas ni gente de razón, estando extraviados como lo estábamos en países que hasta entonces nadie conociera, alejados de todo, y nosotros viendo acabarse las vidas de nuestros compañeros y mermarse las propias nuestras, expuestos, los que quedábamos, a sinsabores y peligros sin fin. Porque a más de los maltratos que el país nos infringía, que ya entonces andábamos desnudos y con las pieles muy heridas por el sol y los abrojos, nos hallábamos malcomidos y enfermos, que un día comíamos las raíces amargas que nos daba la tierra y otro día no las encontrábamos siquiera. Porque al respecto hay muchas otras cosas que se podrían hacer saber, entre otras, que mucho tiempo antes de lo que ahora relato ya nos habíamos comido todos los zapatos de cuero, trozándolos primero y luego haciéndolos hervir para poderlos mejor tragar, y así también las telas de las ropas, y otras más cosas que hacíamos las cuales no diré por recato y reserva, que tanto así nos veíamos obligados a soportar a causa de tanta hambre y desesperación, y sobre todo de sed.

Pero volviendo a lo que refiero, habiendo escuchado sus palabras no acertábamos de inmediato a dar mucha fe de lo que decía, por lo que más arriba he contado sobre las visiones y espejismos que todos habíamos una y otra vez contemplado,

pero de todas maneras mucho nos inquietaban aquellas palabras en caso de ser ciertas, por no saber quiénes serían aquellas gentes que en tan hermosa ciudad habitaran, y cómo serían de costumbres y civilización, ni si habrían de recibirnos de buena manera, con un aspecto tan malo como el que mostrábamos. Porque creímos de veras que fueran los de Tiagucán, que así nos habían dicho los Fuertes que era el aspecto y manera de su gran ciudad, cuando no les creíamos todos aquellos informes y relaciones, que nos decían los Fuertes que aquella ciudad estaba habitada por dioses, y mucho nos preguntábamos qué nos esperaba al trabar conocimiento con hombres como los tiagucanos, que en tan poderoso reino vivieran. Pero más inquietud nos causaba que pudiera tratarse de alguna otra nación, tan incivil y feroz como las otras que habíamos encontrado. Y si de ser en efecto los dichos Tiagucanos, de qué manera habríamos de acercárnosles y pedirles refugio. Y unos decían que sí, pues recordando las noticias que los Fuertes nos daban dellos, pensaban que hasta haciendo de sirvientes habríamos de recoger el oro que estas gentes tiraban como escoria en las calles, y otros tenían más reserva y cuidado de no esperar ya nada de todas aquellas naciones.

Así discurriendo, subimos los cerros que nos

DE LA COLINA DE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES, Y DE CÓMO
NOS LAMENTAMOS QUE NO HUBIERA ALLÍ NADIE PARA TOCARLOS
JAMÁS

Y no teniendo más remedio que seguir adelante dejamos el Castillo de los Ausentes y caminamos, tratando de marchar hacia el rumbo que debiera seguir la rivera aquella que bañaba el Reino Pío, pues mucho nos lamentábamos de haberla abandonado para llegar hasta la ciudad muerta. Y así seguimos caminando muchos más días o meses, que ya no se me

acuerda cuánto sería, pero sin encontrar de nuevo ni el río de los Fuertes ni ningún otro, pues que los países que íbamos descubriendo volvían a ser tan yermos como los que más, y ya no nos quedaban fuerzas para regresarnos y desandar otra vez tanta tierra.

Y yendo como íbamos por aquellas comarcas, nos fue dado ver un erial en el que todas las plantas tenían las formas de instrumentos musicales, pues a los lados de las grandes rocas, tal si fuera en terrazas que descendían por la ladera, se levantaban estas plantas con sus formas muy extrañas y hermosas, siendo unas iguales que los laúdes, o cítaras, y otras más que eran como vihuelas muy cubiertas de espinas, y otras que parecían liras o salterios, con trompetas y cornos a los lados. Y admirábamos una arpa muy grande que parecía más alta que las demás, como si frente a ella fuera a sentarse el maestro principal, y tan esbelta que el viento la mecía, y otras más plantas parecidas a tímpanos y clavicímbanos, y todas muy lucientes y acomodadas, como en espera de los músicos que las hubieren de llegar a tocar.

Y digo que aquella ladera era realmente cosa de maravilla, porque orquesta tan ordenada y tan rica no la ha tenido nunca ningún rey, de modo que cuando el sol amanecía todas sus cuerdas y clavijas eran de plata, tal si estuvieran prontas a despertar de sus sueños al soberano, con sus esposas y niños reales, y cuando la tarde descendía, a poco se iban volviendo de oro puro, como dispuestas a un tocar un mejor concierto que apaciguara a la corte, y a los cansados capitanes de la guerra, y a los cortesanos diestros en la intriga, y al país todo para ponerlo dulcemente a dormir.

Tanto así nos extrañaba aquel paraje, que íbamos comparando rango por rango e instrumento por instrumento, a todos nombrándolos, porque algunos de entre nosotros habían estado en la corte, y otros habíamos escuchado sobre aquellas maravillas, y todos echábamos en menos las cosas que había-

mos dejado atrás y que tal vez ya nunca más las pudiéramos volver a contemplar. Y así pensando, mucho nos lamentamos entonces, aunque no fuera sino por chanza, que no hubieran de llegar hasta esa orquesta de espinas, ni en ese tiempo ni en ningún otro, los afamados músicos que la pudieran tocar.

DE LAS COSAS QUE VIMOS EN EL CIELO, Y DE LO QUE PENSAMOS
QUE AQUELLO SIGNIFICARA

Y así seguimos adelante por los yermos, caminando sin rumbo, marcados los cuerpos ya con heridas, ya con las marcas de las viejas heridas, maltrechos todos en tal manera como apenas pudiera pensarse, presas del desánimo porque en todo flaqueábamos, cansados los unos, enfermos los otros, muertos o perdidos ya los más de todos aquellos cuantos habíamos sido en el principio. Y a veces nos preguntábamos a qué habría servido nuestro sacrificio, porque hasta entonces no había habido en nuestra travesía algo que nos hiciera pensar que todas aquellas penurias sirvieran para cosa alguna, ni a nosotros, ni al Rey, ni a nadie en el mundo. Y a tal grado dudábamos si nuestra tan dilatada aventura había valido la pena que algunos de nosotros hablaban de detenernos allí mismo y contentar los días que nos quedaran con recoger los camarones de los ríos o las raíces de la llanura, y otros maldecían de continuo la empresa que hasta allí nos había llevado, y otros más hablaban ellos solos de sus lamentaciones y parecían haber perdido la razón, murmurándose desvaríos y pláticas y contratos imaginarios que se pactaban en los reinos ganados, lo que es cosa de comprenderse, pues viéndose en aquel estado y circunstancia, perdidos en tierras tan agrestes y pobres, nunca antes vistas por gente como nosotros, sin noción ya de dónde estuviesen y sin esperanza de regresar

jamás, qué hombres no habrían de abandonarse a los recuerdos y a los más raros desvaríos.

Así nos encontrábamos cuando un día, una tarde como cualquier otra de las tardes, de pronto nos fue dado contemplar grandes señales en el cielo. Cuánto habríamos de ponderar y de demorarnos en admirar todo aquello, es cosa que ahora apenas lo podría yo decir, porque toda la parte alta del horizonte, por donde había unos montes pedregosos, se llenaba de grandes cortinajes hechos todos de una luz muy pura, hasta la parte más alta, unos verdes y los otros azules, y otros más del color de las piedras amatistas, cornalinas y ágatas, todos muy grandes e infundidos de harto fuego y claridad. Y a ratos ocurría que aquellas formas de suyo iban cambiando, y por unos como resquicios que se abrían de entre aquellos cortinajes que digo, se miraban unos destellos más fuertes todavía, y más profundos, tal si el cielo estuviera descorriendo sus velos para enseñar los esplendores que detrás lleva. Y después que los resquicios se cerraban, una manera de cabellera se desprendía muy despacio, como si se soltara sobre nosotros y sobre el mundo todo una llovizna de luz morada. Y tanto así nos azorábamos observando aquel prodigio, tan absortos y admirados, que no sabíamos qué pensar, y así callados seguíamos y nada acertábamos a decir.

Pues de la misma manera en que empezó, sin más aviso, así también aquella aparición se fue borrando del cielo, perdiendo a poco sus colores y su lumbre, volviéndose apagada y muy débil, y más tarde ya no quedó nada. Y como entonces saliéramos de nuestro estupor mucho hablamos entre nosotros sobre la maravilla que habíamos presenciado y sobre lo que aquello pudiera significarnos, habiendo dicho unos que nada significaba, y otros que tal vez un peligro final nos acechara todavía, y otros más que era tan sólo muestra de cómo el mundo es hermoso aún en sus infiernos.

Pero los más concordamos en que tanto esplendor y hermosura sólo algo bueno nos pudieran presagiar. Porque después de las muchas penurias y travesías como las que nosotros habíamos pasado, la Providencia, que está detrás de todo y todo lo acompaña, tal vez estuviera, con esos signos, poniendo su mirada sobre nosotros.

y más ventura y desventura, ni más infamia o más gloria, cuántos hombres en el mundo las pudieran tener.



Dos retóricos

Se cuenta que en una ocasión un retórico se lamentaba de sus múltiples problemas y tribulaciones con otro de sus compañeros de academia. El escucha, compadeciéndose de él, le argumentó:

—Ten calma y procúrate la paz mediante una adecuada reflexión: Tu tiempo y tu espacio son efímeros, pero el tiempo y el espacio del universo son infinitos. Si todos tus problemas no son sino una gota en medio del océano de la humanidad, y si el océano de la humanidad no es sino una gota adentro del océano de los mundos, y si el océano de los mundos no es sino una gota en el centro del océano del universo, ¿en dónde, pues, quedan tú y todos tus problemas?

El quejumbroso, harto como estaba de las palabras, los sinónimos, las analogías y de todos los posibles juegos y combinaciones entre ellas, le respondió:

—De ser cierto todo lo que me dices, entonces yo y mis problemas quedamos, justamente, en el mismísimo centro del universo.

De los Cuentos para leer dormido.

Por E. Ubasht.

2143 de la Cuarta Era, en kashugo del norte.



El hombre de la buena suerte

Hubo (y tal vez nunca hubo), hará más de mil años⁴⁴, un hombre que siempre tenía muy buena suerte. Había nacido joven, y no viejo. Estaba vivo, y no muerto. Sabía respirar muy bien, también comer y beber, y muy frecuentemente lo hacía. Aprendió fácilmente a nadar, caminaba a las mil maravillas y cuando se cansaba, dormía como un oso ahído en su madriguera. No era esclavo, ni perro callejero, ni bestia de carga, ni polluelo abandonado en el suelo, sino un hombre joven, sano, y libre como el más libre.

Pero su buena suerte le confería muchos otros privilegios. Sabía reír y llorar, y sabía hacer reír y hacer llorar. Era apreciado por quienes podían ayudarlo y era temido por quienes hubieran podido hacerle daño. Había nacido, además, rico hasta el grado en que los bienes son disfrutables y no constituyen una preocupación o una carga; guapo hasta la medida en que no le faltaba nunca la compañía amorosa y sin llegar a provocar envidias u obsesiones; y, por último, lo suficientemente inteligente como para poder resolver ciertos problemas, y no lo suficiente como para descubrirse rodeado por otros muchos que no tienen solución.

Cosas extrañas le sucedían: le ocurrió abrir los libros, en numerosas ocasiones, justo en la página que buscaba. Un día cruzó un puente que era incapaz de soportar el peso de ningún hombre, y el puente resistió. Una vez, al voltear una esquina en la extensa y populosa ciudad capital, encontró a

⁴⁴ “Hubo (y tal vez nunca hubo), hará más de mil años”: fórmula habitual con la que comienzan los cuentos de hadas en el idioma kashugo.

una persona muy amada a la que había perdido de vista hacía muchos años. En otra ocasión durmió sobre una almohada bajo la cual se escondía una serpiente venenosa, y ambos se retiraron incólumes al amanecer, sin él darse cuenta. De la legión de enfermedades que asolan a los hombres tan sólo llegó a padecer algunas pocas, y se libró por completo de las más atroces.

Cierto día encontró una valiosa alhaja que había yacido tirada, durante meses, en una vereda por la que habían pasado cientos de personas. No se embarcó, por un contratiempo insignificante, en un navío que habría de naufragar sin dejar sobrevivientes.

Si un chorro de aceite hirviendo le caía, era sobre los gruesos zapatos y no sobre los ojos. Si entraban a su casa para robarlo, los ladrones dejaban de lado verdaderos tesoros que pasaban por alto o cuyo valor ignoraban, llevándose tan sólo insignificantes bagatelas. Si llegaba a tropezarse o a caer de bruces, no se quebraba ningún hueso, ni se cortaba una ceja, ni un labio se le reventaba. Si escupía sin mirar hacia dónde, su saliva caía justo en el centro de una flor, provocando el asombro de quienes habían observado la chocante proeza.

Este hombre, por supuesto, ignoraba sistemáticamente todas estas cosas, y se lamentaba de continuo por lo que él llamaba su “notoria mala suerte”.

De los Cuentos para Leer Dormido.

Por E. Ubasht.



El arqueólogo impar

La Sierra de las Estrellas, con sus numerosas colinas y montañas cubiertas de grabados rupestres, había sido un enigma durante muchos siglos. Quizá desde que los primeros exploradores hicieron mención de la cordillera. Los dibujos que le habían dado nombre —intrincadas cadenas de rombos, asteriscos, rayas cruces, polígonos y diseños que vagamente recuerdan la forma de insectos desconocidos— habían sido tallados con duras puntas de sílex en la piedra rojiza desde hacía muchos miles de años y desafiaban toda posible interpretación.

Era tal la frecuencia de estos murales rupestres en el extenso valle que todo mundo coincidía por lo menos en una plausible consideración: alguna vez el sitio había sido considerado como un lugar especial, quizá santo. Era posible imaginar peregrinaciones, largos viajes destinados a concluir con una ceremonia y una inscripción. El lugar era hermoso, además. Murallas ahora azules y luego rojas, paredes cortadas en la piedra viviente, restos de arenales, atardeceres como incendios.

Un día el Arqueólogo llegó para escribir la tesis definitiva sobre el significado de los significados de los símbolos que simbolizaban la cordillera. Clasificó los dibujos por su forma, tamaño y grado de abstracción o figurativismo. También de acuerdo a su orientación, número de trazos y modo de ejecución. E igualmente, por supuesto, de acuerdo a su actual estado de conservación y posible antigüedad. El Arqueólogo era frío, circunspecto y sumamente juicioso. Ponderaba sobre

todo la prudencia y nunca arriesgaba una tesis al margen de la metodología o carente del más sólido fundamento.

El trabajo le tomó muchos años, porque los glifos cubrían todas las rocas en muchas leguas a la redonda y observaban notables diferencias, pero por fin un discurso coherente fue tomando forma. Se trataba de un antiguo observatorio astronómico que registraba las órbitas de las principales estrellas. Muy verosímilmente también había servido como centro ceremonial. Los insectos estilizados eran marcas de clanes y simbolizaban espíritus protectores o animales tabú. Las rayas y muchos otros dibujos geométricos habían sido utilizados en exorcismos, ceremonias de curación y ritos de la fertilidad. Los puntos eran cuentas y marcas calendáricas.

Pero nada era así. En realidad, aquel vasto mural a cielo abierto cifraba toda la historia del continente y sus dilatadas comarcas, con los países, lenguas, costumbres y religiones que habrían de dividirlo. Mencionaba los nombres de sucesos emperadores y caudillos calamitosos que habrían de ser engendrados muchos siglos después. Preveía los numerosos desplazamientos de las hordas salvajes, delimitaba imperios y satrapías, confederaciones y repúblicas. Aclaraba, con hermosas palabras, el destino de todos y cada uno de sus habitantes, y preveía, por supuesto, que un mal arqueólogo habría de acercarse algún día para intentar, inútilmente, descifrar los sentidos ocultos de la Sierra de las Estrellas.

De los Cuentos para Leer Dormido.



Etnográfica

En la inclemente Llanura de los Lamentos habitan las tribus de los Ah y de los Ay, enemigos irreconciliables. Y cada vez que un Ah encuentra a un Ay (o cada vez que le dispara y lo flecha), éste último exclama: ¡Ah! Y viceversa.

De los Cuentos para Leer Dormido.



De esplendores y ruinas

onstruí la más bella de las torres posibles. Sabiéndola destinada, como todo lo que existe, a la degradación y el derrumbe, no puse demasiada atención a los cimientos. Retador, además, la hice sostenerse sobre uno solo de sus pies, porque imitaba la forma de una danzante laria en el momento del éxtasis. Sólo las piedras nobles y los metales raros fueron empleadas en su construcción. Honraba a la República, que después de una conflicto tan prolongado y sangriento ha logrado instaurarse.

Una vez terminada no tardó mucho en que se le reconociera como una maravilla incuestionable. Su postura invocaba aquel instante precario en el que el orden es posible, aun en medio del caos, madurando en las formas, sea de un poema que es leído en voz baja, sea de un nenúfar que se abre o de una constelación que gira sobre sí misma. Instante precario por frágil, por vulnerable, aunque pueda durar muchos millones de años.

La torre se sostuvo por sobre la llanura, no más ni menos firme que una robusta conífera de follaje resinoso y brillante. Su inmóvil danza ofrecía, generosa y paciente, perspectivas incontables a cada una de las miradas. Y el sol de la mañana o el del atardecer, las diferentes nubes y el azul más sereno del aire, se vieron fragmentados por aquel cuerpo henchido de mármoles y malaquitas.

Muchas parvadas volaron sobre ella. Luego la decadencia se anunció, inesperada y repentina, como unos leves sonidos, apenas perceptibles, algo como un rumor oscuro que venía

desde adentro, vibraciones muy leves en la tierra. Eran los topos. Para cuando los curadores descubrieron al primer ejemplar, una colonia ya demasiado numerosa se alojaba en los cimientos. El resto se adivina y es en exceso lamentable. Alguien notó un ligero sesgo en la postura de aquel prodigio. La inclinación se acentuaba, primero a razón de unos pocos grados anuales, luego de palmos enteros. Cundió la alarma, se rumoraron cosas. Las soluciones llegaban demasiado tarde.

Un par de crujidos sordos y poderosos anunciaron el colapso final. La escultura, como si se estuviera despidiendo del entorno, aceleró su desmoronamiento mientras tronaban brazos, pliegues de mármol, grietas, y el espantoso conjunto se resolvía en tan sólo una atroz cascada de polvo. El orden derrotado: el poema borrándose junto con la memoria de una anciana que muere, el loto flácido y degradándose en el fondo del estanque, la inabarcable constelación vertiéndose a lo largo de siglos en un invisible y atroz agujero negro.

Pero los topos son ciegos. Para ellos el mundo es el amorfo subsuelo, la tierra a oscuras, y la felicidad es los torcidos agujeros que cavan en ella. Así que nunca supieron que instauraban el caos, terminando por siempre con un efímero triunfo de la belleza; nunca supieron que sembraban un páramo con desafortunados trozos de mármol inutilizable.

Yo soy el arquitecto y todos me señalan como el causante de la desgracia. Lo soy en muy poca medida, según insisto, y aunque por el momento aguardo una condena en prisión, mi conciencia tranquila me da las fuerzas necesarias para esperar de nuevo la libertad. Si no a través de la absolución de los jueces, tal vez mediante la temida invasión de los bárbaros que desde siempre nos han rodeado, y quienes arrasarian de nuevo con la República. O bien mediante el inminente derrumbe de mi propio ser, en el que ya se anuncia la decadencia como unos leves sonidos, apenas perceptibles, algo

como un rumor oscuro que viene desde adentro. Porque es probable, ciertamente, que ambos derrumbes se cumplan antes que la sentencia.

*Del libro Vlágħ Dawdúshtar,
o “El Diccionario en Ruinas” (o bien “El Diccionario Ruinoso”),
por Vrenk A. Numagh.
2178 de la Cuarta Era, en kashugo del sur.*



Fuga y castigo de los ladrones del Año Nuevo

Al llegar comencé a recorrer las calles vacías, primero con miedo y luego con angustia: nadie, nada, ni siquiera los ruidos de una ciudad vacía; tan sólo las inmensas paredes de adobe y las calles de tierra apisonada por las que no se veía rastro alguno de vida. Puesto que me sabía perseguido, no podía detenerme para indagar el porqué de tanta soledad y desamparo. Miraba nerviosamente aquellas calles polvorientas y escuchaba el ruido del aire entre las copas de los árboles o, mejor dicho, el dilatado silencio que acrecentaba mi miedo.

Seguí caminando apresurado y sin rumbo fijo por entre huertas abandonadas, quizá muy recientemente, y casonas antiguas, hasta llegar, sin saber cómo, a un patio interior en cuyo centro descendían unas estrechas escalinatas de cantera. ¿Hacia dónde? Hacia la tierra misma, hacia el fondo de algo. La inclinación del ángulo descendente me hizo sentir aún más nervioso. ¿Quién las había construido? ¿Para qué eran?

Pero se hacía demasiado tarde, me resultaba imposible detenerme, desviar el rumbo, intentar otra ruta de escape y, al mismo tiempo, evitar la atracción sorda y escalofriante de aquellas escaleras. Me detuve un momento. Comencé a descender. Apenas cabía lo ancho de mi cuerpo. No tenían techo en el primer tramo. Eran como una zanja en espiral que se hacía más profunda y más inclinada a cada paso que daba.

No sé si puedo describirlas. Al llegar a la primera de sus esquinas el angosto corredor daba vuelta hacia la derecha en

un perfecto ángulo recto, porque la forma de la zanja era la de una greca, pero la inclinación de los escalones se acentuaba casi hasta llegar a ser vertical. Un tufo cálido y húmedo se desprendía de las paredes o, quién sabe, tal vez surgía desde el fondo, que era completamente oscuro. Yo comenzaba a sudar copiosamente y traté de volver hacia atrás. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero no pude: en ese mismo instante el vértigo me jaló hacia dentro del hoyo sin luz en el que desembocaba aquella extraña dentadura de piedra, y entonces, de pronto, caí como un pesado saco de basura, como un tronco arrojado a un pozo seco.

Comprendí que había sido alcanzado por el castigo, que no había logrado escapar a la justicia por el terrible robo perpetrado, y que tal vez mis compañeros estuvieran, en esos momentos, encontrándose en medio de una pesadilla similar. ¿Lo comprendí realmente? ¿Pensé en eso? Mi comentario no puede ser exacto en forma alguna; tal vez ahora invento que estuve consciente de lo que me ocurría durante aquellos horribles momentos. Pero en esas circunstancias yo no podía estar pensando en nada, recordando algo, o a alguien. En esos momentos yo tan sólo caía, Caía en lo sofocante, en una oscuridad cada vez más espesa, en el más absoluto terror. No sé por cuánto tiempo se prolongó ese espantoso martirio.

Entonces ocurrió algo todavía más misterioso. Conforme yo caía y giraba inestable sobre mí mismo, el calor fue desapareciendo, sustituido poco a poco por una frescura absolutamente seca. Y al poco tiempo por un frío abismal. Pasaron horas, o días, o siglos: ahora no lo puedo saber. Durante esas horas o esos siglos sentí que mi cuerpo era del hielo más muerto. Luego advertí que aquella oscuridad no era total, sino que poco a poco iba siendo atemperada por innumerables puntos luminosos que se parecían a las estrellas. Y eran estrellas. Miles y miles de estrellas inexplicables, girando alrededor de mi cuerpo. ¿O era mi hielo el que giraba?. Muy

lentamente cambiaban de lugar, muy lentamente yo me iba desplazando, o así lo parecía.

Cuando descubrí la enorme masa, rojiza o del color de la arena, que me jalaba hacia su centro —era una esfera gigantesca, apenas abarcable con la vista— ya me encontraba demasiado cerca de ella como para tener tiempo de especular cualquier cosa o aclarar mi mente. Esa caída, por fortuna, no duró mucho. Sin embargo, algunos momentos después, al acercarme al planeta, me cubrí de fuego, me incendié. Sentí el contacto desgarrador e inexpresablemente doloroso de la atmósfera a la que iba entrando, en la que me iba consumiendo: toda mi carne fue arrancada y yo mismo la veía alejarse rápidamente hacia arriba como grotescos jirones en llamas incandescentes.

Pero lo que quedaba de mí no eran los huesos, sino una mole negruzca y completamente tiesa: me había convertido en un sólido bulto todavía envuelto en luz ardiente, rasgando un cielo de color azul pardo, dejando a mi paso una dilatada cauda de humos grises y rompiéndome en una serie de explosiones que me separaban de mí mismo, que me quebraban una y otra vez, hasta que comencé a golpear, o mejor dicho: comenzamos a golpear contra la superficie, convertidos en una lúgubre lluvia de rocas quemadas.

Quedamos allí tirados, dispersos, absolutamente inmóviles. ¿Era yo solo en muchos pedazos o éramos todos los cómplices? Ya no podría decir cuánto tiempo permanecemos en ese estado, porque puede haber sido un día o cien siglos o tan sólo mil años; sobre este punto, lo lamento, es necesario que me repita.

Ahora sé que habíamos sido castigados, que habíamos sido alcanzados por la inevitable justicia. Llegamos a pensar que era posible pasar por alto las leyes y después escapar, habiendo cometido algo tan grave como el robo de Año Nuevo. Ahora sé que obramos mal y he conocido el más sincero arrepentimiento.

Pero qué sensación tan triste es saberse mutilado en incontables pedazos, qué tristeza tan honda es el dejar de ser uno solo para encontrarse, de pronto, dividido en una legión de huérfanos inertes, que son tú y son los otros y no son nadie, incapaces de reencontrarse, de mirarse siquiera, regados a lo largo y lo ancho de un páramo frío e impensablemente remoto, por tiempos que no acaban.

Llegado el momento todos fuimos perdonados, es cierto. Recuperamos nuestras formas, volvimos a ser quienes éramos. Nos liberaron. Incluso se nos permitió regresar. Pero el recuerdo del castigo sufrido todavía nos persigue dolorosamente, y es tan terrible que no procede aquí hablar de la indulgencia de unos verdugos tan crueles como los nuestros.

*De las Confesiones de Yábrag Yábrao.
¿2400 de la Cuarta Era? En Yábri unificado.*



Siete maneras para retener al amado

Amoldarnos a él, hacer que los cuerpos embonen, dejarlo
reclinarse y descansar: descansar una misma en su
descanso.

No ocultar la alegría, ni la preocupación, ni la duda.
No fingirlas tampoco.

Hablar con tranquilidad
cuando los cuerpos están a tres o cuatro brazos de
distancia.
Soñar con tranquilidad
cuando los cuerpos están todavía mucho más lejos. No
temer nada.

Hablar con emoción cuando los cuerpos están juntos.
Vivir con emoción el sueño de los cuerpos juntos.

Ser feliz con la cercanía y ser feliz con la lejanía.
Pensar en la libertad y en el encuentro. Ser feliz.

Al tomar su cabeza entre las manos, tener cuidado de no
cubrirle las orejas, porque de tal manera no podrá
escuchar las hermosas palabras que le decimos.

*Autora anónima.
De la antología Mil Poemas Amados.*



El más grande amor

Se refiere, sin embargo, que el más intenso y grande de todos los amores que nuestra nación haya producido, es el que se dio entre Sàsálitè e Íèrìù, dos jóvenes modernos que, después de haber intentado con anterioridad infructuosas relaciones personales, tuvieron finalmente la fortuna de conocerse, topándose por casualidad en una frutería. De inmediato se atraparon el uno al otro con la sola mirada, experimentando una gran turbación, o como otros lo describen, sintiéndose *llamados* de una manera absoluta. Ambos pusieron de su parte para poder encontrarse “casualmente” a la hora de pagar sus respectivas compras, apresuradas e incompletas, sintiendo que de no coincidir ante el cajero no coincidirían tampoco en el resto del universo. Después de unas cuantas palabras, más o menos torpes y dichas entre montones de fruta de alba y racimos de bananos albinos, olorosos a mosto y a deliciosa fertilidad, alguno de los dos —tal vez Íèrìù— dejó escapar una risotada inocente pero delatora, y así pasaron a intercambiar sus nombres y direcciones. Esa misma tarde se vieron, salieron a caminar y se dieron el primer beso, tembloroso y más profundo que el mar.

Lo que sigue es pura pasión. Apenas un día más tarde ya se encontraban rodando entre las sábanas, sudorosos y delirantes, haciendo el amor como verdaderos leones en celo. A escondidas, porque los dos eran casados, ambos siguieron propiciando esas sesiones de delirio y encuentro, respirando la culpa, el temor y la más honda felicidad. Así pasaban semanas, días, horas y segundos que parecían infinitos. Hasta que

ambos acordaron dejar de verse por un tiempo, intentar una amistad cualquiera, o mejor ya no verse, olvidarse, cualquier cosa, antes que seguir en aquel estado de delirio y de culpa. Sàsálité argumentaba respeto y otra forma de amor para con su esposo. Íeríù reconocía lo mismo para con la suya. Y para con sus cinco hijos, a quienes consideraba su razón de existir y anteponía a cualquier otra persona en el universo. Pero no funcionó.

Al mes de estar separados, y justo cuando la luna se muestra más cruel, más dura en sus exigencias y más deseosa de la entrega que suele demandar de los amantes, los dos estaban ya deshechos por dentro, exhaustos, rendidos y miserables. Se encontraron de nuevo una tarde polvorienta, en un barrio apartado. Se divisaron entre la marejada de ruidosos vehículos que a esas horas comienzan a encender sus luces amarillentas y rutinarias, pero ellos dos, al verse, corrieron entre verdaderos ríos de estrellas para abrazarse. Lloraron, se mordieron en público. Esa noche se amaron hasta llegar a la violencia, a las heridas, al agotamiento que desemboca en el sueño más límpido y luminoso.

Unas pocas semanas después ambos estaban divorciados, firmando dolorosos convenios y rentando un desnudo departamento, que para ellos era el verdadero escenario de sus vidas, el puerto de destinación, el punto de inicio de la vida verdadera. Comenzaron a deleitarse con las pequeñas rutinas de siempre, ahora imantadas de una extraña felicidad. Salían juntos a comprar la comida, cocinaban, regaban el jardincito, barrían. Llegaron a visitar de nuevo a la vieja frutería en donde se habían conocido. Estallaban de risa al recordarlo, alteraban las versiones del encuentro como si se tratara de una escena crucial en alguna obra clásica, que ambos recordaran emocionados, pero con cierta imprecisión. Se corregían. Todo era interrumpido por los besos.

Vivían la exaltación. Él la llamaba mi estrella, mi sol de oro, mi galaxia pequeña, mi ratoncita. Ella lo llamaba mi montaña, mi enanito (en realidad era bastante alto), mi sangre, mi cachorro. Ese vértigo, esa embriaguez, fueron perdiendo vuelo. Íèrìù ganaba muy poco dinero y Sàsálité le reprochaba alguna apatía en el manejo de sus asuntos. Íèrìù la consideraba algo maniática de la limpieza, demasiado ordenada. Las minucias de cada día iban actuando como un catalizador, como una lima. Un día se taponeó un resumidero de la cocina y Íèrìù se ofreció a arreglarlo con sus propias manos. Sàsálité insistía, pero fueron pasando las semanas y él no cumplía su promesa. Ella llamó al fontanero. Cuando Íèrìù llegó del trabajo y vio al desconocido, sentenció con dureza: “Le vas a pagar con dinero de tu bolsa”. Discutieron en voz alta. “Es que tú nunca has confiado en mí”, decía ofendido. Salió sin dejar el pago y esa noche durmió en casa de su mamá, como cuando era un niño. Sàsálité, por su parte, lloró toda la noche. Cuando él regresó la tarde siguiente, la encontró con los ojos abotagados y sintió que se moría. También lloró, pidiéndole un perdón incondicional. Se abrazaron, se besaron. Volvió la exaltación. Volvieron el vértigo y la embriaguez.

Se iniciaba una nueva rutina, en otra escala. Días de tranquila felicidad, luego escenitas y rabietas por esto o por aquello. Reconciliaciones deliciosas en las que acababan, a fin de cuentas, recuperando la exaltación. Los problemas eran siempre parecidos: el ventilador, la llave del baño, una puerta vencida, la basura del patio, el dinero. Sobre todo el dinero, ciertamente. Las reconciliaciones eran siempre parecidas también. Remansos de paz o verdaderas fiestas del alma. Salvo que los períodos de exaltación iban siendo cada vez menos intensos. Luego los días corrían como corre la arena por el ojo de la clepsidra: rápidos, secos, idénticos. Y así corrían también las semanas y los meses.

Una tarde, después de hacer el amor, a Sàsálité se le ocurrió preguntarle que por qué no hacía un poco más por tratar de satisfacerla. “Eres demasiado genital”, así le dijo. Él estalló. Saltó de la cama y arrastró las cobijas al suelo para dejarla expuesta al frío (porque era invierno). Se gritaron de cosas. Ella le dijo “Bueno-para-nada”, él, congelándose, temblando y sin saber si era por el frío o por la humillación, le dijo “Putá”. Y de nuevo se fue a dormir a otra parte. Duró una semana fuera y luego se volvieron a reconciliar. Como podemos apreciar, la rutina se renovaba, es decir, cambiaba de parámetros: en un solo año tuvieron nueve pleitos parecidos.

Una vez se golpearon. Ninguno de los dos sabría muy bien, si se les preguntara, decir por qué lo hicieron y ni siquiera reconstruir aquella escena con detalle. Íeríu empezó aventando los platos de la mesa en respuesta a un comentario hiriente de Sàsálité y acto seguido se levantó y salió, cruzando el patio a zancadas. Sàsálité lo alcanzó para reclamarle los platos rotos, insultándolo de la manera en que más podía dolerle. Él le soltó una bofetada. Ella se agachó para recoger un objeto y se lo lanzó a la cabeza, desafortunadamente con buena puntería. Era un adorno del jardín: una paloma de madera. Él tuvo que ser atendido por un médico. Duraron dos meses separados. Volvieron a verse. Se reconciliaron.

Un buen día se insinuaron la posibilidad de la separación definitiva. Se la insinuaron, tan sólo. Estaban en un café. Tres semanas después ya la habían concertado con bastante detalle, repartiéndose, de lo que tenían en común, lo poco que les interesaba. Habían pasado siete años desde el encuentro en la frutería. Todos los índices apuntan a que nunca haya habido un amor tan intenso como el de ellos: niveles hormonales, litros de lágrimas, número de carcajadas (y sonrisas), orgasmos sincrónicos, endorfinas. Suena raro, pero es una cuestión de la más seria estadística. Tal vez pudiera parecer muy poca cosa, pero de todas maneras es necesario documentar todo

esto de algún modo, porque en materia de amores, este país
no ha dado para más.

On Tás-lôp-twì naj Káp-káp Twì, "Catálogo de Sinsabores".



El sabor de las palabras

Hoy me hizo saber que no podrá visitarme porque —alega— tenía de antemano un compromiso que no le permitirá salir conmigo. Le creería, de no ser porque todo se conjura para que no pueda creerle. ¿No siento acaso que la excusa que me ofrece es una mentira que ya he escuchado antes? ¿No basta el puro presentimiento para saber? Pero si fueran necesarias verdaderas razones para desconfiar de sus argumentos, yo puedo darlas.

Habiéndome mostrado tanto interés durante todas estas semanas es poco verosímil que, después de haberme citado para un encuentro amoroso, súbitamente recuerde compromisos anteriores que, por lo visto, se le habían esfumado o vuelto transparentes hasta ahora.

Más evidente todavía: si es cierto lo que dice, él mismo habría propuesto, sin mayor dilación, otra fecha para nuestro encuentro, a la manera de quien aplaza un acontecimiento sin grandes preocupaciones porque no siente culpa ninguna y porque realmente desea que éste tenga lugar. Pero además el tono de su voz no era el de quien pide volver a vernos, sino el de alguien que se despide disimuladamente para salir desde ahora y con alguna discreción, de la escena que comienza a ser incómoda. ¡Cuánto dice una inflexión, un mínimo cambio en la entonación de una frase! ¡Qué gesto generoso, decirlo de esa forma! ¿No habré de agradecer la sutileza?

Lo que sucede es que no me ha considerado digna de su persona porque no pienso como él. Se siente dueño de la verdad porque ha abrazado un credo, y ahora tres o cuatro

ideas del tamaño de una cabeza humana parecen iluminarle por completo el mundo entero, las galaxias, el resto de los universos.

¿Acaso no estuvo interrogándome una tarde entera? Muy bien que pude percibirlo: lo que buscaba era una dócil oyente que le confirmara la validez de sus experiencias anteriores, sus sospechas presentes y, sobre todo, sus nuevas certidumbres.

Pero encontró otro ser humano, otro cúmulo de dudas, otra búsqueda. Me preguntó, es verdad, por mis lecturas preferidas, pero noté su decepción cuando veía que no eran las suyas, y que yo no encontraba en ellas, siquiera, mis propias verdades inmutables, sino tan sólo, apenas, el sabor de unas cuantas palabras, unos pocos fulgores, algunos tan débiles e inasibles como para ser enunciados siquiera. Cómo se reflejó en su mirada la extrañeza, la desilusión de no ser yo la que él creía, la que él quería que fuera.

El sabor de las palabras. Esas pequeñas gotas de diferencias, esas demarcadoras de la distancia. ¿Por qué no pudo conformarse con el lenguaje de las caricias? Algo a lo que yo ya he podido resignarme desde hace tanto tiempo.

*De la Antología Kjoromdog Alagdag ,
o "Tesoro de las Diferencias", de Meleget Kurugdut Na.
Segundo año del León Rojo,
en lengua krom.*



El amigo extranjero

Lo conocimos en alguna esquina de alguna calle. Él también esperaba, también se veía solo y quizá también se hallaba —como nosotros— un poco triste aquella tarde. Le preguntamos la hora. Notamos, aun con las tres o cuatro palabras de su respuesta, que hablaba con acento extranjero y decidimos hacerle plática. Era Azbardio. De inmediato le hicimos ver que condenábamos aquella guerra absurda y que habíamos formado parte de los grupos que siempre se opusieron a las disparatadas e injustas intervenciones de nuestro gobierno en su desamparada nación. No nos opuso mayor resistencia, extendió la mano y por primera vez lo vimos esbozar su generosa sonrisa.

Lo invitamos a cenar y durante el camino charlamos de generalidades más o menos intrascendentes, pero pudimos darnos cuenta de que era, como nosotros mismos, amante de los gatos y la flora silvestre. Le preguntamos por las selvas de su hermoso país y nos fue enumerando deliciosas listas de árboles y enredaderas, especias y hierbas medicinales, mencionando cada una de sus características y sus nombres científicos. Resultó ser un apasionado de dos o tres temas maravillosos. Ya una vez en casa y al calor de unas copas, las cosas en común comenzaron a multiplicarse.

Cuando le preguntamos por qué había escogido para refugiarse, de entre todos los países, el nuestro, nos dijo simplemente “las montañas no pueden cambiarse de lugar, pero los hombres sí”, y mi esposa y yo reímos, encantados con la respuesta. Habló de la historia, que parecía no conocer muy bien, y de dos o tres aspectos de nuestra cultura que confesaba

admirar. Para corresponderle, alabamos la espléndida cocina azbardia y la delicada música que de vez en cuando algún inmigrante hacía sonar por las plazas.

De acuerdo con la tradición, antes de colocar los cubiertos para servir la cena le ofrecimos unos higos que colocamos justo en el centro de la mesa, en señal de hospitalidad.

—Gracias, pero no debo comer higos —dijo sin disimular un afectado gesto de repulsión—. No deberían comerlos ustedes tampoco.

—Vamos, ¡déjate de supersticiones! Estás en otro país, estreña una vida nueva y, por amor a los dioses, ¡cómete unos higos!

Enrojeció. Supersticiones; amor a los dioses; higos: mis palabras parecían haber sido excesivas, quizá insultantes. Se hizo un silencio incómodo. Por unos pocos segundos, que parecieron largos como los siglos, ninguno de nosotros fue capaz de decir algo que salvara el mal momento. Entonces descubrí sobre su pecho aquel pequeño emblema colgando de una discreta cadena de metal. Era un fanático. Pertenecía seguramente al partido de los integristas, la más intransigente todas las facciones involucradas en aquel largo conflicto que tanto desgarraba a su patria. La luz amarillenta de la lámpara nos iluminó de pronto, más indiscreta que nunca. Los tres allí, callados, tensos alrededor de una mesa.

Las copas habían comenzado a hacer su efecto en mi cabeza. El mantel me pareció entonces un dilatado mar o un desierto interponiéndose entre nosotros. Y en medio de la mesa, amontonadas y en el desorden, las frutas prohibidas se levantaron como pequeñas montañas a la mitad de la distancia que ahora nos separaba: rugosas, intrincadas, sombrías. A su manera insalvables y peligrosas, cumpliendo desde ahora, puntualmente, su papel de amenazadoras fronteras.

Del Tesoro de las Diferencias.



Cara a cara

Al despertar se sintió extraño. Continuaba sentado en la misma posición en la que se había quedado dormido al tratar de distraerse, anotando sin ningún orden sus pensamientos, vagas reflexiones, cualquier cosa. Su salud iba empeorando día con día y, por lo visto, el tratamiento ya no daba resultados. Temía los despertares, ese momento en el que se enfrentaba con una condición de la que no podía escapar, por más que lo deseara; tal vez ese era el sentido verdadero de la palabra realidad. Los sueños cambiaban, pero la vigilia era siempre la misma, si acaso cada vez un poco más cruel. Cuando dormía se abandonaba al sopor o al descanso, a los sueños o al simple vacío. Pero volver a abrir los ojos era caer una vez más en el único argumento que inevitablemente se repetía: el cuerpo degradado, la decadencia. No existía escapatoria.

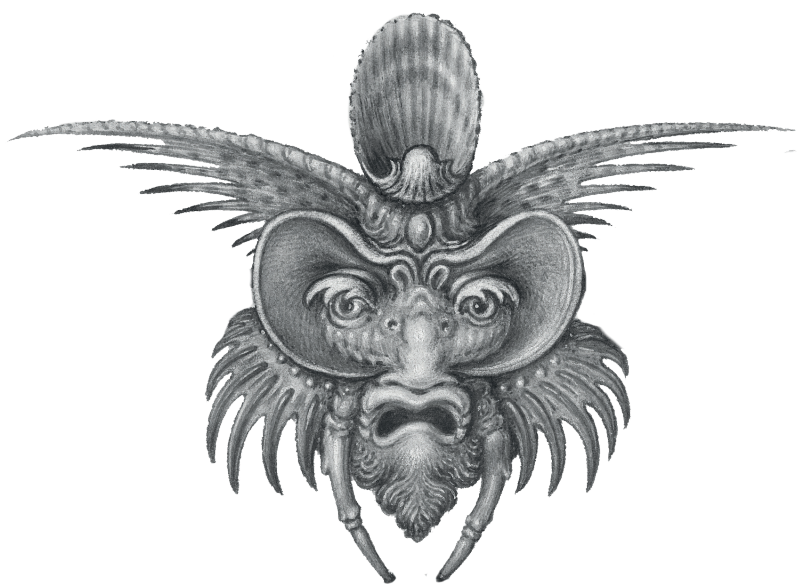
Una angustia sosegada y tal vez nueva venía a añadirse a sus oscuros sentimientos. Miró sus manos. Una palidez vítreas las hacía aparecer como grotescas. Las uñas, sobre todo, que dejaban ver un pequeño ocaso violáceo rodeado por un hálito de blancor, hacían resaltar su condición de enfermo. Sintió un débil acceso de ternura, de apagado cariño hacia sí mismo. Nunca se había mirado de tal manera. Sus brazos cetrinos, maltratados por los esfuerzos de los médicos; el vello que ahora parecía inexplicablemente absurdo; sus hombros. Luego su cuello amarillento cuyas venas ya no resaltaban por los arcanos efectos de la vida, lejanas para siempre de la juventud. Y por último su propio rostro, sus labios morados

y sus párpados entreabiertos. Sí, su rostro frente a sí mismo. Se veía frente a frente por primera vez, por única vez en su ya larga existencia. Estaba allí, frente a sí mismo. Por fin había escapado. Se había mirado frente a frente. Había muerto.

III

ABECEDARIO DE POSIBLES UNIVERSOS

*El puente de oro,
el puente de oro y su sombra...*





A

Voyrank el Almirante, explorador que había sobrevivido a tantos peligros y desventuras, navegante entre todos los navegantes, en Tamássaran y en otros mundos, presentía al fin que las horas de su vida se agotaban con rapidez. El volador desbocado que dirigía un conjunto de más de cuarenta globos aerostáticos atrapados por redes tejidas con las más finas y ligeras fibras vegetales comenzaba a desgajarse como una orquídea ante el huracán. La canasta laqueada a la que él todavía se aferraba sujeto por tirantes y amarres, comenzaba a crujir cada vez más dolorosamente, ya privada de los instrumentos de pilotaje que hubieran podido ofrecer la última guía o esperanza de salvación. Timones y astrolabios de metales preciosos habían sido arrancados por las ráfagas, en pedazos, pieza por pieza.

Su larga búsqueda llegaba a su fin, y ahora sabía que infructuosamente. El escribano siente una gran pena al pensar en la larga cabellera del almirante, prematuramente canosa, abandonada al viento cruel de Tamássaran. Un viento, sí, cruel; aquel que en los peores días era capaz de resoplar hasta arrancar de rocas y farallones una pura incandescencia, una voraz lumbre al rojo blanco.

Voyrank se dijo: *No habré de encontrar la fórmula, no habré de llegar jamás a ver de cerca los esteros en donde los ríos del aire se encuentran con la Luna Madre. No habré de tocar la espuma que me daría el poder de dominar, por fin el Tiempo Secreto.*

Recordó entonces las interminables querellas de su raza, las desventuras del planeta, el espionaje de sus enemigos y la preparación penosa y dilatada de su viaje final. Los ven-

tarrones bruscos comenzaban a asfixiarlo. Poco importaba ahora el fracaso de los cálculos, los vectores erróneos, el día mal escogido. Miraba desde lo ya impensablemente alto, aparecer entre los gruesos nubarrones tal o cual rasgo de la soberbia orografía de su planeta. Una buena tumba para Voyrank el Almirante, el descubridor, el buscador de secretos. Arriba, hacia el cielo, la conjunción de lunas se aproximaba a la consumación.

Entonces, cuando ya las últimas cuerdas del volador se desgarraban, el almirante tuvo tiempo de pensar en el mundo que dejaba para siempre: en los inmensos mares, en las selvas pobladas de ceibas productoras de ángeles que él mismo había visto florecer, en las terribles noches de plata y en el ramal de ríos ingrátidos en el que, a muy poco tiempo, una tarde como ésta se habría de convertir.

Volteó hacia arriba. Los astros se alineaban por fin; una temible columna de espuma y rocas se dirigía hacia las lunas y el cielo entero era un enorme árbol de luz hecho de aguas batientes y de lunas con sus lunas.

Poco importaba el estado lamentable del volador, para entonces ya tan sólo jirones; ahora todo flotaba en un éter luminoso en el que no parecía haber ni arriba ni abajo: el almirante, los restos del globo, rocas, enormes gotas de agua flotando...



B

El escribano debe ahora lamentar, o tal vez celebrar, que todo esto no fuera sino un enfermizo sueño hirviendo en la cabeza de Mahtái Nabbár, conocido entre los suyos como Nabbár el Geógrafo. Al acabar de abrir los pesados párpados, el árbol de los ríos y las lunas que apenas hacía un instante admiraba con terror, muchos mundos atrás, se precisó en la forma del candil de su estudio. Las velas habían menguado su tamaño, pero ardían todavía y entreveraban en la plata intrincadas estalactitas del color del alabastro.

Sería la hora cuarta de la madrugada; había que concluir el trabajo, la Obra, sin importar la energía o las tribulaciones que ésta requiriera. Levantarse y retomar la escritura, fuera de los horarios convencionales, con la única meta de terminar el Compendio, la Summa Geográfica del Mundo. Pero su cuerpo comenzaba a traicionarlo. Los años se habían ido juntando como arena en cada uno de sus miembros y el simple hecho de levantarse se imponía como una tarea odiosa y pesada. ¿Cuánto tiempo más le quedaría por vivir?

Nabbár se incorporó lentamente y se acercó hasta la mesa de trabajo. Sobre ella yacía con verdadera majestad el volumen, casi por terminar, del Compendio. La obra de su vida, el libro en el que habían ido a desembocar, como ríos, todos sus otros libros, todas sus investigaciones anteriores, todos sus viajes.

Pero la Summa habría valido la pena. Sería el libro total, el augusto depósito de la ciencia verdadera. Tierras, pueblos, costumbres, listados infinitos de plantas y animales, catálogos de piedras raras: todo cabía en el libro que compendiaría al

mundo. Nabbár admiró la pesada carátula que había hecho labrar en el trozo de una madera incorruptible, traído de alguno de sus viajes. Se dispuso a abrir el volumen, pero antes apeló a su memoria.

Guardaba entre sus recuerdos tantas tierras remotas, algunas nunca antes vistas por ningún hombre: el Archipiélago de Sotavento, por ejemplo, una desventurada cadena de islas a merced de los vientos más crueles; en altamar, de seguro, pero en medio de un dilatado océano cuyas olas son del color del plomo. Una legión de cumbres de montañas submarinas que habían traspasado el mar con lentitud, permitiendo la generación de faunas y floras incomparables. Qué de extraños prodigios le había sido dado contemplar en aquellas islas: lagartos verdaderos pero incrustados de turquesas y cornalinas; pesados tigres marinos que cantaban más bellamente que las sirenas; los últimos megaterios del mundo; las plantas voladoras, del color de la sangre, e innumerables pájaros del océano que gritaban todo el día, algunos parecidos a grajos de pico acerado y con los ojos de oro líquido.

Pensó también en la Sramanda, en las naciones hostiles que alguna vez lograra atravesar. Caravanas, pactos incumplidos, negociaciones, ataques de salteadores, noches pasadas al frío de la montaña y ardientes tardes en el desierto. Rodeos, días interminables hasta llegar al más bello de los golfos posibles. Agualumbre, Agualumbre, remanso de claridades sólo turbadas por el velamen viviente de algún granvela de guerra. Todas las tierras, las ciudades, todos los bosques y los mares habrían de alojarse para siempre en su compendio.

Nabbár el Geógrafo acercó una lámpara, extendió sus manos y abrió frente a su rostro iluminado las grandes portadas del libro. Una vez más leería el arrogante y pulido párrafo que le daba comienzo. *Hacia el final de mis días oso emprender, a solas, la pesada tarea de poner por escrito todas las cosas del mundo.* Pero al seguir leyendo notó algo raro en las líneas que

con tanto cuidado él mismo había trazado, algunos años atrás, sobre el papel. Las letras habían dejado de ser negras y ahora cambiaban sutilmente de color. No sólo eso, sino que por instantes daba la impresión de que ellas mismas desprendían una leve luz propia y se dotaban de profundidad. Nabbár se acercó a la página para observar con detenimiento. Pasó la mano por encima y escudriñó los hermosos caracteres para descubrir que se habían vuelto una rejilla, una sinuosa cadena de mínimas ventanas detrás de la cuales lo espiaba el rostro condescendiente del escribano.



C

El escribano se aleja de la página en la que aparece por última vez la mirada confusa de aquel pobre Nabbár, un malogrado geógrafo, y ahora lamenta la dolorosa lejanía en la que se encuentran los mundos que no existen. Bien sabe, por supuesto, que este lado del universo es infinitamente más complejo, más bello y más vasto que los sueños, pero también se reconoce prisionero de aquella encomienda que la tribu ha recibido desde el inicio de su historia y por la cual le ha sido conferido el mágico poder de desdoblar, tímidamente, los espacios y los tiempos. El escribano sabe, igualmente, que ha llegado la hora de soltar este puñado de palabras para que, solas, se alejen y se disuelvan en el polvo del mundo real, como conviene.

Pero antes de despedirlas quiere volver la vista atrás, hacia el lugar en el que se encuentra el verdadero génesis de esta inútil empresa que ahora, por fortuna, habrá de abandonar. Ese lugar se encuentra hundido en las aguas turbias del tiempo y no puede ser ya sino tan sólo recordado.

El escribano lo contempla extenderse a sus pies, una vez más. Aquel paraje, por esos días, es infinito. Se llega hasta sus valles desde el sur, después de haber ascendido por un estrecho camino de polvo que va bordeando precipicios, ascendiendo una inacabable cuesta de tierras rojas y encinares pulidos por el viento y el sol. Hay roca por todas partes: formaciones, promontorios, cantos rodados. La piedra, si alguien la parte, es de entraña rosada, un rosa pálido y

reseco, salpicado por chispas de minúsculos cristales que rebrillan bajo el sol.

El escribano parece ver de nuevo a aquel niño trepando por la ladera que desemboca en el farallón. Hacia el centro del valle se levantan, dispersas, unas pocas construcciones, ocultas parcialmente por los ramajes y por enormes formaciones que se recortan en la roca caliza, pero más allá de los pinares que bordeaban el caserío, el campo se extiende sin ningún límite. Verdor, soledad, pureza del mundo.

El niño sigue escalando, esquivando las rocas. De alguna manera va huyendo, pero en paz. Ahora contempla las casas desde lo alto, pero en cuanto éstas desaparezcan, el mundo será tan sólo suyo y él habrá de recomenzar a nombrarlo: los líquenes, que son a veces ocre, rojizos, y de un hermoso verde que transforma los farallones en el tiempo de lluvia, serán ahora vetas de minerales desconocidos. Los tres o cuatro acantilados que lo rodean serán umbrales hacia extrañas catedrales y ciudades de piedra. Cada arbusto, cada planta a sus pies podrá cambiar de forma o de tamaño.

Las ramas de los pinares serán espacios para mujeres y hombres que pueden volar. El pájaro azul, la lagartija tornasol y la ardilla serán tímidos interlocutores que traen información desde las comarcas vecinas. Los rincones de piedra serán recintos para los visitantes que llegan de las otras dimensiones. Y la serpiente ya no será mala, ni los coyotes, ni los espíritus de los muertos, salvo si los pinares se han vuelto demasiado sombríos y es tiempo de regresar.

Muchacho, cuánto conoce el escribano sobre ti mismo y sobre tu no tan lejano porvenir. Sabe que estos son tus primeros encuentros con el esplendor insondable de los mundos. Sabe también que, tiempo después, habrán de venir otros encuentros más, pero cargados ya de los viejos asombros a los cuales tú estás ahora despertando. Sabe que algunas de las

sombras que te persiguen se van a disipar pronto, y que otras más habrán de surgir para seguir acompañándote.

Sabe hacia dónde se dirigen tus pasos, qué ciudades habrás de conocer, quiénes serán más tarde tus amigos y qué habrá de ser de todos aquellos a quienes ahora amas tanto. Sabe igualmente que los más luminosos de estos días tuyos habrán de decantarse en los recuerdos hasta llegar a convertirse en palabras, esas ingravidas portadoras de las dos o tres verdades que te habrá dejado la vida.

Y sabe también, por último, que una de esas escasas certidumbres será la de la fuerza de los sueños, la del poder sin nombre, silencioso, que nos deja agrandar el universo con tan sólo fijar la mirada más allá de horizonte que ahora, en ese bosque, se extiende frente a ti: más allá del inmenso, inabarcable libro de las cosas que existen.





ENRIQUE ALBERTO SERVÍN HERRERA (Chihuahua, 1958-2019) fue un políglota, poeta y antropólogo que se dedicó a la formación de escritores, a la preservación de las lenguas indígenas, al aprendizaje de los idiomas y a su propia escritura. En 1994 obtuvo el Premio Chihuahua en poesía, en 2014 el Banff Centre lo galardonó con el Premio Linda Gaboriau de Traducción Literaria. Publicó *Ralámuli Ra'ichábo! ¡Hablemos el tarahumar!* (ICHICULT, 2000), *El agua y la sombra* (UACH, 2003) con el que obtuvo el Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares en 2004; *Anirúame, Historias de los tarahumaras de los tiempos antiguos* (Secretaría de las Culturas y las Artes de Oaxaca, 2015) con el que en 2014 había obtenido el Premio Internacional de Mito, Cuento y Leyenda Andrés Henestrosa; *Cuaderno de abalorios* (Aldus, 2015), entre otras. Su obra ha sido traducida al inglés, francés, catalán, noruego, hebreo, griego y al tarahumar.







El libro de las cosas que no
existen, de Enrique Servín,
se terminó de imprimir durante el mes de
octubre de 2024 en la ciudad de
México. Para su composición
se utilizaron caracteres
Calendas Plus

ALIOS VIDI VENTOS ALIASQUE PROCELLAS